
ABSENTA DULCE
INSPIRADA EN HECHOS REALES
ADA TORRES TORO
NOVELA GANADORA
2023 Pen Club de Puerto Rico INTERNACIONAL
vena creativa

ABSENTA DULCE

ADA TORRES TORO

ABSENTA DULCE

PORTADA DE RADABRAND.COM
Obra: Manhattan Rivera, *Bandera de vudú sobre busto de mujer.*
Galería Éxodo, Viejo San Juan, Puerto Rico.
Fotografía: David T. Díaz, de Four Two Photography.
Composición y diseño: Radamés Rosado, director creativo de RadaBrand.com

PONCE, PUERTO RICO, NOVIEMBRE DE 2022.

Contacto:
amores@iFullCircle.com

Este libro está dedicado a Ralph Vallone Jr.,

en el plano donde esté. Gracias, viejo amigo, por el regalo inconmensurable de empujarme a perseguir esta historia.

Y para Radamés... siempre.

Los hombres son mucho más simples de lo que imaginas, mi dulce niña. Pero lo que ocurre en las mentes torturadas de las mujeres sorprendería a cualquiera.

Daphne du Maurier, *Rebecca*

PARTE 1

FRANÇAISE ET CRÉOLE

C APÍTULO I

PARÍS, 1875-1886

Desde muy pequeña, Amélie Pasquier aprendió que, generalmente, quien controla el deseo sexual en una situación lleva amplia ventaja. La maestra de vida que le profirió esta prematura y contundente lección fue Magdalene Laurent, quien, teniendo apenas dieciséis años cuando le depositaron en los brazos a la recién nacida para que la criara, poco podía sospechar que sus precoces disertaciones en la cocina sobre el poder sexual de las mujeres se abrazarían al imaginario de Amélie como tentáculos que le darían forma a su vida.

— *Ma poupée* , los hombres siempre caen en su punto más vulnerable cuando están consumidos por el deseo. No importa si son burgueses o peones. En ese momento nosotras, que no valemos para mucho que no sea para sonreír, parir y criar, tenemos que atacar y dominar. *C'est clair?* —decía Magdalene mientras le preparaba su merienda y se ajustaba el tortuoso bustillo del vestido, una protuberancia dura en forma de estante que se proyectaba desde la parte baja de la espalda.

A los siete años, Amélie entendía muy poco de aquellos monólogos sobre el poder de los sexos, pero ya a los dieciséis se puliría como una maestra en la compleja alquimia de manejar a los hombres según sus necesidades. Al principio lo hizo porque fue lo que

aprendió de Magdalene, cuyas teorías cobraban más sentido según cumplía años y confirmaba que aquel mundo del siglo xix era, en efecto, uno diseñado por hombres para hombres. Cuando tuvo edad para discernir, lo continuó haciendo porque calculó que, después de todo, en un escenario que no les concede ventajas a las mujeres, ella usaría las que tuviera a la mano sin pedir permiso o disculpas. Sólo en su madurez, en el siguiente siglo, Amélie descubriría otra manera de acercarse al mundo de los hombres sin echar mano de la transacción requerida para prevalecer.

Amélie Pasquier Bonastre era la única hija de Antoine Pasquier, un exitoso ingeniero viudo. Tras la muerte de su esposa, Isabel Bonastre, la hermosa catalana que le había dado a su única hija, Antoine se abrazó al trabajo como tabla de salvación. Esas primeras semanas tras la muerte de Isabel, Antoine las vivió en una babel de emociones que a ratos lo encontraban fascinado con la delicada criatura dejada por su esposa, cuando no maldecía que el precio había sido la vida de la madre. Sin saber cómo criar a una niña en la convulsa sociedad parisina recién derrotada en la guerra franco-prusiana, Antoine depositó a Amélie en los brazos de la *au pair* , Magdalene, una chica que había empleado la propia Isabel como su mucama el año anterior al nacimiento de Amélie.

Con la llegada simultánea de Amélie y de *La Belle Époque* francesa, el joven viudo desarrolló una curiosidad escapista por el negocio del azúcar en el Caribe. Primero lo hizo a modo de estímulo intelectual y distracción para olvidar por ratos la pérdida prematura de Isabel, pero pronto la curiosidad dio paso a la obsesión. Reorganizó su vida dedicando los días a trabajar en la reconstrucción acelerada de París, y las noches a investigar y estudiar la ingeniería mecánica aplicada al negocio del azúcar. Para Antoine, la idea de las enormes centrales de caña en el Caribe y del desarrollo eficiente de los métodos y maquinarias para procesarla era más exótica que el oro por el que se habían peleado los europeos en las Américas en siglos pasados. Soñaba con emigrar; comprar vastos cañaverales; diseñar y dirigir una central azucarera moderna, y vivir como un hacendado cerca del mar. Le preocupaba que los intereses asociados con el desarrollo de negocios en las antiguas colonias se desvanecían rápidamente en Francia: debía actuar antes de que se cerrara por completo la ventana de oportunidad que veía en el otro lado del Atlántico. Mientras por las noches Antoine investigaba absorto oportunidades y cultivaba contactos en las Américas por conducto de la familia de su fallecida esposa, Amélie y Magdalene vivían en un mundo paralelo y plácido que se desdoblaba en alegres rutinas por París.

Durante la semana, Magdalene se despertaba a las seis de la mañana. Le tomaba una buena media hora convencer a Amélie de

abandonar la cama, y, a menudo, comenzaba a vestir con el uniforme del *lycée* a la niña aún dormida. Ésta desayunaba con su padre a las siete, momento que Antoine dedicaba a ponerla al día sobre sus investigaciones y planes en el Caribe.

—Amelia, no tienes idea de lo hermosas que son esas islas al otro lado del océano rodeadas de aguas transparentes y lava en las entrañas —le decía su padre llamándola por su nombre en español, como solía hacer cuando extrañaba a Isabel—. Presta atención, hija. Cuando Francia plantó bandera en la primera colonia francesa allá por el 1624, los conquistadores encontraron caníbales en esas islas volcánicas. ¿No te enseñan esto en el liceo, Amelia? —Antoine no cesaba de repetirle la historia de la raquítica conquista caribeña por parte de Francia, así que Amélie asentía medio dormida mientras comía su *pain au chocolat.* La niña y su niñera escuchaban aquellos monólogos sobre el Caribe como quien oía a un porteador de la *Gazette de France* : alto y claro, pero en el trasfondo de las cosas que no tocan en lo personal.

Luego de una caminata por la orilla derecha de la ciudad, Magdalene dejaba a Amélie en el liceo, para entonces dedicarse a hacer las compras y diligencias del día, tareas cada vez más complejas en la ciudad, que aún se recuperaba de su dolorosa derrota en la guerra. Además de cuidar a Amélie, Magdalene hacía los mandados que le imponía Nadine, la encargada de la cocina y del orden en la casa del ingeniero Pasquier. Con frecuencia, la niñera se asignaba quehaceres adicionales para distraer a Nadine y ausentarse prolongadamente en las mañanas. Esos ratos los usaba para encontrarse con el afortunado chico que tuviera su atención en ese momento, periodo rutinariamente de escasa duración.

En las tardes, Magdalene recogía y llevaba a pasear a Amélie por la ciudad, que se desdoblaba en esos años como flor que abre sus pétalos lentamente con grandes sueños de belleza. La niñera le narraba cuentos históricamente incorrectos pero entretenidos mientras la llevaba de la mano por el Palais Garnier de ópera, recién inaugurado en ese entonces; por las ruinas del Hôtel de Ville, que no era otra cosa que la dilapidada alcaldía de París; por la ruta de los daños parciales del Louvre, que había salvado milagrosamente las salas más importantes del museo, y por el área favorita de ambas: la cima más alta de la ciudad, donde se construía la basílica de Sacré-Cœur. Mientras Antoine tomaba parte en el batallón de hombres dispuestos para reparar y agrandar la ciudad que dentro de poco entraría en el siglo XX en todo su esplendor, Amélie y Magdalene eran espectadoras felices, y no imaginaban otra vida que su plácida existencia parisina.

Entonces, un día de otoño en 1886, cuando Amélie acababa de

celebrar sus diez años, Antoine, eufórico, las llamó a ambas a su biblioteca y les dio la gran noticia: se mudaban al Caribe. Permanentemente.

Magdalene Laurent era la tercera de las cinco hijas de Remi e Ivette Laurent. Remi trabajaba como reportero en *La Gazette* e Ivette era la dueña de Hoquet, una barra por la Avenue de l'Opéra que frecuentaban periodistas de la ciudad, así como políticos de menor rango de la Tercera República y uno que otro escritor. Magdalene nunca supo por qué su madre le puso *hoquet* o "hipo" por nombre a la barra, como no fuera inspirada por las condiciones lamentables de muchos de sus clientes al salir del local. Las noches de juerga en Hoquet producían más historias exclusivas para su padre que el resto de su trabajo en la calle.

La familia vivía apiñada en la planta superior de la barra, y la niñez de Magdalene fue una pesadilla de ruido y claustrofobia. Nada era suyo, ni la frazada que la calentaba de noche ni sus maltratados vestidos ni los zapatos que calzaba, heredados de sus hermanas. La chica nunca pasó hambre ni le faltó lo necesario, pero subsistir con lo justo no era la vida con la que soñaba. Sirviendo tragos y limpiando ceniceros, escuchaba las historias que reportaba su padre, los chismes en los círculos medianos de poder de quienes frecuentaban el local y las disertaciones de los escritores, y se imaginaba desenvuelta en esos mundos del otro lado de la barra, donde una era servida, en vez de servir.

Fue en una tarde cubierta de un miasma gris de nubarrones, cuando aún no había comenzado el ajetreo nocturno del local, que Magdalene entabló conversación con Didier Roux, un escritor del teatro romántico, estudioso del trabajo de Victor Hugo y su nueva obra, *Les Misérables.* Didier era un hombre introvertido, casi arcano, y gentil de treinta años a quien las mujeres intimidaban hasta la parálisis. Solía frecuentar la barra de Ivette cuando iba o regresaba del teatro, donde trabajaba en las bambalinas y en cualquier tarea que se le requiriera, mientras esperaba por la ansiada oportunidad de producir una obra propia. Esa tarde, con el local casi vacío, se fijó por primera vez en la jovencita detrás de la barra. La chica no era bonita, pero tenía un aire de sensualidad precoz y unos enormes ojos marrones que no perdían detalle alguno en su entorno.

— *Salut. Que dois-je vous servir?* —le saludó Magdalene jugando con sus abundantes y fieros rizos, que conformaban una maranta color rubio-ratón.

— *Salut* . ¿Qué me recomienda? —le contestó Didier tímidamente.

—Absenta —contestó la muchacha sonriendo. Didier la miró sorprendido por la sugerencia. La absenta, o *absinthe* , era la controversial bebida alucinógena que hacía furor en aquella época en París. Muy pocos licores merecieron tanta atención en la literatura, la pintura y la poesía de la época como la absenta, el mítico trago oficial de la comunidad artística parisina y europea en general.

—¿Tiene absenta aquí? —preguntó el escritor cerrando el libro que tenía delante de sí y fijando su atención en la mesera.

—Mi madre siempre guarda algunas botellas en la parte de atrás para clientes importantes. Si lo desea, le acompaño a una.

—¿Bebe absenta? ¿Qué edad tiene? —preguntó el escritor.

—Quince, pero en edad de mesera de barra tengo como treinta. —Magdalene desapareció por un instante y regresó con una botella de un líquido verde esmeralda en cuya etiqueta se leía “Pernod Fils”. Colocó delante de ambos dos copas grandes y profundas, les agregó un poco de hielo, todo un lujo en la barra y en París en general, y vertió la absenta. En un colador de metal colocó un terrón de azúcar para cada copa. Derramó agua por el colador encima de los terrones dulces, que se diluyeron en los tragos tornándolos de un color verde lechoso, una tonalidad particular que los artistas de la época habían bautizado “hada verde”. Didier disfrutó de ver el ritual completo y la reverencia con la que la chica lo ejecutaba, e hizo una anotación mental para usarlo en alguna escena.

— *Salut* —dijo la joven colocando una copa frente a Didier y tomando la otra para sí. Didier auscultó el local y comprobó que los otros tres clientes, en diversos estados de embriaguez, no les prestaban atención.

— *Salut* —contestó probando el brebaje. Quince minutos más tarde su timidez había desaparecido y Magdalene le parecía la joven más hermosa y elocuente de París. La chica necesitó sólo dos encuentros adicionales para convencer al escritor de emplearla como su ayudante. Unas semanas más tarde acompañó a Didier a su humilde departamento, a unos veinte minutos de la barra. El diminuto espacio estaba sumergido en papeles, libros, óleos a medio pintar, cuadernos y plumas fuente por todos lados. El techo era una telaraña de madera por donde se colaban rayos de luz y gotas de agua. Magdalene escudriñó con la vista el lugar, deseosa de ver una de las nuevas máquinas de escribir que ya se vendían con entusiasmo por la ciudad, pero no encontró ninguna. Una levísima sensación de culpabilidad la invadió: Didier, en su inocencia, creía que Magdalene lo iba a asistir. En realidad, Magdalene no tenía las intenciones ni las competencias para ello. Lo que sabía de lectura y escritura se limitaba a lo necesario

para manejar la barra de su madre. Magdalene no llegaba al piso de Didier a servir, sino a servirse.

Didier acogió a Magdalene en su vida, y, si la familia de la chica notó su ausencia, fue más por el turno que dejó al descubierto en Hoquet que por abandonar el atestado piso de los Laurent. Durante un año Didier pulió las destrezas de lectura, escritura y aritmética de Magdalene, mientras ella pulió las destrezas del escritor en la cama. Por aquellos días, las experiencias sexuales de Magdalene se limitaban a encuentros frustrantes con chicos novatos de su edad que sabían menos que ella de la materia. Didier resultó perfecto para su educación en el placer: era sumiso, razonablemente atractivo y, aunque no tenía grandes trucos que enseñarle, dejaba a Magdalene explorar a sus anchas.

Una noche de octubre, cuando acababa de celebrar sus dieciséis años, Magdalene acudió a encontrarse con Didier en el Palais Garnier después de una función. La puerta que conducía a los camerinos y las bambalinas estaba cerrada, y uno de los encargados la dejó entrar por una puerta lateral. Una vez dentro del majestuoso interior dorado del teatro, y buscando espantar el frío, hizo una parada en el tocador. Al entrar, se encontró a una mujer embarazada en una de las butacas Napoleón III, con los ojos cerrados. Instintivamente, le tocó una mano y le preguntó si necesitaba ayuda. La mujer le respondió:

— *Je vais bien. Merci* . Son sólo contracciones. Prefiero pasarlas aquí que en medio de la obra. Eres muy amable. Soy Isabel Bonastre Pasquier. ¿Cómo te llamas?

Unos días después, mientras Didier trabajaba en el Palais, Magdalene empacó sus pocas pertenencias y se mudó a la casa de los Pasquier en Rue Bergère 99, en calidad de mucama de Isabel. Magdalene no se despidió, y Didier nunca volvió a saber de ella. Durante años, al despertar, el dramaturgo se preguntaría por unas fracciones de segundo todas las mañanas si Magdalene había sido real o imaginada.

A sus veintiséis años y los diez de Amélie, Magdalene se encontró empacando el último baúl con las pertenencias de ambas, tres meses después de la noticia de Antoine. Amélie le reclamó una y otra vez a su padre por la repentina noticia.

—¿Cómo puede ser repentina esta noticia, de la que te hablo todos los días con lujo de detalles, Amelia? —preguntaba impaciente Antoine, sabiendo que Amélie y Magdalene vivían en un mundo despreocupado cuyo fin estaba cerca.

Amélie detestaba la idea de abandonar su feliz rutina citadina para ir a vivir en una isla primitiva “poblada de caníbales”, y comenzó a escenificar rabietas diarias que casi volvieron loco al viudo. No fue hasta que la niña comenzó a mirar la mudanza a través del caleidoscopio imaginario de Magdalene que se fue aquietando. Cuando Magda le susurraba cuentos, su voz se convertía en una flauta mágica que Amélie seguía sin titubear.

Antoine, consciente de la influencia de Magdalene sobre el carácter indómito de su hija, no reparó en darle lo que pidió a cambio de que los acompañara. Magdalene Laurent viajó orgullosa junto a los Pasquier en cómodas cabinas del trasatlántico de metal y vapor que abordaron en el puerto de Le Havre, y que los dejó seis días más tarde en la península de la Florida. De ahí, en una nave menor, bajaron hasta lo más profundo del estrecho de la Gonâve, hasta acercarse finalmente al Golfo de Puerto Príncipe. Amélie y Magdalene corrieron a la proa mientras rompía el amanecer, y observaron absortas el asomo lento de la costa haitiana, que parecía desnudarse en una danza mañanera de velos amarillos. Amélie miró confundida el extraño entorno de multitudes de montañas y vegetación tupida, visible desde la embarcación. Buscó la mirada de Magdalene, y entonces vio la sonrisa de deleite de su niñera mientras respiraba el aire húmedo y sacaba la lengua para probar la sal. Amélie la imitó. Así llegó a Haití: con los ojos cerrados y la boca abierta, llena de aire y del sabor del mar.

C APÍTULO II

PUERTO PRÍNCIPE, 1887

Amélie, Antoine y Magdalene tocaron tierra haitiana en 1887, en la era dorada que se asomaba en la nación caribeña. En las dos últimas décadas del siglo xix , Haití, que había sido la primera república de las Américas en prohibir la esclavitud, gozaba de un importante desarrollo cultural e intelectual. A la joven constitución de 1867 la sucedieron transiciones pacíficas que crearon un clima de estabilidad e inversión. El desarrollo de la industria azucarera y del ron cerca de

Puerto Príncipe convirtió a Haití, durante un tiempo, en un modelo de crecimiento económico entre los países latinoamericanos. Excolonizadores, inversores y especuladores, particularmente europeos, descendieron sobre la nación caribeña, entre ellos el ingeniero Antoine Pasquier.

Antoine había accedido a trabajar como jefe de ingeniería en Etoile Blanche, la azucarera privada más grande del país. Con una visión futurista, los dueños experimentaron con un programa de mantenimiento continuo para las complejas maquinarias y los equipos de sus vastos sembradíos de caña, de manera que se redujeran las interrupciones en la producción por fallas mecánicas. Ésa fue la oportunidad que había esperado Antoine, y que finalmente le llegó tras años de cultivar contactos en las Américas. El joven dominaba la ciencia de la ingeniería mecánica, pero su plan consistía en aprender todo lo posible del negocio de la caña, de modo que pudiera adquirir sus propias tierras en los próximos años.

Haití era una nación vibrante en 1887. Amélie, a sus once años, observaba fascinada a las mujeres, algunas vestidas con la misma moda de París, mientras otras usaban holgados vestidos de hilo o algodón en colores brillantes con turbantes o *geles* a juego. El tintineo de sus risas se ahogaba en el imparable tráfico de gente, caballos, carretas y tranvía que pululaba por las polvorientas calles.

El contacto de Antoine en Puerto Príncipe era un carismático haitiano de nombre Michel Geffrard, mano derecha de los directivos de la azucarera y capo de la casa que ejecutaba incontables diligencias legales e ilegales, según hiciera falta, sin encontrar diferencia entre una y otra. Fue Michel quien los recibió en el puerto y les abrió las puertas de la hermosa hacienda cuidadosamente pintada de verde y blanco con la que Antoine había soñado por años, y donde ahora viviría con Amélie. Cuando el ingeniero, que nunca había salido de Francia, divisó la Casa Verde o Green Kay, como la llamaban los locales en creole, la estampa lo hipnotizó, por el titánico trabajo de pintar la gran hacienda. Por aquel entonces, a Haití no habían llegado las pinturas comercializadas, y el color para las estructuras se obtenía moliendo el pigmento en aceite. La pintura se endurecía con rapidez, y requería una renovación diaria.

Coronando la cima de una fresca montaña no muy lejos de la ciudad, Green Kay yacía rodeada de un bosque por donde brotaban a gusto bromelias y aves del paraíso. El nuevo hogar de los Pasquier estaba acordonado por un balcón que abarcaba toda la estructura, menos la parte trasera, y que ofrecía una majestuosa vista de la Isla de la Gonâve hacia el oeste, la cual salía como una lengua protuberante de la boca del golfo. Las habitaciones de Amélie y Magdalene eran contiguas en la planta superior, y estaban decoradas con muebles de

madera criollos bellamente trabajados por artesanos que se mezclaban con piezas europeas, camas de canopes y ropa de cama del más fino hilo blanco llegados de Francia antes que la familia. Magdalene observó complacida que una mucama desempacaba su ropa, y abrió el ventanal que daba hacia el ala sur de la hacienda. Atrás había quedado París con su hollín, su polvo y su frío gris que agrietaba los huesos. Con una certeza firme como una sentencia, Magdalene supo que nunca regresaría a su patria.

La hacienda que proveyó Etoile Blanche para el ingeniero Pasquier incluía a cuatro trabajadores y una niña de bonificación. El personal constaba de dos hombres encargados del mantenimiento y la seguridad, Jesula —la mucama— y la cocinera, una mujer de unos treinta y cinco años de nombre Judeline, pero a quien todo el mundo llamaba Jude. La cocinera vivía en una pequeña casa de madera en la colina trasera de la misma propiedad con su hija de trece años, Lovelie, y con Jesula. Lovelie asistía a su madre cuidando el considerable huerto de la hacienda y corriendo los cinco kilómetros entre Green Kay y el pueblo con frecuentes diligencias, a veces más de una vez al día. Cuando Jude hizo el recorrido de recibimiento por la casa con Magdalene y Amélie, Lovelie se asomó por una esquina dejando entrever un ojo y sus pies descalzos detrás de una cortina. Amélie captó aquel solitario ojo curioso y le sonrió. Love apartó la cortina y se acercó a Amélie para llevarla de la mano hasta la cocina, donde Jude seguía narrando un monótono recital de datos domésticos.

— *Ah! C'est Love, ma fille* —dijo Jude al presentar a su hija cuando la vio llegar con Amélie de la mano. Sin que nadie se lo asignara, Lovelie, o Love, como la llamaba su madre, se adjudicó el papel de mejor amiga oficial de Amélie, y en cuestión de días las niñas acoplaron sus rutinas diarias. Love le enseñó todo lo que sabía sobre el cuidado del huerto, las peleas de gallos y la importancia de honrar a Bondye, o el buen Dios; por su parte, Amélie le enseñó a leer, y la introdujo al horóscopo y a la absenta, que robaban de vez en cuando en pequeñas cantidades de la habitación de Magdalene. Love era una fuente de fascinación constante para Amélie, y viceversa.

Una mañana, Love llevó a Amélie a una de sus playas escondidas, de arena tan fina que parecía azúcar, y los pies de la niña tocaron por vez primera las aguas costeras de Haití, de un tono hada verde, como el de la bebida. En un arranque de euforia, se lanzó de bruces al agua en lo llano de la orilla, justo en el momento en que Love recordó que nunca le había preguntado a su amiga si sabía nadar. Ante las carcajadas de felicidad de Amélie, descartó la preocupación.

—Entonces, ¿en París no hay playas? —le preguntó al rato Love mientras se tendían en la arena.

—No, sólo tenemos un río gris, el Sena. Cuando vengas a París

con nosotros te lo muestro, pero no tiene comparación con esta belleza —contestó Amélie con los ojos cerrados mirando el sol rojo a través de la cortina de sus párpados.

—¿Y qué hay en París entonces? —indagó Love, curiosa por la vida de Amélie antes de llegar a Puerto Príncipe.

—Pues muchos museos, catedrales, teatros, carruajes, construcción de trenes… construcción por todas partes. Creía que vivía en el lugar más hermoso del mundo, pero ahora pienso que éste es el paraíso.

—Quizá es un paraíso la parte de Haití que ves desde Green Kay, pero ése no es el Haití real —le contestó Love. Amélie abrió los ojos y observó a su amiga. Con apenas trece años, Love era una fascinante criatura de ojos sabios, larguísimas trenzas, piernas musculosas de tanto correr y una piel que imitaba al más fino terciopelo.

—¿Cuál es el Haití real?

—¿Quieres ver? —preguntó Love, mientras Amélie asentía resuelta. Love, diligentemente, se dispuso a mostrarle los rincones más íntimos de su ciudad, aquellos adonde pocos extranjeros podían a llegar.

Magdalene se sentía eufórica y libre en Puerto Príncipe. La amistad instantánea entre Amélie y Love se tradujo en largas horas de asueto para ella. Sin escuela formal, y mientras llegaba el tutor que Antoine buscaba, hasta la fecha sin éxito, Magdalene ya no tenía que madrugar ni estar pendiente de las comidas de Amélie, de las que se encargaba Jude, o de recogerla y llevarla a sus actividades. Por las mañanas, la niña desaparecía por la hacienda corriendo con Love por los caminos alfombrados de algarrobas, para reaparecer mugrosa al atardecer en un verano que parecía eterno. Sin perder tiempo, la niñera le pidió a Jesula que le enseñara a montar caballo para transitar por los angostos y enfangados caminos que conectaban a Green Kay con el centro del pueblo, y luego se dio a la tarea de explorar Puerto Príncipe en busca de vida social. Pronto se dio cuenta de que la vida nocturna de Puerto Príncipe era muy distinta a la de París, excepto para los hombres, que iban y venían de las barras y casas de fiestas procedentes de las enormes centrales de caña y café. Las mujeres, y particularmente las extranjeras *blancs* , no eran bienvenidas a la escena social haitiana, que se concentraba más en producción, exportación, religión y política que en los entretenimientos frívolos a los que estaba acostumbrada Magdalene.

Después de explorar varias semanas la nueva ciudad, concluyó

que los locales eran la llave lógica para entrar en el Haití que quería degustar. Puesto que a Magdalene se le daba más fácilmente manejar a los hombres que a las mujeres, decidió que su apuesta segura era Michel Geffrard. Michel era casado por la Iglesia católica, cosa que no era de la preocupación de Magdalene, quien no tenía planes de boda con él ni con nadie. En su ignorancia de la dinámica de las relaciones pasionales en aquella tierra desconocida, Magdalene calculó que aquello no tendría mayores consecuencias que la diversión.

La próxima vez que Magdalene divisó a Michel fue un domingo en misa, en la iglesia aledaña al lugar donde se edificaba la catedral de Nuestra Señora de la Asunción. La difunta Isabel Pasquier había sido católica practicante, pero su viudo y su hija eran católicos indiferentes y de visitas muy esporádicas a misa. Sin embargo, a su llegada a Puerto Príncipe, Antoine comenzó a acudir a la iglesia los domingos sin fallar acompañado de Amélie, Magdalene y Love. Pronto la niñera se dio cuenta de que el renovado entusiasmo por ir a misa no tenía nada que ver con la religión, pero sí con las imprescindibles interacciones sociales en la ciudad. Una vez terminado el servicio, los ingenieros, políticos, escritores, comerciantes y hacendados que asistían a la misa de las once de la mañana se encontraban en la plaza para intercambiar cigarros, chismes y conexiones. Ese domingo en particular, Magdalene observó que Michel asistió solo a la misa, para luego encontrarse con el ingeniero Pasquier al salir. Mientras conversaban, Magdalene se acercó con disimulo, sujetando a cada niña de una mano. Por lo que pudo escuchar, Eve Madeline, la esposa de Michel, estaba pasando un embarazo difícil y casi no salía de la casa. Antoine lo invitó a almorzar a la hacienda y Michel aceptó encantado.

Ese domingo Antoine cumplía treinta años, y Jude se había esmerado preparando un banquete típico de gastronomía haitiana servido en una larga y festiva mesa decorada con manteles blancos, fina porcelana y abundantes flores de la misma hacienda. Amélie y Love habían tejido guirnaldas con gardenias colocadas en las barandas de las anchas escalinatas que daban al balcón principal. Una cálida brisa hacía flotar las cortinas de lino, que se sacudían al viento saludando a los invitados cuando llegaban. Además de Antoine, Amélie, Magdalene y Michel, estaban presentes Andrew Roe, accionista principal de Etoile Blanche; dos ejecutivos de la compañía con sus esposas; el padre Louis, el párroco de la iglesia, y Mardochée, la matrona de la oficina parroquial y árbitro indiscutible del chisme en Puerto Príncipe.

El menú de la fiesta comenzó con una delicada sopa *joumou* de calabaza, plato que Jude escogió por ser conmemorativo de la abolición de la esclavitud, ya que a sus antepasados no se les permitía

consumirlo. A Jude le encantaba encontrar simbolismos mágicos en todo, y, sirviendo ese primer plato en aquella fiesta dominguera, percibió que la libertad fuera de Haití estaba cercana para alguien de su entorno. A la *soupe joumou* le siguió un *poulet rôti à la creole* , pollo relleno de plátanos, tan jugoso y con un balance tan perfecto entre el ligero dulce y el salado, que Antoine olvidó todos los *coq au vin* con los que había crecido en Francia. Mientras Jude presentaba plato tras plato, asistida por Jesula y Love, la conversación en la mesa fue bajando de volumen y se transmutó para desviarse primero hacia los exquisitos sabores que se revelaban ante los invitados, y luego hacia un silencio sabroso cuando el sentido del gusto finalmente acalló todos los demás.

No se habían recuperado del éxtasis del exquisito pollo, cuando apareció en la mesa la cabra asada con pimientos niños. Magdalene, quien había procurado sentarse al lado de Michel, cerró los ojos degustando un bocado y echó la cabeza ligeramente hacia atrás en deleite. Cuando se incorporó y abrió los ojos, Michel la miraba. Love sirvió entonces una gran ensalada de *pikliz* , un acompañamiento agrio con zanahorias, cebollas, pepinos y repollo rallado y fermentado, todo cosecha de su propio huerto. Mardochée, la primera que había hecho silencio para concentrarse en comer, se sirvió más *pikliz* y, cuando levantó la vista, vio que Michel miraba embelesado a la niñera, quien coqueteaba sutilmente con él.

Luego de retirarse los platos y refrescarse las bebidas, los comensales aplaudieron cuando Jude y Love entraron cargando un enorme *gateau au beurre* , un pastel de mantequilla, vainilla y ron coronado de crema de cacao y virutas de coco. Saciados y embriagados, los invitados se retiraron al salón principal a tomar café, fumar cigarros y escuchar la única sonata de Mozart que Amélie dominaba, y por cuyo aprendizaje su padre había pagado una pequeña fortuna. La ejecución de Amélie fue meramente pasable, pero el coñac y la buena compañía la hicieron sonar como un prodigio, así que la niña la repitió. Ya liberada de sus tareas en la cocina, Love se sentó al lado de Amélie a observar el vuelo de los dedos de su amiga sobre el teclado blanco y negro que le recordaba a ellas, a aquella amistad de terciopelo negro y seda blanca. Mardochée, por su lado, estaba en profunda conversación con el cura y las dos esposas de los ejecutivos de Etoile Blanche, mientras éstos charlaban con Antoine y comparaban cigarros. Con las niñas y el resto de los comensales entretenidos, Magdalene se acercó a Michel abanicándose lentamente.

—¿Qué tomas, Michel? —le susurró con las mejillas sonrojadas por el alcohol.

—Coñac. ¿Por qué susurras? —le preguntó Michel mirándola con curiosidad.

—Porque te voy a ofrecer algo mejor, que no es exactamente legal. Bueno, en Francia lo es, pero no sé aquí.

—Intrigante.

—¿Has probado la absenta?

—Un par de veces en fiestas de los jefes, pero es difícil conseguirla aquí. Es una bebida mítica. ¿Cómo es posible que tengas?

—Traje algunas botellas de contrabando conmigo. Tengo contactos familiares en un bar de París. Al ritmo que las llevo, no van a durar mucho. Si quieres probar, ahora es el momento. ¿Vienes? —dijo Magdalene comenzando a caminar hacia el ala opuesta de la residencia, donde estaban las escaleras que conducían a las habitaciones. Michel miró sus caderas ondulantes bajo el rígido vestido amarillo que llevaba, y la siguió luego de comprobar que nadie les prestaba atención.

—Espérame ahí en la biblioteca. No tardo. —Y con eso desapareció escaleras arriba para reaparecer a los pocos minutos en la biblioteca con dos copas de absenta, agua y azúcar. Michel probó el brebaje y sonrió.

—Vaya niñera interesante. ¿Qué más trajiste de contrabando?

—Mostrarte el resto me tomará más tiempo. Pero no hay prisa. Cuéntame, Michel, ¿en qué se entretiene la gente por aquí? —Magdalene tomó un sorbo lento y deliberado sin dejar de mirarlo. Michel la imitó y la absenta le supo a problemas que no tenía la intención de evadir.

CAPÍTULO III

PUERTO PRÍNCIPE, 1888

A finales de agosto del siguiente año Puerto Príncipe se tornó húmedo y pegajoso. Magdalene y Amélie descartaron los corsés de sus rígidos vestidos, tan de moda en París y tan innecesarios en aquellas tupidas montañas caribeñas, y adoptaron una versión de la vestimenta que usaban a diario Jude, Love y Jesula: trajes anchos de hilo o algodón hasta los tobillos, de cómodas mangas largas que protegían del sol y los mosquitos, botones a lo largo y frescos refajos. Magdalene también

adoptó la estética de los accesorios de las mujeres locales y comenzó a usar collares trabajados en cáscaras de coco y caracoles, además de flores en sus rizos.

Para esas fechas, Antoine llegó a la hacienda con *monsieur* Tauran, el esperado tutor que le había costado casi un año encontrar. *Monsieur* Tauran era un haitiano alto, de espejuelos gruesos y ojos amables. Tauran tendría a su cargo los estudios de Amélie en matemáticas, historia y literatura, añadiendo inglés y castellano. Magdalene comprendió entonces por qué se le había dificultado tanto a su patrón conseguir a un tutor: en realidad buscaba a un maestro políglota.

—¿Castellano? ¿Inglés? ¿Para qué? —protestó alarmada Amélie ya olfateando una avalancha de trabajo escolar que no tenía ánimos de asumir en aquel paraíso. En su opinión, el tiempo en Haití debía dedicarlo a divertirse con Love y descubrir el lugar, no a estudiar. Claramente, su padre difería.

—Amelia —intercedió *monsieur* Tauran llamándola por su nombre en español, como lo hacía Antoine—, en el Caribe hay muchas otras islas, además de ésta. Aquí al lado tenemos a nuestros vecinos de República Dominicana y Cuba, que hablan castellano, y un poco más al oriente está Puerto Rico. En otras islas se habla inglés, al igual que en el norte. Debes dominar estos idiomas, porque tu padre pronto viajará por todo el Caribe. Ya empecé a enseñarle castellano a él también. Ya verás que se te hará fácil. Es un idioma romance, igual que el francés —explicó Tauran. Magdalene escuchaba sin perder detalle de lo que acababa de revelar Tauran sobre los planes futuros de su patrono.

—En ese caso, *monsieur* Tauran, espero que no le importe si me uno a las clases de Amélie cuando le enseñe español e inglés. Debo prepararme para hacer bien mi trabajo en otras islas —sugirió Magdalene. A Antoine y a Tauran aquello les pareció prueba de la "dedicación" de Magdalene, mientras Amélie miraba atónita la escena. Magdalene y ella eran socias, y solían coordinar estrategias en asuntos neurálgicos como éste. Ahora, sin el apoyo de su niñera, no veía cómo zafarse de Tauran.

—Pues, entonces, quiero que Love también asista a las clases —dijo Amélie buscando compensar de algún modo las largas horas que no podría pasar con su amiga en el huerto, en la playa o corriendo a caballo—. He estado enseñándole a leer y escribir desde el año pasado y aprende rápidamente, pero creo que con *monsieur* Tauran le iría mejor. —El padre y el tutor se miraron entre sí encantados con la generosidad de Amélie, y accedieron de inmediato. *Monsieur* Tauran se despidió aquel jueves de agosto dejando por escrito el calendario diario de clases, y se comprometió a comenzar formalmente el lunes

siguiente. En cuanto estuvieron a solas, Amélie se volteó indignada hacia Magdalene.

—¿Por qué no me ayudaste, Magda? ¡Con esa cantidad de clases no podré salir nunca más! —comenzó a llorar Amélie. Magdalene la abrazó y la besó en el tope de aquellos cabellos color bermellón.

—Tranquila, *ma poupée* . Vamos a sentarnos en la terraza —dijo la niñera consolando a su niña, que lloraba con la hipérbole dramática de sus doce años—. Escúchame. Haití parece ser sólo una primera parada para tu padre. Antoine es ambicioso y eso es bueno para nosotras. Su trabajo, lo que hace, es de mucha importancia en estas islas y eso le da mucho poder. Ese poder será nuestro algún día, pero tenemos que prepararnos ambas para sobrevivir adonde vayamos. Hazme caso, que soy experta en eso de sobrevivir, y veo cosas mejores en el futuro —le aseguró Magdalene.

—¿Mejores? ¿Qué puede ser mejor que Puerto Príncipe? —le preguntó Amélie con ojos llorosos.

—No lo sé, Amélie. No conozco el resto del Caribe, pero no pensabas que podía haber algo mejor que París, y ahora adoras vivir aquí. Ya verás, cariño. Tú y yo saldremos bien en cualquier sitio mientras estemos juntas —respondió secándole las lágrimas. Esa misma tarde, Amélie le dio la noticia a Love, quien saltó y abrazó a su amiga ante la oferta de las clases con el nuevo tutor.

—Me alegra que te guste la idea, pero te adelanto que estudiar con un tutor es muy aburrido.

—No será aburrido si estamos juntas. ¡Será fantástico! No creo que se me dé otra oportunidad como ésta. ¿Entonces comenzamos el lunes? Pues vamos a hacer algo especial para despedir el verano. —Al día siguiente, Love le aconsejó a Amélie que pidiera algún dinero y permiso para ir al pueblo a comprar materiales escolares. Magdalene, que normalmente hubiera hecho ella misma la diligencia, les dio dinero de sobra y accedió sin preguntar mucho.

—Las acompaño hasta el pueblo. Love, ¿te puedes encargar después? Sabes mejor que yo dónde comprar lo que necesitan, y tengo otras cosas que hacer. —Amélie y Love asintieron sin creer en su buena suerte. Una vez en el pueblo, Magdalene les instruyó llegar antes del atardecer, cuando por lo general Antoine regresaba a la hacienda, a menos que tuviera alguna actividad en el pueblo.

—Si se encuentran con alguien conocido, especialmente Mardochée, digan que estoy con ustedes y que me aparté por un momento a comprar algo. Confío en tu juicio, Love. Si llegan a Green Kay y no he regresado, digan que me quedé haciendo unas compras, *oui* ? —Y, con eso, Magdalene se despidió cruzando de prisa la plaza hacia el norte, para luego desaparecer por un callejón cercano a la construcción de la catedral.

—Vamos por aquí —dijo Love. Las niñas hicieron una parada en la tienda de abastos del pueblo, donde compraron papel y lápices, frutas, chocolate, media botellita de ron y dulces de coco. Cuando salieron a la plaza saboreando los dulces, el sol las cegó. Las herraduras de los caballos sonaban como castañuelas contra los polvorientos caminos del pueblo, mientras un ejército de hombres colgados en diversos puntos del esqueleto de la catedral protagonizaba un espectáculo de malabarismo amenizado por un concierto de martillazos. Love echó a andar fuera de la plaza adentrándose en uno de los barrios de casitas con pisos de tierra. Amélie se escondió la melena roja bajo un ancho sombrero de paja y la siguió con la tranquilidad de quien ya había andado antes por aquellos vericuetos. Entraron en fila india como duendes por un estrecho callejón entre dos casas. Luego de un par de virajes por aquel laberinto, un ruido gutural comenzó a escucharse a lo lejos, y su volumen fue en aumento hasta que una ola de voces las arropó cuando llegaron a un oasis de espacio en medio de aquel panal de casas. Allí se levantaba la estructura mayor de la barriada, pintada de rojo y negro, de forma redonda, y con una arena en el medio donde se desarrollaba una sangrienta pelea de gallos.

Las niñas brincaron encima de unos cajones de madera cercanos para ver desde arriba la acción en la arena de la gallera. La pelea de ese día era especial. Cada gallo había sido equipado con espolones artificiales de carey para herir a su oponente más fácilmente. Docenas de hombres se desgañitaban vitoreando al gallo por el que habían apostado. Las pieles sudadas se mezclaban con la saliva que expedían al gritar en una orgía de adrenalina y humedad. Amélie lo observaba todo en trance. El abandono casi sensual de aquella vorágine humana contrastaba dramáticamente con el rígido mundo parisino donde se había criado y que ahora le parecía lejano y desabrido. Love la llevaba con frecuencia a las peleas de gallo del barrio Éboulis, donde ella y su madre habían vivido antes de mudarse a la hacienda, y donde aún vivía *grann* Siara, su abuela.

—Un *gourde* a Diablo —dijo Amélie, y puso su moneda de apuesta sobre la madera de la caja donde estaban encaramadas.

—Cacao a Pata de Plata —contestó Love y dejó un pedazo de chocolate sobre la moneda de Amélie. Ambas miraron la pelea concentradas en silencio mientras el rugido de la multitud estremecía la montaña de cajas donde estaban sentadas. Las plumas de los gallos parecían tejidas con hilos dorados cuando desplegaban las alas y atrapaban los rayos de sol. A los pocos minutos Pata de Plata masacró a Diablo en una sangrienta reyerta en la arena. Love colocó sus índices en cada comisura de la boca y soltó un potente pito en celebración. Se echó al bolsillo el cacao y el *gourde* , y cayó de pie en el piso de polvo

con un ágil brinco.

—Vamos a casa de Siara. —Ambas zigzaguearon entre los hombres arremolinados en la gallera y salieron por el mismo callejón por el que habían llegado. Unos minutos más adelante, se detuvieron en una casa de madera con techo de paja y se asomaron por la entrada, entreabierta y con un largo pedazo de tela que ondeaba al viento. Adentro, en un espacio más grande de lo que aparentaba desde el exterior, la abuela de Love atendía a una clienta.

—Trae una cuchara de madera, una cebolla verde, una botella de agua aromática y otra de ron, tres velas y una bolsa de *poud pa janbe.* —Amélie interrogó a Love con la mirada. Love se encogió de hombros y le tradujo del creole al francés lo mejor que pudo: polvo de "aquí no cruzas". Amélie había captado rápidamente el creole haitiano, hermano afrocaribeño del francés, pero frases malabarísticas como aquel polvo aún se le escapaban.

—Lo más importante: trae un gallo joven. No regatees, que luego lo comemos. Sabes que en el vudú no desperdiciamos nada. Mi vecina puede ayudarte. Tiene un gallo de plumas rojas y mucha energía. Trae ése y regresa mañana —siguió instruyendo Siara. La clienta era una mujer joven, de elegancia innata y muy bien vestida, lo que indicaba que no era de Éboulis. Diligentemente, anotó todo, colocó una considerable bolsa de monedas en la mesa frente a Siara y se puso de pie dándole las gracias. Amélie y Love entraron sólo cuando la mujer salió.

— *Entrez, pitit fi* —dijo Siara abrazando a su nieta mientras balanceaba un cigarro en la boca. Luego puso su atención en Amélie, a quien tomó de la mano—. ¿Qué te pasa Amélie?

—No le pasa nada, *grann* . Al contrario. Me dio la buena noticia de que su tutor también me enseñará a mí. Y no sólo eso, aprenderé castellano e inglés —le narró Love eufórica a su abuela poniéndole delante la media botella de ron que había comprado. Siara la abrió y tomó un largo sorbo, sin dejar de mirar a Amélie.

—¿No estás contenta, Amélie?

—Claro que sí. Yo misma se lo pedí a mi padre. Lo que me preocupa es que Magda piensa que *papa* tiene planes de irse de Haití algún día, y por eso quiere que aprenda otros idiomas. Si Magda lo dice, debe de ser cierto, y no quiero irme de aquí —dijo Amélie bajando la vista descorazonada.

—No hay por qué dejar al azar las cosas importantes, Amélie. Si te vas algún día, las loas y yo podemos ayudarte a que te lleves lo que más quieres de Haití, y a que te acompañe para siempre —le dijo la *mambo* , quien de algún modo logró tomar otro sorbo de ron y expedir humo de cigarro por la nariz simultáneamente. En el año que llevaba en Puerto Príncipe campeando por la libre con Love, las visitas

frecuentes al santuario de Siara y las peleas de gallo en Éboulis eran las actividades favoritas de Amélie. Era tan asidua a corretear por el barrio, que ya los parroquianos se habían acostumbrado a ver su tez de niña *blanc* por allí cada dos por tres, siempre acompañada de Love. Cuando llegaba al *hounfor* o santuario vudú de Siara, absorbía como una esponja los significados de los ritos y la belleza simbólica de los conjuros de la *grann* . Mientras Siara flotaba por el recinto convocando loas, contabilizando materiales y mezclando hierbas, Amélie, quien la seguía, dejaba un torrente de preguntas suspendidas en el aire como ristras intranquilas, hasta que la venerable *mambo* las contestaba soltando velos de humo de cigarro.

Fue Siara quien colocó en el corazón de Amélie la curiosidad, y con el tiempo el respeto y el amor por el vudú.

—El vudú es lo que une al pueblo haitiano en las crisis, y nos salva de la desesperanza, que cargamos como una condena —le había dicho Siara al poco tiempo de conocerla. La *mambo* le contó que el vudú haitiano no era sólo una religión traída por los esclavos africanos en la antigua colonia francesa, "sino una manera de conectarnos al mundo, a las fuerzas de la naturaleza y a la energía vital". Todo aquello le hizo más sentido a Amélie que tragar una hostia los domingos y obligarse a creer que comía, literalmente, el cuerpo de Cristo. Entre los extraños simbolismos católicos y el fascinante catálogo de loas del vudú, útiles para cada necesidad, prefería el vudú, sin duda. El único referente religioso que había tenido Amélie en su corta vida lo conformaban las biblias y los rosarios heredados de su madre, junto con el indiferente catolicismo de su padre, pero ello fue suficiente para que la niña captara la fascinante argamasa creada por los haitianos con el fin de armonizar el vudú con el catolicismo. Era común en todas las estratas de la sociedad de Puerto Príncipe acudir los domingos a misa, y, acto seguido, a un *hounfor* para consultar a una *mambo* , si era mujer, o a un *hungan* , si era hombre.

El *hounfor* de Siara era el más venerado y próspero de Éboulis. Las paredes estaban cubiertas de docenas de *drapo Vodou* o banderas de vudú, cada una dedicada a una loa y exquisitamente trabajadas en pedrería, cintas y hasta caracoles. Consistía en un *péristyle* , un espacio abierto con un techo de paja sostenido por columnas coloridas; en el centro, el *poteau-mitan* de las danzas rituales sagradas simbolizaba el camino recorrido por los espíritus desde la lejana África. Los días en que no celebraba ceremonias, Siara utilizaba el *péristyle* para atender enfermos, hacer cirugías menores o alojar a algún cliente que viajaba de lejos para verla. El santuario era un panal de actividad constante donde se curaban enfermedades reales o sobrenaturales, se hacían consultas de adivinación y se vendían polvos mágicos y talismanes.

—¿De verdad me ayudarías, *grann* ? —preguntó Amélie abrazando a la sacerdotisa. Siara miró aquella carita suplicante. Sabía que el corazón de Amélie y el de Love eran del mismo color y vibraban en la misma frecuencia. También sabía que vientos de tormenta se acercaban.

—Por supuesto, Amélie. Me guía la sabiduría de Bondye, que me ha preparado para este momento. Si tu corazón pide lo que desea con devoción honrando a los espíritus ancestrales que nos protegen, tu pedido será escuchado. Ven. —Y echó a andar hacia el patio seguida por las niñas. Allí estudió a varios gallos ya purificados que tenía en jaulas; agarró a uno y le indicó a Amélie y a Love que la siguieran a la *chambre des mystères* , donde estaban los altares de las loas (intermediarios entre Bondye y los humanos), junto al *péristyle.* Las niñas entraron en silencio y se acomodaron en cuclillas, hipnotizadas ante la rara invitación a aquel recinto sagrado, reservado para grandes conjuros e iluminado con docenas de velas y objetos de incalculable valor: piedras sagradas, estampas, botellas de aguardiente y remedios preparados con hierbas. Siara acomodó lo que necesitaba para el dibujo de petición a la loa, guardó al resignado gallo en otra jaula más pequeña, y colocó algo de comida y un vaso con ron en el altar. Con manos expertas, hizo una mezcla de borra de café con polvo del fogón y comenzó a dibujar en el piso de tierra con la intención de atraer a la loa escogida para hacer su petición y ofrenda. Amélie conocía los pasos del rito en teoría, pero nunca había sido testigo del hechizo embriagante que salía de las manos de Siara.

—Legbá, guardián de las puertas y de la entrada a este *hounfor* , te invoco para que seas intermediario ante los dioses. Abre la barrera que separa a este mundo de mortales del mundo trascendente. —La voz de Siara sonó como un trueno. Amélie sabía que ésta era la primera loa que se invocaba como preámbulo, para llamar a la próxima que entraría en juego en el ritual. Era el mismo proceso mediante el cual los católicos pedían a diversos santos que intercedieran ante Dios.

—Marassa, que guardas a los gemelos sagrados del vudú, derrama tu abundancia y bendiciones sobre mis dos nietas, la negra y la blanca, que te presento hoy. Marassa, tú representas lo sagrado de la familia. Mantén unido lo que no se deba separar. —Entonces, para sorpresa de Amélie y Love, la *mambo* comenzó a invocar a la Sirena. Las niñas se miraron entre sí. La loa Sirena era conocida por su poder para atraer la suerte y el dinero de la profundidad del océano. Todos los tesoros que nacían a través del océano, en sus profundidades o al cruzarlo, eran de ella. Amélie miró a Siara sin comprender. No necesitaba más fortunas y mucho menos allende los mares. Entonces, Siara cerró los ojos y comenzó a danzar mientras recitaba

invocaciones a la deidad. Sacudía las caderas con abandono, y con los brazos clamaba a los cielos. Amélie absorbía cada movimiento en éxtasis. Como poseída por su loa, Siara comenzó a tocar uno de los tambores mientras remeneaba sus hombros, cabeza y caderas. Amélie miró alarmada a Love, pero sólo vio reverencia en el rostro de su amiga, así que devolvió la atención a Siara. La *mambo* paró de tocar los tambores luego de unos minutos y, sin dejar de cantar, agarró al gallo que había guardado en otra jaula más pequeña en el altar. Con un movimiento preciso, degolló al ave, y, alcanzando un clímax en sus cantos, salpicó a las niñas con un rocío de sangre que las alcanzó como un látigo viscoso. Amélie contuvo la respiración, mientras las gotas de sangre le bajaban por las mejillas. Con manos expertas, Siara separó las partes del gallo que servían para la ofrenda, incluso la sangre, que vertió en una jigüera ovalada. En el altar depositó la cabeza, las patas, la cola de plumas, los intestinos y los genitales. El resto lo empaquetó para cocinar.

—Ve tranquila, Amélie. La Sirena y Marassa te acompañarán —le dijo *grann* y se retiró a la cocina. Amélie respiró profundo intentando bajar el ritmo de sus latidos y miró a su amiga, que tenía la carita igualmente salpicada de sangre. Love extendió su mano y con un dedo regó la sangre del gallo por el rostro de Amélie dibujando una serpiente roja que le surcó la cara del oeste al este, como la ruta en un mapa. Amélie sonrió y supo que Love iría con ella adonde la llevara el destino. Los espíritus de Siara se encargarían.

Magdalene abrió los ojos desorientada. No había planificado quedarse dormida, pero allí estaba, desnuda junto a Michel Geffrard, en la pequeña choza de playa donde se encontraban tantas veces en la semana como las responsabilidades de cada uno lo permitieran. Ese día no habían quedado en verse, pero los planes de las niñas le liberaron el día, y no pudo resistir el aviso a Michel. Miró el cuerpo desnudo a su lado, que respiraba bocabajo al ritmo de las olas que rompían más abajo en la playa. Por el largo surco que dividía su espalda en dos montes musculosos de piel sedosa bajaba indolente una gota de sudor. Magdalene la tocó y se la llevó a los labios. Calculó que un par de horas atrás las niñas se habían despedido de ella en el pueblo, y a juzgar por el sol brillante que entraba en la cabaña, debía ser mediodía. Se levantó del catre y salió al exterior, desnuda como estaba. En sus frecuentes visitas allí con Michel nunca había visto a otro ser humano por los alrededores. Se lavó la cara y las axilas pobladas de vellos rubios con el agua dulce de una jigüera, trenzó su

indomable maranta y comenzó a vestirse sin mucho apuro. Cuando terminó, encendió un medio cigarro que había dejado Michel en la arena y exhaló. Quizá este encuentro impromptu no había sido una buena idea. Esa mañana, cuando Magdalene salía de la oficina de Michel en el pueblo luego de avisarle, se encontró de frente con Mardochée, y sólo por una fracción de segundo evitó que la matrona del chisme viera a Michel bajar las escaleras detrás de ella. Michel escuchó el saludo a Magdalene en esa inigualable voz estridente y permaneció oculto en las escaleras del segundo piso. Errores crasos como ése no estaban en los planes de la niñera.

Sin hacerse de rogar, Michel había brincado ante la oportunidad de un *affaire* con Magdalene, pero, para fastidio de la niñera, a él no parecía importarle demasiado ocultar el romance, a pesar de estar próximo a ser padre por segunda vez con su esposa Eve Madeline, quien estaba tan delicada en este segundo embarazo como en el primero. A Magdalene, sin embargo, sí le importaba mucho mantener a su amante en secreto. Había luchado por años para salir de una oscura barra de París hasta llegar a la vida hedonista que le ofrecían los Pasquier, y no tenía planes de poner su futuro en peligro. Miró el horizonte de la playa clara y respiró su sal mezclada con el humo del tabaco.

Su relación con Michel se había extendido por un año y era hora de ir pensando su fin. El lunes siguiente comenzaría sus clases con el nuevo tutor, y tenía particular interés en averiguar los próximos planes de Antoine, de los que dependía también su futuro. De pronto, su espacio se llenó con asuntos importantes, y, por tanto, ya Michel no cabía allí. Una lástima, pensó. El lugarteniente de los dueños de Etoile Blanche era, por mucho, el amante más creativo y desinhibido que había tenido hasta la fecha. Ahora sólo restaba despedirse de él diplomáticamente usando el argumento del nuevo parto de Eve Madeline. Además de las clases con el tutor y del susto de ese día en el pueblo, Magdalene ya sentía en el estómago el nudo del instinto, que le susurraba que estaba en terreno peligroso y era hora de retirarse sin atraer mayores complicaciones. Magdalene había aprendido desde muy joven a no ignorar ese instinto. Caminó de vuelta a la choza y se inclinó sobre el catre improvisado donde dormía Michel para darle un beso de despedida, cuando, súbitamente y sin pestañear, él abrió los ojos. Magdalene soltó un grito y brincó del susto, mientras él se echó a reír de buena gana.

—Imbécil, casi me matas —protestó Magdalene. Michel respondió riendo más fuerte y halándola por un brazo hasta que cayó encima de él—. Me marcho. Las niñas deben estar por llegar a la hacienda. —Michel la ignoró y comenzó a besarla por el cuello mientras deslizaba una mano debajo de sus enaguas. Una última vez,

pensó Magdalene, para cerrar con broche de oro.

Eve Madeline Geffrard quería correr para salir lo antes posible de Éboulis, pero se obligó a caminar con pausa; ya se había arriesgado lo suficiente saliendo de la casa para ver a Siara. El último callejón de la barriada por fin la escupió con una nube de polvo en la carretera que llevaba al centro. Enfiló hacia la tienda de abastos cerca de la plaza con la lista de la *mambo* en mano. Sabía que Michel no llegaría hasta tarde en la noche, y que desde la llegada de los Pasquier a Puerto Príncipe había dejado de ir a la casa para almorzar. Eve podía marcar con precisión en su calendario el día en que comenzó a perder a su marido: un año antes, en el cumpleaños de Antoine Pasquier. Desde esa tarde algo visceral cambió en el tejido matrimonial de la pareja. Había pasado a un segundo plano para Michel, y su sensación de abandono y el resentimiento eran un tumor que crecía como gemelo de la segunda criatura que cargaba en el vientre.

Eve Madeline Dessalines-Geffrard era la hija del poderoso ministro de Cultura de Haití, Daniel Dessalines, quien nunca vio con entusiasmo la unión de su refinada hija con "un peón de Etoile Blanche", cuando podía aspirar a casarse con uno de los hijos del presidente, amigo íntimo de la familia Dessalines. Pero el empeño de Eve en casarse con Michel no tuvo que ver con un episodio de rebeldía hacia su padre: sencillamente se había enamorado. Eve Madeline pertenecía a la clase más privilegiada de Haití —educada, adinerada, con acceso al intercambio continuo de ideas progresistas y tertulias con las mentes más brillantes de Puerto Príncipe—, pero esa misma ventaja le aniquilaba el interés por los hombres comunes de su edad, a quienes encontraba superficiales, toscos y dominantes.

—No te engañes, Eve —le decía con resignación su madre—, eso es cierto de todos los hombres, no sólo de los de tu edad. Alguno tendrás que escoger. —Pero Eve no tenía planes de conformarse con cualquiera. Le bastaba con mirarse en el espejo de sus amigas, de su mismo rango social, pero casadas y miserables con hombres inferiores a ellas. A los veinticinco años, Eve Madeline ya era ayudante del vicepresidente cuando conoció a Michel Geffrard. El encuentro se había dado en una reunión con ejecutivos de la azucarera que negociaban con el gobierno el desarrollo de unas tierras colindantes con la República Dominicana. Inicialmente, Michel le pareció algo impertinente, pero luego de un par de citas descubrió en él a un hombre apasionado, ambicioso, trabajador y con un gran sentido del humor. Con treinta y tres años, era lo suficientemente mayor que ella

como para parecerle interesante, y su independencia económica le ayudaba a Madeline a pensar que no buscaba su fortuna. El noviazgo, la hermosa boda con recepción en el Palacio Presidencial y los primeros dos años de matrimonio habían sido todo y más de lo que Eve soñó. Para colmar su dicha, poco después del segundo aniversario de bodas supo que estaba embarazada.

Su vida idílica terminó ahí abruptamente. Desde el inicio, su embarazo fue una pesadilla de vómitos y náuseas constantes, y sus niveles de energía se desplomaron. Perdió peso en vez de ganarlo, y su médico de cabecera y hasta la misma Siara, a quien consultaba hacía más de una década, le ordenaron reposo absoluto. Eve accedió, y se preparó para los interminables meses que le esperaban encerrada en la casa.

Una noche, a las dos semanas de guardar cama, Michel llegó a la hora de la cena como de costumbre y la entretuvo mientras comían con la historia de la llegada del joven ingeniero francés Antoine Pasquier, quien venía acompañado de su hija y una *au pair* . A partir de esa noche Michel comenzó a faltar de vez en cuando a cenar mientras ayudaba a los Pasquier a acomodarse en la hacienda y acompañaba a Antoine a familiarizarse con centrales, almacenes, maquinarias y cañaverales fuera de la ciudad. Un domingo Michel acudió solo a la misa de las once de la mañana por petición de ella misma, a rezar por su embarazo. No regresó a almorzar ni apareció durante el resto de la tarde. Cuando llegó ebrio en la noche dando como excusa el cumpleaños de Antoine, su aliento expedía el aroma de un licor dulce y el olor almizclado de otra mujer. Con un agudo instinto que no dejó espacio a dudas, Eve supo que se trataba de la niñera.

Los hombres en Haití tenían rutinariamente *affaires* con mujeres *blancs* de menor rango, como Magdalene, al igual que los hombres blancos eran tan adeptos a las negras caribeñas que produjeron la raza *creole* . Eve había pensado hasta ese momento que su matrimonio y circunstancias estaban por encima de aquellas prácticas sexuales pedestres. Claramente no lo estaban. Lo que era peor, se sentía humillada socialmente, ya que Michel no ponía particular empeño en esconder sus amoríos con la *au pair* . Luego de un breve periodo de tregua tras el nacimiento de su primogénito, Pierre Michel, su marido retomó su rutina de llegar cada vez más tarde a la casa. Se negaba a dar explicaciones más allá de estar atendiendo “asuntos de trabajo”, a menudo llegaba con arena en los zapatos, y su descartada ropa interior despedía con frecuencia el inconfundible aroma del sexo. Comenzó a tener violentas peleas a gritos con Michel, pero sólo logró que éste dejara de ir a dormir a la casa, por lo que desistió de esa estrategia. La humillación final que impulsó a Eve a salir de la casa en

su delicado estado para ver a Siara a pesar de los riesgos fue la inesperada visita de Mardochée esa mañana.

—Sabes que soy la mujer más discreta de Puerto Príncipe, Eve —empezó la insufrible chismosa del pueblo, mientras abanicaba su amplio pecho y tomaba asiento sin ser invitada—, pero te conozco desde niña y mi amistad con tu familia va por encima de todo. Debes saber que tu marido no parece andar en buenos pasos. Lo acabo de pillar mientras salía de su despacho con la Magdalene esa, que se supone que cuida a la hija del ingeniero Pasquier, pero en realidad se la está pasando de maravilla con tu marido. Michel trató de ocultarse en el piso superior, pero cuando pensaron que me había marchado, lo vi bajar y encontrarse con ella. Alístate, mujer. A nadie le convienen los problemas que esto pueda traer en la casa del ingeniero Pasquier —le dijo jadeante Mardochée, como si Eve fuera responsable de la conducta de Michel. Quiso abofetearla por su insolencia, pero sus impecables modales se lo impidieron.

En cuanto logró deshacerse de ella, se retiró a la habitación matrimonial y se recostó en la cama posando una mano sobre su vientre, que apenas comenzaba a crecer con el embarazo. En su actual estado sólo tenía una opción, ya que no deseaba involucrar a su padre, al menos hasta que le llegaran las noticias por conducto de Mardochée u otro chismoso del pueblo. Luego de unos minutos, se cambió con la ropa menos llamativa que encontró en su armario, tomó su bolso asegurándose de tener suficiente dinero, y llegó hasta la cocina. Lula, la criada, le cantaba arrullos a Pierre Michel mientras tomaba café distraída. Eve se retiró sin hacer ruido. Colocándose un sombrero de ala ancha, salió a la calle y enfiló hacia Éboulis. Siara era su esperanza. La *mambo* le rogaría a Ercilí, la diosa del amor y la lujuria, que le devolviera a Michel. Ése sería el primer pedido para Siara. El segundo tomaría más persuasión y dinero: deseaba invocar a la loa Marinette, una de las más peligrosas, violentas e impredecibles en el panteón vudú. Era una de las grandes hechiceras, y pocas *mambo* se atrevían a pronunciar su nombre. No le bastaría con tener de vuelta a su marido. Quería ver a Magdalene rugir de dolor y sangrar su injuria, y sabía que Marinette no le fallaría.

Al salir del santuario de Siara en Éboulis, se topó con dos niñas, una negra y una *blanc* , una combinación inusual en aquel barrio. En su distracción ensimismada y desconociendo las conexiones personales de Siara, no sospechó que la niña con un sombrero de paja que había entrado apresurada para ver a la *mambo* era quien había traído consigo a Haití la maldición que era Magdalene.

CAPÍTULO IV

PUERTO PRÍNCIPE, 1888-1890

La llegada de *monsieur* Tauran a Green Kay le devolvió al hogar de los Pasquier el rigor de los horarios, las clases, las tareas y la necesidad de comer e irse a la cama a horas razonables. Tauran procedió a convertir la biblioteca de Green Kay, que contenía más planos que libros, en un improvisado salón de clases para Amélie, Love y Magdalene, y los cuatro pasaban los días estudiando diversas materias y practicando castellano e inglés. Tauran también acudía varias noches a la semana a practicar los idiomas con el ingeniero Pasquier, con quien había comenzado las lecciones antes que con Amélie.

Magdalene, tardíamente preocupada por sus indiscreciones y, si llegaban a oídos de Antoine, las posibles consecuencias, abrazó la nueva rutina con entusiasmo utilizándola como escudo y excusa para cortar en seco sus encuentros con Michel. Hallaba el inglés difícil y el castellano imposible. La frustró ver la facilidad con la que Amélie y Love comenzaron a hablarse con frases en castellano a las semanas de haber comenzado sus lecciones, mientras que a ella todo le parecía un jeroglífico. Puesto que Magdalene a duras penas dominaba la escritura y la lectura de su lengua materna, otros idiomas se le hacían doblemente difíciles. Pero la *au pair* no tenía planes de darse por vencida, y permanecía hasta tarde cada noche estudiando a la luz de un quinqué mientras el resto de la casa dormía arrullada por el canto gutural de los sapos.

Fue una de esas noches, a los dos meses de haber comenzado las clases con Tauran, cuando interrumpió sus estudios noctámbulos para abrir otra ventana en su habitación que aplacara el calor. Llevando el quinqué consigo, abrió las celosías y entonces divisó a Michel abajo, inmóvil, con la mirada hacia su ventana. A la luz de la luna llena, su silueta evocaba una aparición. Michel dio unos pasos y se acercó a la ventana con los ojos apuntando hacia arriba, a la figura de Magdalene en la segunda planta. Se encontraron con los de ella por un eterno minuto preñado de deseo. Finalmente, ésta movió su cabeza de lado a lado, se apartó de la ventana, cerró la celosía y caminó lentamente hacia la cama. La niñera se acostó, y como lo había hecho Eve en otra cama dos meses antes, puso una mano sobre su vientre. En ese momento notó que no había sangrado aún desde su último encuentro con Michel aquel día de la choza de playa, cuando le hizo el amor por

última vez.

Antoine Pasquier apenas podía creer en su buena fortuna. Aunque había trabajado puntillosamente en su plan por años, sus gestiones en Haití le estaban abriendo más puertas de las que había calculado y cada vez veía más cerca su meta: tener sus propias tierras de caña, una central y un buen sistema de distribución por el Caribe.

Fue en la central azucarera principal de Etoile Blanche, a una hora de la capital, donde Antoine conoció al joven Mateo Tesara, quien desencadenaría la extraordinaria serie de eventos que lo llevarían a convertirse finalmente en dueño de los soñados cañaverales por los que había emigrado a las Américas. Mateo había llegado a Haití en busca de inversores que quisieran desarrollar junto a él parte de los vastos y desatendidos sembradíos de caña que existían en una isla contigua al este de La Española, llamada Puerto Rico. Los dueños de Etoile Blanche ya tenían casi un monopolio que corría sin problemas en Haití, y no estaban muy convencidos de invertir en una colonia, por lo que le dieron una recepción tibia al joven. Antoine, en cambio, no perdió la oportunidad de invitarlo a una cantina del pueblo para tomar unas copas al final de la jornada. Allí supo que Mateo y su familia eran dueños de la hacienda Santa Ana, ubicada en un lugar llamado Cabo Rojo, al oeste de esa otra isla.

—Mi hacienda no es la más grande, pero está bien equipada y se sitúa estratégicamente al lado de una enorme central azucarera de nombre Santa Bárbara que muele buena parte de su producción de caña en nuestro trapiche. También depende de nosotros para transportar su producción. El dueño de Santa Bárbara, José de Dios Reyes Badillo, heredó la hacienda y tiene más tierras de las que desea. La zona es costera y una salida natural hacia las islas al oeste. Hay enormes oportunidades allí —le narró Mateo.

—¿Y llegaste hasta Haití para buscar inversores? ¿No los hay en Puerto Rico o en Dominicana? No puedo imaginar que la travesía hasta aquí fuera fácil —indagó el ingeniero francés con el rudimentario español que ya había aprendido de Tauran. Mateo pidió otra ronda de tragos.

—Digamos que los españoles y yo no nos llevamos bien. Llegué hasta Haití buscando otras oportunidades y mentes que piensen en grande. No es agradable vivir bajo el yugo español. Afortunadamente, mi familia tiene además un negocio de transportación de goletas con las que movemos el azúcar, así que no me fue complicado llegar aquí. —Mateo respiró el aire caliente que la noche no había aplacado y

procedió a sacar de su maletín de cuero unos planos de ambas haciendas en Cabo Rojo, además de un mapa de Puerto Rico y otro de las Antillas, que estaba crucificado de trazos de rutas náuticas, incluyendo una que llegaba al norte, a Nueva Orleans. Durante las siguientes dos horas los hombres se enfrascaron en los planes de Mateo y en cómo Antoine podía encajar en ellos.

Un par de días más tarde, Antoine llegó a Green Kay poco antes de la hora de la cena acompañado de Mateo Tesara. El ingeniero le mostró la propiedad al joven, le pidió a Jesula que acomodara su equipaje en la habitación de huéspedes y, luego, se retiró con él a fumar puros en el salón principal, en lo que Jude anunciaba la cena.

—Amelia, hija, ven, que deseo presentarte a un amigo que nos visita desde Puerto Rico —dijo Antoine al advertir que su hija bajaba las escaleras con su cascada de rizos recogidos con una cinta verde. Mateo dirigió su vista hacia la niña de unos catorce años con cabellos como el cobre nuevo y ojos de un raro tono verde pantano. La muchacha debió de tener la piel de alabastro en algún momento, pero evidentemente la vida al sol en Haití la había tornado de un color miel sazonado de pecas que contrastaba con sus ojos y su cabello. Mateo, quien a sus veinte años era un entusiasta admirador de la belleza femenina, intuyó que Amelia sería una mujer fenomenal en unos pocos años. La chica se acercó a ambos, besó a su padre y extendió amablemente la mano a Mateo, quien la besó con reverencia.

—Mateo Tesara, para servirle, señorita Amelia.

Amélie lo miró con detenimiento, y le dio la bienvenida a Green Kay:

—¿Puerto Rico? *Fascinant* —comentó.

—Es una isla cercana. ¿Sabes dónde está? —De pronto se le ocurrió que no sabía si Amelia hablaba castellano.

— *Monsieur* Tauran nos enseñó la geografía de la región. Puerto Rico es la isla más *petite* de las Antillas Mayores y es de los españoles, me parece —contestó Amélie en un castellano con fuerte acento francés, pero gramaticalmente correcto.

—Sí, Amelia, y esperemos que no por mucho tiempo más —contestó Mateo.

—¿Qué cosa?

—La ocupación española. Ya es hora de que los españoles regresen a la Península Ibérica. Tenemos otros planes para Puerto Rico, Amelia —le dijo Mateo guiñándole un ojo. En eso apareció Jude para indicarles que la cena estaba lista. Los tres se encaminaron al comedor, adonde también llegó Magdalene.

—Magdalena es la niñera de Amelia. Está con la familia desde antes de nacer mi hija —le dijo Antoine a Mateo, quien se apresuró a saludarla. Antoine había tomado por costumbre llamar a Magdalene

por su nombre en español, al igual que hacía con Amélie. En respuesta, su hija comenzó a llamarlo Antonio, pero desistió, porque su padre no reaccionaba a su nombre en castellano. Todos se acomodaron en la mesa, mientras Jesula comenzó a servir platillos asistiendo a Jude.

— *Enchantée* . Disculpe si mi castellano no es tan bueno como el de Amelia y *monsieur* Pasquier. ¿Qué le trae a Puerto Príncipe, Mateo? —preguntó Magdalene con todos los sentidos en alerta.

—Oportunidades de negocios, y creo que el destino me trajo al lugar perfecto con la persona indicada.

—Brindemos por eso. Por nuevas y grandes oportunidades en el futuro cercano —dijo Antoine alzando su copa. El ingeniero le sonrió a Amélie y le hizo una señal de silencio indicando que sus planes con Mateo no eran para oídos fuera de Green Kay. Amélie tornó los ojos. No tenía intenciones de hablar de Puerto Rico, un lugar que no tenía el más mínimo deseo de conocer. Magdalene brindó con ellos sin dejar de observar a Mateo. Lo primero que evaluó fue su rostro de profundos ojos y cabello negro azabache. De perfil parecía una estatua griega con la nariz ligeramente maltratada por algún golpe, y su piel era pálida, pero rojiza en las mejillas y la nariz, típica entre aquellas que no saben curtirse al sol. Tenía las pestañas y las cejas pobladas, y los labios gruesos y besables. Era delgado pero musculoso, con brazos y espaldas anchas seguramente capaces de hacer grandes hazañas en la cama. Mateo era sencillamente suculento. Magdalene, quien ya tenía suficientes complicaciones con Michel, trató de no distraerse con aquel despliegue de belleza y su mente comenzó a maquinar en otra dirección.

Entonces, los planes de Antoine parecían enfocarse en Puerto Rico. Magdalene no sabía mucho de la isla vecina, excepto que era colonizada por los españoles, al igual que Cuba. Le pareció curioso que a Pasquier y a Mateo les interesara un territorio aún bajo dominio colonial. Tenía que averiguar más. Para su deleite, Antoine anunció en la cena que Mateo se hospedaría con la familia, mientras concretaban sus negocios.

Magdalene tomó otro sorbo de vino y deseó tener algo más fuerte, como absenta o whisky, que le hiciera olvidar sus preocupaciones. Lo más urgente en sus estratagemas estaba aún pendiente: tenía que resolver el problema de su embarazo. Entre el dolor en sus senos, las leves náuseas matutinas y la ausencia de menstruación, ya no tenía dudas. Mientras tanto, Antoine estaba adelantando sus planes, y Magdalene no podía permitirse un desliz más. Tenía que buscar a alguien que la ayudara a salir de aquel lío.

La *au pair* era consciente de la suerte extraordinaria de ejercer con libertad su sexualidad desde los catorce años sin jamás haber

quedado embarazada. Desafortunadamente, se le habia terminado justo en Haití, donde el aborto era criminalizado severamente y hasta un embarazo malogrado por causas naturales se veía como un castigo de Bondye. Poco antes de la mudanza de los Pasquier a Haití, en Europa hubo avances con el movimiento de la regulación de la natalidad y la creación de la Liga Malthusiana, que abogaba por la anticoncepción. Sin embargo, para las fechas en que los Pasquier se embarcaron hacia las Américas, Magdalene no había encontrado un método anticonceptivo que pudiera llevar consigo. Así las cosas, durante el año que pasó con Michel en la choza bajo los palmares había recurrido a lavados en agua de mar, al sexo interrumpido que detestaba, y al remedio cuestionable de su madre, quien había parido cinco veces, por lo que no le merecía mucha credibilidad. El método que Ivette Laurent había enseñado a sus hijas consistía en remojar algodón o esponjas en zumo de limón e introducirlas en su partes íntimas, de modo que el ácido cítrico y la esponja actuaran como barreras. En cualquier caso, Magdalene no sabía si los métodos de medio pelo de los que había echado mano eran eficaces o no, ya que ni ella ni Michel eran consistentes usándolos cuando se abandonaban en sus olímpicas sesiones de sexo playero.

Luego de darle vueltas al asunto esa noche, decidió comenzar por Jesula, su mucama. Sin lugar a dudas, la muchacha había tenido que percatarse de que Magdalene no estaba sangrando, pues lavaba su ropa íntima y sus toallas de tela para la regla. A la mañana siguiente, se excusó de la primera clase con Tauran, y le pidió a Jesula que le llevara un café negro a su habitación.

— *Merci* , Jesula. No me siento bien. Llevo varias semanas fatal —comenzó Magdalene, tomando el pulso de la situación. La chica guardó silencio y esquivó la vista de Magdalene; después, colocó la taza de café en la mesita cercana y comenzó a recoger la habitación. Definitivamente sabía del embarazo, confirmó la niñera. *Merde* —. Jesula, ¿puedo confiar en ti? —dijo finalmente. La mucama contestó que sí aún dándole la espalda, mientras doblaba ropa descartada—. Ven, por favor, siéntate a mi lado.

—¿Qué necesita, *mademoiselle* ? —dijo tentativa Jesula volteándose para enfrentarla. Sabía lo que venía y no tenía planes de involucrarse. Ni su religión ni su sentido de sobrevivencia se lo permitían, pero tampoco podía mandar al infierno a su jefa inmediata. Quería desaparecer de allí, pero permaneció de pie, al lado de la cama.

—Necesito la ayuda de una amiga en la que pueda confiar, Jesula. No sangro hace tres meses y quiero… tengo que resolver el asunto. ¿Sabes qué debo hacer? ¿Qué hacen las mujeres aquí cuando no sangran y desean remediarlo? —le soltó finalmente Magdalene.

Jesula la miró, y negó con la cabeza.

—No tengo idea, *mademoiselle* . Nunca he tenido ese problema. —Magdalene bajó la taza y estudió a Jesula, quien parecía más apurada que ella.

—¿Ah, no? ¿Nunca has estado con un chico?

—No, nunca.

Magdalene la miró como si fuera un unicornio.

— *Mon Dieu* . No puedo creer que estoy ante una virgen de carne y hueso. ¿Cómo es posible, Jesula? Eres guapa. ¿Acaso no te gustan los hombres? —indagó sin delicadeza.

—No lo sé. Al menos los hombres que veo a diario no me gustan. Lo único que traen a la vida de las mujeres que conozco son problemas y más trabajo.

—Pues es difícil negarte la razón, Jesula. Eso exactamente es lo que traen: problemas y trabajo. He aprendido mi lección, pero tengo que resolver esta dificultad cuanto antes. Ayúdame, por favor —le suplicó sin haber aprendido lección alguna, pero intuyendo que ésa era la ruta para conmover a Jesula.

La mucama la miró sopesando qué decirle. Magdalene no era espíritu de su devoción. La consideraba vulgar y promiscua. No se explicaba cómo un hombre tan refinado como *monsieur* Pasquier permitía que tal mujer criara a su hija. Desde su llegada, Magdalene se había abandonado en una bacanal, y medio pueblo, excepto los Pasquier, sabía de sus amoríos con Michel. Antoine era un recurso indispensable para Etoile Blanche, y los tentáculos de la azucarera controlaban a medio país, por lo que nadie, ni siquiera Mardochée, se atrevía a ventilar con Antoine la conducta libertina de su niñera y causar problemas innecesarios para terceros. Por otra parte, si no ayudaba a Magdalene y la mujer perdía su trabajo, Jesula tenía buenas posibilidades de correr igual suerte. Era un problema sin soluciones fáciles para nadie.

— *Mademoiselle* necesita hablar con Jude —dijo finalmente Jesula.

—¿Cómo dices? ¿Jude resuelve estos problemas?

—No. Jude puede llevarla hasta donde Siara.

—¿Siara…?

—La madre de Jude, pero además es una mujer sagrada y poderosa. Es una *mambo* y curandera de mucha reputación. Es la persona que necesita —dijo pasándole el bulto del problema a Jude.

—Ahora recuerdo que Love habló de ella alguna vez. Gracias, Jesula.

La mucama voló escaleras abajo y se refugió en la cocina, donde encontró a Jude, que colaba la segunda ronda de café de la mañana.

—¡Jesula, ahí estás! Prepárame la bandeja de plata con dos tazas

para *monsieur* Pasquier y el joven Mateo. ¿Qué te pasa, muchacha? Estás sudando como si hubieras corrido al pueblo —le dijo Jude mirándola con curiosidad.

El estoicismo de Jesula era legendario y rara vez se le escuchaba siquiera hablar. Ahora estaba jadeante y nerviosa. Miró a su otra jefa. Ser el eslabón más débil en aquella cadena de mando en Green Kay no le dejaba muchas rutas para salvar su pescuezo, por lo que se guardó el episodio con Magdalene y su propia recomendación de que le pidiera ayuda a Jude.

— *Anyen* , no me pasa nada, no se preocupe. Cosas de mujeres. Debo estar por caer con mi *règ* . Aquí está la bandeja. Voy afuera a usar el *twalèt* y sigo con las tareas. No tardo —dijo la chica apurando el paso.

En vez de dirigirse a la letrina, Jesula se adentró en la exuberante vegetación bautizada de rocío que rodeaba la hacienda. Las algarrobas crujían bajo sus pies y las ramas de los árboles la rozaban por el camino como pidiéndole que se detuviera. A los pocos minutos encontró un claro donde se sentó en soledad y normalizó su respiración. Hubiera dado lo que no tenía por no haber escuchado la información que acababa de recibir de la maldita niñera, pero ya no podía desoírla. ¿Debía informar a su antigua patrona de esto o guardar silencio? Sus instintos más primarios le gritaban que se mantuviera tan lejos como pudiera de aquel drama que parecía un mal conjuro, pero, por otro lado, soñaba con regresar a trabajar con su admirada madame Eve Madeline Dessalines-Geffrard, y esa información podía sacarla de aquel trabajo sin futuro y devolverla a servir a la hija del ministro de Cultura y amiga personal del presidente.

Jesula miró al cielo y lo vio oscurecerse de nubes cargadas de lluvia, mientras tres cuervos solitarios alzaron vuelo. En cuestión de segundos, gotas gordas comenzaron a caer ruidosamente sobre la tierra y la alfombra de hojas. Entonces, como si se tratara de una loa silvestre, la tentación la encontró allí sentada y la abrazó con una oleada de petricor. Cuando el cielo se partió con un trueno y comenzó a llover, Jesula no se dio cuenta. Permaneció allí, inmóvil, soñando con servir nuevamente en los grandes salones de poder de Puerto Príncipe, cerca de Eve Madeline.

Todas las ambiciones de la vida de Jesula se cumplieron el día en que comenzó a trabajar para Eve Madeline Dessalines. Desde muy pequeña veía a las hijas de los ricos de Puerto Príncipe ir y venir de la misa los domingos, o pasearse por la plaza hermosamente vestidas y

arregladas, y deseaba más que nada entrar en ese mundo inalcanzable. A sus ojos, ninguna de las niñas ricas de la ciudad podía competir con la belleza de Eve Madeline. Fue gracias a Jude, a quien conocía de toda la vida del barrio Éboulis, que consiguió trabajo a los quince años como ayudante de cocina en la residencia del Ministro de Cultura. Su abierta fascinación por Eve Madeline hizo la conexión entre ambas inevitable: nada agrada más a la vanidad que la adulación que la alimenta. En cuestión de un año, ya Jesula era la mucama personal de la única hija del ministro.

Eve era tres años mayor, y en la inocencia de Jesula sobre las insondables barreras sociales que las separaban, la criada creyó que entre ambas se forjó una amistad genuina. En realidad, Eve era meramente afable, pero la adoración adolescente de Jesula la llevaba a inventar una intimidad que no existía. Como ocurre en las relaciones basadas en aplacar a un ego en particular, con los años Eve se cansó de la adoración constante de Jesula, y en cuanto se comprometió para casarse, la despidió. Le dijo que deseaba una mucama con amplia experiencia de niñera para que le ayudara con los muchos hijos que tenía planificado tener con Michel, lo cual no era del todo falso. Jesula salió de la casa del ministro desolada y pensando que moriría de angustia sin ver a su adorada Eve a diario. Jude salió nuevamente a su rescate, y cuando aceptó irse a trabajar con el ingeniero Pasquier, se llevó a Jesula de ayudante.

Desde Green Kay, Jesula nunca perdió de vista a Eve Madeline. La miró de lejos en la iglesia el día en que se casó con Michel Geffrard, ardiendo con un dolor que no sabía definir, pero que la atravesaba como una daga. La miraba de lejos embarazada por primera vez, aunque en pocas oportunidades, ya que Eve no salía con frecuencia de su nueva casa. La imaginó en pleno sufrimiento por la humillación de la descarada infidelidad de su marido con Magdalene. Luego, la vio por el pueblo con el pequeño Pierre Michele y, finalmente, tomando valor, se acercó a saludarla. Cuando caminó tímidamente hacia Eve y conectaron la vista, en un segundo que quedó congelado entre ambas comprendió con incredulidad que su antigua patrona no la reconoció. El rostro de Jesula no pudo contener su devastación, aunque Eve se recuperó en un instante y la saludó calurosamente. Desde entonces, Jesula entendió que no era nadie en la vida de Eve Madeline, porque no tenía nada de valor que ofrecerle. Hasta ahora. En contra de todos sus instintos más viscerales, contactó a Eve Madeline a través de Lula, su criada y niñera, y le dejó saber que tenía información importante sobre Magdalene. En el incómodo encuentro en la casa de Eve Madeline, Jesula intuyó demasiado tarde que había cometido un grave error al acudir allí. Apuró el paso y le informó nerviosa a su antigua patrona que Magdalene estaba

embarazada de Michel y que buscaba la manera de resolver el problema.

—¿Estás segura de esto, Jesula? —le preguntó Eve Madeline después de un largo silencio. Jesula asintió.

—Lo supe por ella misma. Me pidió consejo de cómo resolver el problema.

—¿Y qué le aconsejaste? —Eve tenía la mirada perdida en un punto indeterminado de la vista desde su balcón.

—La envié adonde Jude para que la lleve hasta su *mambo* , Siara. No sé si hice bien, pero nunca me había topado con una situación así. Lo hice para salir del paso. Dudo que Siara acepte hacerle ese favor a Magdalene, a riesgo de que pase algo con una mujer *blanc* en pleno Éboulis —razonó Jesula. De repente, la vista perdida de Eve se enfocó en ella como un relámpago.

—Hiciste muy bien en contarme esto, Jesula. Gracias por siempre tener mis intereses en mente. Ve a la cocina con Lula para que tomes un refrigerio, y luego ella te buscará transporte hasta Green Kay —dijo Eve Madeline poniéndose de pie y dándola por despachada. Ése no era el agradecimiento que Jesula había calculado a cambio de tan valiosa información, pero de pronto salir de allí le pareció buena idea. De Eve Madeline emanaba un aura dura y fría que no había percibido antes en ella.

Al día siguiente, Eve Madeline pasó el segundo episodio humillante consecutivo con la insufrible visita de Mardochée. Su odio hacia Magdalene y el propio Michel se sentía infinito como un abismo que se la tragaba entera. Esa misma tarde, Siara pasó de una simple *mambo* a ser una mujer rica con el primer pago de varios que recibiría de Eve Madeline y que sellaron la suerte de Magdalene. Sólo quedaba esperar a que la niñera de Amélie acudiera adonde Siara para resolver su problema. Con una considerable suma de dinero, ya Eve había resuelto el suyo.

Exactamente siete días más tarde, Jesula aceptó trabajar en la hacienda cafetalera de un asociado del padre de Eve Madeline adentro en las entrañas de Haití, donde el país casi terminaba y comenzaba otro. Jesula pensó que se trataba de un arreglo temporero para evitar habladurías, antes de regresar a trabajar para Eve, pero cuando llegó a su nuevo trabajo entendió que había sido desterrada al fin del mundo, descartada como un objeto inservible que ya rindió su servicio. La angustia de comprobar cómo había desperdiciado su vida profesándole un amor inmerecido a Eve la sumió en un mundo de silencio que ocupó completa.

Una tarde, intentando aplacar su angustia, salió a caminar a la selva que rodeaba la finca en busca de un claro entre los árboles, como aquel de Green Kay donde había tomado la nefasta decisión de

regresar a la vida de Eve Madeline. La selva se abrió, oscura e infinita, y se la tragó. Nunca se le vio regresar a la hacienda ni se supo más de ella.

CAPÍTULO V

CABO ROJO, 1888

Mateo Tesara había nacido bajo una brillante estrella de suerte. Sin pasión ni vanidad, sabía que era inusualmente buen mozo, brillante para los negocios, visionario y ambicioso. A su padre, Cipriano Tesara, se le hinchaba el pecho de orgullo ante el arrojo de su hijo menor, quien no se amilanaba ante nada. Su madre, Eusebia, con la intuición más finamente calibrada de las mujeres, pensaba que era un joven temerario, embriagado por la ignorancia de la inexperiencia, pero lo adoraba igual. La pareja de madrileños había emigrado a Puerto Rico veinte años antes y parido en Puerto Rico a sus dos hijos, Leoncio, y el menor, Mateo.

En lo único que le fallaba la suerte (y la inclinación) a Mateo era en la necesaria habilidad de convivir con los españoles. A veces sentía que media Península Ibérica había cruzado el Atlántico a buscar fortuna allí, pero ése de por sí no era el problema —sus mismos padres habían hecho lo propio—. A diferencia de su hermano y de muchos de sus amigos, también hijos de inmigrantes, Mateo no encontraba resonancia alguna en la cultura española, a pesar de los esfuerzos incesantes de los colonizadores por castellanizar y evangelizar a los puertorriqueños. Lo que comenzó como un mero desagrado en su precoz niñez fue creciendo con los años hasta convertirse en una aversión hacia todo español que no fueran sus padres, a quienes consideraba puertorriqueños, porque nunca los conoció en el contexto de España. La otra excepción era cuando tenía alguna amante española ocasional. Mateo no contabilizaba nacionalidades en la cama.

Ese desprecio se alimentaba a diario de mil maneras mientras Mateo, quien desde los catorce años ayudaba a su familia en la hacienda Santa Ana, se enfrentaba a las humillaciones de tener que

tramitar el aval del gobierno colonial para todo: desde hincar un nuevo pozo en sus propias tierras hasta reconstruir un nuevo muelle para sus goletas. La Contaduría General española se dedicaba a cobrar impuestos leoninos y rentas por la producción de tabaco, café y azúcar, y se entretenía imponiendo aranceles a toda actividad portuaria. Tanto pagaban los Tesara por su negocio de goletas que apenas era rentable, y, sin embargo, les resultaba indispensable para mover su producción y la de otras haciendas. Era un círculo vicioso. El gobierno colonial, desesperado por exprimir lo poco que le quedaba en las postrimerías del siglo xix y defendiéndose de los aires de independencia en Cuba, cobraba impuestos sobre todo: el derecho a carga y descarga, embarque y desembarque, exportación y hasta el almacenaje de cualquier producto. Para hacerlo todavía más ultrajante, los sobre tres millones de pesos que recolectaba al año el gobierno de los habitantes de Puerto Rico en aquel tiempo se destinaban en su inmensa mayoría a la Sección de Guerra para la defensa de los mares del Imperio. Siempre era posible pasar dinero por debajo de la mesa para facilitar indulgencias, pero don Cipriano Tesara era un hombre vertical para quien un soborno hubiera sido algo fuera de carácter.

—Hijo, sabes lo orgulloso que estoy de ti, y lo que valoro tu trabajo en la hacienda, pero no logras nada con esa actitud hacia los españoles. Están aquí y son los dueños de la isla. No todos los españoles son unos hijos de puta, Mateo. Pareces olvidar que tu santa madre y yo nacimos allá y que la sangre española corre por tus propias venas —le recordaba don Cipriano con paciencia al hijo que guardaba todas sus querencias. Mateo adoraba a su padre y en su mente no existía en el Viejo o el Nuevo Mundo un mejor hombre que él.

—Lo sé, padre, pero ustedes son distintos. Llegaron a trabajar y a invertir honestamente. Ya usted había emancipado a casi todos sus esclavos antes de la misma abolición. Nunca se ha brincado una ley o comprado una indulgencia, y en cambio mire cómo los vecinos de Santa Bárbara se han quedado con casi todo Cabo Rojo comprando políticos corruptos. Hasta explotan tierras que no están inscritas y nadie dice nada. Me hierve la sangre. A veces desearía que los yanquis mostraran tanto interés en Puerto Rico como en Cuba. Nos ayudarían a sacar a los españoles y lograríamos la soberanía como la República Dominicana y Haití.

—No seas ingenuo, Mateo. Si otro imperio intenta sacar a los españoles de aquí será para tomar su lugar. Más vale malo conocido…

—No sé. Parece lógico que quien amenaza a mi enemigo puede ser mi amigo.

—Y tu enemigo actual te puede enviar al garrote vil o a la horca

por traición, no lo olvides.

Pero don Cipriano sabía que Mateo tenía una corriente rebelde y ambiciosa en su carácter que, en definitiva, sería la brújula de su destino. A veces observaba a su hijo, bravo y lleno de vida, mientras daba órdenes y organizaba la producción de la hacienda, y por un instante le parecía ver un futuro tumultuoso, aunque no tenía claro por qué.

En 1888, cuando Mateo cumplió dieciocho años, el caballo de don Cipriano fue a dar a un canal de lodo durante un inclemente aguacero. El enorme animal le cayó parcialmente encima a Cipriano, quien perdió el conocimiento mientras sus peones lo rescataban. El accidente le quebró ambas piernas y el espíritu, y con el paso de las semanas y luego los meses en cama, don Cipriano se sumió en una profunda melancolía.

Ante el precario cuadro familiar, Eusebia convocó a ambos hijos a la central, lejos de la casona familiar. Los hizo pasar al despacho de don Cipriano y tomó el asiento de su marido, indicando a sus hijos con un gesto que hicieran lo mismo en las dos sillas frente al vetusto escritorio. Eusebia tenía entonces treinta y seis años y era una imponente rubia con una generosa figura que cubría hasta el cuello con finos pero recatados vestidos más pensados para el trabajo que para la coquetería. Su cuerpo, hasta esas fechas, le había sido un tanto indiferente y más que nada lo sentía utilitario. Le había servido para lo que servían los cuerpos de las mujeres de su época: para parir, amamantar, organizar, cuidar, reparar, consolar y sostener a su familia. Su cuerpo existía en función de suplir lo que se requiriera. Ahora que tenía la rara oportunidad de utilizarlo para tareas más ambiciosas, no tenía la intención de desaprovechar su inesperada suerte.

—Leoncio, Mateo, debo decidir cómo seguir operando la hacienda, la central y las goletas en la ausencia de Cipriano, que, a decir verdad, cada vez está peor de ánimos —dijo sin introducción ni rodeos. Eusebia creía firmemente en la economía de palabras y la abundancia de acciones. Sabía que Mateo, a su escasa edad, ya tenía la inteligencia y la ambición para ayudarla con la gestión de los negocios familiares, y posiblemente con más éxito que su marido. Los escrúpulos de Cipriano dejaban escapar demasiadas oportunidades que invariablemente iban a parar a la vecina hacienda Santa Bárbara. Pero aun desde esa certeza, Eusebia reconocía que el espíritu de la familia se encontraba frágil, y no podía permitir fricción entre Leoncio y Mateo, encima del drama de la convalecencia de Cipriano. No era posible colocar a Mateo, de dieciocho años, por encima de Leoncio, de veintiuno, pero tampoco estaba dispuesta a dejar su suerte en las manos de su primogénito, a quien consideraba tan pusilánime en los

negocios como su marido.

—Mientras vuestro padre se recupera, yo asumiré las riendas de la hacienda y del negocio de goletas. Leoncio, concéntrate en las goletas y el transporte. Conoces bien esa parte del negocio. Tu asignación inmediata será expandir la flota, de modo que podamos aumentar las exportaciones procedentes de Santa Bárbara. Deseo que dependa totalmente de nosotros para mover su azúcar. No reparéis en lo que haga falta. Vamos a comisionar una goleta nueva y a la vez alertaremos a nuestros contactos para comprar otra ya hecha, si saliera a la venta.

—Madre, hago lo que mande, pero ya sabe los problemas con los impuestos y los permisos que hemos tenido en el pasado —dijo Leoncio con cara de azoro.

—Esa parte me la dejas a mí, hijo. Haz lo que te pido y maneja el tráfico diario que ya tenemos, mientras expandimos. No podemos desvestir a un santo para vestir a otro. Mientras, Mateo, vas a ser mi mano derecha en la central y me vas a ayudar a negociar un contrato a largo plazo con José de Dios Reyes Badillo, de modo que ni un gramo de azúcar se mueva en Santa Bárbara si no es en nuestras goletas —dijo Eusebia. Leoncio quedó confundido preguntándose cómo su madre lograría tamaña hazaña, pero Eusebia y Mateo se dijeron con la mirada un mundo sin palabras.

Salvador Filipi Ricci era un gargantúa corso, cascarrabias, abrasivo y sin muchos escrúpulos; consideraba a los españoles tontos útiles que ocupaban su isla temporalmente, hasta que llegaran los próximos conquistadores. En esta opinión sobre conquistadores oportunistas pasaba por alto rutinariamente el dato de que era nieto de inmigrantes de Córcega llegados a Puerto Rico en 1818, poco después de que el Rey Fernando VI firmara la Real Cédula de Gracia, que estimuló la emigración a ese destino. Sus antepasados se establecieron en el pueblo de Yauco para trabajar el café y le dejaron una operación robusta pero modesta, que él expandió agresivamente hacia las montañas y el oeste. Su desprecio hacia los extranjeros tenía poco que ver con el patriotismo y mucho que ver con ganancias netas. A Salvador, quien no guardaba más lealtades que con su bolsillo, le daba lo mismo si los invasores eran españoles, franceses, yanquis o chinos, mientras no entorpecieran el desarrollo de sus negocios y aceptaran sus sobornos sin mucho remilgo.

Su mal genio y su profunda voz de tenor, que usaba para vilipendiar sin piedad a quien se le cruzara en un mal día, como lo

eran casi todos, se habían vuelto legendarios en Cabo Rojo. Su escasa paciencia, particularmente para conquistadores que ya habían pasado sus años de gloria, lo tenía hacía tiempo moviendo fichas para cuando llegaran los del norte. Sabía que los tiempos de cambio estaban a la vuelta de la esquina, y deseaba que los nuevos conquistadores se concretaran lo antes posible, de modo que pudiera calcular cuánto le costaría comprar a quienes fueran necesarios para que sus operaciones continuaran ininterrumpidas. Conseguir a yanquis corruptos no le preocupaba. Los conquistadores, por definición y por su ambición de apropiarse de lo ajeno, siempre estaban a la venta, y él mismo podía dar fe de los muchos españoles que tenía en la "nómina" de su libros para facilitarle permisos, hacerse de la vista larga o calcularle menos impuestos.

El recio viudo de cincuenta y dos años había documentado y previsto por años el declive del cartel del azúcar y la supremacía del café. Mientras sus vecinos hacendados en el oeste se peleaban por tierras de caña, él había seguido con la adquisición de cafetales, la apertura de rutas por San Germán hasta llegar a Adjuntas que conectaran con sus cafetales en Yauco, y la distribución parcialmente legal de su producto. El resto lo vendía en los mercados mucho más lucrativos del contrabando. El cafetalero corso tenía claro que hacer negocios exitosos y legales en ese Puerto Rico de fines del siglo xix era una contradicción risible. La lista de castigos a los que se sometía a la infortunada isla era interminable. La metrópoli olvidaba, a veces por años, enviar a la isla barcos mercantes autorizados. Aunque el vacío dejado por el Situado Mexicano era raquítico, la desaparición del subsidio que rara vez llegaba a su destino había dejado vulnerable la colonia y todos vivían bajo el acoso constante de los enemigos de España, que eran muchos. Salvador y la mayoría de los comerciantes, grandes y pequeños por igual, encontraron una feliz solución en un vigoroso comercio de contrabando con las colonias inglesas norteamericanas, y con los británicos, holandeses, daneses y franceses de las vecinas Antillas Menores. Era un sistema paralelo floreciente, sin el cual buena parte de la población hubiera muerto de hambre.

Salvador miraba condescendientemente a sus vecinos del azúcar. Operaban una industria en caída dentro de una isla echada al olvido, la última en la lista de prioridades de España. Desde hacía varios años el valor de las exportaciones cafetaleras era tres veces mayor que el del azúcar, por lo que el recado de su ayudante de que doña Eusebia Tesara deseaba una reunión de negocios con él no le importó mucho inicialmente. Cuando coincidían en el pueblo, en misa o en las fiestas patronales, Salvador la evadía y se entretenía más pensando en cómo sería ella en la cama que en los negocios. Siempre se lo preguntaba de cualquier mujer guapa, o en la vecindad de ser guapa, porque así

funcionaba inevitablemente su mente de mamerto. Le fascinaba el aire de “mírame y no me toques… pero no dejes de mirarme” que exudaba Eusebia. Desde la muerte de su martirizada esposa nueve años antes, su único consuelo eran las prostitutas del pueblo, y ansiaba recordar el placer de la caricia de una mujer sin tener que pagarle. No se trataba de que Salvador tuviera problemas con recompensar un servicio bien prestado, al contrario. Para él no había forma más transparente de lograr transacciones satisfactorias de negocios o personales. Pero puesto que no tenía intenciones de casarse nuevamente, sus opciones eran cada vez más limitadas y sabía que su genio endemoniado, que se disparaba frecuentemente gracias a su afinidad con el whisky, le hacía aún más difícil encontrar compañía femenina.

Fue en una mañana de abril, tres años antes de la eventual llegada de los Pasquier a Cabo Rojo, que su peón de confianza, Cleto Campos, entró nuevamente en su despacho, con la insistente petición de audiencia de Eusebia, más una nueva pieza de información que finalmente le picó el interés.

—¿Qué quiere doña Eusebia, Cleto? ¿Tienes idea? —masculló Salvador con un puro que salía proyectado de su abundante bigote bajo su bulbosa nariz, sin despegar los ojos del papel que leía asistido de una lupa. Cleto llevaba por nombre oficial Anacleto, pero Salvador había decidido que, para nombres largos, ya tenía suficiente con el suyo, y por consiguiente lo acortó a Cleto, quien no tuvo voz ni voto en el asunto.

—No dijo, patrón, pero de seguro tiene que ver con el accidente de su esposo.

—¿Cipriano Tesara tuvo un accidente? —se interesó de pronto Salvador, levantando la cabeza de abundante melena negra y canosa.

—Sí, patrón. Se partió ambas piernas en un accidente de caballo y no sale de la casa hace como un año. El cuento en el pueblo es que Eusebia se ha hecho cargo de la azucarera y del negocio de goletas, y hasta envió a su hijo menor a Haití a buscar quién les preste plata —le contestó Cleto, orgulloso de ser el mensajero de esta información. Su jefe lo miró evaluando seriamente si le permitiría seguir viviendo o acababa con su vida allí mismo.

—Éste es un ejemplo perfecto que ilustra por qué trabajas para mí y no a la inversa, Cleto. ¿Será posible que aun con tus reducidas capacidades intelectuales no se te haya ocurrido antes que esta información sobre mis vecinos de la hacienda contigua era importante? —rugió Salvador haciendo volar las cenizas del puro por su escritorio y dando un manotazo en la mesa que sonó como un disparo en tierra. Cleto comenzó a sudar profusamente, preparado ya para la muerte segura.

—Intenté contárselo luego del primer recado de doña Eusebia,

pero usted me detuvo porque no tenía tiempo para perder en mujeres… excepto en el putero… me parece que me dijo, patrón —contestó Cleto, mientras sus enormes orejas se tornaban rojas al instante, y a sabiendas de que ninguna razón, válida o inválida, le salvaría el pellejo.

—Pues la próxima vez insiste más, imbécil, sobre todo si la mujer en cuestión es la dueña de la hacienda contigua y no del putero. Sal de mi vista y ve a la hacienda Santa Ana ahora mismo. Concreta una reunión con doña Eusebia y averigua lo que puedas. ¡Lárgate ya! —rugió Salvador, y Cleto salió disparado contando sus bendiciones de haber sobrevivido a aquello sólo con un par de insultos. Media hora más tarde llegó montando a Melao, su caballo, a la hacienda Santa Ana y se dirigió a la residencia principal. Allí un peón le dijo que Eusebia estaba en la central azucarera, pero cuando llegó allí, le indicaron que la mujer estaría por el resto del día en el puerto atendiendo la compra de una nueva goleta. Finalmente, divisó cerca del muelle a Eusebia, quien despachaba con órdenes a tres hombres, entre ellos, su hijo Leoncio. Cuando los despidió con un gesto, como espantando moscas, Cleto aprovechó para abordarla.

—Buenas y santas, doña Eusebia. Cleto Campos, a su servicio. Le traigo un recado de parte de don Salvador Filipi Ricci —le dijo mostrándole su mejor sonrisa de oreja a oreja. Las dos macizas perras mastinas de Eusebia, Nix y Peito, cada una sobrepasando los setenta kilos, lo miraron sincronizadamente y mostraron sus colmillos sin emitir sonido alguno, lo que asustó más a Cleto que si hubieran ladrado.

—Sé quien eres. Te dejé un recado para tu patrón hace una eternidad. O eres muy lento llevando y trayendo mensajes o… déjame adivinar… ¿Tu jefe se enteró de los inversionistas y nuestros planes de expansión? —le dijo Eusebia descifrando perfectamente la situación. Las traicioneras orejas de Cleto nuevamente se encendieron. Decidió zafarse con una verdad a medias.

—Que va, doña Eusebia. De eso no sabemos nada. Sí se enteró hoy del accidente de su señor esposo, que yo sé que fue hace tiempo, pero usted no necesita que le diga cómo es mi patrón. ¿Cuándo le vendría bien recibirlo?

—No tengo intenciones de recibirlo —contestó echando a andar hacia su yegua Tamarinda, que montó de un solo movimiento ágil con todo y faldas, debajo de las cuales llevaba sendas botas de campo. Cleto la siguió deshilvanando los sesos en busca de cómo convencerla, pero Eusebia no había terminado—. Me recibirá él a mi conveniencia. Iré a su despacho en el pueblo mañana al mediodía. Asegúrate de que no pierda mi tiempo. Nix, Peito, vamos —dijo alertando a las perras. Con eso, Eusebia lo despidió y su yegua echó a galopar en una estela

de polvo seguida por las gigantescas mastinas.

Al día siguiente, Eusebia no fue a la central ni al muelle. Luego de desayunar y dar instrucciones a Leoncio y a Emérito, el jefe de capataces, pasó por la habitación de Cipriano para llevarle su desayuno y las noticias del pueblo, que le narraba a diario en un largo soliloquio distraído que no requería de mucha interacción de parte de su marido.

—Ya pasaron cuatro días. Mateo debe de haber llegado a Puerto Príncipe. Está muy feliz de verte mejorando. Tengo todas mis esperanzas puestas en ese muchacho, Cipriano, porque Leoncio es bueno siguiendo órdenes y es amigo de todo el mundo, pero de inventiva no tiene mucha. A ver si con la gente de la azucarera de Haití logramos la inversión que necesitamos. Ayer llegó la goleta nueva, no te imaginas lo hermosa que es. Mira, aquí tienes *El Progreso* y *La Correspondencia* . También llegó la *Revista de Industria y Comercio* —dijo entregándole las publicaciones—. Fíjate en esta noticia. Hay una empresa que abrió hace unos diez años para proveer transporte marítimo entre San Juan y Cataño con dos vapores, y buscan ahora expandir. Ése es el futuro de nuestra flota. Aquí el transporte por tierra es lento y difícil, como sabes. Por eso nos va tan bien con las goletas, ahora que las puse también en rutas internas por la costa de la isla. Imagínate lo que podríamos hacer con un vapor costero que provea transporte regular entre los pueblos principales de la isla. Déjalo en mis manos. Ya me marcho, que hoy tengo un día muy largo. Queda con Dios, Cipriano. —Eusebia salió con el mismo torbellino de energía con el que había entrado.

A los seis meses del accidente, había mudado a su marido a una de las habitaciones de huéspedes, razonando que, si iba a encargarse de los negocios familiares, necesitaba descanso y paz. Desterrado al fondo de la casa, Cipriano finalmente se avispó y al año de su confinamiento comenzó a dar caminatas por los amplios balcones que daban al mar a lo lejos. Eusebia le había comprado muletas y, más recientemente, comenzaba a usar un fino bastón con empuñadura de marfil obsequiado a él por Mateo. Tenía la sospecha de que su mujer no le tendría paciencia por mucho tiempo más, y no se quería encontrar en el futuro mudado a los establos.

Esa mañana, Eusebia se dio el lujo de un largo baño en la regadera de la casa, modernizada en esos días con una cisterna. Luego, tomó su tiempo perfumándose con aceite dulce de pachulí. Se miró al espejo y puso manos a la obra. Lo mejor que tenía era su largo y lustroso cabello rubio y su generosa figura de amazona, que se mantenía bien luego de cuatro partos, que le dejaron dos hijos varones y dos abortos espontáneos. En el año que llevaba a la cabeza de los negocios de la familia, había redescubierto su cuerpo y sobre todo su

mente, como si fueran regalos nuevos que disfrutaba por primera vez. Su cuerpo servía para correr a caballo por los cañaverales, velar los trapiches y las barracas de los peones, dar órdenes a su jefe de capataces, y llevar las riendas de la central. Su inteligencia le daba una visión clara de lo que deparaba el futuro y los movimientos necesarios para asegurar el éxito de las Empresas Tesara.

En ese plan, Salvador Filipi Ricci podía jugar un papel importante y ser su puerta de entrada al negocio del café, que estaba en pleno crecimiento sin la participación de los Tesara. Con manos expertas se arregló el cabello en un elaborado moño, y se vistió con una falda ajustada a la cintura, larga y del más fino lino azul claro, además de una blusa blanca anudada al cuello y una ajustada chaqueta larga a juego. Se puso sus pendientes de perlas y se pintó los labios de carmín usando el ingenioso tubo que había inventado hacía unos años la firma de cosméticos francesa Guerlain y que se traficaba en el pueblo como si fuera oro de contrabando. *Ne m'Oubliez Pas* , "No me olvides", era el nombre del color, según el tubo. Luego, se coloreó las mejillas, pero su piel morena, que vivía bajo el embate de la intemperie diaria, no dejó ver el efecto. No importaba. Sabía que lucía regia. Se colocó su mejor sombrero, de la Sombrerería Zaragoza de las Casas, tomó su bolso y salió de la habitación, lista para Salvador.

C APÍTULO VI

PUERTO PRÍNCIPE, 1893

Antoine delegó en Magdalene y Jude los arreglos para la celebración del decimoséptimo cumpleaños de Amélie, desconociendo que les imponía la desagradable tarea de colaborar para un fin común. No se trataba sólo de celebrar a Amélie, sino que, además, los Pasquier aprovecharían la ocasión para despedirse de sus muchas amistades en Haití antes de embarcarse junto a Mateo Tesara hacia Cabo Rojo.

La noticia de la mudanza de los Pasquier había sacudido a la sociedad de Puerto Príncipe en diversos círculos y por distintas razones. El dueño de Etoile Blanche, Andrew Roe, había aceptado con resignación las malas nuevas, luego de que ninguna estrategia de

persuasión convenciera al ingeniero de permanecer en Haití. Por el contrario, la genuina disposición de Antoine para marcharse y comenzar casi desde cero en Cabo Rojo finalmente incentivó al jefe del ingeniero Pasquier para invertir en los planes que éste y Mateo le plantearon, lo cual permitió financiar parcialmente la compra de tierras adicionales para Santa Ana y la ampliación de la flota de goletas, como parte de un negocio que les interesaba mucho más. Con eso, y el capital de Antoine, era más que suficiente para echar a correr la adquisición proyectada de las tierras de la hacienda Santa Bárbara, que no estaban inscritas y que componían casi la mitad de la operación de la competencia.

En la casa de los Geffrard-Dessalines la noticia cayó como un ansiado bálsamo, tanto para Eve Madeline como para Michel, quien, después del episodio del embarazo de Magdalene —del que supo por su propia esposa— y de la extraña desaparición de Jesula, se convirtió en un marido asustado y casero a quien se le esfumó rápidamente la calentura por la niñera. Con Pierre Michel, Ettiene, su segundo hijo, y el tercero en camino, Michel se concentró finalmente en su familia y en congraciarse con Eve Madeline y su poderoso suegro; así, libre de remordimientos, permitió que Magdalene pagara con creces por las acciones de ambos.

Para Siara y su hija, la noticia de la partida de los Pasquier era la culminación de un presagio que la propia Jude vio y conjuró al mismo tiempo cuando sirvió la sopa de *joumou* en aquel lejano primer cumpleaños de Antoine. Las loas de sus ancestras trajeron fortuna y seguridad para Love, quien iba incluida en la mudanza de los Pasquier, con las bendiciones de su madre y su abuela. No eran pocos los hilos que había sido necesario mover para lograr esa improbable hazaña.

Aquella aciaga tarde tres años antes, cuando Siara recibió a Eve Madeline en su santuario y accedió a terminar el embarazo de Magdalene del modo más tortuoso y, de paso, dejándola estéril, la *mambo* ejecutó una doble jugada que le permitió cobrarles caro a las dos mujeres por la misma gestión. De Eve Madeline obtuvo holgadez económica para ella y Jude por largo tiempo, y a Magdalene —quien desconocía de las transacciones entre Siara y Eve— le exigió como pago por terminar su embarazo que se llevara a su nieta con la familia cuando partieran de Haití.

—¿Y cómo se supone que convenza a *monsieur* Pasquier de llevarse a una niña ajena a otro país? —preguntó alarmada Magdalene antes de entrar al *péristyle* , donde Siara realizaría el curetaje necesario.

—Ése no es asunto mío. Yo resolveré tu problema y tú procura que en esa mudanza vaya incluida Love. No se requiere de mucha

maña. Usa a Amélie, que adora a mi nieta. Ella hará el trabajo por ti —le contestó Siara. La niñera enmudeció ante la *mambo* , quien se retiró para preparar su área de trabajo. Magdalene permaneció inmóvil por unos segundos, como sucede cuando se sabe que no hay opciones y el próximo paso ineludible no es agradable. Sacó de su bolso de compras una botella de absenta, que usaría como anestesia. Hacía mucho que había agotado su reserva de contrabando, y había establecido nuevos contactos en el pueblo que le aseguraban una botella de vez en cuando. En la cocina de Siara buscó un vaso, y obviando el elaborado ritual de costumbre, mezcló rápidamente el licor con agua y azúcar. Después, se sentó en una banqueta y tomó un largo sorbo que, al caer de golpe en su estómago vacío, le calentó el torrente sanguíneo. Magdalene no era una mujer educada, pero tenía la sabiduría de la calle y sabía que se estaba jugando la vida allí, figurativa y literalmente. No podría continuar su vida privilegiada al lado de los Pasquier estando embarazada de un hombre casado, por lo que su única opción era aquel sucio *péristyle* en un barrio de Puerto Príncipe. Peor aún: su suerte estaba en manos de la madre de Jude, y sabía que Jude la detestaba. Pero, sin alternativa, todas aquellas cavilaciones de última hora eran irrelevantes. Apuró el resto del líquido verde y cerró los ojos mientras el licor anisado bajó caliente por su garganta arropándola en una nube liviana y ondulante. Bebió más y terminó el trago con los ojos cerrados.

No supo cómo terminó acostada en una mesa dura y medio coja, ni cómo se encontró tomando un segundo vaso de absenta que olía a un miasma venenoso y seductor a la vez. Esta absenta, proporcionada por Siara, no le supo dulce, sino amarga y viscosa. Sintió náuseas, pero escuchó a lo lejos la orden de no vomitar. Obedeció flotando en un sueño de colores desconcertantes donde se vio corriendo desnuda por una playa color hada verde antes de llegar a la choza donde vivió su aventura con Michel. La choza, desierta y oscura a pesar del brillante sol, estaba ocupada sólo por telarañas e insectos. Decidió acostarse en el improvisado catre, testigo de tantos ratos de abandono y deseo clandestino. Sabía que Michel llegaría con el tiempo a ella. Sintió que alguien la tomaba por las rodillas para abrirle las piernas y sonrió. Escuchó ruidos a su alrededor… sonidos de metales, agua que caía, el canto de un gallo, el cepilleo del piso de polvo debajo de pies apresurados, invocaciones de loas en voces femeninas, y, entonces… un líquido como semen cayó entre sus piernas. Michel, seguramente, aunque por alguna razón bizarra su rostro se parecía al de Mateo. ¿O era Didier? ¿Cómo Didier había llegado hasta allí? Estaba confundida, pero no quería salir de la nube suave que la envolvía. Abrió los labios para preguntarle a su amante si era Michel, Mateo o Didier, pero no tuvo tiempo. El dolor la perforó como una daga y le hizo surcos por el

mismo centro de su ser. Desorbitada, abrió los ojos, pero no vio nada, todo era oscuridad. De seguro estaba muerta. Entonces, escuchó que alguien gritaba desesperadamente, y le tomó un momento notar que los gritos provenían de sí misma.

Magdalene Laurent rozó tan de cerca la muerte que tardó casi dos días en recobrar el conocimiento. Cuando lo hizo, Siara y Jude se abrazaron aliviadas. La suerte de Magdalene les importaba poco, pero necesitaban a la niñera para sacar a Love de Haití y abrirle las puertas de un futuro distinto al del resto de sus antepasadas. Siara había planificado que aquel aborto resultara doloroso, pero no contó con que la hemorragia no cesara después del curetaje. Trabajando frenéticamente, la *mambo* usó el alcohol de la botella de absenta de la *au pair* para desinfectarla mientras la intervenía con la asistencia de Jude. Había sido absenta el líquido sentido entre las piernas por la niñera en su delirio, y posiblemente le salvó la vida, pues previno una infección que, sumada a la pérdida de sangre, hubiera resultado fatal.

—Jude, regresa a Green Kay y dile a Amélie que Magdalene está enferma y me quedaré cuidándola por unos días. Dile que sospecho que es algo contagioso, para que no se le ocurra visitar. Cuando salgas, pon el letrero de que el *hounfor* está cerrado —instruyó Siara una vez que Magdalene descansó en una de las habitaciones.

—¿Y qué le dijo a *monsieur* Pasquier?

—Nada. Deja el asunto en manos de Amélie. Me sospecho que ocultará a su padre la ausencia de Magdalene para no traerle problemas.

La predicción de Siara fue certera. Una vez que Jude le aseguró que Magdalene estaría de vuelta en unos días, Amélie se encargó de que su padre no notara su ausencia. Al profesor Tauran le informó que su niñera estaría ocupada en otras tareas por unos días, y su padre sólo preguntó por ella una vez a la hora de la cena. Amélie le dijo que Magdalene estaba acatarrada y la excusó. Antoine no mostró más interés en el asunto y resumió su conversación con Mateo. Mateo, sin embargo, siguió mirando en silencio a Amélie. Cuando conectaron la vista, Amélie intuyó que Mateo no era tan fácil de embaucar como su padre.

Cinco días después, mientras Antoine y Mateo trabajaban, Jude y Siara llevaron de vuelta a Magdalene a Green Kay y la dejaron en su habitación con instrucciones y una poción que la niñera no tenía intenciones de tomar. Una vez que estuvo sola, sintió la frescura de haber regresado a la luz, proveniente del infierno que había sido el

cuarto oscuro y lleno de loas aterrorizantes donde había convalecido. A los pocos minutos, Amélie tocó a la puerta, corrió hacia ella y la abrazó. Magdalene la besó en el tope de la cabeza como era su costumbre. En ese instante cayó en la cuenta de que posiblemente Amélie era el único ser sobre la tierra a quien le importaba su suerte.

—No te preocupes, Amélie. Estoy bien. Ya mañana regreso a las clases y a la rutina. ¿Qué dijo tu padre de mi ausencia?

—No sabe nada. Le dije que estabas indispuesta y al profesor Tauran le aseguré que tenías diligencias. ¿Qué te pasó? —preguntó Amélie preocupada por la palidez y las ojeras de Magdalene.

—Dolencias de mujeres, nada grave, pero tuve que seguir el remedio que me indicó Siara. Amélie, ¿podrías decirle a Jesula que venga? Necesito que me ayude a bañar.

Además del baño, Magdalene estaba ansiosa por echar mano de Jesula, posiblemente para estrangularla, por haberla conducido hasta Siara.

—Jesula ya no está en Green Kay.

—¿Cómo? ¿Dónde está? —preguntó Magdalene perpleja.

—No sabemos. Fue muy extraño. Mientras estabas enferma en el *hounfor* , Jesula se despidió de papá con una nota. No dio explicaciones —le informó Amélie. Fue entonces cuando la epifanía de lo que había pasado se cristalizó en la mente de Magdalene. No sabía exactamente qué hilos conectaban a Jesula con Jude, la *mambo* y, quizá, con la esposa de Michel, de quien había escuchado mil historias, pero estaba segura de que la joven mucama era una pobre marioneta en las manos de esas mujeres que por poco acababan con su vida. Un renovado terror le llegó al estómago, y de repente quiso huir de allí cuanto antes. Abrazó nuevamente a Amélie sabiendo que su vida dependía de llevarse a Love con ellas cuando partieran de Haití.

Esa noche, Magdalene se levantó con cuidado midiendo la fuerza de cada uno de sus músculos entumecidos. Lentamente, se vistió y se acercó al espejo del tocador. Su bronceado había desaparecido y su piel estaba pálida y opaca. Se roció el rostro con agua de rosas, se aplicó rubor en las mejillas y carmín en los labios. Luego, se concentró en su cabello, que era una madeja maltratada de nudos. Sin pensarlo mucho, tomó unas tijeras y se cortó un buen pedazo. Con el resto, que le llegaba un poco más abajo de los hombros, se hizo un moño conservador. Cuando bajó al salón comedor, se veía delgadísima, con los pómulos más pronunciados; había envejecido en cuestión de días. Antoine, Mateo y el profesor Tauran la saludaron sin hacer comentarios. Amélie aplaudió encantada; aparentemente era la única que celebraba tenerla de vuelta. De pronto, Love apareció a su lado y le sirvió vino. Notó que, en la ausencia de Jesula, Love había asumido la función de ayudante en la cocina. Magdalene miró con recelo la

copa y no probó un sorbo hasta que vio que Love sirvió al resto de los presentes de la misma botella. Mientras el grupo cenaba y charlaba, Magdalene se concentró en Love. La chica se movía con gracia y fluidez. La escuchó hablar en perfecto castellano con Mateo, en inglés con Tauran y en francés clásico con Antoine. Esto quería decir que Love era ya políglota y dominaba cuatro idiomas, incluyendo su nativo creole.

En los días subsiguientes, Magdalene se dio cuenta en las clases de que Love era más que simplemente inteligente: poseía una mente privilegiada que sólo necesitaba leer o ver la información una vez para archivarla en su cerebro. En las clases iba a la par con Amélie, a pesar de que carecía de la ventaja de la educación formal que había tenido desde niña la hija del ingeniero Pasquier. Las elucubraciones sobre Love comenzaron a ocupar tiempo en la mente de Magdalene; quizá Jude y Siara querían aprovechar con urgencia la oportunidad de sacar a Love del país porque la chica era una criatura preternatural que combinaba un vasto conocimiento de lo terrenal y una conexión directa con lo divino. Inicialmente, Magdalene pensó que se trataba de un intento de aquellas brujas de tener una boca menos que alimentar, pero ahora le resultaba más probable el deseo de no confinar a aquella chica excepcional a las limitaciones históricas y políticas de Haití. Después del episodio que casi le había costado la vida en el *hounfor* de Siara, Magdalene no dudaba de lo que sería capaz la *mambo* si incumplía su palabra. Observando con nuevos ojos a Love, su fácil relación con Amélie, su mirada honesta y su seriedad casi adulta, a Magdalene se le ocurrió que, si tenía que cargar con ella en la mudanza, era más sabio llevársela de amiga que lo contrario.

En los tres años que siguieron al aborto, Magdalene calculó que tenía las piezas que podía controlar en su lugar. Durante esos años había perfeccionado con Amélie el plan para llevarse a Love a Puerto Rico. Mientras Magdalene se aseguraba de comentarle constantemente a Tauran las hazañas de Love y el desperdicio que supondría dejarla sin mayor educación formal cuando se fueran, Amélie montó una campaña de persuasión con su padre, a quien no dio tregua hasta que Antoine accedió, con la condición de que Jude consintiera dejar ir a su hija.

A principios de ese año final en Puerto Príncipe, un abogado descendió sobre la hacienda con papeles en mano y estuvo una media hora con Antoine, Mateo y Jude en la biblioteca. Mateo le había asegurado a Antoine que aquella formalidad era innecesaria, que llegarían a su propio puerto, en su propia goleta, con la Real Cédula de Gracia ya lista para los Pasquier, y que nadie repararía en una chica más o menos ni le importaría. Pero el ingeniero Pasquier no tenía intenciones de llevársela como si fuera una esclava,

particularmente luego de haberse sensibilizado sobre el tema en sus años de tertulias con los intelectuales de Haití que frecuentaban Green Kay. Con los papeles firmados ese día, Lovelie se convirtió en Love Pasquier y en la hermana que Amélie añoró desde el día en que la conoció. Todo estaba listo para la llegada a Puerto Rico.

Cuando Amélie cumplió diecisiete años, el tiempo y la vida en Haití habían enmohecido ya el poder de la flauta mágica que la hizo confiar en Magdalene ciegamente durante sus años formativos, aunque eso no mermaba su amor por la mujer que la crio. Magdalene confiaba en que la malla de chismes del pueblo, casi toda dependiente de un modo u otro de Etoile Blanche, se hubiera abstenido de llenar los oídos de los Pasquier de los detalles de sus maromas en Puerto Príncipe. Por tanto, asumió, incorrectamente, que Amélie estaba ajena a sus dramas en las costas haitianas. Pero la macabra desaparición de Jesula años atrás, de la que muchos aún hablaban y que achacaban a un trabajo de vudú; la simultánea ausencia por cinco días de Magdalene; las muchas veces que Amélie ocultó la falta de su niñera a la hora de la cena o incluso hasta el día siguiente; la frecuencia con que la buscó en su habitación, sólo para encontrarla roncando en su cama con un vaso de absenta en la mesa y los pies llenos de arena; la constante presencia de Michel, era todo evidencia fácil de atar en el ágil cerebro de la hija de Antoine, que había madurado con los años y la influencia de Love, una anciana sabia atrapada en el cuerpo de una joven.

Tanto Siara como Jude se cuidaron de mantener a Love al margen de las lóbregas negociaciones en torno al aborto de Magdalene. Pero, poco después de esos sucesos, Love comenzó a percibir cambios en la casa de su *grann* , primero sutiles y luego descarados hasta lo burdo. Inicialmente fueron trivialidades: vestidos nuevos para Jude, Siara y Love con todo y tocados —algo nunca visto en la familia—; la calidad y la variedad sustancial de los platillos en casa de *grann* los domingos; la abundancia de lujos como el café, el tabaco y el ron, ya no en medias botellitas sino en botellas enteras. La evidencia del cambio en las circunstancias y la fortuna de la familia siguió en aumento hasta alarmarla. Un año después de la “enfermedad” de Magdalene, Siara adquirió mediante algún negocio que no explicó la casa contigua perteneciente a Belle, la vecina que vendía los gallos para peleas y ritos de vudú. La *mambo* procedió a unir con un remache ambas propiedades, convirtiendo la suya en la más grande y cómoda del barrio. Añadió dos habitaciones para clientes, y trajo muebles nativos de madera casi nuevos, incluyendo

un gran comedor para los almuerzos domingueros. En esos largos convites sazonados con ron, siempre aparecían como por arte de magia Lula, la criada de Eve Madeline, y Belle, que se mudó a una recámara en el remodelado *hounfor* de Siara, desde donde continuó su negocio de crianza de gallos. Love observaba todo aquello espantada. Por el lado de Green Kay, la súbita puntualidad de Magdalene para sus tareas en la hacienda, su entrega total a los estudios para dominar el español, el cese de sus salidas nocturnas y la desaparición permanente de Michel le hicieron comprender fácilmente lo que había sucedido y el plan subsiguiente de su abuela: traer bajo su ala y control a toda persona conectada con aquel episodio, o en posición de haber escuchado algo. Love sabía que Amélie también había conectado esos datos, y que sólo su cariño por Magdalene le impedía aceptar lo obvio. La gota final que desbordó la copa reventada de sospechas fue su adopción misma por el ingeniero Pasquier. Hubiera esperado algún reparo, pero ni su madre ni su abuela rechistaron, como tampoco le preguntaron su parecer. Ya en ese punto, Love no veía la hora de salir de allí con Amélie y alejarse de aquella distopía hecha de transacciones en sangre.

Parte del tiempo que Magdalene ya no dedicaba a Michel lo invertía ahora en observar a Mateo, por quien había desarrollado una intensa infatuación. En Puerto Príncipe, donde Mateo vivió intermitentemente los tres años que necesitó para echar a andar su plan con Antoine, las mujeres lo llamaban *bèl nonm lan*, "el hombre bello". Por las noches, Magdalene se acostaba en su cama, a metros de distancia de la recámara de Mateo en la hacienda, y miraba por el ventanal hacia el cielo salpicado de estrellas tintineantes, antes de dormirse inquieta y consumida de deseo. Por las mañanas despertaba azorada, a menudo en medio de pesadillas donde regresaba a aquella playa, a aquella choza llena de telarañas, insectos y oscuridad. Hervía de rabia ante la injusticia del precio por su amorío, mientras Michel se paseaba por el pueblo con Eve Madeline y sus tres hijos como si no hubiera participado en el asunto. Aquello le recordaba el orden de la jerarquía de las mujeres en ese lugar, que a pesar de sus playas y misticismo, no era tan diferente a París —en ambos la culpa siempre la cargaba la mujer, y el hombre era eternamente excusado—. El nuevo mundo en muchas cosas era tan viejo como el otro. Decidió guardarse las ganas de seducir a Mateo hasta salir de Haití, donde demasiadas loas la perseguían.

Fue durante esa observación incesante sobre Mateo, quien iba y venía entre Puerto Príncipe y Cabo Rojo varias veces al año en su flota de goletas, que escuchaba sus conversaciones con Antoine y sumaba datos de lo que les esperaba en Puerto Rico. Sabía que Mateo, su hermano Leoncio y su madre Eusebia habían reorganizado y ampliado

exitosamente los negocios de los Tesara apostando todos los finitos recursos que tenían, y que sus contactos dentro del gobierno español colonial eran muy escasos. Una noche, y después de demasiadas copas de brandy, Mateo le contó al ingeniero sobre el accidente de su padre cinco años atrás. Según pudo captar Magdalene a través de la puerta entreabierta de la biblioteca que dejaba escapar el timbre profundo de la voz de Mateo, don Cipriano Tesara no se recuperaba del todo, aunque los médicos aseguraban que hubiera podido hacerlo y vivir una vida más activa. Pero algo más fundamental que sus huesos se había quebrado, y Mateo, quien idolatraba a su padre y no entendía su actitud derrotista, esperaba que se animara con la culminación del sueño de que la hacienda Santa Ana dominara la producción de azúcar del oeste de la isla.

El plan de Antoine y Mateo era complejo a los oídos de Magdalene, pero aparentemente consistía en tres movidas específicas: apropiarse de las tierras no inscritas de la aledaña hacienda Santa Bárbara; dominar la exportación y la distribución de azúcar y sus derivados a través de la flota de goletas, y —lo más ambicioso y donde entraba el papel de Antoine— modernizar la maquinaria de la central para aumentar su capacidad de producir azúcar refinada o blanca. La competencia de los Tesara, incluido José de Dios Reyes Badillo, dueño de Santa Bárbara, usaba máquinas simples que producían sólo azúcar moscabada, que era más difícil de mover en el mercado que la refinada. La abolición de la esclavitud en Puerto Rico una década antes había cambiado por completo el panorama de la mano de obra, y Mateo sabía que quien mejorara la producción con maquinarias modernas y tuviera un buen brazo de distribución —los vapores en este caso— tenía la oportunidad de dominar el reino del azúcar. Hasta Magdalene, con sus limitados conocimientos del negocio de la caña, pudo intuir que les esperaba un futuro más que próspero.

A instancias suyas, Amélie averiguó que hacía más de un año los Tesara habían mandado a construir una casa de dos niveles muy cercana a las tres residencias de la familia, dentro de la hacienda Santa Ana. Como un regalo a su hija, y para que no extrañara tanto Haití, Antoine le encomendó a Mateo que construyera la residencia siguiendo las líneas arquitectónicas y la distribución de espacios de Green Kay, e igualmente mirando hacia el mar Caribe y a ese diminuto estrecho azul que separa ambas islas. Cuando Antoine le dio la noticia a Amélie, la chica abrazó largamente a su padre. Ahora, que se consideraba adulta, se daba cuenta de cuán afortunada era por ser hija de un hombre tan amoroso como Antoine, particularmente en un mundo donde las hijas no valían mucho.

Unos meses antes de la fiesta de despedida de los Pasquier, Mateo regresó a Haití por última vez con dos abogados de Puerto

Rico, quienes estuvieron reunidos largas horas con los abogados haitianos de Antoine y los de Etoile Blanche, a veces en la biblioteca de la hacienda y otras en las oficinas de la gran azucarera.

Magdalene se entregó a la titánica tarea de ayudar a organizar la fiesta y el menú para más de cien personas, mientras dirigía a la media docena de jornaleros que arribó a Green Kay para comenzar el engorroso proceso de mudanza. Los primeros en despedirse de la hacienda fueron los grandes muebles franceses, las alfombras, los tapices, los candelabros, las esculturas y las pinturas que llegaron con los Pasquier, además de algunas piezas nativas especiales para la familia, todo lo cual fue cuidadosamente embalado y transportado en una goleta de los Tesara que haría una parada en Puerto Príncipe, en su ruta de Cuba hacia Cabo Rojo. Amélie y Love, sentadas bajo un enorme flamboyán amarillo y con el canto de un pájaro tocororo sobre sus cabezas, veían el vaivén de los trabajadores que empacaban los recuerdos de sus vidas. A sus diecinueve años, Love sabía que no regresaría a Haití, ya que la misma loa Marassa, que guardaba a la familia, le había susurrado que su lugar estaba ahora al lado de Amélie y que le tocaba despedirse de su tierra.

—Nunca te he preguntado si te duele abandonar Haití y a tu familia. Lo hablamos antes de pedirle a papá que te mudaras con nosotros, pero ahora que el viaje está a punto de hacerse realidad, quiero saber. Eres mi hermana y te quiero a mi lado, pero no puedo imaginar cómo me sentiría si me pidieras que abandonara a mi familia —le preguntó Amélie mirando a los peones, que cargaban armarios, sillas y un óleo con la imagen de su madre, que posaba serenamente luciendo un collar de perlas y una sonrisa monalisa—. Sabía que el estoicismo natural de Love no la dejaba entregarse a grandes despliegues sentimentales, pero debía hacerle la pregunta antes de partir.

—Mi lugar está contigo. Te esperan grandes cosas al otro lado de este mar y debo estar ahí para ayudarte con lo que viene —le contestó Love, y Amélie recordó a la loa de los mares, la Sirena, que Siara convocó aquel día en su santuario cuando unió los destinos de las niñas. *La mer* … pensó en su nativo francés, que ya casi no utilizaba. Le resultó extraño no haber conectado a la Sirena con su mudanza hasta ese momento. —En cuanto a mi familia… —Love continuó mirando a Amélie con ojos resignados—, mi madre y Siara escogieron otro camino, distinto al mío. Desde la desaparición de Jesula y lo que sospechamos que pasó con Magdalene, mi destino dejó de estar junto a ellas. Todo lo que tienen ahora lo han logrado cruzando fronteras peligrosas. No sabría cuál es mi papel aquí si no fuera por ti.

—El tiempo y la necesidad cambian a la gente, Love. No las juzgues tan duramente.

—No, Amelia. La ambición descarnada a cuenta de que otros paguen cambia a la gente. No lo olvides, hermana. —Amélie supo a qué se refería Love y no quiso entrar en más detalles. Ambas tenían claros todos los canjes humanos, espirituales y carnales que se habían dado en Green Kay con sus correspondientes consecuencias, y no los querían recordar. La hija del ingeniero Pasquier sabía también que, más que despedirse de Jude y de Siara, el corazón de Love debía encontrar cómo despedirse de Samuel Dessalines, el único hombre que había logrado la genuina hazaña de captar el interés de la chica en su corta vida. Samuel era el hermano menor de Eve Madeline, lo que los colocaba en los extremos de una ecuación humana imposible de resolver.

Samuel era el integrante más joven de un respetado círculo de intelectuales haitianos conocido como el *A sèk libète* , o "El Círculo de la Libertad". La independencia y la lucha contra la esclavitud de Haití representaban aún un peligro para el sistema colonial que operaba en las Américas. Las ideas de El Círculo de la Libertad transitaban por el Nuevo Mundo alentando a la insurrección en otras tierras. En Haití ese grupo que había defendido los derechos humanos de los esclavos con el intelecto y la palabra era representativo de las mentes más brillantes y respetadas de la república. Desde muy joven, el hijo menor del ministro de Cultura probó ser el candidato perfecto para suceder a su padre en El Círculo, y el día llegó cuando éste pasó a dirigir el Ministerio de Cultura y se convirtió en asesor y amigo del presidente.

Love había conocido a Samuel un día del verano anterior cuando regresaba de la playa con Amélie, a punto de comenzar el espectáculo del atardecer. Antoine, Mateo y Samuel estaban en la terraza principal que daba al oeste y hacia la entrada de la hacienda. Los tres hombres disfrutaban de una animada conversación sobre la situación colonial de Puerto Rico mientras degustaban ron y tabacos. La vista de Samuel se distrajo por un momento y captó las siluetas de dos mujeres, una negra y una blanca, que subían la pequeña loma tendida desde la entrada de la propiedad hasta la casa. Observarlas juntas era un espectáculo de contrastes digno de inmortalizarse en una pintura, fue lo primero que pensó. Caminaban moviendo las caderas y piernas al unísono, con ritmos idénticos. Ambas melenas flotaban al viento, rizadas e impregnadas de salitre, una negra y otra roja. Las pieles de ambas eran un golpe a la vista de claroscuros impenetrables. Entonces Samuel se enfocó sólo en la chica negra, envuelta en la luz anaranjada del atardecer. Love le robó el aliento a Samuel en ese instante, y viceversa, para la enorme sorpresa de Amélie, quien a esas alturas pensaba que su hermana estaba por encima de los pedestres impulsos carnales, porque no le había conocido un novio jamás.

Samuel había llegado a Green Kay por invitación de Mateo, a quien el tema de la independencia de Puerto Rico lo obsesionaba casi tanto como el negocio del azúcar y encontraba fascinantes los postulados de Samuel sobre el futuro del Caribe. Desde la tarde en que Samuel vio a Love, se aseguró de agenciarse invitaciones frecuentes de Mateo a la hacienda, ya que no podía contar con la ayuda de su cuñado, Michel, quien había dejado de visitar Green Kay bajo circunstancias bochornosas que el joven rogaba que no hubieran llegado a oídos de Antoine.

Love y Samuel nunca hablaron del futuro. Sabían que no existía para ellos. Tampoco se cuestionaron su improbable amor, y se entregaron el uno al otro con lo único que tenían: el momento presente. No se hacían de ilusiones imposibles, porque sabían que aun si Love no hubiese estado próxima a marcharse de Haití, la nieta de una *mambo* y el hermano de Eve Madeline nunca podrían estar juntos. Así, cada día, cada hora que pasaban juntos era una celebración sensual e intelectual con un tiempo de expiración latente. Amélie sabía que hubiera estado devastada en el lugar de Love, y, sin embargo, ésta miraba la mudanza en progreso con resignación y compostura. Amélie le pasó el brazo por la cintura y la acercó a sí.

— *Tout ira bien ma soeur.* —“Todo irá bien, hermana”, fueron las últimas palabras en francés que le hablaría Amélie a Love en Haití. En el futuro, en Puerto Rico, sólo usarían ese idioma cuando no deseaban que nadie las entendiera.

La invitación en fino papel y caligrafía, entregada a la mano, decía:

> *El ingeniero Antoine F. Pasquier y su hija, Amélie Isabelle, tienen el placer de solicitar el honor de su compañía la noche del 22 de octubre de 1893 a las 6:00 p. m. a la hora del atardecer en Green Kay para la celebración del natalicio de mademoiselle Pasquier Bonastre.*

Se ordenaron docenas de vestidos formales en la capital, y las costureras no daban abasto, incluso trabajando doble turno. Las vajillas de porcelana se desempolvaron, los candelabros se limpiaron y se renovaron con velas nuevas, docenas de linternas de aceite fueron colocadas por toda la casa, y cajas de champaña, ron y licores fueron transportadas a Green Kay por un grupo de peones que invadió el

sacrosanto recinto de la cocina de Jude, para ayudar en diversas capacidades. Magdalene y Jude depusieron las armas en una tregua temporera para ejecutar aquel evento social, y bajo el mando de ambas, los trabajos se organizaron en el grupo de servicio y protocolo. La logística de transportación y llegada de los invitados recayó en las manos de los peones de la hacienda. Muchos de los muebles franceses de mayor tamaño ya habían sido removidos de la casa para la mudanza, y el espacio se abrió ampliamente y se llenó de flores para los invitados. Los hombres lucían elegantes en trajes negros de corte inglés, y las mujeres se veían regias en rígidos vestidos de colores que parecían robados de pavos reales.

Justo a la hora del atardecer los invitados alzaron sus copas y brindaron por Amélie, quien descendió las escaleras en un atuendo verde esmeralda que había requerido tres meses y tres costureras. El apuntalado corsé hacía ver sus pequeños pechos mucho más protuberantes, y la falda, ajustada en las caderas, se acampanaba y terminaba en una pequeña cola. Amélie hizo el contrapunto de la rigidez de la línea del vestido con decadentes prendas de perlas heredadas de su madre, y con plumas de pavo real en el tocado. El verde del vestido contrastaba con sus rizos rojos, y cuando Antoine la recibió a los pies de la escalera, se sorprendió al notar que su niña era ahora una hermosa mujer. En algún momento durante sus idas y venidas de los cañaverales de Haití, su pequeña Amélie había dejado de correr y enfangarse por la hacienda y se había convertido en aquella exótica criatura.

Magdalene, copa en mano, pero moderando lo que bebía, observó la sonrisa encantada de Antoine al ver a su unigénita y dedicarle un hermoso discurso, que luego incluyó una sentida despedida de Haití y su agradecimiento a ese país que le había ofrecido tanta hospitalidad. Cuando los invitados irrumpieron en un aplauso, Magdalene pasó revista sobre el salón para mantenerse tan lejos como pudiera de Mardochée, Michel, Eve Madeline y el ministro Dessalines. Con su salida de Haití a la vuelta de la esquina, Magda tenía la intención de pasar esa noche tan desapercibida como pudiera. Su vista cayó sobre Mateo, guapísimo en un traje formal, con su cabello negro peinado hacia atrás y, por una vez, fuera de su rostro. Mateo observaba impaciente a Amélie, y cuando la chica terminó de abrazar a su padre, la tomó por la cintura y la volteó hacia sí para reclamar el próximo turno. Algo sutil en el gesto de Mateo, que casi rozaba en lo posesivo, y la naturalidad de la respuesta de Amélie, quien lo besó en la mejilla sonoramente, le sentaron mal a Magdalene.

La noche fue larga y entremezcló la euforia de la celebración con el lamento por la partida de los Pasquier. Dos grupos musicales y un novedoso fonógrafo prestado por el Ministerio de Cultura animaron la

velada, y al filo de la medianoche los invitados salieron al exterior para ver a los miembros de la Escuela Nacional de Danza de Puerto Príncipe en un hipnótico espectáculo a la luz de una hoguera y las estrellas desde donde las loas observaban todo. Mientras tanto, abajo en la tierra Magdalene observaba la ausencia de Amélie y Mateo. Tampoco había visto a Love en toda la noche salvo brevemente, un par de horas antes, acompañada por el joven Samuel, el hermano de su némesis, Eve Madeline.

A las dos de la madrugada, ya saciada de manjares, licores, baile e intercambio de despedidas, la mayoría de los invitados se encaminó a hacer turno en la entrada de la hacienda para esperar sus respectivos transportes. Mardochée, con un exagerado sentimentalismo, se abrazó llorosa a Antoine y luego al profesor Tauran, como si se despidiera de sus más entrañables amigos. Magdalene sintió náuseas y decidió dar por terminado su papel por esa noche. Organizar el evento de la temporada de la sociedad haitiana en medio de una mudanza la había drenado. Entró en la casa por la puerta principal, donde todavía un puñado de invitados seguía en una animada tertulia. Miró el recinto de esquina a esquina y no vio a Amélie. Al caminar hasta la cocina y asomarse, comprobó que hasta Jude se había retirado y que sólo quedaba de pie el grupo de la limpieza, que recogía porcelana, cubiertos y copas. Tomó un quinqué, se quitó los zapatos y se dirigió a su habitación. A mitad de camino levantó la vista y vio a Love inmóvil, al tope de las escaleras.

—Ahí estás, Love. No te vi en toda la noche. ¿Dónde está Amelia? ¿La has visto? —Magdalene alcanzó el segundo nivel. Love, como una centinela silenciosa, sólo la miró. Magdalene no precisó más información. Dejó caer sus zapatos y salió disparada en dirección a la habitación de Amélie, cuya puerta abrió bruscamente sin anunciarse. La recámara estaba vacía y oscura. Magdalene sintió que su corazón palpitaba salvajemente. Miró en dirección a Love, pero el pasillo estaba desierto. Por un momento pensó que había alucinado su figura; casi mareada por la tensión y la paranoia, se encaminó a su habitación y, sin calcularlo, como si la guiara la mano invisible de un espíritu con un macabro sentido de la ironía, siguió de largo hasta detenerse frente a la puerta de la habitación de Mateo. Apagó la lámpara de aceite y suavemente abrió la puerta atisbando dentro, con un ajuste de los ojos a la oscuridad. La luz de la fogata del patio iluminaba aquel espacio que contenía su propio universo. Allí, en la cama, estaba Amélie desnuda encima de Mateo, quien, acostado, la sostenía fuertemente por las caderas mientras ambos cabalgaban por un mundo de placer donde nada más importaba. Magdalene observó aquella unión de pieles fantasmales que se movían iluminadas en la oscuridad y quiso verse a sí misma en aquella cama, en lugar de Amélie. Le costó

reconocer en aquella otra mujer a la niña que ella misma había criado. Amélie había resultado buena alumna, después de todo, y Magdalene la miró con nuevos ojos reconociendo algo de sí misma en la chica. Se percató de que Amélie era una maestra en el arte de la ilusión, y que mantenía intacta su imagen de dama inocente e intachable, algo que la propia Magdalene no había sido capaz de lograr en su torpe euforia al sentirse libre en una fantasía hedonista con Michel. La alumna había superado a la maestra.

Tan silenciosamente como había abierto la puerta, la cerró y se fue a su habitación, donde se desvistió y se liberó el cabello del rígido peinado que llevaba. Buscó en el fondo de su armario y sacó una botella de absenta a la mitad. Desde que casi había perdido la vida a manos de una *mambo* maldita no había probado una gota del diablo verde, como le llamaban al licor en Haití. Ahora era lo único que hacía sentido. Leyó la etiqueta como si la viera por primera vez. Era hora de reencontrarse con su viejo amigo, Pernod Fils. Tauran le había enseñado que la palabra absenta venía del latin *absinthium* , que en su origen griego se traducía irónicamente en “no bebible”. Aquello le dio gracia. Era una noche de profundas ironías. Sin molestarse en diluirla, tomó un largo sorbo que tragó sin respirar, para no sentir el amargo fuego anisado del brebaje sin endulzar. Se recostó en la cama y le rogó a su mente no elucubrar nada más. Sentía un zumbido insoportable de ruidos incoherentes y sólo añoraba el silencio. En cuestión de minutos se sumergió en la nada.

Si Magdalene hubiera sabido que lo peor de sus últimos días en Haití estaba reservado para esa mañana, seguramente hubiera obviado la absenta. Se levantó con la boca seca, sedienta y con una cruda resaca, sensación que no vivía desde sus tiempos de juerga con Michel. Cuando logró vestirse y recomponerse, fue a la cocina y tomó vaso tras vaso del ubicuo zumo de papaya, que siempre estaba disponible en grandes cantidades en la cocina. Magdalene nunca pudo acostumbrarse al sabor dulce y fibroso de esa fruta pulposa que probó por primera vez en Haití, pero en ese momento necesitaba líquido en su cuerpo. Cuando hizo una pausa, vio la mirada de Love, quien tomaba café con una parsimonia que le provocaba a Magdalene el deseo de tumbarle la taza. Estaba pensando cómo abordar el tema de la noche anterior y averiguar si la había visto en las escaleras o la había imaginado, cuando Jude entró en la cocina.

—Por fin das signos de vida.

—Lo menos que podías hacer era cubrirme esta mañana, que yo

te cubrí hasta la madrugada. No me fastidies, Jude, que no estoy de humor —le dijo ásperamente Magdalene sin mirarla.

—Ah, ¿no estás de humor? Pues te aconsejo ponerte de humor tan rápidamente como puedas. *Monsieur* Pasquier está en la biblioteca y pregunta por ti —le contestó Jude con una risita odiosa, gozándose cada momento de su tarea de mensajera. A Magdalene se le quitó la resaca del susto, pero se rehusó a darle el gusto a Jude. Se puso de pie y caminó hasta Love, al otro lado de la mesa. Con un gesto brusco, le quitó la taza de café de las manos y se lo tomó de un golpe, tras lo cual depositó sonoramente la taza en la mesa. La ansiada cafeína corrió al fin por sus venas.

—Púdrete en el infierno, Jude —le dijo pasándole por el lado en dirección a la biblioteca.

—Después de ti… —Y la risa de la cocinera la acompañó pasillo abajo.

Amélie se había corrido el riesgo de pasar la noche en la habitación de Mateo calculando que nadie en la hacienda se levantaría temprano, a excepción de los trabajadores. Cuando despertó a su lado, le gustó el aroma de esa intimidad y se recordó no acostumbrarse a ella. Aún no sabía exactamente qué papel jugaría Mateo en su vida más allá del presente, pero lo que sí estaba claro entre ambos era que los planes de Antoine y la familia Tesara iban por encima de todo, incluso de ellos. Amélie miró a Mateo dormido. Se veía sosegado, inerte en el destino de sus sueños, muy distinto al viento de tormenta que era cuando estaba despierto. Le tocó la nariz suavemente con un dedo y siguió dibujando hacia el sur de su silueta hasta llegar al ombligo. En pocos días conocería a la esposa de aquel hombre, Emilia Zaragoza, quien sin duda recibiría a la familia en el puerto. Mateo nunca les había ocultado a ella ni a su padre que era casado, y felizmente, suponía Amélie, ya que en los años en que Mateo viajó entre Puerto Príncipe y Cabo Rojo su esposa dio a luz a dos de sus tres hijos.

Los Tesara Zaragoza vivían en una de las residencias de la familia en la hacienda Santa Ana. La casa más antigua la habitaban Eusebia y don Cipriano. En la otra residía Leoncio con su familia, y la casa nueva, Green Kay II, como la habían bautizado, sería de los Pasquier. Aunque Amélie no tenía claras las distancias en la hacienda, era obvio que ella y Emilia serían vecinas. El asunto no le preocupaba demasiado. Seguir su romance oculto con Mateo en Puerto Rico no podía requerir de más creatividad que en Puerto Príncipe. Otras preocupaciones más pesaban en su mente, como la posibilidad de un

embarazo. Cada vez que lo pensaba, recordaba la ausencia de Magdalene años atrás, cuando fue al *hounfor* de Siara, y le corría el frío por la espalda. A su favor tenía la amplia experiencia de la *au pair* , quien le había regalado un caudal de conocimientos y advertencias, sin pensar que Amélie lo pondría en uso bajo sus narices justamente con Mateo. Amélie no tenía intenciones de decidir su brillante futuro en su primera calentura de juventud, pero, por otro lado, Mateo era un ejemplar magnífico. Un pura sangre que corría con su misma ambición. Se inclinó sobre su estómago y lo besó en el ombligo hasta que lo sintió despertar. Comenzaron a correr juntos nuevamente.

Magdalene se detuvo frente a la puerta de la biblioteca y se miró las manos. Temblaban visiblemente y las hizo puños para aquietarlas. Detrás de esa puerta estaba su nuevo destino en la vida de la familia, si alguno. Los Pasquier ya no necesitaban a una niñera, así que en los últimos años había asumido el puesto de ama de llaves de la hacienda para efectos de todo el servicio excepto de Jude, que no le reconocía autoridad. Pero existía la posibilidad de que Antoine la despachara, en cuyo caso tendría que regresar a París, algo impensable para ella. ¿Regresar a la barra de Hoquet a servir copas y vaciar ceniceros? Prefería morir. Decidió no posponer más el momento, a riesgo de dar rienda suelta a un ataque de ansiedad. Antoine estaba sentado detrás del escritorio, iluminado por un sol de casi mediodía que entraba con fuerza por los ventanales, impecablemente vestido de chaqueta, y lozano como si hubiera dormido diez horas. Estaba inclinado sobre un plano y, en cuanto vio a Magdalene, le sonrió y le hizo un gesto para que tomara asiento.

— *Bonjour* , Magdalene, *asseyez-vous s'il vous plaît* —le dijo Antoine. La mujer tomó asiento sin decir palabra. No tenía fe en su propia voz—. Confío en que hayas descansado. Agradezco todo el tiempo y la organización que dedicaste a la fiesta de anoche. Espléndida velada. —Magdalene lo miró como si no comprendiera. Al no obtener reacción, Antoine continuó—: ¿Está listo y empacado todo lo de las chicas? Bien. Magdalene, he visto cómo te has convertido en la ama de llaves de la casa y deseo que sigas trabajando como tal, y a la vez que me ayudes a que nuestros planes en Puerto Rico se mantengan encarrilados. —Ella seguía mirándolo sin emitir sonido. Exasperado, Antoine le preguntó—: Magdalene, asiente si me puedes escuchar.

—Claro. *Désolé* —reaccionó finalmente aclarándose la garganta —. Me da gusto que haya quedado complacido. Será un honor

ayudarle a… ¿a qué exactamente?

—Qué bueno que lo preguntes, porque necesito confiar totalmente en ti. Amelia es joven, hermosa y atolondrada, ya la conoces.

Magdalene no pensaba que Amélie era atolondrada. Más bien lo contrario. Para su corta edad, era una maestra de la farsa y la seducción, como había descubierto esa madrugada. La niñera decidió dejar que Antoine llegara al grano.

—He dedicado años de mi vida a planificar cada detalle de este paso que estamos próximos a dar. He invertido miles de horas en cultivar las alianzas correctas y esperar por esta oportunidad. En cuanto pisemos tierra en Puerto Rico, la familia entrará de lleno a ser una de las grandes en el negocio del azúcar en la isla y el Caribe. La posición y las circunstancias de Amelia son de mucho valor para nuestros planes, ¿comprendes?

—¿Valor? ¿Amélie es de valor para los planes del negocio?

—Me refiero a que, cuando llegue el momento, debemos velar por que mi hija ponga sus intereses románticos en alguien digno de ella, que sirva a los planes de la familia.

Magdalene desconocía si el socio de Antoine cualificaba en esa escala como digno de Amélie, pero a juzgar por la sesión de sexo que había presenciado la noche anterior, sospechaba que, para la chica, Mateo pasaba la prueba con honores. De pronto, el apaleado cerebro de Magdalene, que aún luchaba con residuos de absenta, conectó las palabras de Antoine y decodificó su significado. Tenía que estar errada. No era posible que Antoine, de quien todos pensaban que era un amoroso padre viudo, le estuviera proponiendo manipular a Amélie hasta que llegara el mejor postor que pudiera traer más dinero y conexiones a los negocios familiares.

—¿Cómo le puedo ayudar? —contestó, porque no podía decir otra cosa.

—Vela por los intereses de Amelia y mantenme informado. Eres su única figura materna. Me has ayudado a criarla. De seguro quieres para ella a alguien de su altura, que le sume a su vida, no que se sirva de su fortuna. Tú y yo debemos ayudarnos en esto.

—Desde luego.

—Gracias, Magdalene. Agradezco tu lealtad, y sabes que soy generoso. Nos irá de maravilla en Puerto Rico, ya lo verás. También hay dos mujeres importantes allá cuyo respeto debes ganarte como un asunto prioritario. Una es Eusebia Tesara, la madre de Mateo y una mujer de negocios formidable. Estoy ansioso por conocerla. La otra es Emilia Zaragoza, la esposa de Mateo.

La poca resaca que le quedaba a Magdalene se esfumó al instante.

—¿La esposa? ¿De Mateo? No tenía idea, *monsieur.*

—Sí, la esposa de Mateo, quien es mi socio y una figura fundamental en mis planes. ¿Comprendes, Magdalene? —le preguntó Antoine mirándola sin parpadear. A la mujer se le heló la sangre. Entonces, su patrón había sabido de su relación con Michel, y ahora quería asegurarse de que el capítulo con Eve Madeline no se repitiera con Emilia. Y mientras Antoine se preocupaba por la niñera, su hija se revolcaba con Mateo bajo su propio techo. Magdalene asintió y se puso de pie intuyendo que ya había sido despachada. Salió de la biblioteca cerrando la pesada puerta tras de sí. En ese momento Amélie bajaba las escaleras, radiante, con un angelical vestido blanco de hilo y el cabello en una larga cola de caballo. Al ver a Magdalene, caminó hasta ella y la abrazó.

—Mi querida Magda, no imaginas cuánto disfruté de la fiesta.

Magdalene quiso decirle que sí se lo podía imaginar, pero se guardó el comentario. Sintió los brazos de Amélie a su alrededor, mientras los suyos yacían inertes. Absorbió su aroma dulce… geranios, miel y sal mezclados con el olor del lino limpio… la suavidad de su piel la transportaba… Amélie recién nacida… blanda, siempre pegada a su piel, con ese olor de vida nueva… Amélie reía y corría con ella por las calles de París con la cara manchada de chocolate… Amélie celebraba sus cumpleaños y la abrazaba junto a su padre… Asustada en la noche se metía en su cama… los pequeños pies fríos buscaban el calor de los suyos. Sus brazos volvieron a la vida como manejados por un titiritero invisible y la abrazó fuerte. Amélie… Amelia… la nueva moneda de trueque de la familia… la misma historia que se traspasaba incólume de siglo en siglo. Se separó de la chica y se tocó la cara húmeda.

—¿Estás bien, *ma chère* ?

—Claro, *ma poupée* . Es todo esto de la mudanza, tu cumpleaños, cambiar de país, que me tiene un poco tonta.

— *Ma poupée?* Qué risa. No me llamas así desde que era muy pequeña.

—Desde que aprendiste a hablar y a decir “no me llames más mi muñequita”, para ser exacta —le contestó Magdalene—. Ven, vamos a desayunar. Podría comerme una vaca. La mañana ha estado agitada y aún no he tomado ni café… bueno, el que le robé a Love, pero ése no cuenta.

—¿Me atrevo a preguntar por qué le robaste un café a Love?

—Una combinación de circunstancias, en realidad, pero principalmente por culpa de Jude, que no pierde oportunidad de incordiar. No voy a llorar por ella en el puerto, te lo aseguro.

Amélie se tiró una carcajada que resonó en el salón.

—De acuerdo, pero no lo comentemos a nadie, que nos quedan

unas semanas y no queremos salir envenenadas de aquí.

Las dos mujeres siguieron caminando tomadas de la cintura, y dejaron la estela del rápido *staccato* de sus voces; una terminaba las oraciones de la otra… y el sonido se alejaba hasta hacerse nada, hasta despedirse del salón, de Green Kay y de Haití.

El 1 de enero de 1894, antes del amanecer, los Pasquier, Magdalene, Love y Mateo se embarcaron en una de las goletas de los Tesara. Leoncio había enviado a la nave más nueva de la flota a recogerlos. En la proa del barco de tres mástiles y coronado de inmensas velas que se fueron abriendo al viento, como pañuelos de despedida, se leía "Santa Ana". Al zarpar, todos se congregaron en la popa, y observaron cómo la costa de la bahía de Puerto Príncipe se volvía pequeña e inmensa al mismo tiempo. Sin que nadie se percatara, Mateo tomó la mano de Amélie.

Antoine se despidió en silencio de aquella isla exuberante que había servido de antesala perfecta para sus sueños. La excitación por llegar a Puerto Rico y ver la materialización de sus planes luego de tantos anhelos de azúcar le impedía sentir nostalgia por Haití.

Magdalene no vio en el puerto a Jude al zarpar, pero cuando apenas se distinguían los que quedaban en tierra, vio a la *mambo* Siara vestida de negro, inmóvil, con los ojos fijos en la embarcación desde la costa. Magdalene se volteó como si hubiera visto a la misma Marassa y se retiró a su cabina. Amélie también la vio y se despidió agitando el brazo, pero la *mambo* no reaccionó.

Love no hizo gesto alguno para despedirse de su abuela; en realidad ni siquiera la vio. Su vista quedó clavada en esa costa, desde donde podía sentir sobre su piel los ojos de Samuel, como el rocío del agua de mar que la salpicaba. Lo único que dejaba en Haití era ese gran amor.

Cuando pasaron la isla de Gonâve, a la entrada de la bahía, en cuestión de poco tiempo el muelle de Puerto Príncipe desapareció. Al rebasar las tierras de Haití en ruta al sur, el enorme velero giró al este y siguió en dirección a Puerto Rico.

Dos días más tarde, Amélie, Magdalene y Lovelie se encontraron descalzas en la proa de la goleta. En silencio, las tres miraron cómo la costa de aquel Cabo Rojo se dibujaba ante ellas, abrazada a un mar embravecido, como si la alquimia de la loa Sirena hubiera cambiado el color y el temperamento de las aguas. Los tres perfiles se mojaron de salitre, y como lo hizo años atrás cuando llegaron a Puerto Príncipe, Magdalene cerró los ojos y abrió la boca para saborear la sal.

Amélie la imitó, y cuando Love las vio, se unió al rito.

En aquella proa quedaron Amélie, Magdalene y Lovelie. En sus lugares, Amelia, Magdalena y Love tocaron la costa cubierta de sargazo de Cabo Rojo, sabiendo que no existía carta de navegación para el regreso.

PARTE 2

LA CIUDAD ROJA

CAPÍTULO VII

CABO ROJO, 1894

Salvador Filipi Ricci se había despedido del putero del pueblo y abrazado con entusiasmo el papel de amante de Eusebia Tesara durante los pasados tres años. Al principio, el amorío resolvió para Eusebia dos problemas con una sola gestión: le daba ventaja estratégica sobre el corso y aplacaba su insatisfecho libido. Pero la relación se acomodó rápidamente en una rutina exasperante. Cada dos por tres se peleaban a gritos, se tiraban objetos a la cabeza y daban suficientes portazos como para mantener ocupado a Cleto, sobre quien recaía la repetitiva tarea de arreglar las puertas y el mobiliario de la hacienda Filipi Ricci cuando volaban en pedazos en medio de las rabietas de la pareja. Las razones podían ser múltiples: desacuerdos en negocios ahora que eran socios en la cafetalera, celos de Salvador, o cualquier asunto por trivial que fuera, si el corso rebasaba la segunda copa de whisky antes del mediodía.

Eusebia había descubierto rápidamente que Salvador era mucho más fácil de manipular en los negocios que en la intimidad. En cuanto iniciaron su amorío, con una ruidosa sesión en la casa de Salvador a la hora de una siesta en la que nadie durmió, el corso quedó prendado de la madrileña. En sus raros momentos de sobriedad, pensaba en ella

mascullando su cigarro en relativo silencio, pero cuando estaba ebrio, su carácter de por sí explosivo alcanzaba rabietas épicas cada vez que su amante inevitablemente regresaba a su hacienda con su marido.

Cipriano no era tonto, sí confiaba en la bondad innata de la gente y, particularmente, en la de su esposa, así que cuando Eusebia empezó a ausentarse a horas inusuales, lo achacó a la carga de trabajo que había depositado en su esposa y sus hijos tras su accidente. Se esforzó por salir de su melancolía y empezó a trabajar haciendo cuadres de cuentas e inventarios desde la casa. Fue en esos menesteres que se topó con unos documentos en el fondo del escritorio de la biblioteca donde Eusebia trabajaba cuando estaba en la casona. Los papeles notariados y sellados le otorgaban a su esposa participación en dos mil hectáreas de terreno cafetalero en la colindancia entre Adjuntas y Yauco. Cipriano sabía que esa región operaba principalmente con pequeños cafetaleros independientes que su vecino en la hacienda Filipi Ricci llevaba tiempo adquiriendo progresivamente y añadiendo a sus sembradíos de café. Lo que no comprendía era el papel de Eusebia en aquello, ni por qué se lo había ocultado. Lo más inexplicable era que el documento también le dejaba la totalidad de las tierras de la vasta hacienda cafetalera a Eusebia, en caso de la muerte de su socio, quien era viudo y cuyas dos hijas habían muerto en la infancia. Cipriano se guardó los papeles, salió lentamente con su bastón hasta el balcón principal de la casa y respiró tanto aire como sus pulmones aguantaron. De ese momento en adelante, se dedicó a observar más detenidamente las idas y venidas de Eusebia.

Quizás aquello hubiera quedado resuelto con alguna mentira elaborada por el ágil cerebro de Eusebia, pero la impertinencia de Salvador y su más reciente episodio de impotencia viril desembocaron en una cadena de eventos que luego no fue posible detener. Lo que empezó como un encendido amorío fue languideciendo ahogado en los tragos de whisky del hacendado. Una tarde en particular, Salvador no había podido levantar ni siquiera la creatividad para elaborar una buena excusa en la cama, y la culpó a ella por su impotencia. Eusebia, sin pelos en la lengua, le ripostó que sus talentos eran muchos pero que aún no había desarrollado el poder brujo de resucitar pingas ahogadas en alcohol. Salvador le lanzó un libraco que ella esquivó bajándose justo a tiempo y que respondió tirándole un florero que le dejó un considerable chichón en la cabeza al corso. Eusebia terminó de vestirse y se fue dando un nuevo portazo, al que Cleto ya respondía corriendo como un perro de Pavlov. En síntesis, un día normal entre ellos. Excepto que ese día Salvador siguió bebiendo y en algún momento decidió que sería una idea genial hacer las paces con Eusebia esa misma tarde y demostrarle que seguía deseándola como el

primer día. Rugió llamando a Cleto, quien lo llevó casi cargado a su carruaje.

Empezaba a caer la noche cuando Salvador llegó a la hacienda Santa Ana vociferando el nombre de Eusebia como un perro magullado. La mujer, que cenaba en medio de una conversación con Cipriano y comenzaba a intuir que su marido sabía más de lo que dejaba ver, escuchó en el piso de madera el brusco sonido de las pesadas patas de Nix y Peito en dirección presurosa a la entrada de la casona, los feroces ladridos y, unos instantes después… su nombre en la voz ebria de su amante. Entonces, supo que no existía mentira que ocultara lo evidente, y viendo la mirada de Cipriano, se dio cuenta de que su marido ya lo sabía. Desde cuándo, no tenía idea. Ambos hicieron silencio escuchando los gritos de Salvador, los ladridos cada vez más amenazantes y los pasos apresurados de Dominga. Finalmente, Eusebia miró a su marido.

—Excúsame, Cipriano, tengo asuntos de negocios que atender.

Y con eso se fue a meter a las mastinas dentro de la casa, a despachar a Dominga, y a bregar con el borracho vociferante. Cuando sacó a Salvador de la hacienda y quedó finalmente a solas, se retiró a su habitación, donde Dominga la esperaba sacudiendo los mosquiteros y quemando un sahumerio de romero, albahaca, eucalipto y resina de mirra, para limpiar el ambiente. Al entrar, Eusebia cayó de bruces en la cama y Dominga procedió a quitarle los zapatos.

—Eusebia, por amor a Changó —le dijo con el ceño fruncido, concentrada en desvestir el cuerpo inerte de su jefa. Nix y Peito ya estaban tumbadas en el piso roncando sonoramente como si las hubiesen drogado.

—Lo sé, Dominga, lo sé. También sé que me lo advertiste, así que guárdate el “te lo dije”, por favor, que el drama de este día ha sido mucho —le contestó Eusebia cerrando los ojos.

—Estás poniendo a prueba la paciencia de Changó. Yo sólo te puedo ayudar hasta cierto límite —dijo la santera. Eusebia se incorporó en la cama.

—No me dejes sola, Dominga. Te necesito a mi lado para resolver todo esto antes de que llegue Mateo —respondió tomándole una mano arrugada a su santera.

Si los Tesara eran criaturas del dulce de la caña, Dominga Cabrera era hija de la sal de Cabo Rojo. Nacida de una negra y un inmigrante cubano que le había dejado por herencia la religión Yoruba, Dominga se había criado en los Morillos, las vastas ensenadas ricas en sal de la región que dibujaban un desierto de colores cambiantes. Por aquellos años, las salinas funcionaban con nuevos molinos, pero en la niñez de la santera fueron simples diques los que producían aquellos valles blancos y salados durante sus pocos años de

inocencia. Dominga había ayudado a Eusebia a criar a sus dos hijos, y aunque su papel ahora era el de "ama de llaves", siempre fue realmente su santera y una de las pocas personas que merecía el respeto de la dueña de la hacienda.

—No te voy a dejar sola, Eusebia, pero tienes que resolver este asunto. Controla a esos hombres, o terminarás llorando lágrimas de sangre —le aconsejó Dominga con el rostro preocupado, surcado por una filigrana de arrugas que le daba el aspecto de tener la piel hecha de un fino encaje. La mujer empezó a pasarle Alcoholado Aromático Santa Ana con un trapo por la frente a Eusebia.

—Nunca voy a llorar por un hombre, Dominga. Me conoces mejor que eso.

—Tengo muchas canas que me han enseñado a no tratar de predecir la conducta de la gente. Pero puedo predecir el destino, y si no pones remedio a esta situación, vas a llorar, te lo garantizo. Voy a invocar a mis *orishas* para que intercedan ante Changó, también a Yemayá, para que traiga a Mateo seguro a casa. Descansa, Eusebia.

La vieja santera salió arrastrando los pies, que sonaban como lijas bajo la pulida madera de los pisos. A los pocos minutos, Eusebia escuchó a lo lejos el canto sacro e inconfundible de Dominga, que evocaba las fuerzas de todo lo que las rodeaba, de los mares, de la sal, de las madres, de los hijos, de los amantes, de las brujas y de las guerreras. Cerró los ojos y dejó que la voz la transportara como un arrullo.

—Que viva Changó, que viva Changó, que viva Changó, señores, que viva Changó…

Pero, para su sorpresa, Cipriano no le trajo el tema de Salvador al día siguiente de la reyerta. Su marido dejó de ayudar con las finanzas, y no se interesó más en leer los periódicos. No volvió a caminar con su bastón de cabeza de marfil, regalo de su hijo favorito, y se retiró a su habitación con la mirada perdida en el pedazo de azul que se colaba por el ventanal. Cuando Eusebia lo visitaba en las mañanas, no la miraba ni le hablaba, y se hundió nuevamente en el abismo tirano de la melancolía. Mateo se dio cuenta de inmediato la próxima vez que visitó Cabo Rojo, y no se explicaba por qué su padre iba en retroceso, luego de haber mejorado tanto. Eusebia vivió en vilo los primeros meses, esperando el momento en que Cipriano le contara a Mateo o a Leoncio de sus amoríos. Pero el día no llegó y años más tarde todos se habían resignado al nuevo episodio de melancolía de Cipriano. Todos, menos Mateo.

Salvador, por su parte, fue amenazado de muerte lenta y dolorosa por Eusebia si volvía a protagonizar una escena como la de aquella nefasta noche en su casa, o si el rumor de su relación llegaba a oídos de sus hijos, particularmente ahora que Mateo regresaba a casa

de manera permanente. El hacendado, ante el prospecto de perder a Eusebia y tener que regresar al putero, se recogió y disminuyó la ingesta de whisky antes del mediodía. Ambos hombres estaban, por tanto, más o menos bajo control, tal y como había recomendado Dominga, pero Eusebia sabía que aquello podía irse a la mierda en cualquier momento, por lo que había insistido en firmar los documentos de la sociedad y las inversiones con el ingeniero Pasquier y Etoile Blanche antes de la llegada de Antoine a Puerto Rico.

Cuando el 1894 apenas se estrenaba, tres años después de aquel primer encuentro con Salvador, Eusebia se encontró al amanecer en el puerto de Cabo Rojo en penumbras, en espera de que la nave Santa Ana atracara en su muelle. La goleta traía un nuevo capítulo en su vida que requería de todos sus talentos de hilar fino. El Puerto Real de Cabo Rojo no permitía ver el horizonte, excepto por una pequeña entrada que se abría entre dos ensenadas de piedra, arena y manglares, como dos lenguas a cada lado de la bahía que no llegaban a tocarse y dejaban una apertura al mar. No era un puerto fácil de invadir, pensó Eusebia reconfortándose en el dato. Le pareció ver un punto pulsante en el horizonte que sin duda sería la Santa Ana. Pronto, Leoncio, Emilia Zaragoza y los demás llegarían al gran recibimiento.

Emilia Zaragoza interrumpió sus cavilaciones poniendo una mano en el hombro de su suegra para anunciar su llegada. Eusebia la besó en ambas mejillas. Emilia era poseedora de una delicada belleza perpetuamente juvenil. Era tres años mayor que Mateo, pero a sus veintiséis no parecía tener más de veinte, ni sus tres partos habían hecho mella en su diminuta figura. Era innatamente refinada, y con un engañoso aire sereno escondía una determinación de hierro y un admirable instinto de supervivencia que Eusebia reconocía. Consideraba que además de su nuera y ella misma, no había otra mujer empresaria independiente y exitosa a gran escala en el oeste. Por mucho que lo pensaba, no entendía qué buscaba Mateo fuera de la cama de su perfecta esposa: detalles recogidos en las visitas de su hijo mientras vivió en Haití y la creciente frialdad de éste para con Emilia claramente revelaban un interés amoroso extracurricular. Era algo que resolvería en su momento. La imagen de los tres hijos de Mateo se coló por su mente —esos nietos, dos niñas y un niño, tan parecido a su hijo menor—.

A los pocos minutos llegó Leoncio con su esposa, Dora, con quien Eusebia se llevaba a las mil maravillas. Ambas entendían la naturaleza

apacible y campechana de Leoncio y no tenían remilgos dándole dirección, Eusebia en el trabajo y Dora en la casa. Eusebia sabía que éste sería un día difícil para Leoncio, quien siempre había vivido en un segundo plano, bajo la tormenta de determinación y energía que era su hermano menor. Sin embargo, el amor de Leoncio por Mateo era genuino. Cuando nació, Leoncio sintió la necesidad incuestionable de protegerlo, impulso que lo acompañaría por demasiados años. El regreso definitivo de Mateo a las Empresas Tesara, con los considerables recursos de los Pasquier y Etoile Blanche, significaba que su hermano menor entraría de lleno en un puesto jerárquico por encima del suyo. Eusebia no esperaba mayores conflictos, pero de emerger alguno, tenía a Dora de su lado para manejar a Leoncio.

A Eusebia se le ocurrió que, si no tuviera que invertir tantas energías en controlar a todos los hombres de su vida, le hubiera sobrado tiempo para ser gobernadora, y de seguro con más éxito que el cretino del teniente general Dabán y Ramírez de Arellano, que todo lo solucionaba decretando nuevos impuestos.

Luego de los saludos y buenos días, todos miraron al mar, donde la goleta se acercaba silenciosa, seducida por los pelícanos que se lanzaban al agua de pico procurando el desayuno. Unos minutos más tarde, Eusebia divisó en la proa de la nave a tres mujeres con los cabellos sueltos al aire como velas menores de la goleta. Una de cabellos azabache, una pelirroja y una rubia flotaban hacia la costa como mensajeras de Yemayá.

La protegida de Changó las reconoció a las tres. Una era Amelia, la mujer por la que Mateo estaba arriesgando a su familia. La segunda era la ama de llaves francesa que la había criado. La otra… la otra era la centinela y la guerrera de la que debía cuidarse. Sería una batalla en el mundo astral para la que contaba con Dominga, pero Eusebia no solía cometer el error de subestimar las fuerzas de sus oponentes.

Esta batalla amarga por el azúcar retumbaría hasta donde moraba Changó, como los cueros de los tambores de la vieja santera, y Eusebia estaba segura de que saldría vencedora.

Seis carruajes y una docena de peones transportaron a los Pasquier, seguidos de los Tesara, hasta la hacienda Santa Ana. Cuando desfilaron por el pueblo, toda actividad se paralizó para ver la procesión. De la casa de cambio y empeño de la familia de Dora, de la joyería donde Salvador compraba regalos para Eusebia, de la sombrerería de Emilia Zaragoza, de la óptica donde en otros tiempos Cipriano ordenaba sus anteojos, hasta de la funeraria salió gente a

atisbar hacia la carretera que conectaba el pueblo con la hacienda Santa Ana. Amelia, Magdalena y Love, juntas en el mismo carruaje, miraban fascinadas el muelle y, con el tiempo, la plaza del pueblo desde donde la gente las miraba como a aves exóticas. Cuando Love vio la variedad de comercios de todo tipo, la vestimenta elegante de muchos transeúntes en la calle, la cantidad de carruajes privados y de transporte público, los restaurantes y tabernas, los edificios coloniales, todo le pareció de otro mundo más que de una isla vecina.

En un punto de la travesía, los carruajes se detuvieron momentáneamente para ceder el paso a otros. José de Dios Reyes Badillo salía de la fábrica de baúles y maletas donde acababa de dejar una sustancial orden de equipaje que tenía intenciones de estrenar en un merecido viaje por Europa, naturalmente con España como punto de partida. Al salir del establecimiento, vio la pretenciosa procesión de carruajes que sin duda transportaba a los nuevos socios de sus vecinos. Tenía relaciones de negocios con los Tesara y dependía de ellos para mover su azúcar, pero nunca había congeniado con Eusebia, y ahora que la madrileña había tomado las riendas de los negocios familiares, su carácter abrasivo y cambios en las reglas de juego lo tenían preocupado. Prefería tratar con Cipriano o Leoncio, que eran mucho más manejables y cordiales. La dependencia total de su producción en la flota de goletas de los Tesara a cambio de algunos descuentos en los transportes no había sido una buena decisión, después de todo. Aunque no lo hubiera admitido, se sentía atrapado.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando captó la imagen de una joven pelirroja, que reía y hablaba con otras dos mujeres en uno de los carruajes, mientras las tres miraban su entorno. Los ojos de la muchacha se detuvieron brevemente sobre él, y aquél le pareció el rostro más majestuoso que había visto en una mujer. Se sintió levemente culpable —hacía apenas un año que había enterrado a su esposa, doña Natalia Poventud de Reyes, quien le dejó la friolera de cinco hijos e hijas que a veces dudaba que fueran todos suyos, considerando la escasa actividad sexual que hubo entre la pareja—. Pronto, la prole se quedaría al cuidado del servicio de la hacienda, mientras José de Dios se distraía con el viaje que nunca encontró el tiempo para dar junto a su esposa. En su defensa, prefería viajar solo y tampoco calculó que fuera a quedar viudo a los treinta años.

Su chofer se acercó con el carruaje a la parte sur de la plaza, y José de Dios se subió distraído. No había pensado en asistir a la fiesta de bienvenida a los Pasquier esa noche y a la cual había sido invitado, como todos los asociados y clientes de la familia Tesara. Si José de Dios no soportaba a los Tesara en los negocios, menos los toleraba socialmente, pero sabiendo que tendría que tratar con el ingeniero Pasquier con el tiempo, prefería iniciar la relación en el marco de un

evento social antes que en la frialdad de un despacho. Además, sabía que su jefe de capataz y su tío desaprobaban sus últimas decisiones en Santa Bárbara, y esperaba que su asistencia a la fiesta los aplacara momentáneamente.

José de Dios era un hombre refinado y con una extensa educación que hubiera sido feliz entre libros, música, champaña y tertulias intelectuales, preferiblemente centradas en la historia del Imperio romano y sus filósofos. También era observador de aves, y podía hablar por horas del tema, aunque a nadie en su círculo social parecían interesarle sus monólogos pajareros. Nunca tuvo interés en los negocios de su padre, don Roberto Reyes, de quien heredó cañaverales que se extendían hasta el horizonte, ni en los de su madre, Emelina Badillo, una importante empresaria en su día, dueña de casi todas las panaderías del pueblo. La plácida vida de diletante de José de Dios se vio interrumpida abruptamente cuando su padre enfermó y murió de tuberculosis. Poco después, su madre sufrió quemaduras en la mayor parte del cuerpo en una de sus panaderías, accidente que con el tiempo le costó la vida luego de semanas de inhumana agonía. Siendo hijo único, a José de Dios no le quedó más remedio que asumir la dirección de ambos negocios, algo para lo que no tenía el interés ni las aptitudes.

Para su enorme suerte, el capataz, albacea y mejor amigo de su padre, Jacinto Bermúdez, atendía la mayor parte de los asuntos administrativos de la hacienda azucarera, mientras que su tío y hermano de su madre, Froilán Poventud, había quedado a cargo de las panaderías, ayudaba a Jacinto y manejaba los complejos asuntos legales de la familia y los negocios. Ambos hombres eran avistados con frecuencia en las barras del pueblo ahogando en ron sus penas mutuas de tener que bregar a diario con “el heredero”, a quien ambos consideraban un enajenado que, cuando no estaba hablando de avistamientos de pájaros, se entretenía disertando sobre Marco Aurelio, nada de lo cual les ayudaba a ellos en los negocios familiares.

Si José de Dios los hubiera dejado administrar todo aquello sin interferencias, ni Jacinto ni Froilán se hubieran quejado. El caso era que el heredero no sólo estaba ausente en las pesadas tareas diarias, sino que, además, de tiempo en tiempo y sin avisar, descendía sobre el amigo de su padre o su tío dejando caer una directriz absurda que invariablemente les costaba dinero, tiempo y canas. Su última “genialidad” había sido garantizar a su competencia, la hacienda Santa Ana, el monopolio del transporte del azúcar en el oeste de la isla, a cambio de un mísero descuento que Jacinto o Froilán hubieran podido negociar sin comprometer la salida de su producto a manos de un solo exportador y distribuidor. La ingenuidad de José de Dios sobre asuntos básicos de estrategias de negocios era una constante fuente de

preocupación para ambos, a lo que ahora venía a sumarse la llegada de los nuevos inversionistas de las Empresas Tesara. Predeciblemente, José de Dios no mostraría preocupación, pensaban, porque no entendía del todo el posible impacto en sus propios intereses. Jacinto y Froilán se resignaron a dar la cara esa noche, en caso de que el heredero tuviera algo mejor que hacer avistando múcaros o preparando un monólogo sobre la brillantez política de Cicerón.

Fue, por tanto, una sorpresa para ambos ver que José de Dios pasaba por el despacho de Santa Bárbara anunciando que asistiría a la fiesta de los Tesara esa noche. El heredero dio la noticia como si fuera realeza que obsequiara al populacho con su gracia y presencia. Jacinto y Froilán se miraron entre sí y se encogieron de hombros.

—Pues fenomenal, muchacho. Trata de no hablar mucho. Particularmente, de pájaros o del Imperio romano —le aconsejó su tío sin mucha esperanza de ser escuchado. En retrospectiva, si José de Dios hubiera seguido de largo para planificar su viaje y se hubiera ausentado de la fiesta, posiblemente la guerra por el control del cartel de azúcar en el oeste de la isla, con toda la devastación que dejaría a su paso, se hubiera desdoblado de manera distinta.

Eusebia caminaba a la cabeza del grupo que se acercó eufórico a la entrada de Green Kay II. Con un gesto de grandiosidad, abrió el portón principal que daba hacia la hermosa residencia, adornada por un camino de robles amarillos que le servía de antesala. La casa era una copia bastante fiel a la original Casa Verde dejada atrás en Puerto Príncipe. Amelia sonrió fascinada con la asombrosa aparición de la casona, que parecía haber viajado desde Haití con ellos en la goleta. Abrazó a su padre y, acto seguido, agradeció nuevamente a Eusebia por todas sus atenciones. Magdalena notó que Amelia se abstuvo de siquiera dirigirse a Mateo.

—Todo está como me lo indicó Mateo, para que se asemeje lo más posible a Green Kay. Mateo, atiende a Antoine y ofrécele algo de beber. Amelia, Magdalena y Love, vengan conmigo. —Eusebia comenzó a disparar instrucciones y en cuestión de minutos todo el mundo estaba encaminado—. Ésta es Dominga Cabrera, mi ama de llaves. En mi ausencia, lo que diga Dominga no se cuestiona. Éstas son sus sobrinas, Nita, Crista y Berta, encargadas de la cocina y la limpieza. Magdalena, como ama de llaves de los Pasquier, ellas quedan a tus órdenes, pero si requieres algo fuera de los asuntos domésticos de Green Kay II, pídeselo a Dominga. —Eusebia finalmente miró a Love levantando una ceja—. ¿Love? ¿Es ése tu nombre real?

¿Hablas castellano? Me indica Mateo que no hay tareas asignadas a ti.

—Love Pasquier es mi hermana, *madame* Tesara. Habla castellano, inglés, francés, un poco de alemán y creole. No hay tareas de la casa asignadas a ella como no las hay para mí. Espero para Love las mismas consideraciones que para el resto de la familia —intercedió Amelia antes de que Love pudiera ni siquiera pestañear ante el primer insulto racista, proferido por Eusebia en el tiempo récord de una hora y media después de haber desembarcado—. Igualmente lo espero para Magdalena, quien es mi madre de crianza, no un ama de llaves —finalizó Amelia, con una sonrisa beatífica que, sin embargo, dejaba claro que no se dejaría dominar por Eusebia, ni pasaría por alto desprecios a su círculo cercano. Dominga, la santera, y Love, la nieta de la *mambo* , se miraron entre sí.

—Muy bien. Bienvenidas sean todas. Si me acompañan, les muestro sus habitaciones en la segunda planta —continuó Eusebia imperturbable. Amelia miró a Love y le tornó los ojos mofándose en silencio de los aires de grandeza de la hacendada. Magdalena las siguió escaleras arriba absorbiendo todo y diciendo poco. Cuando finalmente llegó a su habitación, una réplica de la original con todo y muebles, miró por el ventanal y recordó la figura de Michel cuando la buscaba en las noches tibias en Green Kay. Por un segundo tuvo la sensación de haber escapado de un infierno en Puerto Príncipe para llegar a la antesala de otro en Cabo Rojo, pero se obligó a permanecer optimista.

Mateo había insistido en que su padre estuviera presente durante la llegada de los Pasquier, así que Eusebia tuvo que pedirle a Tino, el peón que ayudaba a Cipriano con la silla de ruedas cuando hacía falta, que lo transportara a Green Kay II para la bienvenida. Antoine conocía por Mateo del delicado estado mental de don Cipriano, y prestándole especial atención, logró sacarle un asomo de sonrisa y algunas palabras. También aprovechó para hablar con Leoncio de los más recientes acuerdos con Etoile Blanche, como si el hermano de Mateo tuviera algún poder decisorio. Pero Antoine era un diplomático por naturaleza, y prefería sumar aliados que contar enemigos. En cuestión de minutos, Antoine, Cipriano, Mateo y Leoncio se unieron en un cónclave masculino, más simbólico que práctico, puesto que nada de lo discutido allí podría materializarse sin la aprobación de Eusebia, que tenía más poder que todos ellos. Se acomodaron en las mecedoras de pajilla criolla que se desplegaban por los balcones, con cigarros y ron a la mano, y se sumergieron en el único tema que importaba: el

azúcar. Emilia flotaba entre ellos instruyendo a Berta y Crista del orden de las bandejas de canapés y refrescando los tragos, que en el intenso calor de Cabo Rojo se tornaban tibios en cuestión de minutos.

—Antoine, esta noche en la fiesta en la residencia de mis padres conocerás a José de Dios Reyes Badillo, el dueño de la hacienda Santa Bárbara, así que tienes trabajo asignado casi antes de deshacer maletas —le anunció Leoncio, quien tenía claro que adquirir los cañaverales de Reyes Badillo era uno de los pilares de los planes de Pasquier, su madre y su hermano.

—No seas cruel, hermano. No puedes echar a Antoine a los leones sin darle mayores detalles —dijo Mateo a su hermano, y ambos se echaron a reír ante la cara de confusión de Antoine.

—¿Qué debo saber de *monsieur* Reyes Badillo que no sepa ya?

—Mucho. Lo que sabes de José de Dios son cifras de exportación y producción. Pero el personaje, en sí, es otra historia —dijo Mateo.

—Si te diriges a él como *monsieur* vas ganando terreno. El hombre adora todo lo relacionado con Europa. No es posible callarlo cuando empieza a hablar de los romanos, y cuídate de que un pajarraco cante mientras le hablas, porque no podrás recobrar su atención. Imagino que Mateo te lo ha contado, pero el heredero considera que dedicarse al tosco negocio del azúcar o al trabajo en general es algo muy pedestre que no puede compararse con horas invertidas socializando y filosofando. De hecho, nunca trabajó hasta la macabra muerte casi simultánea de sus padres. Es todo un finísimo señor, muy fácil de manejar si lo podemos abordar sin la presencia de su tío o su jefe de capataces, que sí conocen el negocio —explicó Leoncio.

—Quizá no viene a la fiesta y envía a Jacinto o a Froilán, los hombres más martirizados de Cabo Rojo. En cualquier caso, ésa es tu primera misión esta noche, Antoine. Brindemos por tu llegada —dijo Mateo alzando su vaso de ron añejo. Cuando giró hacia su padre para incluirlo en el brindis, le pareció escuchar algo ininteligible.

—¿Qué dice, papá?

—Café…

—¿Desea café?

—No, que brindemos también por el café. Tenemos miles de hectáreas entre Yauco y Adjuntas —dijo Cipriano en un susurro que sin embargo se escuchó claramente, porque todo el mundo había hecho silencio. Lo próximo que se escuchó fue el estruendo de la bandeja de plata, así como los vasos y tazas de porcelana que se hacían añicos a los pies de Emilia. Todos se voltearon sobresaltados no quedando claro si por el ruido o por las palabras de Cipriano. Antoine y Mateo se apresuraron a ayudar a Emilia a recoger los vidrios rotos.

—¿Está bien, Emilia? —le preguntó Antoine sosteniéndola por un

brazo.

—Sí, es que con el ajetreo del día apenas he probado bocado y me sentí mareada. Ya estoy bien, gracias. Berta, ven a limpiar. Voy por Crista para que me ayude a traer otra bandeja con copas nuevas de la cocina. —En un instante había desaparecido del balcón. Mateo volvió la mirada hacia su padre. Antoine no perdía ni un detalle del curioso intercambio.

—¿A qué se refiere, papá? ¿Le compramos tierras de café a Salvador? No es posible. Mamá me lo hubiera consultado.

—Tu madre consulta menos cosas de las que imaginas, hijo. Ya me retiro a descansar. Nuevamente, bienvenido, *monsieur* Pasquier. Queda en su casa. Tino, ya nos vamos. —El peón echó a rodar la silla. Los tres hombres vieron a Cipriano retirarse, mientras un solitario guaraguao los observaba sobrevolando la hacienda.

—¿De qué habla papá, Leoncio? —Mateo comenzó a sentir la ebullición veloz de la furia por no haber sido consultado. Lo que era peor, se sentía mortificado ante Antoine por desconocer de una transacción tan importante en las empresas familiares.

—No lo sé, Mateo. Papá no está bien. Su mente va y viene.

—A mí me pareció perfectamente lúcido.

—Pero no lo está. Tuvo un accidente del que pudo haberse recuperado hace cinco años y ahí lo tienes, encerrado en su habitación haciendo vida de ermitaño. Sé que te cuesta aceptarlo, pero nuestro padre no es el mismo. Por eso me alegra tanto tenerte de vuelta y contar ahora con la ayuda de Antoine —dijo Leoncio maniobrando alrededor del carácter endemoniado de su hermano menor. Mateo pareció controlar la furia y dio un par de palmadas cariñosas, aunque condescendientes, al hombro de Leoncio. En eso, media docena de mujeres que hablaban simultáneamente irrumpió en el balcón, encabezadas por Amelia y Eusebia.

—Papá, hay que ver la segunda planta. Las habitaciones tienen los mismos muebles de Green Kay más otros adicionales preciosos. Me cuenta doña Eusebia que son de la colección de piezas que heredó de sus padres y que trajo de España. —El grupo se disolvió rápidamente en un río de conversaciones cruzadas que se centraban en la belleza de Green Kay II y de la fiesta de esa noche.

Emilia entró con Crista, quien cargaba una nueva bandeja de café, casi mientras Dora irrumpía en el balcón con su prole más la de Mateo y Emilia. Los nietos de la familia habían estado ausentes en el muelle y Dora los había ido a buscar para unirlos a la bienvenida. Dos niñas de unos tres y cuatro años, muy parecidas a Emilia, y un niño más pequeño corrieron a saludar a su padre, quien se bajó en cuclillas para besarlos. Todo pareció desaparecer del entorno de Mateo, y su universo se redujo momentáneamente a aquellos tres pequeños. Cuando se puso de pie cargando al menor, el niño le rodeó el cuello con los bracitos y recostó la cabeza en el hombro de su padre.

En la algarabía del feliz momento, sólo Dominga y Love notaron que Amelia había quedado paralizada, como en un juego de niños, y que miraba sin pestañear la estampa de Mateo con sus hijos.

Ya habían comenzado las primeras horas de la tarde cuando Amelia se retiró a su habitación acompañada de Love dejando abajo las voces entremezcladas de los invitados. En cuanto cerró la puerta, empezó a quitarse rápidamente la ropa como si la quemara. Tiró los zapatos en una esquina y se deshizo el moño torpemente.

—Déjame ayudarte, Amelia. Tranquila, que no puedo deshacerte el corsé. Ahí está. Respira profundo. Ven, recuéstate un rato —le iba diciendo Love, mientras Amelia la obedecía como si se hubiera despojado también de la habilidad de manejarse.

—No puedo respirar, Love… no logro llenarme el pecho de aire.

—Los corsés no están hechos para respirar. No sé qué tipo de cultura "civilizada" promueve el uso de instrumentos de tortura en la vestimenta. En la casa de *grann* tratábamos a menudo a mujeres burguesas con indigestión, constipación, mareos y dificultades para respirar por estos corsés endemoniados —la distrajo Love sabiendo bien que Amelia no tenía interés en las aflicciones que producían los corsés, y que su falta de respiración tampoco se debía a la pieza de ropa. Terminó de desvestirla y la condujo a la cama.

—Tiene tres hijos, Love. Y una mujer preciosa.

—Sí, y sabíamos todo eso. Entiendo que una cosa es saberlo y otra es verlo, pero me dijiste que lo podías asumir —le respondió suavemente Love, mientras retiraba un rizo de la frente sudorosa de Amelia.

—Claramente los quiere y, ¿por qué no? Es una familia hermosa. Emilia parece encantadora. Viéndolos juntos, no sé qué busca Mateo en mí.

—Sexo, y la excitación de jugar con algo prohibido.

—Caramba, Love, gracias por no irte por las ramas. —En eso, Magdalena se asomó a la habitación y se sentó al otro lado de la cama que Love no ocupaba.

—Imagino que la estampa doméstica de Mateo y su familia no te sentó bien. —Amelia no respondió, pero Love miró a Magda y asintió —. Amelia, acabas de llegar a una nueva ciudad, repleta de hombres, playas y aventuras. En una semana tendrás a tus pies a todos los caballeros elegibles de Cabo Rojo.

—Es que no esperaba enfrentarme a la realidad tan rápidamente. Cuando vi a Mateo con una de sus hijas, me pareció verme a mí misma con papá, y sentí vergüenza.

—Pues al menos alguien sintió vergüenza, porque te aseguro que Mateo no está encerrado en su habitación deshojando sentimientos de culpabilidad. Es hombre y, como tal, toma lo que quiere sin preguntar y sin medir consecuencias, porque sabe que no las habrá, al menos para él. Ellos viven en un mundo paralelo con reglas flexibles que ellos mismos hacen y deshacen a gusto. No tienes por qué sentir una

culpabilidad que le corresponde a él.

—Magdalena tiene razón, Amelia. En cuanto antes te olvides de Mateo y te concentres en tu nueva vida, mejor será para ti y, de paso, para todos.

—¡Ése es el espíritu! Tenemos vidas nuevas por estrenar aquí. Podemos empezar a celebrarlo ahora si gustan, y así te sacudes la modorra de encima —dijo Magdalena mostrando la botella verde que traía consigo. Mientras echaba mano de la jarra de agua para mezclar tres tragos y Love buscaba azúcar, la vista de Amelia se detuvo sobre el verde esmeralda del líquido y sonrió levemente.

—Love, ayúdame a encontrar el traje que usé para mi última fiesta de cumpleaños. Nita desempacó mis baúles y no sé dónde pueda estar.

—¿El vestido verde? ¿No es demasiado para esta noche? —preguntó Love.

—Apenas es suficiente —respondió Amelia pensando en la incandescente belleza de Emilia. Love y Magdalena procedieron a buscar el vestido.

La residencia principal de los Tesara recibió la noche espléndida, iluminada delicadamente por cientos de velas y quinqués, y con un exceso de arreglos florales a base de gardenias que logró perfumar el ambiente, a pesar de la espesa nube de humo de cigarros que cubrió el interior del salón principal de la casona como un velo de novia. Sirvientes uniformados se entremezclaban entre los invitados ofreciendo manjares, refrescando copas y buscando y llevando carruajes. Un grupo musical interpretó contradanzas francesas y danzas locales para animar la velada, y temprano en la noche la cacofonía de copas de cristal que chocaban y brindaban ofreció otro tipo de melodía alterna. Entre los primeros invitados que llegaron a la hacienda Santa Ana estuvieron Arturo Cabassa, el alcalde del pueblo, y Jacinto Bermúdez, quien, junto a Froilán Poventud, se presentó en caso de que José de Dios decidiera no asistir a última hora, lo que, francamente, preferían. No quedó un hombre o mujer importante en el oeste de la isla que faltara esa noche para recibir a los Pasquier.

Eusebia, regia en un elaborado vestido color lapislázuli y sendos aretes *chandelier* de perlas, había pensado en cada detalle de la fiesta, y contaba con un plan alterno para imprevistos. El asunto más crucial había sido mantener a Salvador lejos, y para eso no bastaba con no haberlo invitado. Corriéndose un enorme riesgo, con Mateo ya en la ciudad, había acudido esa tarde a la hacienda Filipi Ricci luego de

despedirse de los Pasquier en Green Kay II. Entró sin anunciarse y comenzó a darle instrucciones a Cleto como si estuviera en su propia casa.

—Cleto, hoy es de vital importancia que don Salvador permanezca aquí toda la noche y no se le ocurra ir a Santa Ana, ¿te queda claro?

—Sí, doña Eusebia. Lo que no me queda así como que tan claro es cómo se supone que lo aguante aquí si decide ir. Todavía tengo pesadillas de la noche que llegó berreando a su hacienda, qué bochorno.

—No te preocupes, Cleto. Yo me encargo de que se quede descansando. Tú sólo ocúpate de que nadie lo moleste, y en el raro caso de que despierte, por nada del mundo le acerques el carruaje.

Cleto la miraba azorado con aquel plan que, a sus grandes orejas, sonaba al equivalente de controlar a un toro en una corrida sin tener capote ni banderilla.

—Espabílate, muchacho que necesito tu ayuda. ¿Salvador está en el despacho? Voy a hablarle.

Eusebia estuvo una hora con Salvador. Durante un rato discutieron y durante otro tuvieron una breve, pero intensa sesión en la cama que dejó al cafetalero sin aire. Cuando se incorporó y encendió su usual cigarrillo poscoital, observó con remanentes de deseo la figura de Eusebia mientras se vestía.

—Si no te quisiera tanto, te mandaba al infierno, mujer —le dijo inhalando del cigarrillo.

—Me puedes mandar adonde quieras. Lo que no puedes es aparecerte esta noche por la fiesta.

—Un desaire imperdonable para con tu generoso amante y socio.

—La parte del socio no es el problema. Es el detalle del amante, a quien no puedo presentar en sociedad delante de mi familia, como comprenderás. Ten un poco de paciencia, Salvador. Ya los Pasquier están aquí. En poco tiempo tú y yo dominaremos juntos todas las tierras sembrables del oeste y la cordillera de la isla. Déjame mover algunas fichas finales con Mateo y Antoine, deshacerme de mi marido, y seremos libres de hacer lo que nos venga en gana.

Eusebia no tenía intenciones de compartir con Salvador ni con ningún otro hombre el imperio de azúcar y café con el que soñaba, pero forzó una sonrisa y se acercó la botella de whisky que Salvador mantenía en su mesa de noche. Sirvió dos tragos y, en lo que Salvador buscaba sus pantalones, colocó en uno de ellos unas gotas de láudano que le había preparado Dominga.

—Brindemos por nuestro futuro, Salvador. Ya casi lo tenemos a la mano.

El hacendado aceptó el vaso, lo apuró de un solo trago y se lo

extendió a Eusebia para que le sirviera más. Ella tomó un sorbo lento sonriéndole y comenzó a hablarle de sus planes futuros para la cafetalera. En lo que buscó la botella de cristal para servirle otro whisky, el hombre ya estaba semiinconsciente en la cama. Eusebia lo miró por un instante sin expresión en los ojos. Le quitó el cigarrillo, que pendía peligrosamente entre sus dedos, y sacudió las cenizas encima del cuerpo inerte de Salvador. Entonces, se llevó el cigarrillo a la boca y exhaló una larga bocanada de humo. Con una mirada final en el espejo, se puso el sombrero, apagó el cigarrillo y salió del recinto. Afuera, en el balcón, Cleto la esperaba como quien aguarda una sentencia.

—Ya está, muchacho. Tu jefe no saldrá hasta mañana de su habitación. Está agotado y se retiró a descansar. Nos vemos pronto, Cleto.

Ahora, recibiendo y presentándole invitados a Antoine, sólo le quedaba por ver si Cipriano haría acto de presencia en el agasajo, lo cual parecía improbable, puesto que, según Dominga, su marido no había salido de su habitación desde su regreso de Green Kay II. Eusebia miró a su alrededor complacida. Le concedería unos minutos más a José de Dios para que hiciera la gran entrada a la que invariablemente sometía a la sociedad del oeste. Si no llegaba pronto, abordaría a Jacinto y a Froilán junto a Antoine, mientras aún estaban relativamente sobrios. Unos minutos más tarde, el heredero hizo su entrada triunfal con su ademán aristocrático. Eusebia se apresuró a recibirlo.

—Bienvenido, José de Dios. Qué maravilla de atuendo trae. Su estampa no tiene comparación en el pueblo. Está usted guapísimo —le dijo Eusebia plantándole sendos besos en cada mejilla, que fueron correspondidos de igual forma, pues el heredero siempre saludaba al estilo europeo. José de Dios vivía y moría frente al espejo. Se ocupaba minuciosamente de su peinado, barba y bigote, se perfumaba y cuidaba cada detalle de sus accesorios. Vestía un impecable traje que no podía haber sido producido en ningún otro lugar que en Saville Row en Londres, ciudad que el heredero adoraba, como adoraba la exclusiva calle cuyos establecimientos a menudo vestían a la realeza europea.

—Gracias, Eusebia. Igualmente está usted elegantísima. ¿De Madrid, su atuendo? —le preguntó apreciando el fino trabajo en encajes y bisutería del vestido de la anfitriona.

—Qué va, de una sobrina de Dominga, que cose como la mejor costurera de Charles Frederic Worth en París. Hablando de las maravillas de París —prosiguió enlazando un brazo con el de José de Dios y acercándose al grupo donde estaba su socio—, permítame presentarle a *monsieur* Antoine Pasquier, nuestro nuevo inversionista.

También representa a la azucarera Etoile Blanche de Puerto Príncipe y con sede en Nueva Orleans, que ha puesto la otra parte de la inversión en el negocio de goletas. Antoine, tengo el enorme placer de presentarle a *monsieur* Reyes Badillo, el dueño de la hacienda Santa Bárbara, a la que exportamos su producto, y amigo personal de la familia. No encontrarás a un hombre más culto o de gusto más impecable por estas tierras que José de Dios. Es de las pocas personas en la ciudad con quien podrás conversar del arte y la historia del Viejo Mundo.

— *Enchantée, monsieur Pasquier. C'est un plaisir de vous rencontrer* —le dijo José de Dios, encantado por la oportunidad de desplegar sus talentos en francés.

—El placer es sólo mío. Su francés es excelente —le contestó Antoine en español, con exagerada admiración. El heredero sonrió complacido, mientras Eusebia le entregaba a cada uno una copa de champaña—. Le presento a mi hija. Amelia, acércate, por favor.

Amelia estaba a poca distancia en medio de un grupo de mujeres que incluía a Dora, Magdalena, Love y la esposa del alcalde. Cuando se volteó al escuchar la voz de su padre, su mirada se cruzó brevemente con la de Mateo, quien conversaba con el alcalde Cabassa. Al brazo tenía a Emilia, espléndida en un fino vestido de muselina rojo cardenal, con la cenefa trabajada en pedrería negra y una llamativa gargantilla de perlas negras y grises. Como era de esperarse, llevaba el tocado más espectacular de la noche. En las fracciones de segundo que duró la mirada entre Amelia y Mateo, la tristeza que la joven había sentido durante el día se transmutó en una frustración irracional. Lo que en otro momento no hubiera pasado de un saludo cortés para José de Dios, se convirtió en el despliegue de los mejores talentos de seducción de Amelia. Miró encantada al heredero con sus ojos verde oliva y sonrió cuando José de Dios le besó la mano y la invitó a bailar una danza puertorriqueña que comenzaba a sonar en el gran salón. Una docena de parejas se congregó en la improvisada pista de baile y José de Dios y Amelia iniciaron el paseo circular que introduce al baile. Amelia nunca había bailado danza puertorriqueña, desde luego, pero sí danza francesa, y pudo adaptarse rápidamente a la elegancia del ritmo y la secuencia del heredero, quien era un excelente bailarín.

—No me esperaba a una bailarina tan talentosa. Me alegra no haberla puesto en apuros con la danza —le dijo, absorbiendo a Amelia con todos los sentidos. La piel de su mano, que nunca había tocado la caña dulce de la que vivía, era sedosa. Su aroma de cítrico era exquisito, y los hermosos planos de su rostro se iluminaban a la luz dorada de las velas. Su cabello rojo parecía encendido, y hubiera querido pintarla justo en ese momento.

—Ningún apuro: al contrario, señor Reyes Badillo. Me encanta

bailar y la danza francesa es buena base para aprender la de aquí.

—Nuestra danza y la suya no están muy lejanas. Esta pieza, por ejemplo, es del compositor Manuel G. Tavárez, quien estudió piano precisamente en el Conservatorio Imperial de París. Tavárez estilizó la danza puertorriqueña impartiéndole un ademán propio de salón francés. La danza ponceña, de mucha audacia sentimental, tiene influencia de la ópera italiana, por cierto —le narró José de Dios. Amelia sonrió ante aquella disertación de influencias europeas en la danza local—. Su español también es excepcional —continuó el heredero, mientras la llevaba bailando alrededor del salón. Cada vez que pasaban cerca de Mateo y Emilia, Amelia se aseguraba de sonreír fascinada, como si José de Dios fuera el hombre más interesante del Caribe.

—Llevo varios años estudiando. También inglés, a insistencia de mi padre. Pero en mi hogar todos hablamos español. Ya es como mi lengua materna.

—¿Nació en París, asumo? Qué dicha, qué gloria. *La plus belle ville du monde.*

—Creo que sus compueblanos tendrían objeciones con que piense que París es la ciudad más bella del mundo. De seguro que opinan que Cabo Rojo lo es.

—Ninguna ciudad del Nuevo Mundo se puede comparar con una del Viejo Mundo. Viviría allí si no tuviera la responsabilidad de los negocios familiares. ¿Cómo se acostumbra a vivir en el Caribe? ¿No extraña París?

Saber que Amelia era francesa de nacimiento la hacía, a sus ojos, instantáneamente más interesante, por la misma razón por la que apreciaba más su traje confeccionado en Londres que las creaciones locales que lucía Eusebia.

—No, realmente. Era una niña cuando nos mudamos a Puerto Príncipe. Luego de adaptarme a la humedad y los mosquitos, adoré cada minuto de mi vida en Haití, y por lo poco que he visto desde que llegué sé que me encantará vivir aquí frente al mar.

—Entonces, ¿no ha regresado a París desde que se mudó al Caribe? *Fascinant* . Toda una francesa criada con salitre caribeño. Estoy planificando un largo viaje por Europa muy pronto. De hecho, cuando la vi por primera vez, salía de la fábrica de maletas.

—¿Me había visto antes de esta noche? Acabo de llegar.

Amelia escuchaba sólo a medias mientras captaba con su vista periférica a Mateo, quien, tal y como había calculado, la observaba bailar con José de Dios.

—Fue durante su procesión de llegada. Salía del establecimiento cuando pasó usted por el pueblo. Su elegancia me dejó paralizado, para serle sincero, *mademoiselle* Pasquier —dijo José de Dios con un

gesto tan histriónico que Amelia tuvo que emplear toda su concentración para no echarse a reír.

—Me halaga que un hombre de tan excelsos gustos me encuentre elegante. *Merci.*

La danza terminó y todos los presentes aplaudieron observando a Amelia, resplandeciente en su traje verde esmeralda y feliz del brazo de José de Dios.

—No creo que estas tierras hayan sido testigo de una belleza tan exquisita como la suya. Si no es atrevimiento, permítame el honor de su compañía el domingo. La invito a almorzar y luego la llevo a conocer el pueblo, para que se haga una idea de su nuevo entorno —dijo el heredero tomando ambas manos de Amelia en las suyas, en un gesto de súplica.

—Con gusto, *monsieur* Reyes Badillo —contestó Amelia. La situación era demasiado malévolamente divertida como para no aprovecharla al máximo, y el *dandy* que le habían puesto de frente serviría perfectamente para sus propósitos. Enlazó su brazo con el de José de Dios y lo condujo en dirección a Magdalena, quien se encontraba al fondo del salón en una animada conversación con Froilán Poventud—. Permítame invitarle a una copa de mi reserva personal. ¿Ha probado la absenta?

— *Mon dieu* . ¡Por supuesto! No hay una buena tertulia intelectual en París sin una botella de Pernod Fils. Todos mis amigos artistas y escritores parisinos la toman para inspirarse. Yo la tomo por diversión.

—Pues llegó al lugar indicado, *monsieur* . Le presento a mi madre de crianza y experta *bonafide* en los placeres del diablo verde, *mademoiselle* Magdalena Laurent. Magda, ¿nos invitas a un par de absentas?

Magdalena miró al heredero y le extendió una mano.

—Encantada, *monsieur* . Con gusto, Amelia. ¿Por qué no conduces a los caballeros al gazebo? No me tardo.

Froilán salió primero, y Amelia y José de Dios lo siguieron juntos. Como un centinela, Eusebia observó cada detalle de aquel intercambio a la vez que balanceaba una conversación sobre tarifas e impuestos marítimos con Jacinto. Cuando buscó con la vista a Antoine, notó que el ingeniero también miraba a la pareja. Sin saberse observado, un gesto de complacencia se dibujó abiertamente en su rostro. Eusebia tomó un sorbo de su champaña y brindó en silencio por el heredero, quien parecía ser la herramienta que le ayudaría a sacar a Amelia de la cama de Mateo, y si además le hacía el favor completo y se la llevaba a la suya propia en la hacienda Santa Bárbara, todos quedarían como castañuelas. La expresión de felicidad de Antoine la hacía pensar que su socio concurría totalmente.

C APÍTULO VIII

CABO ROJO/VENECIA, 1896-1897

La boda de Amelia Pasquier Bonastre y José de Dios Reyes Badillo se pautó para noviembre de 1896, un año después de la llegada de la familia a Cabo Rojo. El anuncio no sorprendió a nadie, excepto a Mateo, que permanecía en estado de negación ante el romance entre su examante y el heredero de Santa Bárbara. Magdalena insistía en que no había profundidad en los afectos de Amelia hacia José de Dios, pero ante cualquier pregunta en esa dirección, la joven repetía que esa unión la ayudaría a cerrar el capítulo de Mateo y formar un hogar propio, una aspiración que nunca había expresado antes. Ante ese argumento, sumado al hecho de que tanto Antoine como Eusebia estaban tan eufóricos con la boda que rayaban en lo bochornoso, Magdalena se quedó sin armas que esgrimir contra aquella unión. Era su tema diario de conversación con Love: conjeturas espirales en torno a las motivaciones de Amelia.

Esa mañana, Magdalena y Love caminaban rumbo a la residencia del nuevo tutor privado de Amelia, egresado de la Universidad de Estudios Generales de Santo Tomás de Aquino y encargado de continuar con los estudios superiores de la hija del ingeniero Pasquier. Love, queriendo evitar otro choque racista con la sociedad local, declinó solicitar ingreso a las clases privadas, pero devoraba los textos y libretas de Amelia, e iba a la par suya en los estudios.

—Esto es absurdo, y lo sabes, Love. José de Dios es la antítesis del tipo de hombre que le gusta a Amelia. Es muy afectado y exageradamente refinado, en mi opinión. Froilán apenas lo soporta y es su tío.

—Ajá. ¿Y quién es Froilán? —preguntó Love desviando el tema.

—El señor Poventud, el tío materno de José de Dios. Le dice “el heredero” de mofa.

—¿Entonces, tú y el señor Poventud se tutean y se llaman por el nombre de pila? Interesante.

—Pues sí. Es encantador, y muy guapo. ¿Te has fijado en él?

—Curiosamente, fijarme en Froilán Poventud no ha sido mi prioridad desde que llegué. No te preocupes tanto, Magda. Amelia sólo desea darle por la cabeza a Mateo —le dijo Love, resignada.

—Pues, si eso es lo que quiere, hay que preguntarse ¿a qué precio? Amelia ni siquiera se ha aprendido los nombres de los cinco

críos de José de Dios y ya se va a casar con él, y a echarse encima a casi media docena de mocosos ajenos. Y, claro, con Antoine no podemos contar. Está de perlas conmigo pensando que seguí sus instrucciones de empujar a Amelia a casarse, sin saber que hice lo contrario sin éxito.

—Escoge tus batallas, Magda. Vamos a esperar, que el futuro tiene la manía de guardarnos las sorpresas menos anticipadas.

—Uy, me encanta cuando hablas así, como un oráculo.

Magdalena se detuvo junto a Love frente a la residencia del tutor y buscaron sombra bajo un enorme roble de sierra mientras se abanicaban. En unos minutos, Amelia salió a su encuentro.

—¿Estamos listas para nuestro almuerzo cívico mensual? —les preguntó enfilando hacia el centro del pueblo.

—Con el ánimo que traigo, voy a cualquier lugar donde sirvan vino —contestó Magdalena. Las tres mujeres, ataviadas con hermosos sombreros de la última colección de la sombrerería de Emilia, y en faldas largas y blusas de encajes de mangas que les cubrían los brazos hasta las muñecas, se dirigieron al restaurante Reina del Oeste, el más exclusivo establecimiento de gastronomía española en la ciudad. Era allí donde se reunía puntualmente una vez al mes el Club Social de Damas del Oeste.

Al llegar a Cabo Rojo, Amelia había sido invitada efusivamente para que se uniera al club, que generaba buena parte de la vida social del oeste. Cuando Amelia cursó una misiva aceptando la invitación para ella misma y para su hermana, el pánico sacudió a las elegantes matronas de la ciudad. En el pueblo se percibía la presencia de Love en la familia Pasquier como una “excentricidad” de Amelia, y las afrentas racistas, abiertas o susurradas, eran incidentes diarios para la joven haitiana. El río de extraordinaria complejidad del racismo en aquella isla era difícil de seguir en todos sus afluentes. El vástago de un español con una india era un mestizo; de un mestizo con una española, salía un castizo; de español con negro, salía un mulato, y, para rematar, de un mulato con una española, salía un morisco. Ni la brillante mente de Love podía seguirle el rastro a la variada gama de discrímenes que infectaba aquel pueblo. La muchacha intentaba ignorar las afrentas sin permitirse degradar su dignidad ni su estoicismo, pero Amelia las contestaba implacablemente, desde su privilegio de mujer blanca. Una costurera que le ofreció sus servicios a Amelia, pero se negó a coserle también a Love, se encontró no sólo despedida, sino con la noticia de que todos los considerables pedidos de las Pasquier irían a la casa de moda de su competencia. Dos peones y un ayudante de Crista y Tina en la cocina se quedaron sin trabajo en rápida sucesión por comentarios irrespetuosos dirigidos a Love, y Antoine le suplicó a su hija que intentara llamarles la atención y

corregirlos antes de despedirlos, pues corría el riesgo de quedar sin personal de servicio en la casa.

Otras veces, como en el caso del Club Social de Damas del Oeste, las estratagemas de Amelia eran más elaboradas. Una vez que el silencio del Club hizo evidente que Love no era bienvenida, Amelia se las agenció para reservar todos los meses una mesa justo al lado de la que ocupaba el club en el restaurante Reina del Oeste. Allí, vestidas como si fueran de fiesta y degustando los mejores vinos, Amelia, Magdalena y Love almorzaban al lado de las matronas de la sociedad de Cabo Rojo pasándola de maravilla para el fastidio de las refinadas damas. Nadie, sin embargo, osaba llevarle la contraria a la hija del socio de los Tesara y prometida del dueño de la hacienda Santa Bárbara. Era un doble estatus de oro algo parecido a la realeza que Amelia disfrutaba inmensamente y que le facilitaba la impartición de sus venganzas sociales de un modo que Love jamás hubiera podido dentro de aquella convulsa sociedad unida por el café, el azúcar y el racismo.

La conversación de ese almuerzo se centró, como todas últimamente, en el tema de la boda. No había demasiado que hacer por parte de la novia y su familia, puesto que José de Dios se había encargado personalmente de la organización de cada detalle del evento social del año. La recepción, para doscientos invitados, se llevaría a cabo en la mansión de la hacienda Santa Bárbara, y el novio no había reparado en importar licores y vinos, telas y brocados, la más fina papelería veneciana para las invitaciones, los mejores grupos musicales de la isla y el enorme lujo de tener no uno, sino dos fotógrafos para la ocasión, algo nunca antes visto en una boda en la isla. La prensa también había sido invitada y tenía reservada una exclusiva área con la mejor vista a la mesa presidencial. Cajas y cajas de la más fina cristalería se importaron para el enlace, docenas de manteles bordados en mundillo fueron ordenados y el novio se ocupó de adquirir un carruaje nuevo para el trayecto desde la iglesia San Miguel Arcángel hasta la hacienda. El celebrado chef del restaurante El Prado del Hotel Bélgica en Ponce fue contratado para la ocasión, mientras el traje del novio se estaba confeccionando en Saville Row en Londres, donde tenían guardadas en archivo sus medidas.

Para verano, parecía que la ciudad entera vivía pendiente a las incidencias en torno a la boda del año. Hasta las damas del Club Social habían depuesto su disgusto hacia Amelia con la esperanza de ser invitadas a la boda, de lo que se ocupó personalmente José de Dios, quien tenía una excelente relación con las árbitros sociales del pueblo. A Amelia y al resto de los Pasquier no les quedó más tarea que la concerniente a los trajes de la novia y su séquito, además de los muchos atuendos que había ordenado ésta para su luna de miel, el

viaje de tres meses por Europa que José de Dios tenía en mente desde antes de avistar a Amelia por primera vez.

—No sé si eres valiente o tonta, pero ¿cómo vas a soportar a José de Dios por tres meses por Europa? Cuando lleguen a Italia, vas a necesitar sales para calmar los nervios cada vez que te dispare una oratoria sobre el Imperio romano —le dijo Magdalena. Habiendo agotado todo su arsenal de razonamientos, ahora se entretenía mofándose del futuro que le esperaba a Amelia junto al heredero.

—José de Dios es un hombre encantador e interesante. Además, me hace reír un mundo. Es cuestión de saber manejarlo. Nos entendemos, Magda.

—Me parece un poco prematuro y presuntuoso de tu parte sentenciar que se entienden. Ni siquiera sabes si funciona en la cama. *Merde!* Love, no me patees por favor. Es la verdad. Tanto repetirte desde que naciste que a los hombres se les controla por ahí, y se te olvida justo ahora.

—Tu teoría de que todos los hombres son iguales y que su talón de Aquiles es el deseo carnal puede haber encontrado su excepción en José de Dios. Es un hombre respetuoso, y lo agradezco.

—José de Dios no es la excepción, niñata ingenua. Queda por verse qué es lo que desea carnalmente, porque a juzgar por la poca prisa que lleva para acostarse contigo, parece que no eres tú.

—Esta conversación no es para tenerla en un restaurante. Es más, quizá no deberíamos tenerla en ninguna parte —intercedió Love, siempre la voz de la sensatez.

—Sé que les preocupa este paso que voy a dar, pero es lo que quiero. No puedo ver a diario a Mateo con su familia, y yo viviendo de recuerdos. José de Dios me ofrece distracción, complicidad, vida social y el estatus de casarme con el soltero más elegible del oeste.

—Pues qué bien, por Antoine. Sin duda tu padre es el más beneficiado con la boda. Le estás allanando la ruta para la aceleración de sus planes de dominio total de estas tierras.

—Qué dices, Magda. José de Dios no le va a ceder o vender sus tierras a mi padre sólo porque nos casamos. —Magdalena y Love se miraron. No reconocer que su padre y los Tesara la utilizaban como un activo en subasta no era consistente con la personalidad astuta de Amelia—. En todo caso —continuó dibujando una sonrisa— compartirá sus tierras y bienes conmigo, su futura esposa, no con los Tesara o mi padre.

—Ya veo. Caramba, Amelia. De saberlo, nos hubiéramos ahorrado meses de especular a tus espaldas sobre tus motivaciones — se echó a reír Magdalena.

—¿Crees que ésa es una buena razón para unirte a José de Dios? —preguntó Love. Amelia extendió su mano y la puso sobre la de su

hermana. Desde su niñez, las manos de Love eran un refugio cálido en el que las suyas a menudo se refugiaban para absorber ánimo, o para dárselo a su hermana.

—No es sólo eso. Además de mi futuro marido, José de Dios es mi amigo, y nunca había tenido la amistad genuina de un hombre. Mi mundo de amistades estaba reservado exclusivamente para mujeres.

—Como debe ser —sentenció Magdalena.

—El caso es que a ambos nos encantan la ópera, la moda, las tertulias, la historia y el arte. Aunque no lo crean, me divierto mucho con él.

—En algo te entiendo. Ver a Mateo casi a diario con su familia no debe ser agradable.

Magdalena tomó la mano izquierda de Amelia y admiró su anillo de compromiso, una flor victoriana de diamantes formada por una gran piedra central que ocho diamantes menores rodeaban, y la cual había pertenecido a la madre de José de Dios. A fines del siglo xix los anillos de compromiso, comunes en Europa, no lo eran tanto en las Américas, y menos una pieza como la que lucía Amelia.

El trío regresó a Green Kay II, y Amelia quedó con amplio tiempo para prepararse y asistir a la cena que había organizado esa noche José de Dios en la hacienda Santa Bárbara para los Pasquier y los Tesara. La cena había sido idea de Jacinto y Froilán, quienes guardaban la esperanza de que la boda trajera consigo mejores relaciones con los Tesara que los pusieran en posición de recuperarse de los desaciertos recientes del heredero en el ingenio de Santa Bárbara.

Pero la mirada al futuro de José de Dios era más afinada de lo que su tío calculaba. Le pidió a su prometida que acudiera antes que el resto de los invitados, y cuando Amelia llegó a la hacienda que sería su hogar en el otoño, la esperaba champaña en mano, con su regalo de bodas. José de Dios le entregó una copia de su nuevo testamento, donde la nombraba heredera, junto a sus hijos y los que tuviera con ella, de sus negocios y propiedades, y la convertía además en la albacea de sus endeudadas tierras.

Antoine pensaba que las personas que nacen de frente al mar ven el mundo y sus horizontes con un sentido primordial de amplitud y de energía que sólo comparten quienes se han criado arrullados por el océano. Era lo que admiraba de Mateo: su ambición infinita y su disposición para colocar su trabajo y sus empresas por encima de todo. Era por ello, y por toda la fortuna que seguía acumulando a su lado,

que le dejaba pasar muchos deslices, entre ellos el amorío que había tenido con Amelia en Puerto Príncipe. Antoine desconocía si a estas alturas Amelia y Mateo aún pensaban que él no se había enterado de su relación, pero ciertamente le había dejado claro a Magdalena que sus planes para Amelia no incluían desperdiciarla con un hombre casado. Magdalena, pensaba Antoine, había hecho un trabajo magistral uniendo a José de Dios con su hija, y el persistente mal humor de Mateo en torno a la boda era la única nube en su horizonte.

Antoine había pensado que el amorío entre Amelia y Mateo se resolvería solo, sin su intervención, luego de la mudanza a Cabo Rojo, que devolvería a Mateo a su hogar con su esposa. Si hubiera tenido que apostar en quién daría más problemas para aceptar el fin de la relación, hubiera puesto su dinero en Amelia, y, sin embargo, su hija no había perdido tiempo en llevarse de trofeo a uno de los hombres más codiciados del área oeste, mientras Mateo apenas podía controlar su frustración infantil. Cuando Antoine pensaba en Emilia, lo cual era frecuente, en su belleza, su risa aniñada y su delicada sensualidad, no podía menos que concluir que Mateo tenía un toque de locura.

En una concurrida ceremonia en Puerto Real, las Empresas Tesara habían sido rebautizadas como la Mercantil Tesara-Pasquier. La noticia fue ampliamente reseñada en los dos periódicos de la isla y en las revistas especializadas, lo cual trajo más demanda por nuevas rutas de vapores y goletas entre las principales ciudades costeras de la isla. Antoine había encontrado en Eusebia a una mujer de negocios extraordinaria que no temía a los riesgos calculados. Ambos, junto a Mateo, habían echado a correr los planes de expansión y logrado el monopolio de la exportación del suroeste, así como la instalación de un moderno sistema de maquinarias en la central que producía sin cesar la codiciada azúcar blanca, ron y alcohol, el cual había sustituido los modestos trapiches de antaño, de modo que ya se procesaba allí la totalidad de la producción de Santa Bárbara, además de la de Santa Ana y varias centrales en el noroeste de la isla.

Como si eso fuera poco, Eusebia y Antoine habían decidido unilateralmente que el verdadero talento de Leoncio se desperdiciaba en la Mercantil Tesara-Pasquier y que su personalidad gregaria y afable les serviría mejor a los intereses familiares desde la alcaldía de Cabo Rojo. Un espacio en el despacho de Puerto Real se destinó al grupo encargado de organizar las maniobras que sacarían irremediablemente a Arturo Cabassa para dar paso a Leoncio Tesara. Dora ayudó en los trabajos bajo las instrucciones de Eusebia, y cuando estaba a solas, practicaba sus ademanes para cuando fuera la primera dama de la ciudad. El nuevo término primera dama lo había acuñado en 1877 el presidente Rutherford B. Hayes para referirse a su esposa, y Dora tenía planes de introducir el concepto en Cabo Rojo y extraerle

la máxima exposición.

Arturo Cabassa se encontró de la noche a la mañana expulsado de su alcaldía tras la designación de Leoncio, para lo cual Eusebia tuvo que exprimir sus pocos pero fieles contactos en el gobierno colonial, con quienes había limado asperezas durante los tres años de ausencia de Mateo. Así, don Arturo se encontró un día degustando champaña con los Tesara en su hacienda, para acto seguido verse desterrado de las esferas de poder de su pueblo. En el fondo el viejo alcalde, como zorro político que era, entendía muy bien la desbocada ambición de Eusebia.

Mientras esa vorágine de proyectos y planes de dominio regional se desarrollaba sin pausa, Eusebia confió finalmente en Antoine los documentos que la hacían socia y potencial heredera de miles de hectáreas de cafetales en Adjuntas y Yauco. Eusebia no le dio mayores explicaciones de cómo lo había logrado ni Antoine se hubiera atrevido a pedirlas. En lugar de conversar en su despacho, Eusebia lo había ido a visitar a Green Kay II una calurosa tarde sin brisa alguna que ofreciera tregua. Antoine leyó los documentos sentado en una de las mecedoras mientras los zapatos de Eusebia componían su percusión rítmica en el piso de madera, clak, clak, clak. La empresaria pasó su mano sobre la baranda y en su ruta sedosa encontró con los dedos una esperanza, verde como la absenta, que descansaba sobre la madera pulida. De un manotazo, Eusebia la aplastó y la tiró al piso, tras lo cual usó el pañuelo de tela que guardaba en el bolsillo para limpiarse la mano. Finalmente, abordó a Antoine.

—Además de tu discreción debo pedirte dos cosas, Antoine. Busca la forma de justificar de algún modo la cesión de estas tierras a mi persona y a la Mercantil, y busca que conste en los registros reales de inscripción de propiedades. Yo te conectaré con un amigo allí que me debe varios favores. Además, deseo que establezcas una relación de negocios con Salvador Filipi Ricci, mi socio en esos cafetales. Salvador es un corso cascarrabias, pero sabe todo del negocio del café. Desafortunadamente, su afinidad al whisky lo ha llevado a descuidar la supervisión de muchas áreas de producción en sus tierras. El alcohol produce a los ociosos más insufribles, y me temo que Salvador va por ese camino.

—Comprendo, doña Eusebia. Cuente conmigo.

—Mantén a Mateo ajeno a todo esto hasta que termines las gestiones necesarias. Por otro lado, ni tú ni yo sabemos mucho del mundo del café. Va siendo hora de que estemos listos para asesorar a Salvador.

—Por lo que he escuchado, Filipi Ricci no está inclinado a recibir opiniones de nadie, pero descuide, que buscaré la forma. En cuanto a Mateo, debe usted saber que don Cipriano nos mencionó que la

familia tiene tierras cafetaleras.

Antoine observó que Eusebia palideció levemente y abrió su abanico. Comenzó a caminar nuevamente, y aplastó de nuevo al infortunado insecto bajo su tacón.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tiempo. El día en que llegamos a Green Kay II. Leoncio lo convenció de que don Cipriano no está bien de sus facultades mentales y de que no debía darle mayor credibilidad. Mateo no ha vuelto a mencionar el tema, al menos en mi presencia. No creo que deba preocuparse, Eusebia. Haga una cita con don Salvador, que estoy seguro de que nos llevaremos bien.

Eusebia no perdió tiempo en enviar a Dominga a coordinar con Cleto una reunión entre Salvador, Antoine y ella. Desde el regreso de Mateo a Cabo Rojo, Eusebia había disminuido sus encuentros con el corso siempre echando mano de excusas viables: la adaptación a la llegada de su nuevo socio y su hija, la boda de Amelia, la expansión de la Mercantil Tesara-Pasquier… pero el barril de excusas se estaba secando y necesitaba urgentemente tender un puente hacia sus intereses en la cafetalera de Salvador que no dependiera de ella misma. Estaba apostando a Antoine.

Por aquel entonces, ya una tercera parte de los terrenos sin inscribir de Santa Bárbara había pasado a manos de la Mercantil, en un trueque de tierras por las deudas acumuladas de Santa Bárbara con Santa Ana. Fue un negocio directo y sin remilgos con Froilán Poventud y Jacinto Bermúdez. Eusebia no sabía ni le interesaba saber si el tío de José de Dios lo había puesto al tanto de la transacción, pero considerando el escaso envolvimiento del heredero en sus negocios, las probabilidades eran mínimas. Luego de la boda, Eusebia contaba con una nueva negociación que le diera el control absoluto de la hacienda Santa Bárbara. A cambio, negociaría una participación para Jacinto Bermúdez y Froilán Poventud, además de sendas nuevas posiciones para ambos en la poderosa Mercantil, un prospecto que Eusebia sabía que los tentaría mucho más que el agotador papelón de niñeros de José de Dios. La Mercantil se encargaría de mantener al heredero y a su familia en su mansión y en el estilo privilegiado al que estaban acostumbrados, y le haría el gran favor a José de Dios de liberarlo de la indeseada carga de sus sembradíos de caña. No esperaba mucha resistencia. Mateo y Eusebia habían averiguado que la hacienda Santa Bárbara estaba endeudada también con la Central Guánica, gracias a un malogrado intento de José de Dios de desprenderse de los Tesara. También tenía contribuciones atrasadas y Jacinto intentaba negociar clemencia con sus antiguos amigos en el gobierno de la colonia, que cada vez se le hacían más inaccesibles en el clima de inestabilidad que reinaba en la isla.

La Mercantil Tesara-Pasquier eliminaría de un plumazo todos los líos legales y económicos del camino de José de Dios, de modo que éste pudiera dedicarse a viajar, presidir la alta sociedad de la isla y atender a su futura esposa, que, a juicio de Eusebia, era una de esas mujeres que requerían de demasiado mantenimiento y atención, como era de esperarse de una niña rica que no había trabajado un solo día de su vida. Pero ése ya no era su problema. La había sacado exitosamente de la cama de Mateo por razones de negocios, pero también porque respetaba a Emilia de empresaria a empresaria, y porque el estatus social de la joven diseñadora realzaba el de los Tesara, que no eran, después de todo, más que simples dueños de cañaverales y goletas. En su madeja de maquinaciones, cada pieza estaba casi en su lugar, pensó esa noche mientras Dominga la desvestía bajo los vigilantes ojos de ónix de Nix y Peito.

—Una vez que todo eso ocurra, Dominga, la totalidad de los cañaverales de Santa Bárbara y Santa Ana, y por tanto de casi todo el oeste, menos al norte, estará en mis manos —le dijo Eusebia saboreando sin pudor la idea de su poder.

—Eso, si no surgen tropiezos, Eusebia.

—Para eso te tengo a ti.

Eusebia permaneció con los ojos cerrados mientras Dominga le pasaba un trapo con alcoholado, como todas las noches.

—No puedo controlar todos los elementos del universo a tu gusto. Y la chica tiene protección y más fuerza de la que aparenta. Lo percibo cada vez que la veo.

—¿A qué chica te refieres?

—Sabes a qué chica me refiero: Amelia.

—Amelia está próxima a casarse con un excelente partido y ya no es nuestro problema.

—Pero sí que lo es, Eusebia. —La santera puso el trapo en una vasija y la miró de frente—. Lo es porque Mateo no la ha olvidado, ni ella a él, y se buscarán nuevamente. Tampoco me parece que la muchacha sea tan manipulable como piensas. No la pierdas de vista.

Eusebia cerró nuevamente los ojos. Tenía la gloria tan cerca que podía saborearla como el dulce lechoso del guarapo de caña.

De la boda de José de Dios Reyes Badillo y Amelia Pasquier Bonastre se habló por años en la isla. El gobernador, así como un nutrido grupo de representantes de la Corona viajaron a Cabo Rojo para la ocasión en una nave de vapor especialmente enviada por los Tesara a San Juan.

A finales de 1896 los recién casados se embarcaron rumbo a Europa. Habían planificado llegar a Venecia a tiempo para el famoso carnaval de disfraces a mediados de febrero. Los años napoleónicos casi habían acabado con la tradición, que por fortuna ya comenzaba a restaurarse. Disfrazados en elaboradas máscaras de pico de médico con plumas, brocados con pedrerías de adorno y las tradicionales capas negras de terciopelo, Amelia y José de Dios se sumergieron en un bacanal de fiestas en *palazzos* flotantes con la aristocracia europea, aventuras sensuales por los oscuros callejones de la milenaria ciudad y jaranas con el combustible de la absenta y el opio. Cada noche despertaban en un palacete diferente, rodeados de nuevas amistades que recordaban vagamente, y aunque apenas habían tenido sexo juntos, sí lo habían tenido desinhibidamente con otras personas. Ambos sabían que el otro buscaba sus placeres en camas prestadas, y a Amelia le mataba la curiosidad por saber lo que "tentaba carnalmente" a José de Dios, como tan elocuentemente había preguntado Magdalena en aquel almuerzo en Cabo Rojo.

Una madrugada, al final de una fiesta en el *palazzo* de una duquesa española que había conocido a su madre, Amelia no vio a su marido por ninguna parte y decidió caminar el corto trecho hasta el hotel Palacio Gritti, donde se hospedaban. Cuando entró en la sala de la habitación en penumbras, escuchó gemidos en el dormitorio. Al acercarse y atisbar dentro, vio la silueta de José de Dios y de un hermoso joven al que besaba y que estaba totalmente desnudo, excepto por una larga capa negra. Ambos interrumpieron el beso, y la miraron con una mezcla de susto y expectativa. Amelia sonrió y comenzó a desvestirse.

—*Buona notte*. ¿Les importa si los acompaño?

CAPÍTULO IX

CABO ROJO

Todas las mañanas, a excepción de los domingos, las elegantes puertas de soles truncos de la sombrerería Zaragoza de las Casas en el centro del pueblo se abrían a las seis en punto de la mañana. El refinado

establecimiento no recibía a su clientela hasta las ocho, y sin embargo era en esas dos horas previas a la apertura al público que Emilia Zaragoza de las Casas producía la mayor parte del trabajo del día. Su rutina era invariable y la llevaba a un trance de calma parecido al que alguna vez encontró en los rosarios, sin tocar desde hacía años. En cuanto llegaba, se preparaba un té de menta o jengibre y se sentaba en su mesa de dibujo, en una soleada esquina de la segunda planta del establecimiento, en el área de trabajo de sus artistas, como llamaba a las cuatro mujeres que convertían en realidad los bocetos de sus diseños. A esa hora, habiéndose despedido de Mateo y dejado a los niños en manos de la nana, antes de que el bullicio del pueblo despertara, encontraba su momento más creativo, y procuraba preservar la integridad de ese rato de paz.

Luego de terminar los diseños de encargo, dedicaba un rato a adelantar bocetos para su próxima colección. Emilia presentaba una nueva colección de sombreros cada año en un acontecimiento al que no faltaba nadie de importancia en el oeste. Desde las esposas de los alcaldes de Mayagüez y Cabo Rojo, el Club de Damas del Oeste, empresarios, mujeres y hombres de sociedad, hasta quienes ahorraban por meses para adquirir una de las exquisitas creaciones de Emilia, los lanzamientos de las colecciones Zaragoza de las Casas eran eventos imperdibles en el calendario social de la isla. Luego de trabajar en sus bocetos, recorría los almacenes de telas y materiales y anotaba los pedidos que hicieran falta según inventarios calculados con meses de antelación. Emilia tenía la ventaja de disponer de la flota de los Tesara para importar más fácilmente sus materiales, pero igualmente los pedidos podían tardar meses dependiendo de la complejidad de cada uno. Luego de organizar las órdenes en cada estación de trabajo, se pintaba los labios, se colocaba el sombrero que la inspirara ese día, revisaba el agua de los arreglos de flores en el salón y, finalmente, abría sus puertas de soles truncos. Se acomodaba en el mueble que hacía las veces de escritorio y recibidor —una hermosa mesa de estilo isabelino, con dos sillas de frente para clientas— y removía el pañuelo de fino mundillo que cubría la foto enmarcada de sus padres. La sombrerería la había fundado su madre, así que tener la foto de su progenitora en una de sus propias creaciones al lado de su galante esposo engrandecía la mística de la marca Zaragoza de las Casas. En la realidad, sin embargo, Emilia no soportaba la estampa de sus padres, por lo que mantenía la foto cubierta cuando no había público alrededor.

Los padres de Emilia, don Cristóbal Zaragoza y doña Ana Cristina de las Casas, habían sido inmigrantes españoles llegados a Cabo Rojo al final de la última ola migratoria previa al final del Imperio español en el Caribe. Emilia nunca tuvo claro el origen del dinero de la

familia, pero vivían en una cómoda residencia de arquitectura colonial no muy lejos de la casa del alcalde, y la pareja era muy solicitada socialmente. Refinados, atractivos, frívolos, de un gusto impecable y siempre delante de las tendencias de moda, Cristóbal y Ana Cristina eran la pareja dorada de la región. Su asistencia o ausencia marcaba en alguna medida el grado de éxito de un evento social.

Emilia siempre supo que había llegado por accidente a interrumpir la agitada vida en sociedad de sus padres, y que ninguno tenía inclinación particular hacia las responsabilidades propias de criar a una niña. Pero cuando Emilia creció y se hizo evidente la etérea belleza que componían sus facciones, su madre comenzó a pavonearse con ella por el pueblo cosechando elogios por su hija y promoviendo la sombrerería. A menudo la llevaba a su tienda en el pueblo, en la que pasaba más tiempo bebiendo anís y vino con sus amigas que produciendo sombreros, y dejaba que la niña sentada en la entrada se quemara viva en el calor del sol luciendo un sombrero que servía de promoción, como si la pequeña fuera un maniquí.

La mayor parte del tiempo, Emilia estaba al cuidado de su nana, Marta María. Sólo ella y Marta María conocían del lado oscuro de la "pareja de oro" de la ciudad. En la intimidad de su hogar, las peleas de Cristóbal y Ana Cristina eran épicas, y cuando comenzaban, Marta María se encerraba con la pequeña Emilia en su habitación y le colocaba las manos sobre los oídos mientras la arrullaba. A veces veía moretones en el cuerpo de su madre cuando se desvestía, o notaba marcas de arañazos en el cuello de su padre, y se sentía más lejana aún de aquellos dos seres que vivían en un mundo de placer perverso inflamado por la violencia.

Aquel bizarro ritmo de vida familiar en el cual Emilia era poco más que un accesorio hubiera continuado hasta la adultez de la niña de no ser por un accidente que le costó la vida a su madre cuando ésta, en medio de una garata con Cristóbal, corrió tras de él con una maceta de albañil. En un forcejeo en el cual Cristóbal luchaba por controlar la mano que sostenía el macizo martillo, Ana Cristina perdió el balance y cayó hacia atrás encima de una mesa de cristal y madera, partiéndose el cuello. Para una pareja que se agredía rutinariamente, Cristóbal quedó absurdamente sorprendido. Marta María y Emilia llegaron corriendo al escuchar el ruido y vieron despavoridas la macabra escena de Ana Cristina, que yacía como una muñeca rota en el piso cubierta de pedazos de porcelana y cristal.

La niña no había salido de su espanto cuando su padre reaccionó para hacer desaparecer a las únicas dos testigos del accidente. Emilia fue internada en un convento en Mayagüez fundado hacía siglos por la primera monja puertorriqueña, doña Ana de Lansós, una viuda rica que en 1695 había donado su fortuna para la construcción de varios

conventos, entre ellos, aquel al que ingresó gritando Emilia cuando su padre la abandonó allí sin explicaciones como si fuera un animal. Marta María desapareció de la casa y Emilia no volvió a ver a la mujer que consideraba su madre. La niña permaneció allí por un año, hasta que Cristóbal estuvo seguro de que no había sospechas ni investigaciones sobre la muerte de Ana Cristina, y de que Emilia estaba lo suficientemente dócil como para no causar problemas.

Durante el año en aquel convento enclaustrada, Emilia estuvo peligrosamente cerca de perder la cordura, y sólo un hilo invisible de determinación que había sobrevivido en algún rincón entre las sombras en su alma le impidió despedirse totalmente de la realidad. Cada vez que caía en un vacío de nubes del que no quería regresar, la voz serena de sor Inez la traía de vuelta. Durante un año, su conexión con el exterior fue la vibración de esa voz dulce y calmada, que en su delirio se le antojaba con aliento a violetas. Sor Inez era una monja joven que llevaba poco tiempo iniciada en aquella vida de claustro y, por tanto, tenía recuerdos recientes del exterior. Los llantos y gritos de la pobre Emilia le partían el alma, y por las noches, violando las estrictas reglas del convento, salía de su celda y se acercaba a la de la niña. Se sentaba en el piso frío frente a la puerta maciza y comenzaba a raspar la madera con la uña… tres veces seguidas… pausa… tres veces más… la señal… hasta que sentía el llanto amainar. En ese instante, un suspiro colectivo de alivio se extendía por todo el convento, ya que ninguna monja había dormido como Dios mandaba desde el arribo de la niña al claustro.

Inez le hablaba de cualquier trivialidad en temas disímiles que pocas veces tenían que ver con religión. En vez de hablarle de resignación, le hablaba de las plantas que había logrado que dieran frutos en su huerto, una actividad que adoraba, puesto que le daba el raro privilegio de estar largas horas al aire libre, rodeada de flores y frutas dulces. Siempre la ponía al día del progreso de un arbolito de tamarindo que había sembrado, con la esperanza de preparar algún día jugo de esa fruta, según ella, un elixir divino que amarraba la lengua y a la vez deleitaba si se le añadía azúcar. Le contaba de su afinidad por los domingos, ya que, sin variar, sor Consuelos, a cargo de la cocina, preparaba buñuelos, un verdadero lujo en el convento que ella recomendaba que Emilia probara sin remilgos la próxima vez que le tocaran. Le hablaba de lo que más extrañaba, su hermana menor, Matilde, y de lo mucho que le había gustado leer antes de casarse con Jesús. Aquellas disertaciones sin rumbo sobre otra vida que no era la suya las vivía Emilia en su mente. Cuando Inez le hablaba de las gardenias que habían florecido en el jardín, Emilia las podía oler, como sentía también el suave cabello de Matilde cuando le describía lo mucho que había disfrutado de trenzar su melena.

El día en que le anunciaron que su padre la reclamaba de vuelta, no sintió nada. Ni alegría, ni euforia, ni rabia… sólo indiferencia posada sobre el pecho. Cuando salió al jardín interior del claustro, desorientada por la luz del sol que casi había olvidado y en la misma ropa de hacía un año, el único impulso que lanzó su traumatizado cerebro fue el de buscar con la vista a sor Inez para despedirse. Pero, por supuesto, no hubiera podido hacerlo, porque nunca la había visto, sólo conocía su voz, y cuando las monjas coincidían por los pasillos o en la capilla, no hablaban entre sí, excepto para asuntos indispensables.

Emilia regresó a su antigua casa con Cristóbal cuando acababa de cumplir trece años. Su padre, sin mostrar remordimiento o interés por el infierno que había experimentado su hija, le dejó claro que esperaba que se hiciera cargo de dirigir los asuntos domésticos de la casa, como en el pasado lo había hecho Ana Cristina. Emilia dio por terminado el sueño de retomar sus estudios, y se lanzó en cuerpo y alma a administrar la casa de los Zaragoza manejando a la servidumbre, organizando cenas y tertulias para su padre, planificando menús, y, con el tiempo, gobernando el presupuesto doméstico. Aquel torbellino de tareas era su antídoto contra los pensamientos que se daban cita para torturarla por las noches.

Dos años más tarde Emilia celebró solitariamente sus quince años escuchando música en un fonógrafo en la antigua habitación privada de su madre. Allí Ana Cristina se había refugiado cuando quería descansar de su marido o cuando se había peleado con él, que era la mitad del tiempo. Degustando un vino español de la mejor calidad que encontró en la bodega de su padre, caminó lentamente por aquel laberinto de plumas, brocados y sedas exóticas, y comenzó a pasar inventario de los muchos vestidos, tocados y prendas que había heredado de su madre. Fue en esa tarea que encontró en una gaveta escondidas en un armario las escrituras de la tienda de sombreros y las llaves del establecimiento de su madre. Emilia sostuvo aquellas llaves por largo tiempo en la palma de su mano acariciándolas con la vista, y las consideró su regalo de cumpleaños.

Al día siguiente, llegó hasta la antigua sombrerería y abrió sus puertas de soles truncos, que rugieron en protesta por llevar años clausuradas. Las telarañas habían creado un sedoso laberinto interior, y en toda superficie había una gruesa capa de polvo. De ese momento en adelante, Emilia comenzó a dividir meticulosamente su tiempo dedicando las mañanas a organizar la casa y las actividades de su padre, y las tardes a refugiarse en la tienda, el único espacio donde sentía algo parecido a la paz. Durante meses limpió, reparó, pasó inventario sobre los materiales que había dejado su madre, y leyó y releyó las revistas y fotos de moda de los viejos periódicos que Ana

Cristina había usado para copiar diseños. Nada de aquello la inspiraba. En la biblioteca de archivos generales del pueblo encontró algunas revistas más recientes y referencias de las tendencias en Europa, pero replicar una idea ajena no le llamaba la atención. Emilia siguió estudiando y refinando la dirección de sus bocetos en traducciones de papel sobre las ideas de lo que a ella misma le hubiera gustado lucir, algo que no se pareciera a nadie más. Practicó noches enteras hasta dominar las técnicas que había observado de su madre para perfeccionar la elaboración de cada parte de la estructura de un sombrero: desde el barbiquejo hasta el ala y la copa. Una vez que dominó la estructura clásica, comenzó a deconstruir y moldear a su gusto.

Sin remordimientos hipócritas, Emilia desvió sustanciales sumas de dinero destinadas a comprar “las mejores carnes, los mejores vegetales y los primeros pescados en salir del muelle” que exigía Cristóbal, y amasó un fondo para equipar y reparar la antigua tienda de su madre. Sin destrezas en la cocina, al cocinero le ordenó adquirir comestibles de menor calidad y hacerlos pasar por los más finos con la simple instrucción de añadir más salsa y cilantro, pues supuso que disimulaban cualquier cosa. Ella misma se encargaba de servir los tragos en las fiestas de su padre y los diluía con agua, de modo que el alcohol rindiera más; así, destinaba el resto del dinero a adquirir telas y materiales para sus futuras creaciones. Seleccionó las alhajas de su madre que no le interesaba lucir, y echando mano de su amistad de toda la vida con Dora, cuya familia tenía una casa de cambio y empeño, logró venderlas anónimamente por una cantidad más que decente gracias a la cual pudo adquirir los dos pisos encima de su tienda y expandir el tamaño de la sombrerería. Emilia sabía que, a partir de ese momento, le sería cada vez más difícil seguir ocultando sus actividades extracurriculares empresariales, y que necesitaba a alguien en quien confiar. Sólo había una persona en el mundo en quien Emilia confiaba, y no conocía siquiera su rostro.

Cuando Emilia tuvo su plan perfeccionado hasta el último detalle, se apareció un domingo por su antiguo convento exactamente a las once de la mañana, hora en que las monjas estarían en relativo asueto comiendo buñuelos, como ella sabía. Al abrir la madre superiora la pesada puerta de madera que conducía al patio interior y toparse con Emilia, su rostro no registró señal alguna de reconocimiento. La mente de la octogenaria no podía asociar a una mocosa llorosa e histérica con aquella elegante mujer que tenía de frente, y que llevaba una lustrosa Biblia en las manos.

—Buenos días, hija. ¿Qué se le ofrece? —le dijo la anciana mirándola con ojos velados de cataratas.

—Madre superiora, ¿no me reconoce? —tanteó Emilia.

—A la verdad que no, hija.

—No me extraña. Apenas nos cruzamos unos minutos hace años. Soy Matilde, la hermana menor de sor Inez. Ha ocurrido una muerte en la familia, y ello es razón justa para una visita. Deseo ver a mi hermana.

—¿Y quién ha muerto?

—Me gustaría ver a mi hermana en privado, si no le importa, madre.

Ante la firmeza de Emilia, la monja la dejó pasar hasta unos bancos de madera en el patio interior, rodeado de rosas amarillas. La monja le indicó que esperara allí y salió a buscar a Inez a un paso tan lento que tentaba la paciencia de Job. Emilia miró a su alrededor y se sorprendió de no recordar los rosales, los alhelíes, aquel banco de madera, o el almendro que le ofrecía sombra al jardín. No recordaba detalle alguno de aquel lugar, excepto la oscuridad de su celda y sus propios gritos.

En unos minutos divisó a Inez, que caminaba al lado de la madre superiora impaciente tratando de avanzar en vano ante la lentitud de la anciana. Emilia se puso de pie, Biblia en mano, y tornó la cabeza de modo que su rostro quedó parcialmente escondido por el gran sombrero negro que lucía. Cuando tuvo a Inez de frente y levantó la vista, observó la sorpresa de la joven monja al no encontrarse con el rostro de Matilde. Entonces, Emilia raspó la portada de la Biblia con la uña… tres veces seguidas… pausa… tres veces más… la señal… Inez soltó un sollozo y la abrazó como si quisiera fundirla consigo misma. Ambas estallaron en un llanto entremezclado con risas ante la mirada ciega de la madre superiora, que comenzó de inmediato a rezar un novenario por el alma del muerto. Emilia insistió en hablar a solas con su hermana, y la monja finalmente se retiró. Media hora más tarde, Emilia le dejó saber a la madre superiora que la familia requería de la presencia de Inez, y que, por tanto, se regresaría con su hermana. Le informó magnánimamente que el convento se podía quedar con la totalidad de la dote que había recibido por acoger a Inez.

A Inez le tomó semanas creer en el giro súbito que había tomado su vida. Cuando despertaba en las mañanas en su soleada habitación en el ático del edificio de la sombrerería, recordaba que era libre, y entonces se le dibujaba una sonrisa de puro deleite. Aún no le había avisado a su familia en el noroeste que había abandonado el convento, y aunque se moría por ver a Matilde, había decidido darse tiempo hasta que supiera el rumbo que iban a tomar los próximos meses. Lo único que tenía claro era que su destino ya no lo determinaría nadie, sino ella.

En los dos pisos adicionales que adquirió con el dinero de las prendas de su madre y el dinero que se embolsillaba de su padre,

Emilia había montado un taller de producción, un área de almacenaje de materiales y una hermosa vivienda de dos habitaciones en el ático llena de flores, colores alegres y luz para Inez y ella. El papel de su amiga era fundamental en la operación de la sombrerería, ya que ayudaría a "lavar" todo el dinero del que Emilia había echado mano, y que consideraba que era poca recompensa por los miserables progenitores que le habían tocado.

Una noche durante una de las tertulias de su padre, luego de la segunda copa y antes de la tercera, Emilia llegó acompañada de Inez, quien lucía despampanante en un vestido color cetrino que contrastaba con su piel morena, y con un espectacular sombrero diseñado especialmente para la ocasión. Emilia tomó dos copas de vino de una bandeja y se enfrascó en una conversación con Inez esperando la inevitable intervención de Cristóbal.

—Emilia, hija, si me hubieras dicho que una amiga tan distinguida nos engalanaría con su presencia me hubiera puesto mi mejor atuendo. Cristóbal Zaragoza, a sus pies, señorita.

—Buenas noches, padre. Le presento a doña Inez Texidor viuda de Córdova. Inez es la árbitro de la moda en San Juan y creo que la he convencido de hacer una pequeña inversión para reabrir la antigua sombrerería de mamá. ¿No le parece maravilloso?

—¿Y quién se encargará de administrar el negocio? Tú de eso no sabes nada.

—Sabe más de lo que imagina, don Cristóbal. Qué placer conocerlo. Emilia habla todo el tiempo de usted con mucha admiración. De seguro que su talento innato para los negocios le viene por usted, y asumo que su exquisito gusto lo heredó de su madre —intervino Inez con sus líneas bien ensayadas y una encantadora sonrisa que revelaba hoyuelos en las mejillas.

—Mi Ana Cristina, que en paz descanse, era la mujer más admirada del oeste. Bastaba con que luciera un color o un modo particular de colocarse el tocado, para que todas las mujeres la imitaran.

—Eso me ha contado Emilia. Me ha dicho que eran la pareja más celebrada del pueblo. Esa nostalgia vende muy bien, y con el talento de su hija y mis recursos, creo que podemos tener un proyecto interesante en las manos. Imagínese, don Cristóbal, si devolvemos la sombrerería a sus tiempos de gloria, ello le abrirá a la familia las puertas de nuevos lugares de poder en el oeste. Nada es más importante para un hombre o mujer de sociedad que un sombrero impecable.

La misma voz dulce que había salvado a Emilia de la locura susurrándole cuentos de árboles de tamarindo y trenzas sedosas ahora hipnotizaba a Cristóbal al describir el *glamour* y el estatus social

renovado que le traería ser el padre de la diseñadora de un establecimiento de alta sombrerería. Con un brindis poco después, quedó limpio el dinero que Emilia había desviado hacia su negocio, y que se atribuyó a una inversión de Inez. A cambio de la compra de los dos niveles del resto del edificio sin regateos y en efectivo, Emilia había convencido al antiguo dueño de producir escrituras sólo a su nombre, y puesto que sus padres habían sido totalmente laxos en el registro, el pago de impuestos y, en general, en hacer lo más básico que requiere tener una propiedad y dirigir un negocio, la transacción fue sencilla y convirtió a Emilia en la única dueña legal del edificio.

Sin perder tiempo, Inez y Emilia se dieron a la tarea de contratar a las mejores costureras y artesanas del pueblo, a quienes acomodaron en el segundo nivel, el taller de trabajo. Inez, como casi todas las monjas del convento, era una costurera experta, ya que ésa era una de las principales entradas de dinero del claustro. Pero construir un sombrero era una nueva hazaña, y una manera distinta de imaginarse la armonía y el diseño en una pieza. Emilia, quien había aprendido a confeccionar sombreros casi desde su nacimiento, invirtió semanas con las costureras, entre las que estaba ahora la verdadera Matilde, para enseñarles todo lo que sabía de corte, confección, medición correcta y construcción.

Lo que no podía enseñar, porque era sólo de ella, era su talento para el diseño creativo e inesperado sin dejar de ser elegante. Emilia preparó la apertura de la tienda con tres impecables modelos básicos para damas que serían la base de su colección de uso consuetudinario, y tres más extravagantes para ocasiones formales. No conforme con la ambiciosa tarea, añadió sombreros de copa para caballeros trabajados en seda y la más fina felpa. Mandó reproducir a mano copias de sus bocetos e hizo los primeros catálogos de alta sombrerería en la isla. Finalmente, llegó el feliz día cuando pudo descartar el detestado rótulo que decía “Sombreros Ana Cristina” en letras despintadas, y en su lugar presenció la colocación de uno nuevo y lustroso, donde podía leerse “Sombrerería Zaragoza de las Casas”. Eran los dos apellidos que más detestaba, así que era justo que los usara para sacarles algún provecho. Esa noche, frente a la playa desierta, hizo una fogata con el rótulo de su difunta madre y brindó con Inez mientras bailaban en la arena.

A los cinco años de su inauguración, cuando Emilia cumplía veintidós años, la sombrerería Zaragoza de las Casas era una de las marcas más exclusivas de la isla, y su demanda rebasaba por mucho la zona del

oeste. Las creaciones de Emilia estaban en demanda en San Juan, Santo Domingo y La Habana, y un nutrido grupo de damas españolas ya comenzaba a poner pedidos y regar la voz por Madrid del exquisito talento de Emilia. Dos primeras damas en sucesión lucieron creaciones de Zaragoza de las Casas en actividades sociales con los gobernadores de turno, y el modelo Inez, que Emilia había creado para su socia el día en que se la presentó a Cristóbal, se había reproducido más de cien veces por pedidos expresos. Esos primeros años de trabajar de sol a sol viviendo con Inez en el ático y de estar en tertulias hasta tarde en la noche hablando de ideas para colecciones, con una sensación de seguridad por primera vez en su vida en aquel mundo de mujeres en el que habitaban ella, una exmonja y cuatro costureras, fueron, en retrospectiva, los más felices de su vida. Era independiente económicamente, sentía que había creado una especie de familia propia, y su padre ya no podía torturarla. De hecho, se ufanaba mucho de la fama de su hija por el pueblo. Años después, Emilia llegó a pensar que, si hubiera apreciado lo que tenía en ese momento, que no era poco, particularmente para una mujer joven a fines del siglo xix , se hubiera ahorrado los sucesivos capítulos dolorosos en su vida, que comenzaron con la entrada a su establecimiento de doña Eusebia Tesara una tarde casi al cierre. Emilia estaba concentrada en un diseño en su mesa de dibujo, arrullada por los sonidos familiares que hacían sus compañeras en el taller, cuando Nina, la más joven de las trabajadoras, subió corriendo las escaleras y se quedó por un instante jadeando en la entrada de la segunda planta. Emilia la miró y se echó a reír.

—Nina, no había necesidad de apurarse tanto en cerrar el salón.

—No cerré, Emilia. Abajo está doña Eusebia Tesara —le dijo la chica como si anunciara que había llegado una delegada de la Corona. De inmediato, el sonido de las máquinas en el taller cesó y todas las costureras miraron a Emilia. La diseñadora nunca había cruzado palabra con doña Eusebia, pero la admiraba desde que tenía memoria. En un lugar inhóspito, dominado por hombres en todos los renglones imaginables de vida, Eusebia encarnaba una rareza y una inspiración como la mujer de negocios respetada que era. Aunque para aquellas fechas aún Eusebia no tenía el poder casi absoluto que obtuvo años más tarde, ya era una leyenda en el pueblo. Emilia sabía que ésta sería la prueba definitiva. Las damas de la sociedad y los hombres vanidosos mantenían a su negocio produciendo más ganancias de las que jamás soñó, pero una de sus creaciones en doña Eusebia alzaría su reputación a otro nivel. Igualmente, si quedaba insatisfecha… no quería imaginarlo. Se alisó la falda y se encaminó a bajar las escaleras. Cuando llegó a la recepción de la tienda, Eusebia tenía en las manos la fotografía de Ana Cristina y Cristóbal.

—Recuerdo a tu madre. Toda una criatura social Ana Cristina. Siempre el alma de cualquier fiesta, pero una pésima mujer de negocios —le dijo Eusebia sin introducción. Puso la foto de los Zaragoza de vuelta en el escritorio de Emilia y la miró de arriba abajo sin disimulo—. Me alegra ver que su hija tiene una mejor idea de cómo se pone en marcha una empresa. Me gustan las mujeres inteligentes y trabajadoras.

—Gracias por el halago, señora Tesara. Esta sombrerería es mi vida y no tengo la distracción de la agitada vida social que llevaba mi madre. Es un honor tenerla aquí. Permítame cerrar el establecimiento para atenderla como se merece, sin distracciones.

Eusebia observó a la joven diseñadora, sus impecables modales y la precisión de cada uno de sus movimientos. Le pidió que tomara asiento, mientras envió a Nina a preparar café para ambas.

—¿Qué está buscando, señora Tesara? ¿Un sombrero para diario, o para una ocasión más formal? Le puedo mostrar nuestro catálogo y partir de ahí si le parece.

—Tu catálogo ya lo he visto porque no hay una mujer en el pueblo que no lleve una de tus creaciones, pero no es eso lo que busco.

—¿No? ¿Desea un diseño particular?

—Pues verás, Emilia. Paso la mayor parte del día al sol entre los cañaverales y la central de la hacienda Santa Ana, o trabajando en el despacho de los muelles, y mira mi piel… se está manchando, aun con los remedios de mi Dominga, y siempre tengo las mejillas enrojecidas. Lo que uso cuando monto a Tamarinda… —Eusebia vio la cara de confusión de Emilia—. Mi yegua, Tamarinda. Es de las castas de caballos meridionales de Andalucía. El caso es que, cuando voy en ella por la hacienda, no me queda otro remedio que usar los mismos sombreros rudimentarios de cuero o pajilla que usan los hombres. Es lo mejor que funciona para protegerme del sol, pero son unos esperpentos horribles. Mira éste que traigo, qué horror. Tu misión será inventar algo que sea práctico y adecuado para el trabajo que hago, pero que sea más liviano, fresco y con alguna gracia, diría yo.

—No se diga más, señora Tesara. Entiendo perfectamente. Será un honor crear algo exclusivo y apropiado para su rutina, que a la vez sea de la altura de una mujer de negocios como usted. Permita que Nina le tome las medidas, que del resto me encargo.

De ese momento en adelante, Emilia se acuarteló en su pequeña oficina de esquina donde también dibujaba y no hizo nada más que pensar, estudiar e investigar cómo crear la pieza perfecta para una amazona de sociedad, una mujer elegante pero que trabajaba con capataces y jornaleros, que tenía tareas en el campo y en el despacho en un mismo día. La pieza debía tener un ala ancha, en un material

que la protegiera del sol pero que permitiera visibilidad, que no resultara tan pesado y caluroso como un sombrero de cuero común, ni tan informal como uno a base de paja. En un par de ocasiones, Inez despertó de madrugada para encontrar a Emilia en la segunda planta a la luz de lámparas de aceite, concentrada en el trabajo frenético de aquel diseño. Un mes después las mujeres se arremolinaron en el pequeño despacho de Emilia para admirar su obra. El sombrero que diseñó y confeccionó seguía la línea inicial de los sombreros de cuero masculinos, pero estaba trabajado en una piel mucho más fina y liviana, que se sentía cremosa al tacto. El material respiraba mucho mejor que el burdo cuero común. El ala frontal era más alargada de lo usual y seguía la forma de una ola. El borde contenía en su interior un fino alambre que permitía mover esa elegante ola protectora a la izquierda o a la derecha, y se contorsionaba hacia arriba, pero no tanto como para dejar desprotegidas las mejillas de su nueva clienta. La copa era más alta y espaciosa de lo usual, de modo que los peinados de Eusebia no se estropearan en demasía. Además del brillante diseño mismo del sombrero, Emilia llevó su creatividad al máximo cuando equipó la parte trasera con una especie de "cortina" escondida en el interior, de modo que cuando el sol golpeara por las espaldas a la hacendada, ésta pudiera liberar la pieza de tela, del más fino hilo lavable, y protegerse el cuello. Para la toquilla, o cinturón decorativo del sombrero, Emilia estuvo semanas experimentando con colores de textiles sintéticos, y frustrada por no conseguir lo que deseaba, comenzó a experimentar con raíces, tallos, hojas y flores. Inez aguantó pacientemente hasta que Emilia llegó una tarde con un molusco maloliente para extraerle la tinta, y apestó la sombrerería desde el primer piso hasta el ático. Inez y Matilde tiraron la raya ahí, y se deshicieron del desdichado invertebrado. El resultado, sin embargo, fue sensacional. El sombrero llevaba una toquilla de un verde suave y lechoso, un tono absenta que creó Emilia con sus propias mezclas. Del delicado cierre, trabajado en plata, salía una elegante pluma roja, en honor al nombre del pueblo. A la gran caja donde fue a descansar el sombrero de Eusebia la acompañaba otra menor, con tres toquillas adicionales en violeta oscuro, amarillo mostaza y rojo borgoña, de modo que la clienta pudiera variar el color del cinturón del sombrero según su atuendo. Las mujeres observaron embelesadas las cajas como si fueran tesoros recién rescatados de las entrañas de la imaginación. Emilia sabía que había creado algo realmente único.

Cuando Eusebia Tesara pasó a recoger su sombrero, el establecimiento cerró sólo para ella. Las empleadas estaban de pie, uniformadas y en fila, mientras Inez cerraba las cortinas de la tienda. Emilia condujo a Eusebia a una de las sillas frente a su escritorio. Al

destapar la caja, el rostro de Eusebia permaneció impávido observando cada detalle del sombrero. Emilia lo sacó de la caja y, sin decir palabra, le mostró la tela escondida en la parte trasera; luego, abrió la segunda caja y le mostró el resto de los cinturones del sombrero en aquel arcoíris. Eusebia tomó el sombrero y se volteó hacia el espejo. Lentamente, mientras lo acomodaba, su rostro dibujó una sonrisa de satisfacción, y las seis mujeres respiraron aliviadas.

—Espléndido trabajo, Emilia. Tu reputación es bien merecida. No suelo dispensar muchos halagos, pero éste es justo darlo. Aquí tienes el pago por este encargo, y desde ya puedes ir trabajando otro idéntico en negro.

Eusebia Tesara salió de la tienda con sus dos cajas. Cuando Emilia abrió el sobre que contenía el dinero, descubrió que Eusebia le había pagado mucho más de lo que le había cotizado por la pieza. De ese día en adelante la hacendada fue una de las mejores clientas de Emilia, y el sombrero Eusebia se convirtió en uno de los diseños emblemáticos de la tienda.

En 1889, en el día del vigésimo segundo cumpleaños de Emilia y mientras celebraba ruidosamente en el ático con sus costureras y con Inez, la diseñadora recibió por mensajero una invitación a la fiesta que terminó torciendo el rumbo feliz de su existencia y la sentenció a la pesada condena de conocer el deseo. En ocasión del cumpleaños del hijo menor de Eusebia, Emilia fue invitada a la fiesta que se celebraría dos semanas más tarde en la residencia principal de la hacienda Santa Ana. La joven sabía que su asistencia no era opcional: en esa fiesta estarían todas sus clientas y clientes en un mar de tocados y sombreros creados por ella misma.

Años después, Emilia achacaría la mala suerte de conocer a Mateo a su selección de vestido. De uno de los muchos baúles de ropa, zapatos, sombreros, accesorios y alhajas de su madre que tenía guardados en el ático, sacó el traje que la hizo enamorarse del diseño cuando era una niña. Al deshacer el delicado papel de seda que lo protegía, Inez, Nina y Matilde exclamaron juntas su admiración. El vestido estaba trabajado en seda china color rojo cardenal y bordado en canutillos y piedras doradas y negras. Ceñido a la cintura, tenía una gran falda que alternaba el rojo y el dorado de los bordados con una cola crucificada en la más fina pedrería para crear el diseño de un bosque donde se dibujaban flores, aves exóticas, árboles y símbolos a través del vestido. Era la interpretación de una historia. El área del busto era un corsé ajustado casi hasta la asfixia con unas mangas cortas a los hombros, todo trabajado en tanta pedrería dorada, verde y roja que no dejaba ver un atisbo de tela bajo el corpiño. El vestido había llegado en ese mismo baúl a Cabo Rojo con Ana Cristina, quien lo lució en ocasión de una gala en honor a uno de los gobernantes de

turno de la isla, adelantado a un estilo que ahora comenzaba a cobrar fuerza. Las costureras se encargaron de ajustar el complicado y pesado atuendo, ya que Emilia era menos alta y más delgada de lo que lo fue su madre. El consenso en aquel convite de mujeres era que la decadencia del vestido hacía innecesario un collar, además de que el escote y los pechos de Emilia, elevados a nuevas alturas nunca antes experimentadas, no debían ofrecer distracciones. Optaron sólo por unos pendientes de rubíes y esmeraldas, además de una pulsera a juego. Sabiendo que todo el mundo en la fiesta luciría una de sus creaciones, Emilia hizo lo opuesto y no usó sombrero. Inez le elaboró un moño cuyas trenzas se entremezclaban con hilos dorados salidos de una tiara que por iniciativa de las costureras se usó como adorno. Cuando Emilia bajó a la recepción de la tienda, las mujeres pensaron variaciones de lo mismo: una infanta hubiera deslucido a su lado.

Su padre, don Cristóbal, con quien la joven mantenía una relación estrictamente cordial pero distante, se ofreció a escoltarla, lo cual Emilia declinó. Prefería presentarse sola a soportar la presencia de su detestable progenitor. Más importante aún, le producía un placer casi bochornoso cerrarle la puerta de acceso a la fiesta más importante de la temporada, a la que ella estaba invitada y él no. Le quedaba la débil satisfacción de ser ella la nueva árbitro de la elegancia en la región, y que los años de gloria de su padre eran ya sólo un recuerdo que ella no ayudaría a revivir.

Mateo Tesara tenía claro que el regalo que deseaba para su cumpleaños estaba entre las sinuosas piernas de Lupe Lazzarini. Para celebrar sus diecinueve años, su madre había organizado una fastuosa celebración que, como todo lo que hacía Eusebia, tenía más la intención de concretar negocios que de festejar. Sabía que su madre estaría de excelente humor, algo raro en aquellos días, cuando la familia ya contaba un año sufriendo los efectos del ostracismo de Cipriano tras su accidente. Mateo calculó que ése sería el momento perfecto para anunciarles a sus padres que estaba enamorado de Lupe, una preciosa y precoz chica de dieciocho años de familia corsa asentada originalmente en Mayagüez. El padre de Lupe, don Emérito, era el jefe de capataces de los Tesara, y Mateo y Lupe habían hallado amplias oportunidades de coincidir en los pasados seis meses llevando a niveles admirables la habilidad de ambos para encontrar lugares proscritos donde tener intimidad sin ser vistos. Las salinas de Cabo Rojo, las playas, casuchas poco usadas en los cañaverales, el baño del despacho parroquial de la catedral, la misma habitación de Lupe en la

casa de los Lazzarini cuando su padre no estaba y, un par de veces, la misma casa de Eusebia; ningún lugar era sagrado cuando podían echar mano el uno del otro. Con toda la liviandad de sus diecinueve años, Mateo decidió que ésa sería la noche en que les daría la noticia a sus padres y pediría la mano de Lupe en matrimonio.

Eusebia, ya alertada del romance desde hacía tiempo por Dominga, intuía el discurso risible que tenía su hijo en la cabeza, y no tenía inclinación alguna por perder ni un minuto de su valioso tiempo con las calenturas infantiles de Mateo. Lupe, pensaba erróneamente Eusebia, era una chica muy bonita, pero inconsecuente y sin carácter. Eso lo hubiera dejado pasar por alto si Lupe Lazzarini hubiera tenido conexiones; su objeción inapelable era sencillamente que la chica no era nadie. La hija de un jefe de capataces no le brindaba ninguna ventaja económica o social, y por tanto estaba descartada.

Eusebia Tesara estaba tranquila. Sabía que no tendría que molestarse en convencer o discutir con Mateo, cuyo carácter térmico era igual al suyo propio. Era cuestión de esperar a que Emilia Zaragoza de las Casas llegara a la fiesta. El resto caería inevitablemente en su sitio por la formidable fuerza de gravedad que era la voluntad de Eusebia.

Emilia estuvo hasta la madrugada en el ático con Inez y Nina contándoles de la peculiar noche que había vivido. Les describió cómo, por algún motivo, cuando salió del carruaje que le había enviado la misma Eusebia, todo se desdobló lentamente ante sus ojos, como si estuviera sumergida bajo agua. No escuchaba a nadie en particular sino un papiamento de voces que zumbaba como un panal. Las miradas de cien invitados se posaron sobre ella. El servicio se detuvo por unos breves instantes mientras los mozos observaban a aquella criatura preternatural y dorada que no podía ser de carne y hueso. Un pasillo de espacio en un mar de gente se abrió mágicamente ante ella, y sintió la mano firme de Eusebia sobre la suya. Por un instante la paralizó la inseguridad, y pensó que los comensales la miraban porque se había vestido con tanta extravagancia. Pero sintió dos besos de Eusebia y cómo la llevó de la mano para presentarla a los invitados, que, por supuesto, ya la conocían, porque eran sus clientes. Sintió la seguridad del brazo de Eusebia por la cintura, que la guiaba.

—No he visto jamás un vestido tan majestuoso como el que traes. Eres una visión. ¿Quién diseñó esta obra de arte? —le preguntó Eusebia mientras la llevaba más hacia el centro del salón principal.

—Es usted muy amable, señora Tesara. Tristemente, no sé la

procedencia del vestido. Lo heredé de mi madre y llegó con ella en un baúl.

—Ahora lo recuerdo. Lo usó para la gala de la toma de posesión de un gobernador y salió en las páginas sociales. ¿Me equivoco?

—Tiene una memoria envidiable, señora Tesara.

—Llámame Eusebia, por favor. Tengo memoria para las cosas que me interesan. —Habían llegado hasta un pequeño cónclave de hombres que fumaban cigarros en el centro del salón. Mateo estaba de espaldas a su madre, pero intuyó que algo ocurría cuando notó que las miradas de todos sus amigos se enfocaron en un mismo punto, justo detrás de él. Un instante antes de sentir la mano de su madre en el hombro, se volteó y todos sus sentidos explotaron ante la visión que era Emilia—. Mateo, hijo, tengo el honor de presentarte a la señorita Emilia Zaragoza de las Casas. Es una de las mujeres empresarias más exitosas y admiradas de la isla. Si hubiera tenido una hija, me la imagino como Emilia.

Pero en ese punto ni Mateo ni Emilia escuchaban la voz de Eusebia. Se sostenían la mirada sin pudor en un duelo que ninguno quería terminar. A unos pocos metros, Lupe Lazzarini observaba cómo, en un instante, se había esfumado toda la vida que soñó para sí.

Al año siguiente, unos meses antes de que Mateo zarpara hacia Puerto Príncipe, el más joven de los Tesara y Emilia Zaragoza de las Casas contrajeron matrimonio en la catedral del pueblo de Cabo Rojo bajo una lluvia incesante que sirvió de trasfondo. La pareja se ubicó en una amplia casona en la hacienda Santa Ana, no muy lejos de la de Eusebia y Cipriano. Eusebia le regaló a Emilia una yegua andaluza de la misma casta que Tamarinda. Mateo le regaló una exquisita gargantilla de perlas negras y grises que, según le contó, le había comprado a un pirata contrabandista de algodón y absenta. Mateo, como todo el mundo, compraba los lujos y objetos exóticos que se le antojaban en el gran mercado de contrabando del puerto.

Exactamente nueve meses más tarde, y estando Mateo a punto de partir hacia Haití, Emilia dio a luz a una niña a quien bautizaron María Eusebia Tesara Zaragoza. Para entonces, la familia Lazzarini había desaparecido de aquellos cañaverales y partido rumbo a San Juan. Mateo, en su ensimismada felicidad, apenas notó la ausencia de Lupe, por quien moría apenas un año antes.

Para cuando Emilia dio a luz a su segunda hija, María Inez Tesara Zaragoza, la vida de Mateo se dividía entre Puerto Príncipe y Cabo Rojo. Con el paso de los tres años que vivió itinerante entre las

dos ciudades, se encontró cada vez más desesperado por regresar adonde Amelia Pasquier.

Emilia olfateó con precisión la relación entre Mateo y Amelia, como quien presagia una desgracia. Aunque no sabía el nombre de la mujer en cuestión, sabía que existía y que apareció en sus vidas después de que Mateo comenzara su vida compartida entre Cabo Rojo y Puerto Príncipe, mientras concretaba los negocios entre los Tesara, Antoine Pasquier y Etoile Blanche. En el pasado, cada llegada de Mateo a Cabo Rojo se iniciaba con un maratón en la cama que duraba la mayor parte de una tarde y una noche. Pero tras un viaje en particular, poco después del nacimiento del pequeño Sebastián, Mateo le hizo el amor mecánicamente, como cumpliendo con una tarea maritalmente impuesta. Lo notó impaciente con las niñas y más tarde hasta con su adorado Sebastián, el tercer y último vástago que procrearía el matrimonio Tesara Zaragoza. Antes de entrar Haití en el panorama, Mateo había disfrutado de contarle los pormenores de las transacciones que hacía allí, y encontraba en Emilia una mente receptiva y sagaz. De esa visita en adelante, sin embargo, se tornó críptico, y se limitó a asegurar que todo marchaba de acuerdo a los planes. Mientras no se sabía observado, Emilia lo veía con la mirada perdida, sin enfocar en los papeles que fingía leer.

Cuando su marido regresó definitivamente a Cabo Rojo aquella madrugada frente al muelle, Emilia supo en un instante que se trataba de Amelia Pasquier. También descubrió, a su pesar, que nunca podría perdonar a Mateo. Su alma estaba surcada de cicatrices indelebles por la sucesión de golpes recibidos en su corta vida, invariablemente a manos de quienes se suponía que la amaran. Supo, con certeza visceral, que lo despreciaría por siempre y que no descansaría hasta despojarlo de todo, su familia incluida.

CAPÍTULO X

CABO ROJO, ENERO DE 1898

Cleto, el peón de grandes orejas encargado de arreglar las puertas y los mobiliarios que sufrían las rabietas de Salvador Filipi Ricci, se acercó sigiloso en su caballo Melao a los enormes portones ornamentales de hierro que guardaban la entrada a la hacienda Santa Ana. Cleto tenía razones válidas para su cautela. Para empezar, les tenía pavor a las enormes perras mastinas Nix y Peito. Su patrón, don Salvador, le había contado en un momento de nostalgia ebria que Eusebia las había nombrado en honor a la diosa griega de la noche, Nix, y la diosa de la seducción, Peito. El ilustrado dato sobre la procedencia de los nombres perrunos importaba poco a Cleto. Más le importaban los imponentes colmillos de las tocayas de las diosas.

Por otro lado, cada vez que se acercaba a la vecindad de Santa Ana, recordaba el incidente en que sacó de allí a su patrón, que borracho hasta la inconsciencia llamaba a gritos a doña Eusebia. Sus traicioneras orejas, siempre consistentes, enrojecían al revivir el bochorno. Después de casi una década de sobresaltos como testigo de las calenturas de Salvador por Eusebia y en un inusual momento de claridad, Cleto había advertido que, a su manera torpe, su patrón parecía estar genuinamente enamorado de la hacendada. Lo que era peor, el empresario cafetalero guardaba la absurda esperanza de que Eusebia abandonara a Cipriano para irse con él, algo que hasta el inocente de Cleto sabía que era altamente improbable.

Su patrón, impotente ante las maniobras de Eusebia, se había convertido en el hazmerreír disimulado en los círculos de negocios del pueblo, y hasta entre los capataces de sus propios cafetales. Cleto vio con creciente alarma cómo el socio francés de doña Eusebia comenzó a visitar regularmente el despacho de Salvador y cómo, por recomendación de ella misma, le confió decisiones y potestades que Cleto sabía que su patrón jamás hubiera delegado en nadie en antaño. Mientras tanto, la frustración de Salvador ante el torrente de excusas de Eusebia para no estar con él abiertamente se acumulaba como pus en una herida infectada.

Para agravar la preocupación de Cleto, uno de los más cercanos colaboradores de Salvador, don Gervasio Cortés, había llegado de San Juan por vapor a Cabo Rojo la tarde anterior, y, sin perder tiempo, se había encerrado con Salvador por varias horas en el despacho de la hacienda Filipi Ricci. Don Gervasio era un alto funcionario dentro del Ministerio de Ultramar, y Cleto sabía que su jefe dependía de él para obtener información tan sensitiva que no la compartían por correspondencia escrita entre ellos. Cuando Gervasio tenía algo importante que comunicarle, lo hacía en persona. En consecuencia, el recado que traía para Eusebia Tesara era urgente y preocupaba lo suficiente a su jefe como para haberlo mantenido sobrio pasado el mediodía, un evento sin precedentes en la memoria de quienes

conocían a Salvador.

Haciendo acopio de su limitada reserva de arrojo, Cleto desmontó a Melao y rebasó a pie los portones que lucían unas masivas crestas de hierro con la letra T en el centro. Delante de sí se desplegaba un largo camino bien cuidado que culminaba en una delicada colina coronada por la casona principal de las cuatro que contenía la hacienda. Anunció su presencia al primer peón que vio y le pidió que corriera a avisar en la residencia que necesitaba entregar un recado a la señora Tesara. Cuando se acercó vacilante a la enorme casa, Eusebia lo esperaba en la entrada flanqueada por Nix y Peito, que asemejaban gárgolas con hilos de baba colgantes de sus mandíbulas. Cleto sintió la boca seca.

—Cleto, hombre, acércate, que mis perras no te harán nada a menos que lo ordene. A ver, trae acá —dijo con la mano extendida. Cleto le acercó la carta de Salvador. Exasperada, Eusebia se la arrancó de la mano y procedió a leerla. Cuando terminó, bajó el brazo por un instante y Cleto pensó que dejaría caer el papel al piso.

—Espérame aquí, Cleto. Mandaré a que te traigan algo de beber.

Cleto asintió; no tenía intención ni de pestañear. Eusebia entró en la casa, pero las perras permanecieron en la entrada seguramente calculando en cuántos bocados se lo podían acabar. Pasados unos quince minutos, Eusebia salió con una nueva carta en la mano.

—Lleva esto a Salvador directamente sin detenerte en ninguna parte. Cuando llegues a la entrada de la hacienda, dile al peón que mande a buscar de inmediato a Mateo y al ingeniero Pasquier. ¿Entiendes todo esto, Cleto? Apúrate.

Cleto salió corriendo. Nix y Peito miraron en vano a su ama, con la esperanza de que les diera la señal para irse detrás del pobre hombre. Dominga salió a la terraza y se acercó a Eusebia.

—Ya es tiempo, Dominga. Los del norte se aprestan a llegar.

—Dime qué hay que hacer.

—Envía un peón a la alcaldía con el recado de que el alcalde Tesara debe presentarse de inmediato a la casa de su madre como un asunto de urgencia. Si no está en la alcaldía, que lo busque donde los masones, que Leoncio pasa más tiempo con ellos que en su despacho. También envía recado a Emilia y a Dora, para que comiencen los preparativos. Ambas saben lo que tienen que hacer para proteger la sombrerería y la casa de cambio. Prepara bien la alacena y asegúrate de tener suficiente de todo, por si escasean algunos productos en lo que pasan los truenos. Debemos tener suficiente plata en la casa como para pagar un par de meses de jornales domésticos como mínimo. Ordena preparar la biblioteca para cuando lleguen todos. Vamos, Dominga. Hay mucho que hacer.

Ambas entraron por las enormes puertas dobles que daban paso a

la antesala de la casa, y se detuvieron en seco al ver la extraña estampa de don Cipriano de pie, sostenido de su bastón. Largos hilachos de cabello blanco y mojado rebasaban sus hombros y le tapaban parcialmente la cara, arrugada de manera prematura. A través del largo camisón de dormir se dibujaba la dilapidada silueta de su extrema delgadez y su joroba. De pronto, Cipriano sonrió con una mueca torcida que dejó ver sus dientes amarillos.

—Hasta nunca, Salvadoooooor… —Y se echó a reír desquiciadamente.

—Estás loco, Cipriano. Sal de mi vista —le dijo Eusebia continuando su camino.

Dominga, sin embargo, se quedó varada allí mirando al loco y sintiendo cómo se le erizaba la piel, mientras pedía protección a Changó.

Che, uno de los varios peones despachados para alertar a la familia, llegó al edificio Mercantil Tesara-Pasquier en el centro del pueblo y encontró a Mateo en su despacho, mas no al ingeniero Pasquier. Tampoco lo encontró en Green Kay II, donde le dejó recado con Magdalena. Magda a su vez alertó a Froilán Poventud y acordaron ir juntos a la residencia de Amelia y José de Dios para buscar a Antoine.

Cuando Che llegó a la sombrerería Zaragoza de las Casas, la encontró cerrada. Tocó a la puerta de soles truncos y en unos minutos Emilia bajó las escaleras, con la misma gracia que si hubiera estado entreteniendo a clientes. No parecía haber nadie más en el establecimiento. Emilia entreabrió la puerta y se asomó.

—Doña Emilia, perdone que le tumbe la puerta así. Su suegra manda por usted. Parece de urgencia. Me dijo que comience a preparar el edificio. Pero no sé para qué —terminó jadeante el hombre.

—Descuida Che. Ya estoy en ello. Di en Santa Ana que iré pronto.

Emilia cerró la puerta y corrió las gruesas cortinas brocadas de las vitrinas. Una vez cerrados todos los pestillos y seguros, subió las escaleras para llegar al piso del taller, que estaba desierto. Había despachado el día anterior a las trabajadoras y a Inez, quien ahora vivía en una casa muy cerca del puerto con su madre, doña Camelia, ya viuda, y Matilde, su adorada hermana menor, por quien Emilia se había hecho pasar años atrás en el convento. Los contactos de Emilia en San Juan eran mejores que los de Salvador Filipi Ricci, porque se extendían a lo largo y a lo ancho de todas las esferas de poder, y ya

estaba al tanto de la inminente invasión a la isla. Emilia continuó ascendiendo hacia el ático que una vez compartió con Inez, en los que fueron los años más felices de su vida, cuando luchaban juntas para echar hacia delante la sombrerería, y cada día llegaba lleno de posibilidades, como un recién nacido.

El año anterior había devuelto a Emilia a su punto de partida, donde nuevamente se construyó un hogar en secreto. Sin embargo, esta vez, a sus treinta años, disponía de poder y dinero para desarrollar sus planes. Cuando Mateo regresó finalmente a su hogar procedente de Haití, Emilia recibió a un extraño. Por meses se mostró retraído y malhumorado. Al comenzar la humillante exhibición pública de frustración de Mateo por la boda de Amelia, llegó una tarde a su casa en la hacienda Santa Ana para encontrar vacía la habitación que compartía con Emilia. Tampoco estaban su ropa, sus libretas de diseño, sus prendas ni los niños. Mateo se dio cuenta de la ausencia de esta lista de objetos y personas en ese preciso orden. Emilia había adquirido con su propio dinero una residencia de dos plantas con enormes flamboyanes en el patio ubicada en una colina que ofrecía una vista majestuosa a los distintivos atardeceres de Cabo Rojo. Discretamente, Emilia había amueblado y decorado la casa poniendo especial atención en las habitaciones de María Eusebia, María Inez y Sebastián. También había una habitación para Nina, quien hacía años vivía con ella y cuidaba de los niños. Cuando estuvo lista, simplemente se marchó de la hacienda Santa Ana una tarde con los niños sin dar explicaciones a su marido.

Con quien sí discutió sus planes en detalle fue con su suegra. Serenamente, le explicó lo que ya Eusebia sabía: que Mateo había tenido una amorío con la hija de Antoine, el cual sin duda continuaría en Cabo Rojo, y que ella no tenía planes de soportar esa situación. Sin embargo, prosiguió Emilia, no estaba interesada en un escándalo público que afectara su negocio, o que interrumpiera la rutina y el acceso de sus hijos a su padre y a los Tesara. Por tanto, le propuso a Eusebia una solución salomónica que le permitió separarse física y legalmente de Mateo, y compartir a los niños, con el aval de su suegra. Eusebia era una mujer pragmática y sabía que no ganaba nada antagonizando a Emilia, una mujer influyente que ciertamente no necesitaba del irresponsable de su hijo. Entre ambas mujeres, expertas negociantes, quedaron pactadas la separación y la eventual disolución del matrimonio Tesara Zaragoza. Para castigarlo, Eusebia no le dijo a Mateo de su arreglo con Emilia y permitió que pasara la rabieta de llegar a su casa para encontrarla vacía. Se tenía más que ganada la humillación. Así se diligenció la salida de Emilia de la vida de su marido: en una transacción acordada entre dos mujeres en la que nadie encontró necesario consultar a Mateo.

Emilia interrumpió sus divagaciones cuando llegó al ático y entró en su antigua habitación de soltera. Vio la silueta alta y elegante, tan incongruente con su entorno, que miraba por la ventana hacia la plaza del pueblo, y se le acercó poniéndole una mano en la espalda. Observaron juntos hacia afuera. Un marasmo parecía haber descendido sobre la ciudad, con aves que volaban bajo como avisando de una tormenta.

—Era Che. Eusebia me pide que vaya enseguida a la hacienda. Sin duda el pobre Che debe andar buscándote también.

Antoine se volteó cerrando las cortinas y le acarició una mejilla con ternura.

—No hay prisa, *ma belle* . Ya sabemos las noticias y sólo los tontos apuran los malos ratos.

—No sabemos aún si serán buenos o malos, pero tienes razón. Creo que debes abrazarme… por si se acaba el mundo —le dijo Emilia sonriendo. La diseñadora era diminuta, especialmente al lado de Antoine, pero su presencia era una estela de aroma a rosas que parecía colarse por cada rincón de la habitación. Antoine la besó con todas las ganas que sintió desde que la había conocido en el muelle. El ingeniero había creído que con su difunta esposa estaban enterrados también sus días de angustias por motivos de amor. Pero esto era peor que la muerte de Isabel, más lento y tortuoso, porque durante el pasado año el objeto de su adoración había estado entre sus brazos, y porque aun así sabía que ese amor no tenía sentido ni salida.

Magdalena llegó a la mansión de la hacienda Santa Bárbara acompañada de Froilán Poventud. Encontraron a Amelia en el patio con Love, en un juego de críquet. Desde una pérgola e impecablemente vestido en un traje de lino blanco, José de Dios bebía absenta y cantaba los puntos aplaudiendo a ambas jugadoras por igual. Magdalena miró aquella estampa surrealista, con todo y el ridículo juego inglés ejecutado bajo aquel incandescente sol tropical. Las excentricidades de la pareja ya no la agitaban como antes. Habiendo encontrado en Froilán a un hombre al que estaba dispuesta a concederle, con mucha cautela, el beneficio de la duda, estaba muy a gusto hacía un año y medio como para romperse demasiado la cabeza por la vida cada vez más abstraída que llevaba Amelia.

A sus treinta y siete años y luego de suficiente experiencia con parejas proscritas, su relación con Froilán se había desdoblado a la vista de todos, una experiencia nueva para Magdalena. La primera vez que entró de su brazo en una cena formal en la residencia oficial del

alcalde Leoncio Tesara, la reacción instintiva de Magda fue mirar a su alrededor, por si de una esquina brincaba alguna esposa de Froilán desconocida por ella. Pero la noche transcurrió feliz, mientras él la presentaba orgulloso a los invitados como “mi prometida”, y no como la ama de llaves de los Pasquier. Predeciblemente, el único conflicto recurrente entre ambos era el tema de José de Dios y Amelia.

—¡Magda! Qué sorpresa. Me alegra que te dejes ver con este galán. Hola, tío Froilán —saludó Amelia secándose el sudor. Love aprovechó para salir del campo, recoger la bola de cuero y buscar sombra en la pérgola junto a José de Dios.

—Dame un abrazo, Amelia. Tú también, Love. Don Salvador avisó a doña Eusebia. Han convocado a toda la familia, y Antoine no aparece por ningún lado. Necesitamos localizarlo para que nos provea los detalles de lo que está pasando. Ninguno de nosotros puede presentarse sin invitación a esa reunión.

—Descuida, Magda. No sé si mi padre tenga en planes dejarme a la deriva, pero lo que tengo claro es que no dejará a la suerte las tierras de Santa Bárbara de las que no se ha apropiado aún la Mercantil —dijo Amelia aceptando una copa de José de Dios. Un caluroso silencio descendió sobre el grupo.

—Amelia, tu padre está intentando manejar los intereses de tres familias. Siempre te defiendo, pero el trabajo de Antoine en este momento no lo envidio. Te ha explicado mil veces que unidos los Tesara, los Pasquier y los Reyes Badillo son más fuertes que separados o rivalizando. Tiene un plan para la protección de los intereses de todos ante la invasión.

—Caramba, Magda. Qué mucho crédito le das a mi padre. No era así cuando salimos de Haití.

Magdalena quiso contestarle que no había contado con que la misma Amelia allanaría el camino de la ambición de su padre accediendo a casarse con un divo diletante, pero se guardó la observación. Por aquellas fechas ya resultaba evidente que el heredero no tendría jamás intención de manejar aquella hacienda, que sin duda se perdería a manos de los intereses de los invasores. Sabía que Froilán y Jacinto habían cedido la mayoría de las tierras no inscritas de Santa Bárbara a la Mercantil como forma de pago por los transportes, y ello había provocado la primera gran pelea entre ella y el tío del heredero. Pero, con los años, Magdalena se encontró en medio de una compleja batalla familiar con Antoine y los Tesara de un lado, y Amelia y José de Dios del otro. Si no pisaba con cuidado, ella y Froilán bien podían terminar como casualidades de guerra.

Pero era su lealtad hacia aquella mujer que ella misma había criado lo que la obligaba a intentar aún que entendiera la fragilidad de la situación. La extensión de los cañaverales de Santa Bárbara se

había reducido a la mitad en los últimos años. Además de las tierras perdidas a manos de la Mercantil Tesara-Pasquier, Jacinto había tenido que pagar otras deudas acumuladas con la cesión de propiedades y hasta de maquinarias viejas, pero reparables. La mayoría de los brazos de trabajo había desertado para irse con los Tesara, que pagaban mejor. La limitada producción que quedaba se realizaba en trapiches obsoletos, ya que no podían pagar por el uso de las modernas maquinarias de Santa Ana, y en cualquier caso su producto de azúcar moscabada ya casi no tenía salida. La única razón por la que el matrimonio Reyes Badillo Pasquier seguía viviendo rodeado de lujos era porque Antoine costeaba en gran medida los gastos de la pareja.

—Muchas cosas han pasado desde que salimos de Haití. Estamos al borde de una guerra, Amelia, y en esta casa sólo importan el críquet, la absenta y las tertulias —le ripostó Magdalena regañándola como cuando era niña. Discretamente, Love salió de la pérgola y se encaminó hacia la mansión.

—Te preocupas demasiado, Magda —dijo José de Dios, como cayendo en cuenta de repente de que el tema a la mano concernía a su propia hacienda.

—¿Demasiado? —intervino Froilán, con un tono hastiado—. Para ser mi sobrino, poca astucia heredaste de mi santa hermana, que en paz descanse. Explícame, para ver si soy yo el que se equivoca, que no es lo usual, pero quién sabe. ¿Cuál es tu plan para defender los intereses de Santa Bárbara?

—Geografía y ubicación —le contestó sucintamente José de Dios sirviendo sendas cervezas a su tío y a Magdalena. El heredero carecía de interés en los negocios, pero no de modales. Froilán cerró los ojos comprendiendo lo que venía antes que Magdalena.

—¿Geografía y ubicación? No entiendo —preguntó Magda.

—Los terrenos sin inscribir que mi querido tío y el albacea de papá tan convenientemente le han cedido a la Mercantil forman un círculo en las afueras de Santa Bárbara que se completa y ubica dentro de los terrenos ahora más amplios de Santa Ana. Dicho de otro modo, querida Magda, para la Mercantil protegerse, tiene que protegernos a nosotros, porque nos ha convertido en un enclave dentro de sus propias tierras—. Magdalena lo miró atónita. De repente, el heredero no sonaba tan desubicado.

—¿Ése es tu plan? ¿Dejar que otros hagan el trabajo por ti?

— *Veni, vidi, vici.* Llegué, vi y vencí, como decía Julio César. No tengo que hacer nada para ganar protección. Mi suegro y Eusebia lo harán por mí, y muy diligentemente, me sospecho —dijo el heredero en un tono afable que contrastaba con sus palabras. Su tío se quitó el sombrero y se pasó la mano por la cabeza, que parecía haber donado

todo su cabello a la abundante barba y al bigote. Una vez que el Imperio romano hacía su entrada en una conversación con su sobrino, no había nada más que buscar.

—¿Alguno de tus emperadores comentó algo sobre el deleznable defecto de carácter de esperar que los demás siempre te carguen los bultos?

—No, pero Marco Aurelio comentó que la mejor venganza es ser distinto a quien causó el daño. La Mercantil es una víbora con un hambre infinita de tragar terrenos y centrales. Yo me entretengo observando las consecuencias. Antoine y Eusebia, asistidos por ustedes, quieren ser los únicos dueños de todo el oeste de la isla. Pues bien, que administren las responsabilidades de su ambición. Santa Bárbara tiene aún tierras y, más importante aún, las rutas que necesita Santa Ana para lograr el paso más directo por Lajas hacia sus nuevos cafetales en la montaña. O los de Salvador Filipi Ricci, no sé de qué va el asunto, pero sé que Eusebia ya expandió sus considerables tentáculos hacia el negocio del café. Como si eso fuera poco, en esta hacienda vive la única hija y la heredera de Antoine. El análisis más superficial de todo esto me hace pensar que, en efecto, protegernos es más problema de mi suegro que mío, ¿no crees?

Y con eso levantó su copa de absenta e hizo un gesto de brindis. Froilán y Magdalena tomaron un sorbo de sus cervezas y guardaron silencio sabiéndose vencidos. La lógica de José de Dios era irrefutable. Tenía de su lado los terrenos y rutas de acceso que tanto deseaba la Mercantil, y a la hija de Antoine. Magda comenzó a sospechar que el heredero no era tan abstraído como se pintaba, más bien lo contrario. Tenía un arte admirable para lograr que los demás resolvieran sus problemas mientras él se dedicaba a viajar con Amelia, a celebrar fiestas legendarias, a dar paseos pajareros y a deleitarse en la filosofía del Imperio romano, que tan útil resultó después de todo en ayudarle a controlar a su suegro.

El incómodo silencio fue interrumpido por la risa cascabelesca de un niño de apenas un año que llegó a la pérgola en brazos de Love. Detrás de ambos corría la prole de José de Dios: tres niñas y dos niños entre las edades de doce y siete años. Todos, con modales impecables, saludaron a su tío abuelo, a Magda y a su madrastra. Luego de besarlos, la atención de Amelia se enfocó en el pequeño que traía Love, a quien tomó en brazos mientras el resto del mundo se borró para ella. José de Dios brincó en atención para acercarle una mecedora de pajilla a Amelia, y besó tiernamente al niño en la cabeza.

—Dicho sea de paso, también tengo al heredero de la heredera de Antoine, y todos sabemos que mi suegro muere por su nieto —dijo José de Dios cerrando con broche de oro la aniquilación total de los argumentos de Magdalena y Froilán. Ambos observaron al

primogénito de la pareja, Jean Baptiste. Como siempre que lo veían, les tomó unos segundos recuperarse de su estupor. Jean Baptiste era la estampa viva de Sebastián, el hijo menor de Mateo Tesara.

Cuando Amelia y José de Dios regresaron a Cabo Rojo de su larga luna de miel por Europa, ya tenían un pacto de vida que probó ser más profundo y duradero de lo que nadie, ni siquiera Love, había podido prever. El lazo entre José de Dios y Amelia estaba amarrado con una amistad genuina que nunca se disolvería. Amelia no les había mentido a Magdalena y a Love al decirles que José de Dios y ella se entendían. Nadie la hacía disfrutar de la vida como su marido, quien la inició en la práctica de buscar belleza y alegría cada día de su vida, sin importar lo que trajeran las mareas del destino. Confiaba en él implícitamente, y juntos decidieron enfocarse en los activos que tenían para maniobrar en vez de lamentarse por los que habían perdido.

La primera línea de defensa de la pareja fue hacerle pensar a Antoine que convertir a Amelia en heredera y dueña de Santa Bárbara le abría una ruta más diplomática y sencilla para adquirir la hacienda que su estrategia de seguir arrebatándole terrenos por otros medios. Esos movimientos de negocios, necesarios para Antoine, le causaban conflictos con su hija, y el ingeniero no podía darse el lujo de alejarla aún más. Amelia y José de Dios lo sabían. Nombrarla su heredera y albacea desaceleró la adquisición sistemática de sus tierras por parte de la Mercantil. El resto del plan consistía en comprar tiempo hasta que los nuevos conquistadores llegaran. Ese cambio drástico en los destinos de la isla sin duda supondría nuevas oportunidades para explorar. La pareja no tenía interés en proteger el legado de la hacienda Santa Bárbara, que alguna vez había sido la joya de la corona del oeste. Su meta era sencilla: tener la mayor cantidad de activos a la mano para negociar con el mejor postor, ya fueran los invasores, nuevos inversionistas o la misma Mercantil.

Aun así, José de Dios tenía claro que sus muchas deudas representaban flancos débiles. Fue durante una rara velada a solas en la hacienda, sazonada de absenta dulce, filosofía romana y chismes compartidos, que Amelia le ofreció una solución.

—Tengamos un hijo, José de Dios. Nos hará intocables y, encima, me muero por tener uno o varios, además de los tuyos.

Amelia levantó su cabeza del hombro de su marido, donde descansaba mientras confabulaban en la cama. José de Dios la miró y sonrió embelesado con aquella musa coronada de rizos rojizos.

Adoraba con locura a Amelia. Nunca, ni en sus momentos de mayor optimismo inducidos por la absenta, llegó a pensar que le tocaría la dicha de casarse con su mejor amiga y confidente, una mujer magnífica que compartía sus pasiones y le permitía llevar discretamente otra vida paralela, algo sumamente complicado en aquel pueblo y que Amelia le facilitaba enormemente. La primera vez que abordaron el asunto abiertamente durante su luna de miel, José de Dios lloró de alivio y agradecimiento al sentirse entendido, sin juicios, por única vez en su vida. La aceptación y la compasión de Amelia lo hicieron su aliado de por vida. Sabía, porque se lo contaban todo, que su esposa había regresado a la cama de Mateo poco después de la luna de miel y retomado su amorío donde lo había dejado en Puerto Príncipe. Aunque el matrimonio Reyes Badillo Pasquier tenía intimidad esporádicamente, José de Dios sabía que, por un simple cálculo de frecuencia, Mateo tenía muchas más posibilidades de embarazar a Amelia que él.

Acordaron tener un hijo y dejaron a la suerte la paternidad. Predeciblemente, cuando Jean Baptiste llegó, era tan parecido a Sebastián, el hijo menor de Emilia Zaragoza y Mateo, que José de Dios y Amelia comenzaron a llevar una vida más privada, y rara vez exhibían al niño en público. Atípicamente para la pareja, no hubo fiestas de celebración por el nacimiento, y hasta el primer cumpleaños del niño fue un evento íntimo al que sólo acudieron los Reyes Badillo, Antoine, Love, Magdalena, Froilán, Jacinto y algunas contadas amistades. Para esas fechas, aún Eusebia no había conocido a Jean Baptiste, y la pareja no tenía prisas por apresurar el momento.

Ahora sólo quedaba esperar a que la isla cambiara de dueño, averiguar qué venturas o desventuras traería, y lograr la mejor transacción posible. Si Amelia era un activo para su padre y la Mercantil, prefería serlo en sus propios términos: en acuerdo y sociedad con su marido, en vez de rendida y sumisa ante la ambición de Antoine y de los Tesara, Mateo incluido. Amelia no tenía dudas de que su pasión por ella no le desviaba la vista de los negocios, y ella hacía lo propio. La cama era una cosa. Su familia, su fortuna y su futuro, otras.

—Mira hacia el pasado, con sus imperios cambiantes que se alzaron y cayeron, y podrás prever el futuro —le dijo esa noche José de Dios, cuando todos se habían marchado de la hacienda y sólo quedaban el servicio y la familia de ocho.

—¿Marco Aurelio?

—Precisamente, mi querida Amelia. Precisamente.

Nix y Peito fueron despachadas a sus enormes jaulas, construidas precisamente para ocasiones como ésta, y con sus feroces ladridos dejaron claramente establecido que no estaban de acuerdo con el injusto encierro. Dos peones enviados a la entrada de la residencia de los Tesara atendían los caballos y carruajes de la procesión familiar que comenzó a desplegarse en la hacienda. El primero en llegar fue Mateo, y se enfiló hacia la habitación de su padre. Dominga lo interceptó y le dijo que Cipriano recién se había recostado, luego de casi no dormir la noche anterior. Tomándolo por un brazo, lo condujo a la biblioteca y se apresuró a servirle un trago de la barra. Casi de inmediato llegó Dora rodeada del tropel de sus niños, que fue despachado por Dominga, y se unió a Mateo en la biblioteca, donde pidió una copa de vino. Quince minutos más tarde llegó el lustroso carruaje del alcalde Tesara, quien saludó a su madre con dos besos, para luego abrazar y besar a Dominga largamente. Si Mateo era el favorito de Eusebia, Leoncio era el de Dominga, quien podía leer con claridad el alma apacible de Leoncio, en contraste con las tempestades que guardaba la de Mateo.

Antoine llegó cuando ya caía la tarde y Eusebia había tenido que ordenar a los cocineros la preparación de la cena para la familia completa. Despojado de su usual ademán pausado, Antoine parecía tenso y se dirigió directamente a la concurrida barra de la biblioteca. Dominga decidió apurar la cena, porque, al ritmo que se dispensaban los tragos, nadie llegaría sobrio a la reunión familiar. Pocos instantes más tarde arribó la última invitada. Emilia entró radiante en la casa de su suegra y saludó a todos, incluyendo a Mateo, quien contestó con una mueca. Emilia lo ignoró y se acercó a Antoine, a quien le pidió un brandy.

—Si pueden dejar de beber por un momento, tenemos asuntos urgentes que decidir esta noche para preparar la Mercantil y a las familias. Leoncio, ¿qué sabes, hijo? —comenzó Eusebia ubicándose en la silla detrás del escritorio tallado de la biblioteca.

—El general Marín y González nos ha notificado al alcalde de Mayagüez y a mí que la invasión es inminente, pero eso no aclara mucho. Pueden ser días, semanas o meses.

—El marqués de Marín es una pobre excusa de gobernador que no sabe o no quiere saber lo que le espera. Qué pésima racha de gobernantes inútiles. La invasión será esta primavera. Tenemos que atar los cabos que nos quedan sueltos. Antoine, ¿cuánto más va a tardar Amelia en convencer a José de Dios de darnos el control de Santa Bárbara?

Antoine, concentrado en el líquido dorado en su vaso, no levantó la vista para responder. Cuando se mencionaba el nombre de Amelia frente a Mateo, siempre sentía lo mismo: una furia inicial que subía

como la espuma para luego abatirse hasta tocar el fondo de la vergüenza al recordar su propia relación con Emilia. El calor del Caribe debía de haberlo enloquecido para dejarse arrastrar por aquella madeja de amantes en cuartos oscuros, cuando durante su vida en París había sido un hombre serio e intachable. A sus cuarenta y cinco años, él mismo no se reconocía.

—Ya no estoy seguro de que Amelia tenga planes de convencer a José de Dios de cedernos o vendernos nada, Eusebia. He tratado de todas las maneras, pero ese matrimonio está velando por sus propios intereses, no por los de la Mercantil.

—Eso es absurdo, Antoine. Los intereses de la Mercantil *son* los intereses de tu hija y ciertamente de tu nieto —ripostó Eusebia. Emilia miró a Mateo, pero el hombre del que estaba legalmente separada no despegó los ojos del piso.

—Ella no lo ve así, y en este punto, temo seguir presionando. Me arriesgo a perder a mi familia.

—Pues si no es a las buenas, será por otros medios. Nos basta con cobrarles el resto de la deuda que tienen con la Mercantil y pedir a los amigos de las centrales de Ponce y Guánica que hagan lo propio.

—No vamos a hacer eso, Eusebia. Amelia me sacaría de su vida y no podría ver a mi nieto.

—Antoine —dijo Eusebia suavizando el tono—, éste era todo el propósito del matrimonio de Amelia con Reyes Badillo. Lo planificamos juntos así.

—Creo que en esta familia sabemos bien que las cosas no siempre salen de acuerdo con los planes, por más calculados que sean. —La voz de Emilia sonó incongruentemente liviana y despreocupada en aquella biblioteca oscura de madera y libros sin visitar. Mateo levantó la vista y la miró. Emilia sonreía casi imperceptiblemente.

—Leoncio, ¿qué puedes hacer desde la alcaldía? —continuó Eusebia ignorando el comentario de Emilia. Era consciente de que todos en la familia sabían a qué se refería, y ése no era el tema a la mano.

—No mucho en el umbral de una invasión, como se podrá imaginar. Pero si me lo permite, madre, pienso que la hacienda Santa Bárbara no es el tema crucial que debemos dilucidar hoy. José de Dios sabe que está protegido por su ubicación con respecto a nuestros terrenos. No tiene por qué mover un dedo. Me sospecho que también ha hecho el cálculo de que, con la lealtad de Amelia, es difícil que la Mercantil lo perjudique más. Esa boda tuvo el efecto contrario al que ustedes buscaban. Nada puede hacerse ahora. Lo más urgente es decidir a quién vamos a apoyar cuando nos soliciten cooperación, goletas y vapores. En esa decisión tenemos que estar todos de acuerdo.

Eusebia asintió, se puso de pie y cerró las puertas de la

biblioteca. Todos sabían por cuál bando apostarían. Era cuestión de calcular riesgos, sobrevivir y rogar a Changó por no quedar en el lado equivocado. Una hora más tarde, cuando la reunión ya languidecía y el grupo se dirigía hacia el gran comedor, Mateo salió discretamente de la biblioteca y se dirigió a la habitación de Cipriano.

Salvador se despidió en el puerto de Gervasio Cortés y se quedó mirando el mar por largo rato luego de la partida del vapor. No sabía cuándo volvería a ver a su viejo amigo, un fiero autonomista inconforme con las raquíticas concesiones de poder del Imperio y que trabajaba desde adentro para socavar a los españoles. Gervasio arriesgaba su vida a diario navegando una madeja de conexiones, y era de las pocas personas que Salvador consideraba honorables, a pesar de que su trabajo se basaba en mentir a diario para sobrevivir.

La mañana estaba lluviosa y fresca. Minúsculas gotas que volaban en la niebla se posaron sobre la larga chaqueta de Salvador, sobre su cabeza descubierta, sus abundantes cejas y su bigote. Las manos le temblaban levemente; le apetecía darse un trago en el pueblo, pero a esa hora tan temprana no era posible. Se montó en su carruaje y en un impulso le pidió a Cleto que lo llevara hasta la bahía de las salinas, que estaba a una buena distancia en carreta por caminos poco transitables. Cleto se guardó la curiosidad sobre la peculiar petición de su jefe y enfiló en esa dirección. Salvador le narró durante el camino que Dominga, la santera de doña Eusebia, había nacido en aquel desierto de dunas de colores cambiantes, y que su poderosa conexión con Changó provenía de sus raíces de sal. Salvador no sabía si la historia era cierta, pero daba igual. Se sabía impotente ante Eusebia.

Hizo silencio y miró fuera del carruaje, que se tambaleaba de lado a lado intentando superar aquellos caminos de piedra entre las lagunas saladas del mangle. La zona que conformaban las salinas tenía forma de caballito de mar y era terreno fértil para ejércitos de crustáceos que a su vez atraían a una variedad impresionante de aves migratorias. Aspiró el fuerte olor a azufre y apreció los planos resplandecientes de las salinas en el sol mañanero. Algunas partes eran totalmente rosadas; otras, grises, azules o blancas. Las salinas eran una pintura impresionista viva y cambiante que se vestía de diversos colores dependiendo de la hora del día y la época del año. La orilla donde el agua tocaba arena y comenzaba a secarse estaba adornada con un collar de espuma blanca que asemejaba nieve. La belleza de aquel paisaje irreal estaba acentuada por ramas secas y

árboles de algodón que surcaban las salinas conformando un escenario apocalíptico e infinito. Mangles impenetrables protegían aquel enclave de sal, y sólo muy pocos se habían aventurado a explorar las legendarias tierras movedizas que ocultaban y que, según las historias de Dominga, eran traicioneras, porque tenían el mismo color blancuzco de las salinas y resultaba imposible detectarlas a simple vista.

Cleto se acercó lo más que pudo a la costa con la carreta, pero aún estaba a unos quince minutos a pie de la pequeña playa en la bahía de las salinas. Salvador se quitó la chaqueta, se bajó y echó a andar. Cleto observó que la ancha figura se hacía más pequeña, y no supo si ir en su compañía. Un instinto contundente de preservación lo mantuvo en el carruaje, y dejó a su patrón a solas.

Una espesa alfombra de sargazo bordeaba la costa. El mar rugía enfurecido haciendo eco a los pensamientos de Salvador, y el viento entraba desbocado por la breve apertura que dejaban los acantilados a cada lado de la entrada a la bahía. Se quitó los zapatos y las medias, los dejó en la orilla y se acercó hasta que el agua tocó sus pies, que se posaron sobre las obsidianas negras y verdes que se mezclaban con la arena. Se agachó y acarició el agua con las yemas de los dedos. Hubiera querido ser más espontáneo. Se imaginó quitándose la ropa y sumergiéndose en el agua lapislázuli para despojarse de los últimos años arcanos de su vida. Ojalá no hubiera respondido a aquel primer recado de Eusebia. Ojalá desconociera la euforia plena que sentía cuando le hacía el amor. A veces le hacía el odio, y a la mañana siguiente la volvía a amar en cuanto cobraba conciencia. Ojalá no notara la manipulación y la explotación de Eusebia, porque saberlo y verse impotente lo hacía sentir doblemente patético. Sabía que su sueño de vivir con ella y dominar juntos el oeste de la isla era una ficción que habitaba sólo en su cabeza. Eusebia había prometido hacerlo antes de que llegaran los nuevos invasores, y ahora, por su propio puño y letra en la carta que le había enviado con Cleto, Salvador finalmente aceptaba que había apostado su confianza en la persona equivocada. Siempre lo había sabido, ahora meramente lo aceptaba. El futuro ya le sabía a pasado.

Escuchó el sonido cortante del viento costero y el sargazo seco bajo el peso de unos pasos. Intuyó la presencia de Cleto a sus espaldas y se volteó para decirle que lo dejara solo. Pero no era Cleto. Salvador Filipi Ricci vio el rostro de Mateo Tesara, que tanto se parecía al de Eusebia, y supo que sería lo último que vería en su vida.

CAPÍTULO XI

Dominga Cabrera corría por las dunas rosadas como cuando era niña. Se sabía vieja, pero su cuerpo se sentía ligero e infatigable. Sus pies crujían pisando cascos huecos de crustáceos. A lo lejos vio el andar de Mateo sobre las lagunas rojas que vomitaban su olor a azufre y quiso prevenirlo, pero antes de lograrlo, el hombre desapareció en la bahía partiendo de la isla hacia el horizonte. ¿Adónde iba Mateo? Dominga despertó y se sentó en la cama casi simultáneamente. Vio que la luz de un quinqué se colaba por debajo de su puerta y escuchó el llamado urgente de alguien. Eusebia y Mateo habían entrado en su pequeña casa y llegado hasta la puerta de su habitación, algo que nunca habían hecho antes sin avisar. Eusebia llevaba el cabello suelto, algo raro en ella, y Mateo, mugroso y sudado, olía a tensión y azufre.

—Vístete, Dominga. Date prisa, por favor —le rogó Eusebia con el rostro desencajado. Dominga observó a Mateo. El hombre cerró los ojos con un extraño gesto que parecía pavor y desafío alternativamente.

—¿Salvador? —preguntó la santera. Eusebia asintió. Dominga tardó menos de diez minutos en vestirse y salió a la sala de su casita recogiéndose el cabello dentro de un gelé: un turbante en vivos tonos de azul y amarillo. En el cuello llevaba media docena de collares de diminutas cuentas en azul, rojo, blanco, amarillo y negro. Como casi siempre, se desplazaba descalza ágilmente por el piso de tierra mientras sus pies iban recogiendo tizne de fogón. De niños, Dominga les había contado a Leoncio y a él que las esclavas se trenzaban los cabellos formando rutas de escape hacia los palenques, que después cubrían con turbantes. A Toñita, la madre de Dominga, le sirvió también para esconder pepitas de oro con las que luego compró su libertad y la de su familia, antes de que se aboliera la esclavitud en la isla.

—¿Qué necesitan? —preguntó y comenzó a hervir agua en el fogón. Destapó un tarro de harina de café ya molida con su viejísima moledora de mano, que tantas décadas de noble servicio había rendido. Con una parsimonia contrastante con la urgencia del momento, comenzó a vertir la harina en el agua, y la cocina se arropó del perfume del café. Con el aroma Mateo recordó al cafetalero que acababa de matar, y volvió a ver la cabeza de Salvador, ensangrentada y parcialmente aplastada por un peñón en la orilla de la playa. El golpe había sido una consecuencia de la pesada caída del corso cuando Mateo lo abatió a tiros. Por algún motivo, la imagen que irrumpía en su mente una y otra vez era la de esa masa cerebral sobre las obsidianas y la arena. No recordaba haber disparado.

—Necesitamos ir a las salinas enseguida, con una carreta grande tirada por cuatro caballos, y un peón de tu entera confianza. Uno de tus sobrinos; Santos sería perfecto. El cuerpo de Salvador está en la playa de la bahía. Su peón, Cleto, está aquí en la hacienda, porque Mateo lo trajo consigo. No sabe que Salvador murió, aunque debe haber escuchado los disparos. Lo mandé a desayunar. Prefiero no involucrarlo más hasta que sepa qué voy a hacer con él. Para mover a Salvador necesitamos al menos tres personas.

—¿Y qué pretenden hacer con Salvador? —preguntó Dominga mientras vertía el café por una tela de colar bien curtida.

—Me has contado de las arenas en las salinas capaces de tragarse a un hombre y hacerlo desaparecer —habló por primera vez Mateo. Sonaba ronco y respiraba aceleradamente—. Pero no sé dónde están. Necesito a alguien que conozca el camino y nos guíe hasta allí.

—Siempre rogué por que mis visiones sobre ti estuvieran equivocadas. Tu inconsciencia, tu arrogancia y tu locura te han traído aquí, Mateo. Y lo peor es que no veo arrepentimiento ni vergüenza. Sólo el deseo de salvarte el pellejo.

—Dominga, no hay tiempo para sermones. Necesitamos tu ayuda —intervino Eusebia, siempre presta a defender a Mateo.

—Pues el precio de la ayuda es el sermón, porque esa ayuda carga un riesgo. Y a ti, Eusebia, te advertí que llorarías lágrimas de sangre por ese enredo con Salvador.

Dominga puso tres tazas en la mesa y un tarro de azúcar, y sirvió el café.

—Lo sé. Esta pesadilla es culpa mía, y la asumo —dijo Eusebia secándose el sudor. Eran apenas las siete de la mañana, pero la temperatura y la humedad comenzaban a subir.

—De tu amorío con Salvador, pues claro que tienes la culpa, pero eso no quita que Mateo está fuera de control —dijo endulzando su café y hablando de Mateo como si no lo tuviera de frente.

—Me espera la horca si me capturan los españoles, Dominga —dijo Mateo sentándose.

—Pues sí, y nos arriesgamos nosotros por ayudarte, así que antes de poner mi pescuezo y el de uno de mis sobrinos en juego por ti, quiero saber qué piensan hacer luego de deshacerse de Salvador. Cuéntenme en detalle.

Eusebia finalmente tomó asiento y se acercó una de las tazas de café. Nadie interrumpió el sonido tosco de la taza de metal que se deslizaba sobre la madera rústica de la mesa. Puso una mano encima del antebrazo de su consejera y comenzó a contarle.

Esa misma mañana, bajo un inclemente sol sureño que cegaba la vista, Mateo, Eusebia y Santos Cabrera, sobrino de Dominga, cargaron el cuerpo del infortunado corso de la playa de la bahía al carretón. Santos, poseedor de una constitución física envidiable para la tarea, no se enteró de lo que fue a hacer allí hasta que vio al corso ensangrentado en la arena. Para entonces, ya era tarde y no podía abandonar aquella escena macabra, además de que jamás hubiera dejado sola a su tía Dominga. Se sintió atrapado y encolerizado a la vez.

En la carreta cubrieron a Salvador parcialmente con un rudimentario manto que se tiñó de sangre de inmediato, y partieron siguiendo las instrucciones de Dominga. Afortunadamente, las salinas eran una zona solitaria a la que sólo llegaban quienes trabajaban o vivían en el diminuto enclave de estructuras de madera hacia la entrada. A mitad de camino giraron hacia el este y tomaron un desvío hacia los manglares. Se adentraron en un tupido laberinto de naturaleza muerta y viva en coexistencia dentro de una niebla salada que asemejaba vapor avivado por el sol. En pocos minutos todos habían perdido el sentido de dirección y nadie, excepto Dominga, tenía idea de cómo salir de aquella inhóspita maraña de manglares. La santera ordenó detener la carreta, se bajó y pisó con cuidado varias ramas grises y largas, como las garras de un ave de rapiña, hasta que seleccionó una torcida y de medio grosor. Cantando un lamento en yoruba, echó a andar por el pantanoso desierto blanco que bordeaba el mangle. Su progreso era lento, mientras iba palpando la superficie del suelo con el improvisado bastón. Varias veces durante el camino Eusebia, Mateo y Santos tuvieron que detenerse y poner el cuerpo inerte en el suelo para descansar de su peso. Con el tiempo el improvisado bastón de Dominga se detuvo en un pequeño claro y la santera indicó con un gesto un parche de arena. Sin ceremonia, el trío se apresuró a depositar allí el cuerpo de Salvador.

Al principio no pasó nada. El macizo cadáver del amante de su madre yació de lado en la arena húmeda y apenas se hundió hasta la mitad del rostro mientras la montaña del resto de su cuerpo emergía del arenal como una protuberancia obscena. Mateo empezó a preocuparse. Quiso preguntar a Dominga cuánto tomaría el proceso, pero con el ánimo imperante generalizado, no se atrevió. Se sentó en la parte firme de la arena, y, al cambiar de altura y perspectiva, pudo detectar cómo la tierra se iba tragando el cuerpo tan lentamente que parecía acariciarlo. El brazo derecho sobre el que había caído Salvador desapareció completamente junto a una pierna, parte del estómago y la mitad del ancho pecho del cafetalero. Unos minutos después el rostro del hacendado, que se había asomado fuera del trapo de saco y aún tenía sangre seca pegada del cabello y la piel,

desapareció hasta que sólo fueron visibles parte de la espalda y la cadera.

Mateo cerró los ojos horrorizado. La realización del descontrol de sus tormentosos impulsos de pronto lo abrumó. Durante su vida, las circunstancias habían tendido a acomodarse en su favor, y ahora, sin aviso, todo estallaba en una tormenta de conflictos. Su libertad, su matrimonio, el destino de su imperio… todo pendía de un hilo. Abrió los ojos y miró a su madre con su rostro impávido, como si observara un evento pedestre. Como si nunca hubiera conocido a Salvador. Como si nunca le hubiera hecho el amor. La mente de Mateo no había terminado de torturarlo, y le envió la perturbadora imagen de su madre y Salvador en la cama. Se volteó y vio que el último remanente del cuerpo del corso desapareció devorado por la arena.

Dominga echó a andar de regreso y los demás la siguieron, ansiosos por salir de allí. Eusebia no emitió palabra durante la infernal gestión de disponer del cuerpo de su amante. Nunca miró hacia atrás.

Regresaron a Santa Ana y se retiraron a sus respectivas casas con la intención de asearse y prepararse para enfrentar el día. Mateo se dio un largo baño y luego contempló su cama vacía con ganas de caer en ella y dormir por días. En vez de ello, sacó su maleta de debajo de la cama y comenzó a empacar. Se detuvo a mitad de la tarea y fue a su escritorio. Sin sentarse, tomó papel y pluma y escribió una nota rápidamente. Llamó a uno de sus peones y se la entregó con instrucciones de depositarla en manos de Amelia Pasquier. Terminó de empacar y miró el reloj de péndulo en su habitación. Aún tenía algunas horas en lo que su madre arreglaba todo lo necesario en el puerto. Según sus instrucciones, debía esperar allí hasta que le avisara. Sintió dolor en los músculos y se recostó en el lado de la cama que no ocupaba la maleta, el lado de Emilia. Cerró los ojos y le pareció respirar su distintivo aroma a rosas. Al rato sintió caricias de su mano en la frente y abrió los ojos. Amelia lo miraba preocupada, sentada en el borde de la cama. La observó mientras sus ojos verdosos pasaron revista sobre la maleta, la pesada bolsa de monedas a su lado y un solitario lingote de oro colocado entre ambos. Regresó la vista a él, para cuestionarlo en silencio. Mateo se incorporó en la cama.

—Amelia, gracias a Dios que viniste.

—Tu nota no me dejó alternativa. ¿Adónde vas?

—Mi madre está en el puerto ordenando un navío que zarpará hoy mismo, y estaré en él.

—¿Adónde vas? —repitió. La alarma en el rostro de Amelia iba

in crescendo. Mateo la acercó a sí y la besó, primero en los párpados y luego en los labios.

—¿Sabías que mi madre ha sido la amante de Salvador por años, que es la heredera de sus cafetales?

—No, no sabía que es la heredera de los negocios de Salvador, pero todo el mundo en Cabo Rojo sabe de esa relación. Como comprenderás, nadie iba a exponerse a la furia de tu madre llevándote el cuento.

—Tú no eres todo el mundo en Cabo Rojo.

—Peor, soy tu amante. Una mujer casada en una relación clandestina con un hombre casado, que de paso es el socio de mi padre. Como comprenderás, puedo apreciar la virtud de quienes no se meten en lo que no les concierne. ¿Qué tiene que ver eso con tu partida?

Inesperadamente, Mateo soltó un sollozo que era más un lamento fugaz.

—¿Qué pasa, Mateo? No le habrás hecho daño a Salvador. ¿Es eso? *Bondye* , ten piedad.

Amelia se zafó del abrazo y se incorporó poniendo distancia física entre ambos, como si la piel de Mateo la hubiera quemado.

—He vivido todos estos años viendo que mi padre se moría en vida sin entender por qué, creyendo que no podía recuperarse del accidente, cuando esto era lo que lo mataba.

—Y ahora te matará a ti también. Los españoles te detestan, y con razón. No van a titubear en enviarte a la horca.

—No si desaparezco antes. Dudo que alguien note la ausencia de Salvador antes de que me vaya. Es muy probable que sencillamente nunca más se sepa de él.

Amelia cesó de rondar por la habitación y le asaltó el recuerdo de Jesula, tragada por la selva haitiana. Se le erizó la piel.

—¿Hablas en serio? ¿Vas a desaparecer por esas tierras inhóspitas del norte y abandonar todo lo que tienes aquí? ¿A tu familia, tus hijos, tus negocios?

Mateo la dejó desahogarse y la jaló por un brazo hasta que Amelia se sentó nuevamente en el borde de la cama.

—No por mucho tiempo, mi amor. Estaré de vuelta en unos pocos meses. Me vas a hacer mucha falta. Quisiera llevarte conmigo, pero no sé el panorama que me espera allá ni cuán arriesgado será mi regreso.

Mateo comenzó a besarla por aquel cuello que deseaba como el primer día en que descubrió la transformación de Amelia en una mujer que corría por las montañas de Haití.

—Descuida, que no me estoy ofreciendo de voluntaria para acompañarte a ninguna parte. Sabes cuidarte. Regresarás en una

pieza, no lo dudo.

La mano de Mateo ascendió por su falda, por aquellas rutas blandas que conocía bien. La próxima hora la dedicaron a hacer el amor con la urgencia de la incertidumbre de no saber cuándo se verían nuevamente, o si, en efecto, volverían a verse.

Amelia regresó a su casa pasado el mediodía y encontró a su marido en la biblioteca, donde leía. Le contó rápidamente lo que sucedía con Mateo, mientras miraba por la ventana el cielo cruzado por los brochazos rojos de una enorme Corona de Cristo sembrada en los cuidados jardines. Amelia se desplomó sobre una silla; se sentía febril. Su marido le acercó un abanico español de mano y comenzó el hipnótico ritual de preparar dos copas de absenta.

—Lo lamento, Amelia. Sé lo que Mateo significa para ti.

—Si lo sabes, sabes más que yo. No sé lo que significa Mateo para mí. Fue mi primer amor de niña, pero es insufrible, egocéntrico, cruel y un borracho de ambición. Sé que si Mateo tuviera que escoger entre mi padre o yo, sin duda escogería a Antoine. La mayor parte del tiempo pienso que nuestra atracción es sólo física. Realmente no lo sé. Te quiero a ti, eso lo tengo claro.

Amelia aceptó una copa de cristal rebosante de diablo verde.

—Lo sé, Amelia. Y yo te adoro a ti. Eso no deshace el lazo que te une a Mateo. Si no fuera así, no estarías tan angustiada.

—Estoy angustiada por las consecuencias que esto puede traer para todos. ¿Sabes que durante todo este tiempo Mateo nunca supo de los amoríos de su madre con Salvador?

—¿En serio? Pues será la única persona en el oeste que no lo supo. —José de Dios se sentó al lado de Amelia y probó su trago. El dulce frío con aroma a hierbas bajó reconfortante por su garganta—. ¿Capté bien lo que dijiste antes? ¿Mateo sacó del panorama a Salvador Filipi Ricci? —preguntó, enfocado en otro ángulo de los sucesos que le había narrado Amelia.

—No me lo dijo directamente, pero no lo negó cuando le pregunté. Y añadió que probablemente nadie encuentre a Salvador.

—Entonces Eusebia queda dueña de los cafetales del corso, además de la Mercantil. En la isla ahora mismo hay setenta mil acres de cultivo de caña. Santa Bárbara y Santa Ana abarcan la mitad de eso. Más los cafetales. Le doy un año antes de que se quede con la isla entera. A menos que los yanquis le cambien las reglas del juego.

—Conociendo a Eusebia y su adoración por Mateo, en lo último que debe estar pensando ahora mismo es en herencias y acres. Tenemos una guerra encima, y Mateo corre peligro real.

—Al contrario, amor mío. —José de Dios tomó un largo rizo de Amelia y se lo acomodó en su desatendido moño, que se había deshecho en la cama de Mateo—. Mateo está más seguro en el norte,

fuera de la isla, que aquí. Los españoles estarían encantados de verlo colgar de la horca. La maniobra de los Tesara es obvia. De paso, también nos confirma de qué bando se irá la Mercantil cuando lleguen los nuevos invasores. Los españoles ayudaron a colocar a Leoncio en la alcaldía, pero igual los Tesara ya no están en posición de escoger. Tienen que apoyar a los yanquis o entregar a Mateo.

—Esto es horrible, José de Dios. Un hombre murió, otro anda prófugo y tú andas jugando ajedrez mental con la guerra y las tierras.

—Te aseguro que Eusebia y Mateo también. Apuesto, además, que no importa la angustia de Eusebia por la seguridad de su hijo: ya cayó en cuenta de que es la mujer más rica de la isla y posiblemente del Caribe, algo nada despreciable a cambio de un par de meses de Mateo congraciándose con los círculos de poder del norte.

En eso, Love llegó con Jean Baptiste tomado de la mano. El niño caminaba torpemente, pero con determinación. Cuando vio a su madre, aceleró el paso hacia ella y le extendió los brazos. Amelia lo levantó del piso y comenzó a arrullarlo.

—Ya me voy, Amelia. Terminamos las clases por hoy y los chicos están practicando inglés.

—Espera, Love. —Amelia le pasó el niño a su marido y salió con Love de la biblioteca—. Tenemos que hablar. Voy a Green Kay esta noche. ¿Sabes si mi padre estará allí?

—No dejó nada dicho, pero Antoine rara vez está en Green Kay. Va a asearse, cambiarse de ropa y, de vez en cuando, a dormir. Lo más probable es que no te lo cruces.

—Mejor así. Avísale a Magda. Cenaré con ustedes.

Amelia le dio un beso en cada mejilla y se despidió.

Love recogió su maletín de materiales y salió de la mansión Reyes Badillo. Afuera la esperaba un peón con una carreta pequeña que usaba casi a diario para sus diligencias. Love instruyó al hombre para que pasara por el centro del pueblo antes de llevarla a Green Kay II. La tarde estaba soleada y todo parecía teñido de celeste bajo el cielo sin nubes. Durante el trayecto, un par de hombres se quedaron mirando con fingida indignación ante el espectáculo de una mujer negra y extranjera que era transportada en carreta por un peón. La indignación tenía fines puramente histriónicos: a esas alturas ya todo el mundo en el pueblo conocía a Love, y muchos respetaban su inteligencia y aplomo, aunque no lo admitieran en voz alta. Una vez que llegaron al pueblo, Love le indicó al peón dónde detenerse y esperarla. Se acercó a la plaza y, cuando alcanzó la catedral, siguió de largo y caminó un corto trecho hasta llegar a una casona colonial con balcones que daban al pueblo. La casa tenía un patio interior fecundo de vegetación y sembrado de amapolas y miosotis. Tres hombres trabajaban en diversas tareas de construcción, y saludaron

efusivamente a Love en cuanto la vieron abrir el portón.

—¡Buenas tardes, señores! ¿Llegaron las pizarras?

—Saludos, señorita Love. Sí, llegaron al mediodía. También varias cajas de materiales. Se las puse en su despacho. Mañana montamos las pizarras y terminamos con los taburetes que nos pidió. Hoy me retrasé porque tuve que ayudar a Dominga en un mandado —le contestó Santos Cabrera sonriendo. Ver a Love era lo mejor que le había pasado en ese aciago día. En realidad, era lo mejor que le pasaba cada día desde que la conoció y comenzó a trabajar en la futura escuela.

La idea de la escuela se cristalizó como una secuela del excelente trabajo que hacía Love con la prole Reyes Badillo. Mientras Amelia y José de Dios disfrutaron de su larga luna de miel, Love se encontró de repente sin mucho que hacer, y con una casa repleta de críos aburridos y ociosos. Sin perder tiempo, los organizó por edades y aptitudes, y procedió a crear un currículo que incluía escritura y aritmética para los más pequeños, y ciencias, geografía, inglés y francés para los mayores. Intercalaba proyectos de pintura, jardinería y excursiones por el pueblo o los cañaverales, para que los chicos se expusieran a la realidad de aquel trabajo despiadado y del contraste con su propias vidas, libres de pesares.

Cuando José de Dios llegó de Europa y vio el notable progreso de sus hijos, hizo preparar un área en la hacienda para las clases y los retiró de la escuela para depositar su educación en manos de Love. Love le contó las buenas nuevas a Magdalena, y la francesa marchó sin titubear a la hacienda Santa Bárbara para exigirle a José de Dios que compensara a la chica por sus servicios. Love no tenía gastos de vivienda, comida o transportación, por lo que pudo ahorrar fácilmente casi todo su jornal. Según se corrió la voz en el pueblo de los talentos didácticos de Love y de la posibilidad de una invasión, la joven se encontró en gran demanda para dar tutorías de inglés a los hijos de quienes podían pagar las exorbitantes tarifas que impuso Magdalena, quien tomó las riendas administrativas de aquel proyecto que le olía a éxito. Entre los hijos de José de Dios, sus pupilos privados y la ayuda de Magdalena, Love amasó una buena cantidad de ahorros en poco tiempo.

—Deberías abrir una escuela privada. Te iría de maravilla, Love. Le puedes poner un nombre en francés y la gente de poder de este pueblo hará fila para apuntar a sus hijos, aunque no entiendan lo que significa —le dijo Magdalena una noche mientras cenaban solas en Green Kay II.

—No creo que la gente de este pueblo ponga a sus hijos en una escuela dirigida por mí. Menos me puedo imaginar las complejidades legales para que una mujer negra abra una escuela.

—Qué poco entiendes de la hipocresía humana, Love. Es que eres un alma demasiado noble para tu bien. El racismo aquí se arrodilla ante el poder y la plata. Mientras más dinero tengas y más gente importante conozcas, más igual a ellos te ven. La ironía es mucha, con la variedad de mezclas que tienen aquí. Pero en fin, si tienes el dinero, los Reyes Badillo tienen la llave. Yo te puedo ayudar con los trámites que no le permitan a una mujer negra y llevando las cuentas de la escuela.

—Tengo una buena suma ahorrada de mis jornales de tutorías y las clases a los chicos de José de Dios. También tengo el dinero de dos libros que traduje al inglés para el tutor con el que estudió Amelia.

—Pues fíjate que yo tengo una cantidad más que respetable que he ido guardando desde que salí de La Havre. Puedo ser tu socia y entre ambas abrir esa escuela. José de Dios puede ayudar con cualquier escollo que nos presenten por ser mujeres. Piénsatelo. Olfateo una oportunidad de negocio.

Love la miró olfateando una oportunidad de vida.

Ambas terminaron de cenar y salieron con dos copas de un buen brandy que Magdalena encontró en el despacho desierto de Antoine. Caminaron buscando el fresco de la noche hacia la balaustrada del balcón que daba a la costa oeste de Cabo Rojo. Sólo se escuchaba a Crista, que a lo lejos recogía trastos en la cocina. En esos días, Green Kay II era más bien un bastión para guardar apariencias: Magdalena vivía la mitad del tiempo con su prometido, y Antoine pasaba casi todas sus noches con Emilia o expurgando sus culpas en su despacho ocupado en trabajos de la Mercantil hasta el amanecer. Sólo Love vivía allí en compañía de Crista, y de las loas que a veces cruzaban el mar Caribe y la visitaban desde su tierra.

—¿En serio piensas que es posible abrir una escuela? —dijo Love después de unos minutos.

—No sólo pienso que es posible. Pienso que sería muy exitosa —le dijo Magdalena chocando su copa con la de Love.

Así nació la École Française Occidentale, o Escuela Francesa del Oeste, que Love inauguraría junto a su socia al inicio del verano de ese año de 1898. Bastó un brindis entre dos mujeres a las que les había tomado sobre una década confiar la una en la otra. El coro de coquíes terminó su obertura y comenzó a entonar la ópera nocturna, mientras el plan quedó sellado.

Santos Cabrera era un artista de la madera y restaurador independiente con mucha demanda que trabajaba con tres ayudantes

en su taller al servicio de quien mejor pagara, mientras no se tratara de labores relacionadas con la caña o el café. Demasiadas generaciones de sus ancestros esclavizados habían trabajado la tierra de otros o vivido como cimarrones, y ése no era el futuro que Santos quería para sí.

De niño había encontrado en la casita de Dominga una carta de parte del rey de España en papel amarillento, surcado por las venas del tiempo, en la que felicitaba a los dueños de los esclavos por malnutrir a sus “siervos”. Santos nunca supo cómo Dominga obtuvo la carta, claramente dirigida a alguno de los esclavistas que intervinieron en las vidas de generaciones anteriores de su familia, pero la misiva selló su resolución de nunca responderle a ningún patrón. Desde pequeño descubrió la belleza y la nobleza de los árboles que prestaron resguardo a su niñez. Sus amigos de juego eran los robles de sierra, las ceibas, los algarrobos, los guayacanes y las palmeras. Aprendió a trabajar con devoción la madera, y, a cambio, la madera le dio su libertad.

Santos sabía de las rivalidades entre las dueñas de la hacienda Santa Ana y Santa Bárbara, por lo que le sorprendió que Love, amiga del segundo bando, lo contratara convencida por la referencia de una de las costureras de Emilia, quien le aseguró a Love que Santos había realizado un trabajo impecable en las elegantes escaleras y puertas del exclusivo establecimiento. Love, quien no tenía afanes personales contra Dominga, la tía de Santos, entró en la sombrerería una tarde cuando la costurera le aseguró que doña Emilia no estaría. Le bastó que sus dedos recorrieran el lustroso pasamanos, con la madera subyugada hasta tener una superficie fría y suave, para saber que quien había realizado aquel trabajo era un artista. Cada detalle estaba cuidadosamente tratado y restaurado, sin ocultar la belleza natural de la madera con sus vetas entrelazadas como capilares rotos. Un par de semanas más tarde, Santos se encontró junto a Love evaluando la fachada de la antigua casona de esquina, que una vez perteneció al arquitecto de la catedral. La estructura era preciosa en la simplicidad de sus elegantes líneas, que se alejaban un tanto de la estética española-criolla. Tenía seis habitaciones, puertas de arcos, techos altos, amplios ventanales que proveían brisa, un gran comedor y árboles de jobillo y naranja en la entrada. Era el lugar perfecto para la École Française Occidentale.

Todas las tardes, Love llegaba para observar el progreso de su futura escuela bajo las manos de Santos, dotadas de una alquimia que transformaba maderas dilapidadas en superficies nobles. Un día le invitó a un café en el comedor y comenzaron a conversar de asuntos personales sin razón aparente, y sin cortapisas o reservas. Las palabras fluyeron como el agua en su cauce natural.

—¿Es cierto que eres hija de una sacerdotisa de vudú en Haití?
—Nieta, y la palabra es *mambo* .
—¿Una *mambo* es una santera como mi tía Dominga?

—Sí… y no. Se parecen. Ambas creen tener una influencia especial sobre los dioses, loas o santos, y cada una piensa que sus ritos son los más poderosos, pero, al final, buscamos entender lo que a veces no es para humanos entender o alterar. Se encuentra paz cuando se desiste de intentar descifrarlo todo. Dejé esa parte de mi vida allá. Mi única religión la conforman el conocimiento y la educación.

—Te entiendo. Mi tía es una santera muy respetada, pero ese mundo tampoco es el mío. ¿Y Puerto Príncipe, se parece a Cabo Rojo?

Santos seguía tirando del hilo de la curiosidad y la fascinación que Love ejercía sobre él.

—Crecí en un barrio muy pobre llamado Éboulis. Pero reconozco a mi tierra en el mar y las palmeras.

Aquellas conversaciones sencillas se convirtieron en una cita diaria que ambos anticipaban con gusto. Love aprendió con el tiempo que la atracción podía entrar por la delicada piel de las yemas de sus dedos, cuando Santos ponía una mano sobre la suya y la guiaba sobre la sedosa madera pintada con aceite de linaza. Sus dedos influyeron en sus oídos, que escuchaban la descripción del trabajo de Santos en su voz grave y cálida, y éstos influyeron en sus ojos, que reconocían aquella luz familiar en los de él. El gusto también despertó con las semillas de café que Santos le molía en las tardes, y finalmente el gusto alertó al olfato, embelesado con el aroma de la mezcla de la madera recién pulida y el olor de Santos.

Sus cinco sentidos concurrieron en que el deseo se había colado inadvertidamente por los dedos, en un corrientazo sincronizado que le alcanzó a Love un rincón del alma dormido desde la última vez que divisó a Samuel en Puerto Príncipe.

Amelia acudió a Green Kay II para cenar con Magdalena y Love. Necesitaba desesperadamente sentirse rodeada del calor de ambas, contarles lo que sabía y organizar sus pensamientos. Hacía mucho que no visitaba su antigua casa, ya que José de Dios insistía en ser siempre el anfitrión de las reuniones familiares en Santa Bárbara. Al llegar, Green Kay II le pareció un poco triste, como una gran mansión que ya había pasado sus años de gloria. Estaba casi a oscuras, con la tenue luz de unos pocos quinqués y un halo dorado que salía del gran salón. No escuchaba los sonidos típicos de la actividad humana, pero al subir las escaleras, se abrió la puerta y Magda salió para abrazarla.

— *Ma poupée! Embraces-moi.*

Amelia la abrazó y divisó a Love, que se acercaba para recibirla.

—Buenas noches, querida Magda. Love, qué guapa estás,

hermana. ¿Qué te has hecho? Siempre eres hermosa, pero en estos días estás radiante.

—Llevo semanas tratando de sacarle información, pero ya conoces a Love —dijo Magdalena. Love tornó los ojos.

—No pasa nada. Estoy muy feliz con el proyecto de la escuela, es la única novedad —insistió Love. Amelia y Magda la miraron sin darle credibilidad.

—No te preocupes, Magda. Antes de que termine la noche le sacamos los detalles.

Las tres se entrelazaron de las cinturas riendo como antaño, y entraron en el gran salón para tomar una copa antes de la cena. Magdalena había mandado colocar flores frescas en todas las mesas, y los candelabros franceses de la familia habían revivido con un festival de velas que pintaban el salón de una luz casi líquida. En el medio de la sala había una mesa rectangular pequeña y dos banquetas delante que simulaban una pequeña barra con todos los ingredientes e instrumentos necesarios para preparar absenta, además de tres copas de cristal.

— *Bienvenue dans votre bar Hoquet. Ta da!*

— *Hoquet?* ¿Hipo? —preguntó Love maravillada, mientras Amelia aplaudía y se acercaba al clavicordio del salón.

—Exactamente, mis niñas. Antes de trabajar con *madame* Pasquier y cuidar de Amelia, trabajaba en la barra de mis padres en París, muy cercana al Teatro de la Ópera. Se llamaba *Hoquet* . Allí conocí a importantes periodistas y escritores, y me pulí en el arte del amor. También aprendí a preparar absenta y a conjurar conquistas.

Mientras las expertas manos de Magdalena danzaban midiendo líquidos, agregando terrones de azúcar y vertiendo agua, Amelia amenizó la velada con un anticuado pero alegre minué que la transportó por un instante a su niñez, cuando la voz de Magdalena era todo lo que necesitaba para sentirse segura y feliz. Magda le narraba a Love sobre su existencia previa en París, y la ciudad le sonó tan lejana a Amelia como el tintineo vago de otra vida. Quizás era imposible vivir en aquellas islas brujas, escenarios cautivos de tanta violencia descarnada a través de los siglos, sin que algo fundamental cambiara en el alma de quienes las habitaban.

—Un brindis por las tres. Por el lazo que nos une y que nos ha hecho fuertes frente a todos los pesares —dijo Magdalena levantando su copa. Las tres brindaron, encendieron cigarritos del más fino tabaco y bailaron en el salón. Al rato, pasaron al enorme comedor, capaz de sentar a dieciséis personas. Crista había preparado tres servicios al final de la mesa. Cuatro grandes candelabros las iluminaban, y las cortinas se contorneaban suavemente con la leve brisa nocturna. Afuera, los grillos, las chicharras y los coquíes arreciaban la

competencia de estridencias nocturnas.

—Necesito hablarles en total confidencia —dijo Amelia cuando Crista se marchó a la cocina, luego de servir el plato principal—. Algo le ha sucedido a Salvador Filipi Ricci y me parece que Mateo tiene que ver. Se acaba de marchar de la isla.

Magda y Love la miraron sin comprender del todo.

—Espera. ¿Qué dices? ¿Quién se fue de la isla? —preguntó Magda dejando en suspenso el tenedor que se llevaba a la boca.

—No sé los detalles. Sólo sé que Mateo se enteró de la relación de su madre con Salvador, y me mandó a llamar esta mañana. Cuando acudí a verlo, lo encontré con la maleta hecha. Me dijo que nadie encontraría nunca más a Salvador y que él se iría por unos meses.

—La muerte de Salvador ha de haber sido horrible —dijo Love con dolor en el rostro mirando el líquido verde de su copa. Amelia y Magdalena la observaron como esperando más información ante la certeza de sus palabras, pero no abundó.

—Pero si no sabemos a ciencia cierta qué le pasó al corso, Love. Igual decidió irse de viaje a conocer otros puteros por las islas, qué sé yo. No hay que ser tan dramática. A ti la absenta nunca te sienta bien. No me digas que estás en un trance de vudú, porque me marcho.

—Qué vudú ni que tonterías, Magda. No soy una *mambo* , pero tengo sentido común. Demasiado tardó Mateo en enterarse del amante de Eusebia, y todas conocemos su mal genio. No quiero imaginar su furia para vengar a don Cipriano. Debe de haber matado a don Salvador y se ha dado a la fuga para zafarse de la horca. Me parece todo muy fácil de atar, sin necesidad de loas o vudú.

—Madre mía, Love. Recuérdame no ofrecerte absenta nunca más. Exageras. ¿No es así, Amelia?

—No puedo garantizar cada detalle de la teoría de Love, pero si tuviera que poner mi dinero sobre la mesa, ésa me parece una buena apuesta.

Las tres hicieron silencio y se concentraron en sus platos sin probar bocado. Crista se asomó, pero Magda la espantó con un gesto de la mano.

—Esto es muy grave, Amelia. Debes distanciarte de Mateo cuando regrese. Y regresará triunfante, no lo dudes —dijo finalmente Love.

—Ya estamos tarde para eso, Love, que hasta un hijo tienen estos dos, aunque medio mundo se empeñe en hacerse de la vista larga —dijo Magda poniéndose de pie para refrescar las copas.

—Precisamente por Jean Baptiste lo digo. Y por ti, Amelia —le dijo Love tomándole la mano.

—Lo sé, Love. Créeme que todos los días me propongo terminar con Mateo sin conseguirlo. Pero dejando mis sentimientos a un lado,

aquí hay otras consideraciones. Le conté todo esto a mi marido, que sin duda ya lo debe de estar discutiendo en detalle con Froilán, tu prometido, Magda. Todo esto involucra a Eusebia directamente y los Reyes Badillo tienen ahora esa información a la mano.

—Pero no tienen pruebas. ¿Qué piensas que harán José de Dios y Froilán? —le preguntó Love.

—Sacarle dinero a la Mercantil por una hacienda que vale menos que las deudas que tiene. Santa Bárbara está arruinada y sin capital para modernizar su producción. Pero ahora los Reyes Badillo saben lo que acaba de ocurrir —especuló Amelia.

—Pues, si yo fuera el heredero, me lo pensaba dos veces antes de chantajear a Eusebia. Esa mujer no me parece el tipo de persona a quien le sienta bien que otros le sepan secretos.

—Magdalena tiene razón, Amelia. Me temo que has puesto a José de Dios en peligro confiándole todo esto. Si Eusebia es capaz de encubrir a Mateo, sacarlo de la isla y orquestar todo esto, imagínate lo que haría con tu marido en el caso de que se le ocurra chantajearla.

—Y él no es el único en riesgo. Esto coloca a tu padre en una posición imposible entre sus negocios y su familia. Esto es un cañonazo, Amelia. Todo el mundo saldrá chamuscado por algún lado —dijo Magdalena. Crista se asomó otra vez y esta vez Magda le pidió que se llevara los platos y se retirara a descansar.

—¿No van a querer postre? Les preparé especialmente el pan con chocolate como me enseñó la señorita Magdalena —quiso saber Crista descorazonada ante la falta de entusiasmo hacia sus triunfos culinarios.

—No esta noche, Crista. No están los humores como para pan con chocolate. Eso sí, deja abierto el gabinete del licor.

Según pasaban las horas, Eusebia avanzaba en una carrera para justificar la desaparición de Salvador y Mateo y asegurar el control de las tierras cafetaleras antes de que llegaran los yanquis. Sabía que tenía, con suerte, una semana antes de que las autoridades españolas comenzaran a husmear y hacer preguntas sobre Salvador. Después de todo, no se trataba de cualquier hijo de vecino, sino de un importante comerciante de la región. Calculó que las posibilidades de que alguien encontrara su cuerpo eran remotas, pero se proponía estar lista para cualquier eventualidad. Además, tenía que prepararse para tomar de lleno las riendas de la hacienda Filipi Ricci, mientras continuaba con los planes insaciables de expansión de su propia central azucarera, de la destilería de ron y derivados, y del negocio de transporte, que ya

era el segundo más grande de la isla. Y, por supuesto, aún debía resolver el eterno conflicto de las tierras de José de Dios y Amelia.

Si la francesita hubiera sido su hija, el problema se hubiese resuelto hacía mucho, con un par de buenos coscorrones. Entre su terquedad absurda de negarse a apoyar los planes de la Mercantil y su insolencia de no salir de la cama de Mateo, Amelia era una molestosa espina constante. Hubiera preferido que la niñata se hubiese muerto de disentería en Haití, pero no tuvo tanta suerte. No importaba. Eusebia sabía que nadie, mujer u hombre, podía hacerle frente ahora. Su poder se extendía como una enorme malla de pescador, desde las costas de Cabo Rojo hacia adentro arropando a las montañas infinitas, y hacia afuera abarcando todo un Caribe que era su reino.

Para aquel entonces, una firma de París, Cail & Compañía, intentaba introducir maquinaria moderna en la isla, pero la Mercantil Tesara-Pasquier le llevaba demasiada ventaja con las innovaciones de Antoine. Cuando las demás centrales despertaron de su sopor e intentaron ponerse a la par con la modernización de sus operaciones, sólo lograron endeudarse más sin alcanzar la enorme delantera que ya tenía la Mercantil, que hacía años operaba con sistemas de mantenimiento continuo y adelantos mecánicos para producir rápidamente azúcar blanca y sus derivados. En toda la isla, sólo San Vicente y Coloso le representaban alguna competencia a Eusebia. En menos de diez años, ciento treinta y ocho azucareras habían desaparecido en la isla. Por aquellos días las factorías centrales de Ponce y de San Juan, desesperadas, intentaban levantar capital vendiendo acciones de mil pesos cada una. Mercantil Tesara-Pasquier ya no tenía problemas de deudas o inyección de capital. Etoile Blanche y su accionista principal, Andrew Roe, impresionados con el rendimiento de la remozada operación de goletas y vapores, habían accedido a seguir financiando los planes de expansión.

Su ventaja estratégica era envidiable y la protección de los yanquis la haría invencible. Para solucionar dos problemas de un tiro, decidió echárselos al bolsillo antes de la invasión e instruyó a su hijo para que se pusiera en contacto en San Juan con Gervasio Cortés y se ofreciera como intérprete a los espías de los yanquis. Mateo hablaba inglés fluido, entre varios idiomas que aprendió a fuerza de tener que entender la amalgama de lenguas que escuchaba en los puertos que visitaba. Eusebia le dio instrucciones detalladas de hacer otra parada importante en Puerto Príncipe, antes de llegar al norte. Mateo sólo tenía que seguir sus directrices, y cuando llegara el nuevo gobierno, los Tesara entrarían por la puerta ancha del poder político. Tenía que aprovechar el momento sin distraerse con emociones inútiles.

Antes de las ocho de la mañana del día siguiente, llegó a su despacho en el Puerto Real y echó mano del registro de declaración de

transporte de la nave en la cual Gervasio Cortés había partido el día anterior. Encerrada allí e imitando torpemente la letra del encargado, agregó el nombre de Salvador Filipi Ricci a la lista de pasajeros, justo debajo del de Gervasio Cortés. Añadió una nota donde señalaba que el cafetalero había viajado con una considerable cantidad de equipaje. Ella misma agregó a la caja de cobros el importe de lo que hubiera pagado Salvador por su pasaje y equipaje, y arrancó la correspondiente hoja de recibo del registro de pagos que luego tiró a la basura. Luego, se presentó a las oficinas de la Mercantil en el centro del pueblo y entró sin anunciarse en el despacho de Antoine cerrando la puerta tras de sí.

—Buenos días, Eusebia. Pase, por favor —dijo sarcásticamente Antoine. Eusebia no había perdido tiempo en sentarse frente a él sin invitación.

—Qué calor endemoniado. Abre otra ventana, por Dios. Antoine, hay varios asuntos importantes que se han sumado a los planes que discutimos hace un par de días en la biblioteca. Mateo decidió ayudar directamente a los yanquis sirviéndoles de contacto y traductor. Ya sabes lo mucho que detesta a los españoles, y no iba a perder la oportunidad de jugar un papel importante en sacarlos de aquí. Partió hacia la Florida.

Eusebia le dijo todo esto de un tiro apurando la información. Antoine la miró con suspicacia, sin invertir energías en disimularla.

—Tanta generosidad desprendida de Mateo me sorprende. No mencionó nada en la reunión familiar.

—No se trata de generosidad, Antoine. A cambio estaremos en una posición envidiable ante los yanquis, con una deuda que les cobraremos en favores, influencia y protección. Mateo no lo comentó en la reunión porque su contacto no le había confirmado estos planes, cosa que ocurrió ayer mismo.

—¿Y quién es el contacto de Mateo, si puede saberse?

—Gervasio Cortés —mintió Eusebia mirando con aplomo a su socio—. Gervasio es el único amigo que le he conocido a Salvador. Fue él quien le trajo la noticia de la fecha de la invasión, y fue por ese mensaje que reuní a la familia.

—Sé que el mensaje nos llegó por un allegado de Salvador, pero nunca lo he escuchado mencionar a nadie con ese nombre en todas las noches de borrachera que me ha obligado a soportar con él.

—Gervasio es un espía, Antoine. Está socavando a los españoles desde adentro. No es el tipo de amistad que se anuncia en noches de juergas —le contestó Eusebia abriendo un abanico de mano.

—Muy bien, entonces —dijo finalmente Antoine regresando al plano que tenía frente a sí. Mientras Mateo no afectara los planes de la Mercantil, le tenía sin cuidado dónde estuviera. Cuanto más lejos de

Amelia, mejor.

—Un asunto más. —Antoine levantó nuevamente la vista ante la segunda interrupción—. Salvador Filipi Ricci partió hacia San Juan en el mismo vapor que Gervasio. Se fueron juntos, de hecho. De ahí se embarcará hacia Nueva York. Haciendo valer nuestros acuerdos, la Mercantil ahora queda al frente de las tierras cafetaleras de su hacienda y la central. Debemos movernos de inmediato. Hay que reunir a los jefes de capataces y procurar que la producción continúe sin interrupciones. Deben regar la voz entre los jornaleros de que la cafetalera cuenta ahora con nuestra protección y de que, bajo el ala de la Mercantil, todos saldremos adelante, no importa el resultado de la invasión.

Antoine no pudo reaccionar por unos segundos, mientras miraba a Eusebia con la boca abierta.

—Quizá debió comenzar con esa noticia. ¿Cuándo podemos esperar a don Salvador de regreso? —logró decir Antoine con la boca seca, en pleno conocimiento de cómo Eusebia se agenció la herencia de las tierras de Salvador.

—No me dijo, pero llevaba una cantidad enorme de equipaje, y aunque habló de abrir nuevos mercados en el norte para la cafetalera, me pareció cansado de todo esto y en busca de una vida más tranquila. El caso es que cuenta con nosotros para que la hacienda Filipi Ricci prospere.

—Ya veo. Por supuesto. Pasaré esta misma mañana por el despacho de don Salvador y comenzaré a reunir a los jefes de capataces; además, organizaré el pago de los jornales, para que no se atrasen.

—Ordena un pago en adelanto a los jornaleros, por si se interrumpen los trabajos durante la invasión. Eso nos ganará simpatías y lealtad como nuevos patronos.

—Excelente idea. También convocaré a nuestros abogados para formalizar todo esto.

Eusebia sonrió levemente, complacida. Antoine notó las profundas ojeras, que delataban noches enteras sin conciliar el sueño. Observó cómo su socia jugaba con su aro de matrimonio dándole vueltas rítmicamente con el dedo pulgar de la misma mano izquierda. Era lo único que delataba alguna emoción en aquella mujer inexorable. Luego de unos segundos, se puso de pie dando por terminada la reunión y, en su mente, dejando sellada para siempre la historia oficial.

Cuando Eusebia Tesara se marchó, el ingeniero caminó hasta la ventana que daba hacia la calle. Eusebia llegó hasta su yegua Tamarinda, la montó con menos agilidad que de costumbre, y salió cabalgando del pueblo. Antoine Pasquier se quedó observando

largamente el ajetreo palpitante del pueblo. Cerró los ojos conjurando la imagen de Salvador, y supo que el corso nunca regresaría. Su socia, de algún modo, se había encargado de desaparecerlo. Se preguntó si Eusebia lo descartaría a él también, en caso de verse obligada a hacerlo. Sabía que la respuesta inequívoca era que sí. Abrió los ojos y regresó a su escritorio. Tenía mucho trabajo por delante.

Sobresaltada, Eusebia abrió los ojos en su tinaja de baño. Se había quedado momentáneamente dormida al despojarse de aquellos dos días nefastos y eternos. Era ya de noche y el agua se sentía fría. Dominga no estaba en el cuarto de baño. Se mojó el rostro y, al salir del agua, se secó con un manto de hilo y algodón. Cuando se quitó la humedad de los senos, recordó a Salvador deleitado entre ellos y desechó el pensamiento, permitiéndose apenas un breve instante de angustia. Pensar en su amante era un lujo que no podía permitirse. No tenía la costumbre de abrirle la puerta a la debilidad. En su experiencia, ésta solía acomodarse fácilmente ante los retos de la vida de la gente de manera permanente. Le bastaba con mirar en el espejo patético de Cipriano. Se sentó desnuda en su tocador y se miró largamente, sintiendo que se observaba a través de los ojos de adoración del corso. La asaltó la pregunta impertinente de si Salvador sería el último hombre que la acariciaría, que le haría el amor con aquella pasión tosca pero sedienta. Cepilló su largo cabello que mezclaba hebras rubias con blancas, y lo acomodó en un moño. Se perfumó y se pintó los labios. Trató de obligar a su abrumada mente a permanecer en calma, mientras realizaba esas tareas mecánicas de embellecimiento.

Intentó imaginar cómo debió ser ese momento final entre su hijo y Salvador, y cerró los ojos tratando de espantar el horror. Mateo no le preocupaba. Su hijo, como ella, siempre salía airoso ante cualquier contratiempo. Lo contrario, dejarse vencer, no estaba en la naturaleza de la madre ni del hijo ni de los espíritus santos de los tambores de Dominga.

Sin fijarse en las piezas que seleccionaba, comenzó a vestirse, perdida en sus cavilaciones. Decidió distraerse organizando el menú de la cena, y avisar a Leoncio, Dora, Emilia y los niños para que fueran a la casa a comer. Sus nietos siempre le subían los ánimos y no estaba de más continuar con la apariencia de una rutina normal. Un poco más relajada, salió de su habitación y comenzó a bajar las escaleras para dirigirse a la cocina cuando se detuvo a mitad de camino, paralizada por un corrientazo de frío. Cleto. Había olvidado

por completo a Cleto.

Para cuando Eusebia recordó el enorme cabo suelto que era Cleto, el peón ya había abandonado el pueblo y estaba en la ruta hacia Guánica. Cleto supo que el ave de mal agüero de la obsesión de Salvador por fin le había venido a pedir cuentas. Al aparecérsele Mateo como un fantasma a caballo y decirle que lo acompañara a buscar ayuda, que Salvador "se había disparado por accidente", nuevamente el instinto de autopreservación de Cleto le hizo obedecer sin decir palabra. Llegó con todo y carruaje a la hacienda Santa Ana, donde doña Eusebia lo despachó a la cocina, con instrucciones de no moverse de allí hasta nuevo aviso.

Cleto estuvo un buen rato sentado en una esquina de la enorme cocina tomando café puya de una taza de metal para calmarse los nervios. Cada vez que lograba dominar los temblores, volvía a escuchar los dos tiros que acabaron con la vida del corso y comenzaba a sudar profusamente con el corazón en la garganta. Las trabajadoras de la cocina prosiguieron con sus tareas y pronto nadie reparó en él. Cuando se le pasó la temblequera, se puso de pie. Sin hacer ruido, salió por la puerta trasera de la cocina y caminó hacia el carruaje en el que había llegado esa mañana. Siguió de largo hasta los establos, donde divisó a uno de sus caballos de tiro. Alguien lo había liberado del arnés y la carreta, y puesto a la sombra. No vio a nadie cerca, así que lo montó y abandonó la hacienda tan rápidamente como pudo sin llamar la atención.

Llegó a la hacienda Filipi Ricci y se dirigió a la habitación de su patrón, donde tomó una maleta de Salvador del tope de su armario. En su minúscula habitación de la parte trasera de la casa, llenó la maleta con sus pocas pertenencias: un rosario de su madre, que era el único objeto que poseía de sus orígenes, y su ropa, desgastada por el uso. Entró nuevamente en la habitación de Salvador y seleccionó algunas piezas que sin duda le quedarían inmensas, pero él las ajustaría con su perenne correa de cuero que le daba dos vueltas a su delgada circunferencia. Sintiéndose miserable, pero sabiendo que no tenía opción, abrió una caja de estaño en el ropero de Salvador y se guardó los billetes y monedas que contenía. Miró a su alrededor en busca de algo que pudiera conservar como recuerdo —y prueba— de que había conocido a su patrón. Alguien, en algún lugar fuera de allí, lo ayudaría a que se supiera del crimen cometido por los Tesara. Finalmente, se decidió por el estuche de puros de fino cuero con las iniciales S. F. R. y una caja de cerillos Diamond que descansaba en la

mesa de noche.

Cuando estuvo listo, cerró la puerta de entrada que tantas veces reparó tras las peleas y portazos entre Salvador y Eusebia a través de los años. Sabía que en cualquier momento Eusebia y Antoine descenderían sobre la hacienda cafetalera para tomar posesión de ella. Conociendo la poca habilidad para mentir de sus traicioneras orejas, Cleto sabía que no podía estar allí cuando eso sucediera, ni tenía planes de participar en la madeja de mentiras que los Tesara tendrían que inventarse para lidiar con la policía insular. Ensilló a su caballo Melao, con orejas verticales que denotaban el temor de ambos, y amarró la maleta y una bolsa con agua, pan, queso y algunas legumbres hervidas. También guardó el revólver de Salvador, por si lo necesitaba en el camino.

Cleto abandonó Cabo Rojo cargado de pena y espanto. Ya la luz del día menguaba, pero no importaba. Aquellos eran sus caminos, sus bosques, sus costas, y sabía que lo llevarían fuera del pueblo, fuera de la locura que arropaba aquellas tierras como un conjuro despiadado.

PARTE 3

LA ISLA DE LOS FANTASMAS

CAPÍTULO XII

12 DE MAYO DE 1898

Lupe Lazzarini miraba desde su diminuto catre un techo imaginario. La oscuridad era tan espesa que no hacía diferencia si cerraba los ojos o los abría. La lentísima espera en el calor nocturno era lo peor de aquellas noches de primavera con temperaturas de verano. El camisón de noche se le pegaba al cuerpo, y desconocía si eran los nervios o la humedad lo que la tenía recostada en un charco de sudor. Se levantó y encendió una linterna de aceite. Ya la rueda había comenzado a dar

vueltas en una sola dirección y, con suerte, pensó, pronto Puerto Rico se libraría de los españoles. Desafortunadamente, el capítulo que seguiría a esa liberación le preocupaba tanto o más. Se acercó a una pequeña ventana cuadrada que daba hacia la bahía de San Juan y respiró el aire ralo que entraba.

Lupe dirigía los trabajos incesantes en la cocina del Palacio de Santa Catalina de Alejandría, que muy pronto dejaría de ser la residencia oficial del desfile de tiranos que la Corona española seguía enviando a Puerto Rico en rápida sucesión con el título de gobernadores. Lupe miró las aguas oscuras y siempre inquietas de la bahía sabiendo que su destino iba de la mano con el de su isla. Su función en esto era crucial. Una vez que las tropas yanquis entraran en la isla, seguramente por Fajardo hasta donde sabía, ella y su padre serían el enlace con grupos autonomistas antiespañoles que los norteamericanos pretendían tener de su bando. Eso estaba por verse; Lupe no era ilusa. El movimiento autonomista del ala independentista, al que ella pertenecía, bien podía encontrarse de frente con un simple cambio de invasor. Pero el momento para esas cavilaciones ya había pasado. Todo estaba próximo a cambiar, para bien o para mal, aunque no podía imaginar algo peor que el triste estado de situación de Puerto Rico y Cuba, su isla hermana.

Su contacto, cuyo nombre aún desconocía, sería el traductor de la comandancia yanqui. Ella y su padre, don Emérito, se habían preparado por años para aquel momento, casi desde que salieron desterrados de la hacienda Santa Ana poco después de haber conocido Mateo a Emilia Zaragoza, en aquella fatídica fiesta donde Lupe se quedó esperando el anuncio de un compromiso que nunca llegaría. Nada de eso importaba ya. La historia del futuro de su tierra estaba a punto de escribirse, y ese momento era la única brújula que la guiaba.

Cuando los buques militares de Estados Unidos comenzaron a bombardear San Juan de madrugada, la gente dormía. Despertaron a gritos con la piel erizada al son de bombazos que presagiaban el fin del mundo. De inmediato, Lupe se vistió y salió a toda prisa para encontrarse con Emérito en la torre circular del patio interior del palacio. Lupe escaló por la torre de mando antes de que llegara la guardia española y vio que la impresionante armada norteamericana se acercaba a las costas. Sin perder tiempo, se abrió una ruta terrestre de escape para ancianos, mujeres y niños, que huían aturdidos y desesperados en todas direcciones. El grupo de Lupe los dirigió por la Puerta de Tierra hacia Santurce o en botes de vela hacia Cataño y otros puntos del norte lejos del casco de la ciudad.

Los norteamericanos llegaron con una escuadra de once naves y, sin perder tiempo, soltaron una ola de proyectiles que mantuvo la ciudad bajo ataque directo por más de dos horas. Una bala de cañón

atravesó la fachada de la iglesia San José justo cuando Lupe guiaba a un grupo de monjas, mujeres y niñas que de milagro resultaron ilesas. Cuando el sol mañanero finalmente iluminó la bahía, el mar parecía desierto. Desde las murallas protectoras del palacio, Lupe y su grupo observaron que en el agua, aquí y allá, flotaban cajas de proyectiles, pólvora, y algunos restos de embarcaciones menores. Los acorazados yanquis se habían retirado. Un sentimiento de alivio y celebración momentánea se apoderó de la gente, menos de Lupe y Emérito, quienes sabían que aquel histórico episodio apenas comenzaba.

En un adelanto de lo que estaba por venir, esa mañana quedó evidenciada la inferioridad de los armamentos españoles y la inexperiencia de sus artilleros. El Ministerio de Guerra de Madrid, impotente, dejaría pronto la isla a la merced de los yanquis. Sin embargo, aquel mes de mayo la ceguera colectiva se apoderó de la mayoría del pueblo, y quien leyera *La Gaceta* por aquellos días hubiera creído que el poderío español era absoluto, cuando lo opuesto era la realidad. Antes de que terminara la guerra, en pocos meses, España perdería, además de a Puerto Rico, a Cuba, Filipinas y Guam. El resto de las posesiones españolas del Pacífico se vendería al Imperio alemán, y Puerto Rico meramente pasaría del dominio de un amo al de otro. Pero en esa mañana soleada con olor a pólvora aún en el aire, y en una breve pausa en la reyerta, Lupe Lazzarini aún acariciaba el sueño de ver su cielo libre.

Una calma relativa regresó al palacio, pero con el correr de los días el recinto se fue vaciando de delegados españoles, representantes de la Corona y funcionarios criollos de alto nivel que comenzaron a abandonar la isla olfateando la inminente derrota del dilapidado imperio.

Fue a finales de junio que Lupe y Emérito recibieron un recado por conducto del antiguo informante de Salvador Filipi Ricci, Gervasio Cortés, de que un espía yanqui había sido despachado a Puerto Rico para determinar el mejor punto para el desembarque definitivo. Gervasio era un recurso valiosísimo para los grupos que albergaban sentimientos antiespañoles, ya que, desde su posición en el Ministerio de Ultramar, se había dado a la tarea de proveer a los yanquis y a los autonomistas información de oro sobre las deficiencias militares del enemigo y el clima general de la población de la isla. Lupe sólo sabía que el espía, de nombre Henry Howard Whitney, había llegado hasta Guánica con un intérprete y que aprendía rápidamente español de la mano de su traductor. Cuando Cortés le informó a Lupe que debía viajar hasta Guánica, donde la pondría en contacto con Whitney y su intérprete, su euforia se desbordó. Su misión sería más fácil desde el sur, donde el sentimiento antiespañol era mucho más fuerte que en el norte, tras la despiadada persecución de los separatistas con el

“componte”. En el norte la lealtad hacia a España era más palpable, y hasta se habían organizado grupos de voluntarios locales para ayudar a la Corona.

Fue así como Lupe y Emérito Lazzarini, junto a otros tres separatistas, salieron de madrugada del Palacio de Santa Catalina y abordaron el ferrocarril de circunvalación que iba de San Juan a Ponce pasando por el oeste. Fue un trayecto accidentado e inhumano en el que viajaron con todo tipo de carga —azúcar, correo, comestibles, gallinas, cerdos y hasta un par de cabras—. El hedor, mezcla de sudor y excremento de animales, lo arropó todo durante el sofocante progreso del tren, que iba deteniéndose de pueblo en pueblo. Cuando el ferrocarril hizo su parada en Cabo Rojo, los Lazzarini y sus tres acompañantes permanecieron en sus asientos y no se bajaron ni para estirar las piernas.

Antes de llegar a la estación final de Ponce, el grupo se bajó en el pueblo sureño de Guánica, con su bahía de zafiro, que se abría imponente hacia el mar Caribe. Sin pedir direcciones, caminaron hacia el centro del pueblo y se dirigieron a La Bodega de Petra, una barra famosa por siempre tener reservas infinitas de cervezas alemanas, francesas y danesas. Luego de apurar varios vasos y sendos caldos de rabo de buey con pan para revivir, el grupo se silenció, esperando. Al poco rato, una niña de unos doce años se acercó a la mesa y le susurró a Lupe al oído.

—Soy Carlota, la sobrina nieta de don Gervasio Cortés.

—Hola Carlota. Soy Lupe. Vamos.

Los cinco siguieron a Carlota, quien los condujo a través de una barriada de casitas de madera con techos a dos aguas, todas con su propio perro huesudo que ladraba desde la puerta. A los pocos minutos llegaron a una más grande de dos niveles, un rudimentario hostal que era propiedad de amigos separatistas, donde Gervasio había hecho arreglos para que el grupo permaneciera el tiempo que fuera necesario.

Lupe puso su maleta en el armario de la habitación y agradeció la tinaja de agua, el jabón y las toallas cuidadosamente dobladas en una esquina. Desempacó su poca ropa, arrugada tras el interminable viaje, y se desvistió sintiendo que cada músculo de sus nalgas y espalda protestaba de dolor y cansancio. Se bañó con el agua de la tinaja y una toalla, y luego procedió a vestirse con una simple blusa de manga larga y una falda negra. Se cepilló la larga melena color caramelo y la dejó suelta. Apenas terminaba de arreglarse cuando Carlota asomó nuevamente su carita por la puerta y le hizo señas para que la siguiera. Bajaron juntas las escaleras y Lupe notó que nadie más del grupo las acompañaba. Ello significaba que había llegado el momento de conocer a su contacto. Carlota buscó dos sombreros de

pajilla, se puso uno y le pasó el otro a Lupe. Ambas salieron de la mano, como cualquier madre al dar un paseo con su hija. Carlota se alejó del centro del pueblo y bordeó la costa hasta llegar a una casa de madera semiescondida entre los manglares y árboles de uva playera.

—El tío abuelo me dijo que me quedara aquí. A usted la esperan adentro. No tenga miedo, señorita Lupe.

Lupe asintió, se quitó el sombrero y alisó su falda irremediablemente estrujada. Apenas comenzó a caminar hacia el balcón de la entrada, la puerta se abrió. Si alguien le hubiese disparado en el pecho en ese momento, no se hubiera sorprendido tanto. A la entrada, sonriendo como si se tratara de una visita social, estaba la estampa de Mateo Tesara.

Doce horas después de que Salvador Filipi Ricci cayera abatido a tiros en las salinas, Mateo partió de Puerto Real en uno de sus propios navíos haciendo una parada primero en San Juan, donde se vio por primera vez con Gervasio Cortés, y luego otra en Puerto Príncipe, hasta terminar su travesía por el Atlántico y arribar al puerto de Nueva York, según las instrucciones precisas de Eusebia.

Cuando desembarcó en la imponente ciudad que crecía y prosperaba a un ritmo desenfrenado en plena Edad Dorada, Mateo se sintió como en casa. Por las calles bailaba la ambición sin pudor ni preocupación, un lenguaje que Mateo entendía bien. Casi podía escuchar la voz regañona de Dominga susurrando que la ciudad le sentaba bien, porque sólo allí cabía su arrogancia, y el pensamiento le provocó una sonrisa. Nueva York acababa de expandirse en esos días incorporando al Bronx, Queens, Brooklyn y Staten Island, y pulsaba con vida tragando terreno. Mateo se sentía igual que la ciudad. Su espanto por el asesinato de Salvador se había disipado rápidamente, y sentía que el destino una vez más se encarrilaba según sus deseos.

La ciudad acababa de estrenar ese enero de 1898 a un nuevo alcalde, Robert Anderson van Wyck, o Dick, para sus amigos. En ese exclusivo círculo de amistades masónicas del antiguo bufete del nuevo alcalde se encontraba Andrew Roe, accionista principal de Etoile Blanche. Mateo tuvo la enorme suerte de que Roe estuviera de visita en Haití cuando desembarcó, ya que el hombre visitaba apenas dos o tres veces al año las oficinas de Etoile Blanche en Puerto Príncipe. Consiguió una cita con él asegurando que venía de parte de su socio, Antoine Pasquier. El nombre de Antoine, quien no tenía idea de las maromas de Mateo, le abrió de inmediato la puerta de Roe, quien terminó invitándolo a cenar esa noche en el pueblo.

Andrew Roe conocía a Mateo Tesara, puesto que era inversionista de la Mercantil Tesara-Pasquier y había sido invitado frecuente a eventos sociales en Green Kay, incluyendo el memorable cumpleaños de Amelia. Sin embargo, durante el tiempo que los Pasquier y Mateo vivieron en Puerto Príncipe, su trato había sido casi exclusivamente con Antoine. La versión que Mateo le ofreció esa noche le hizo sentido; le recordó que la guerra era inminente, cosa que Roe sabía, y que la Mercantil estaba apostando por el bando de Estados Unidos. Su plan era llegar hasta el norte, ofrecer sus conexiones y su ayuda como intérprete y guía, y regresar con los yanquis cuando llegaran a la isla. A cambio de esto conseguiría un trato preferencial para la Mercantil, que seguiría expandiéndose hacia el este y el norte hasta cubrir todo Puerto Rico. Ése era, en efecto, el plan de la Mercantil, con la excepción del nuevo papel de traductor de las tropas yanquis que Eusebia se había tenido que sacar de la manga, estando Mateo prófugo de la justicia. Andrew Roe se apresuró a ofrecerle a Mateo toda la ayuda que necesitara, incluyendo conexiones en Nueva York al más alto nivel.

A su llegada a la ciudad, el joven empresario se insertó de inmediato en los círculos de poder masónico de Dick, y se alojó por unos meses en un lujoso apartamento que le facilitó el propio alcalde en el recién inaugurado edificio The Dakota, con vista a Central Park. Mateo usó los sólidos vínculos masónicos de su hermano como si fueran propios, y cultivó en poco tiempo conexiones importantes en Nueva York y Washington, interesadas en jugar un papel protagónico en el futuro dominio de la región caribeña. Estados Unidos era entonces como un niño que recién aprendía a caminar en su propia guerra civil, y ahora quería jugar entre los grandes en el escenario global. Esta guerra era el boleto de entrada.

Una tarde helada a finales de febrero, a la cual la sangre caribeña de Mateo aún no se acostumbraba, el empresario se reunió con seis de sus aliados políticos en el Hotel Chelsea, un lugar más frecuentado por artistas y escritores que políticos. Mateo sabía que la reunión requería alejarse de los lugares de encuentro usuales del grupo, y que sin duda el tema sobre la mesa sería el hundimiento del Acorazado Maine, incidente con el que la prensa amarillista de Estados Unidos hacía fiesta por aquellos días echando gasolina al fuego de la inminente invasión. Mateo sospechaba que España, con su raquítico ejército y batallando a diario con las revueltas en Cuba, había tenido poco o nada que ver con el hundimiento del Maine, pero eso era irrelevante. La excusa que necesitaban los yanquis por fin estaba a la mano, apoyada en los titulares de indignación fingida de los periódicos de William Randolph Hearst, que gritaban delirantes: “Remember the Maine, and To Hell with Spain!”, e “ invasion ”.

Cuando el acorazado USS Iowa 4 partió de Key West rumbo al Caribe y bombardeó en mayo la capital de Puerto Rico, Mateo iba a bordo junto al espía Henry Howard Whitney. Las naves americanas se disiparon temporalmente aquel mayo, pero Mateo y Henry se quedaron en la isla y emprendieron una misión de reconocimiento que les permitiría determinar cuál era el sitio ideal para el desembarque definitivo. Se había decidido inicialmente que el lugar sería Fajardo, pero Henry insistía en que necesitaban una bahía de mayor profundidad. Henry era un tipo astuto, con facilidad para aprender idiomas y con un talento excepcional para pasar desapercibido gracias a sus meticulosos disfraces y al hecho de que poseía el rostro más genérico y aburrido engendrado en las Américas. Buscando lugares estratégicos en la isla donde el sentimiento antiespañol fuera más fuerte, llegaron al sur y con el tiempo a Guánica, con su imponente bahía, mucho más profunda que las aguas de Fajardo. Henry ganó el argumento y los planes para tomar posesión de la isla se mudaron hacia el sur. En breve, el próximo 25 de julio, mientras España celebraba la festividad de su santo patrono, el general Nelson A. Miles desembarcaría en Guánica con tres mil trescientos soldados para iniciar la ofensiva terrestre.

Mateo ya estaba cansado de la guerra antes de que comenzara. Lo que empezó en enero como una fuga temporera con alojo en un apartamento de lujo frente al Central Park se había transformado en una misión muy real y tediosa que le consumía los días al tener que coordinar y traducir mil detalles en aquella guerra que no era suya. Aun si no hubiera tenido la necesidad de huir de los españoles, Mateo hubiera apoyado a los norteamericanos, pero nunca consideró un papel en primera fila en aquel conflicto. Quería terminar su misión cuanto antes y regresar a sus negocios sin problemas con la justicia ni interferencias gubernamentales despóticas. Los yanquis estaban ahora en deuda con Mateo, y, por tanto, con la Mercantil Tesara-Pasquier.

Fue a bordo del acorazado USS Iowa, mientras surcaba el corto trecho entre la Florida y Puerto Rico, que Henry le informó que Gervasio Cortés pondría a su disposición a un grupo de separatistas, el cual, con alguna suerte, le proveería información sobre quiénes podrían poner resistencia en el sur, particularmente en el área de Yauco.

—La líder del grupo es una joven que trabaja en el Palacio de Santa Catalina. Ella y su padre nos encontrarán en tierra. Son de apellido Lazzarini, de tu pueblo. ¿Los conoces?

Henry observó cómo la piel de por sí pálida de Mateo se las ingenió para palidecer aún más. Estaban fumando cerca de la proa, y Mateo lanzó su cigarro al mar.

—¿Lupe Lazzarini? ¿Y su padre Emérito?

—Precisamente, Mateo. ¡Qué buen auspicio que los conozcas! ¿O no? No te veo muy entusiasmado.

—No sé si es un buen auspicio, amigo. Este nuevo capricho del destino no lo anticipaba. Sí, conozco a Lupe. Fue mi novia antes de casarme con mi esposa, Emilia.

—¿Estás casado? Hombre, llevamos meses trabajando juntos y no lo sabía. Me pareciste muy cómodo y exitoso en tu vida de soltero en Nueva York.

Henry, como buen espía, no entraba en tratos con nadie sin conocer su trasfondo. Sabía que Mateo era casado, rico, que había vivido otra vida en Haití y que era un mujeriego irredento. En Nueva York, el propio Henry lo había avistado mientras entraba y salía del Dakota con una diversidad de pelirrojas, por las que parecía tener una curiosa debilidad. No supo hasta ese momento del detalle de Lupe, pero no le sorprendía. Era consistente con la conducta que había observado en su traductor.

—Es una historia larga. Estoy separado de mi mujer, o más bien ella me abandonó. El caso es que dejé a Lupe por Emilia, y no creo que me reciba con los brazos abiertos. Ya sabes lo emocionales que son las mujeres.

—Pues Lazzarini no lo parece. Ha organizado muy efectivamente a los separatistas infiltrados en el gobierno de los españoles y, según Gervasio, una palabra de ella nos puede ganar o perder el apoyo de muchos grupos en el sur. Sea quien sea esta mujer, no me parece que haya logrado todo eso con ataques emocionales.

—Tienes razón, Henry, y además han pasado muchos años.

—Espero que tu pasado con ella no sea un problema. Es importante para nosotros.

Mateo miró a su amigo el espía y le regaló una de sus perfectas sonrisas, esas que tan bien le funcionaban con las mujeres.

—Pierde cuidado, Henry. Si algo sé manejar en esta vida, es a las mujeres.

—Eso merecería más credibilidad viniendo de un hombre cuya mujer no lo hubiera abandonado. —La sonrisa de Mateo se congeló. Quería abofetear a Henry por su insolencia—. En cualquier caso, ocúpate de limar asperezas con la señorita Lazzarini, y que todo corra sin problemas cuando nos encontremos.

Desde esa conversación, Mateo no había cesado de pensar en cómo manejarse en este nuevo escenario. La realidad era que desconocía a la actual Lupe Lazzarini. Todo lo que recordaba, en extraordinario detalle, eran los muchos días y noches de placer que había vivido con ella, así como la erizante compatibilidad sexual que compartían y que nunca pudo replicar con Emilia, quien era menos desinhibida que Lupe en esos menesteres. Luego de la fiesta de

cumpleaños en la que conoció a Emilia, Lupe y su padre se desvanecieron de su vida. Emérito renunció a su puesto de jefe de capataces explicando que tenía una oportunidad de trabajo en la capital, y Mateo lo consideró otra prueba más de cómo el destino se amoldaba a su conveniencia. Desconocía el modo en que su sensual novia de juventud se había convertido en una líder de la resistencia antiespañola. No tenía compás que lo dirigiera hacia esta nueva Lupe, pero no podía darse el lujo de quedar mal con los yanquis ya hacia el final de su misión.

Ahora que tenía a Lupe frente a sí, le bastó un instante para darse cuenta de que estaba ante una mujer de temple extraordinario, o, en su defecto, una que ya había superado su pasado con él. Si Lupe se sorprendió al verlo, no lo dejó entrever. Cuando conectaron la vista, su semblante moreno no se inmutó. Estaba más delgada, y su rostro redondo de antaño se había afinado revelando pómulos que resplandecían bajo la luz del ocaso. Su blusa blanca, aunque recatada, de cuello cerrado y mangas largas, lucía extraordinariamente sensual, porque apenas podía contener los pechos de Lupe. Su larga melena de caramelo con vericuetos más claros curtidos al sol revoloteaba en la brisa playera. Muy a su pesar, Mateo sintió el despertar súbito del deseo que antaño le había provocado Lupe. La mujer continuó caminando hacia él hasta que llegó a la puerta y se le plantó de frente. Nuevamente, Mateo sacó su sonrisa seductora e hizo un gesto para abrazarla, que Lupe detuvo en seco.

—Lupe Lazzarini. Asumo que es usted el traductor. Estoy lista para el señor Whitney.

Por segunda vez en poco tiempo, la sonrisa de Mateo murió congelada en su rostro.

Henry Howard Whitney había aprendido su oficio de espía gracias a su arte para ver cada escollo como un acertijo al que sólo había que buscarle solución, a su facilidad para aprender idiomas y, sobre todo, a su habilidad para anticipar la conducta humana, que, en su mayoría, encontraba aburridamente predecible. A sus compatriotas en el norte, por ejemplo, los guiaba la simple ambición de entrar en su primer conflicto armado internacional y lograr un estatus de jugador en la arena mundial. Tenían todo que ganar. A Lupe Lazzarini, sin embargo, la guiaban la furia, la indignación y el hastío exhibidos por las personas que han sido sometidas a abusos por demasiado tiempo. Tales personas, había descubierto Henry, eran las más difíciles de manejar, porque tenían poco que perder y eso las hacía menos

vulnerables. Lupe Lazzarini era, además, una mujer de carácter de hierro, a juzgar por el indiferente saludo a Mateo, que Henry observó desde el interior de la casa. La vio pasar frente a Mateo como si su intérprete no fuera más que un peón, hasta llegar adonde él y extenderle la mano, con un saludo masculino.

—Usted debe ser Whitney. Soy Lupe Lazzarini, enviada por Gervasio Cortés.

Mientras se saludaban, Mateo cerró la puerta y se acercó a Henry listo para traducir, si hacía falta, aunque el espía ya hablaba y entendía un castellano respetable. De inmediato, Henry le pidió a Lupe que tomara asiento y se dirigió a Mateo en español.

—Gracias, Mateo. Voy a intentar entenderme con la señorita Lazzarini en su idioma. Déjanos a solas, por favor.

En sus veintisiete años de vida, Mateo jamás había sido despachado de esa manera, ni siquiera por su madre, y ciertamente nunca por su padre. Nadie lo había tratado jamás con nada menos que respeto y deferencia. El temperamento mercurial de Mateo comenzó a bullir, y estuvo peligrosamente cerca de mandar a Henry al infierno. Henry lo leyó todo en su rostro como un libro abierto, con inmensa curiosidad sobre lo que haría Mateo a continuación. El espía desconocía qué evento en particular había llevado a un empresario poderoso como aquel a inmiscuirse directamente en una guerra cuyo fin bien pudo haber esperado desde la comodidad de su hacienda, pero algo grave debía ser. Vio cómo Mateo hizo acopio de un control que apenas tenía y salió del recinto sin decir palabra.

—Señorita Lazzarini, le agradezco el sacrificio de su largo viaje y todos los riesgos que ha asumido al llegar hasta aquí para ayudarnos. Es un honor conocerla. ¿Desea agua o café? —preguntó Henry ofreciéndole una silla rudimentaria de madera y pajilla. Todo era tosco en aquella choza invadida por salamandras, esperanzas y mosquitos. Lupe lo miró con curiosidad y no respondió de inmediato.

—Henry… asumo que puedo llamarle Henry…

—Me puede llamar como guste, Lupe —respondió Henry con un gesto afable.

—Muy bien. A mí puede seguir llamándome señorita Lazzarini. —Henry recompuso rápidamente su cara. Lupe no iba por las ramas—. Vamos a entendernos desde ahora, para evitar confusiones futuras. Yo no he llegado aquí a ayudarle. La suerte que corra usted o los yanquis en general me importa tan poco como la vida de los españoles. Estoy aquí simplemente porque la guerra ya comenzó, y mi pueblo está atrapado en medio de un juego de codicia entre dos fuerzas extranjeras, ninguna de las cuales me inspira particular confianza.

—Comprendo, señorita Lazzarini. Tiene usted todo el derecho de sentir desconfianza hacia todo, considerando el infierno que ha sufrido

su pueblo a manos del Imperio español.

—Entonces, me pregunto si no estaremos cambiando un infierno menor por uno mayor. Los separatistas tenemos claro que el interés de ustedes es el dominio regional. Si los apoyamos al entrar, ¿quién nos garantiza que se vayan de aquí luego de vencer a los españoles?

—No le puedo garantizar nada, señorita Lazzarini. —Henry decidió hablarle francamente y sin rodeos. Lo contrario hubiera sido perder el tiempo e insultar la inteligencia de Lupe—. Mi misión aquí es sencillamente asegurar el mejor punto de desembarque.

—Que ahora será Guánica y no Fajardo, por lo que veo.

—También debo informar sobre el clima antiamericano en la región antes del desembarque. Para esto, me gustaría contar con que el movimiento autonomista, por conducto de usted, nos apoye.

—No me diga. Y, ¿qué grupo dentro del partido autonomista desea que lo apoye? ¿Los que buscan la autonomía administrativa metidos en la cama con los españoles, y se creen que eso es libertad, o los que no se conforman con menos que la libertad total, como es mi caso? Me parece, Henry, que comete usted el grave error de pensar que los puertorriqueños somos tontos. Mientras más lo pienso, más me parece todo esto como un cambio de carcelero con el mismo libreto de miedos y visiones catastrofistas sobre la independencia que ya nos sabemos de memoria.

Henry no esperaba a una persona ignorante, pero tampoco tan políticamente sofisticada como Lupe. De hecho, su preocupación sobre las intenciones yanquis daba peligrosamente en el clavo, pero él no estaba allí para confirmárselo. Muy a su pesar, puesto que Lupe le parecía una mujer fascinante, comenzó a recordarle algunas verdades inescapables sobre su situación.

—Independientemente de los planes de cada bando, usted y su grupo quieren la independencia, sin amarras o condiciones, y por eso están en minoría. Realmente, no tienen opciones, señorita. La concesión del sufragio el año pasado es el logro de una de las aspiraciones principales de la lucha autonomista. Hay muchos autonomistas satisfechos con lo que ya tienen a la mano, y no quieren más conflictos. Usted conoce íntimamente las limitaciones de la armada española, y sabe que no tiene posibilidades ante el poderío norteamericano. Vistas las cosas de ese modo, los autonomistas-independentistas no tienen mejor movida que apoyarnos.

—Y vistas de otro modo, ésta es nuestra casa y ustedes están en territorio desconocido y ajeno. Estamos en posición de hacerles la llegada fácil o difícil. Sí, el sentimiento antiespañol acá en el sur es más fuerte que en el norte, pero no es menos cierto que hay muchos grupos que tampoco simpatizan con ustedes. Sé que desean una entrada limpia y sin casualidades mayores. De otro modo no estaría yo

aquí escuchando sus súplicas de cooperación.

Lupe pareció perder interés en la conversación, como si ya hubiera escuchado lo que había venido a confirmar, y se puso de pie tomando el sombrero que se había quitado. Henry la imitó.

—Señorita Lazzarini, escúcheme. Es usted una mujer valiente que puede hacer mucho por su isla desde nuestro lado. Ya estoy rebasando lo que se supone que le comparta, pero esta autonomía falsa que han logrado con los españoles puede ser superada por mucho con nosotros. Contarán con nuestra protección y nuestros vastos recursos.

—Henry, no me insulte. Los que salivan por el dominio no protegen ni ayudan a nadie. Hacen daño y destruyen. Pronto se dará cuenta de que sus enemigos aquí son más de los que imagina, y de que la oligarquía terrateniente, tan bien representada aquí por su mismo traductor, está muy a gusto con los recientes acuerdos logrados con España, como usted mismo admite. Esa navaja del conformismo y la inercia corta por ambos lados, no lo olvide.

—Cierto. Pero ése no es el caso de Mateo Tesara, ni de otros grandes terratenientes con los que tenemos contacto.

—Mateo Tesara y su familia son un prostíbulo de influencias. Están a la venta al mejor postor. No cometa el error de confundir eso con lealtad. Si tiene a Mateo detrás de usted como un lazarillo, alguna razón de peso tendrá.

Henry estaba totalmente de acuerdo con ella, pero guardó silencio. Aprovechó la apertura que le brindó la propia Lupe para seguir ese tracto particular de conversación, antes de perderlo.

—No sabía que conocía a mi intérprete, señorita.

—Su familia es una de las más ricas y poderosas de Puerto Rico. Todo el mundo la conoce. ¿Cómo logró que el heredero de la Mercantil Tesara-Pasquier se prestara para la tarea tan pedestre de traductor?

—No puedo hablar sobre eso, pero le puedo asegurar que la Mercantil, la hacienda Santa Bárbara y las principales centrales azucareras de la isla estarán de nuestro lado. ¿Puedo contar con su apoyo, señorita Lazzarini?

Lupe soltó una carcajada seca que sobresaltó a Henry por un instante. A lo lejos, un perro comenzó a ladrar, como si también hubiera sido alertado por aquella risa sin humor. Lupe se encaminó hacia la puerta y, cuando habló, lo hizo tan serenamente que sus palabras no armonizaron con su temple inmutable.

—Hasta nunca, Henry. Le deseo la peor de las suertes. Le deseo una muerte cruel y dolorosa. Quizá me encargue yo misma de ordenarlo, para que suceda a media noche, mientras duerme. Un espía degollado les añade color a las historias de conquista, y siempre se lo puedo achacar a los españoles.

Lupe tuvo la satisfacción de ver a Henry quedarse sin aliento y palidecer, llevándose una mano al cuello en un gesto protectivo. Lo de Henry eran las luchas tras bastidores donde se traficaba con información en vez de armas. Enfrentarse a una persona que sabía infligir daño físico real era algo que prefería dejar a los soldados. Lupe supo que le acababa de robar el sueño al espía, que no volvería a pegar un ojo mientras estuviera en su isla.

Fue la única satisfacción que se llevó Lupe de aquel encuentro del que salió presagiando que su patria estaría por siempre condenada a vivir subyugada a voluntades y pasiones ajenas.

Lupe caminó de la mano con Carlota bordeando la playa. Iban escuchando el sonido de sus pasos sobre las hojas secas de uva playera. Cuando estuvieron más cerca del pueblo, frente a una pequeña poza de agua, Carlota se acercó al mar hasta mojar sus pies descalzos. Ya era el ocaso y el cielo naranja ahogaba al sol, que desaparecía en el horizonte como una corona menguante. Lupe se quitó las botas e imitó a la niña cerrando los ojos en el placer del agua templada. A pocos pasos, Carlota corría por la orilla salpicándola de agua. Lupe devolvió el gesto juguetón y con un manotazo empapó a su pequeña guía. Miró sus manos, prematuramente avejentadas, y que apenas habían amado en la vida. Más veces había empuñado una cuchilla o un revólver que acariciado a un amante. Su amor era su lucha, y ésa parecía agonizar.

A pesar de su bravío ante Henry, sabía que el hombre tenía razón. Sus opciones eran simples: o les apostaba a los yanquis o se unía a la insurrección de los grupos organizados en Yauco que resistirían, junto al ejército español, el avance por tierra de los nuevos invasores. No sabía qué opción le repugnaba más. Miró aquel mar de aguas calientes y arena pantanosa de mangle, y avistó su reflejo. Sus ojos se veían enormes, perdidos. ¿Había desperdiciado su vida en una lucha fútil? ¿Había puesto en riesgo a su padre y a sí misma a cambio de nada? Lupe caminó de vuelta a la orilla y se sentó en la arena para observar los juegos de Carlota. Se vio en ella, corriendo por las playas de Cabo Rojo, y se le apretó el pecho al caer en cuenta de que a Carlota le quedaban pocos años antes de tener que cambiar sus juegos inocentes por un matrimonio impuesto o la lucha política, considerando la inclinación separatista de su familia.

Lupe se obligó a concentrarse en cómo le daría las malas nuevas al grupo. Apenas cinco meses antes, en noviembre pasado, la reina regente de España, María Cristina, había firmado el decreto de la

Carta Autonómica para Puerto Rico, que aunque no estaba libre de ataduras al imperio, sí otorgaba suficientes potestades al gobierno local como para haber aquietado los reclamos de la mayoría de los autonomistas. Eran pocos, como ella y su grupo, los capaces de atisbar por un catalejo de futuro y entender que aquella "concesión de libertad" no era libertad alguna. Los yanquis, por otro lado, eran un enigma, pero a juzgar por las inversiones que tenían en Cuba y por cómo salivaban por controlar el Caribe, sabía que, una vez que llegaran, pasarían mil años antes de verlos partir. Aquello era como escoger entre morir a garrote vil o la horca. Se puso de pie y llamó a Carlota para proseguir el camino hasta el hostal antes de que cayera la noche. Cuando llegaron, se despidió con un beso de la niña y subió las escaleras con su padre hasta su habitación, donde lo puso al tanto de su intercambio con Henry. Don Emérito no dijo palabra, pues sin duda había llegado a las mismas conclusiones que su hija.

—Y un último detalle. Mateo Tesara es el guía y traductor de Henry.

Lupe vio cómo su padre abrió los ojos, como si su hija le hubiera hablado en esperanto.

—No es posible. ¿El consentido señorito de Eusebia? ¿Ensuciándose las manos en la guerra?

—Exactamente, padre. Algo grave debe de haber pasado. Apuesto a que anda prófugo y por eso se esconde detrás de los yanquis. ¿Recuerda que siempre andaba maldiciendo a los españoles?

—Recuerdo muchas cosas de ese hijo de puta, ninguna de ellas agradable. Pero sí, siempre estaba despotricando contra los españoles. Eso no lo hace autonomista y menos separatista.

—No. Eso lo hace un oportunista, y los Tesara nunca apuestan a los perdedores. Los españoles van a perder esta guerra, papá. Usted lo sabe y yo también. Será tan fácil como robarle un caramelo a un niño. Debemos partir hacia Yauco mañana mismo. Allá organizaremos los próximos pasos con el grupo.

Emérito miró a su unigénita con ternura y orgullo. Era una mujer capaz de comandar ejércitos. Desde que su difunta esposa murió poco después de dar a luz y lo dejó con la responsabilidad de criar a la pequeña, no había cesado de maravillarse cada día que pasaba junto a ella. Pero ni la férrea voluntad de su hija podía contra dos poderosas armadas a punto de chocar. La besó en la frente y la abrazó.

—Traes la ropa mojada, hija.

—Caminando de regreso, a Carlota le dio por chapotear en el agua, y ya ve.

—Ponte ropa seca y baja a la bodega de la esquina. Doña Petra tiene tu comida en el fogón. Nosotros ya comimos. Cena y descansa hija, que mañana es otro día que traerá un nuevo afán.

Lupe despidió a su padre, se cambió la blusa y bajó con un quinqué hacia la calle polvorienta que conducía a La Bodega de Petra. La mujer la recibió cariñosa, como si la conociera de toda la vida, con esa confraternización instantánea que proveen los ideales proscritos compartidos. Petra la condujo a una mesa medio coja poniéndole delante un vaso de maví que Lupe bebió de un golpe. En el lugar comía media docena de comensales compartiendo rumores y bebiendo cervezas. A los pocos minutos, un muchacho flaco, con una correa que le daba dos vueltas a su delgada circunferencia, de grandes orejas rojas y enorme deferencia, le puso delante un plato de verduras y cerdo asado. Lupe le dio las gracias y devoró la comida en cuestión de minutos. Se echó hacia atrás en la silla de mimbre deleitándose con el inefable lujo de sentir la panza llena. El mesero seguía dando vueltas por la bodega sin perderla de vista. Luego de saciar el hambre, Lupe observó más detenidamente al muchacho. Su entrenamiento natural de espía la alertaba ante cualquier persona que se fijara demasiado en ella, pero luego de unos minutos, la cara del mesero le pareció vagamente familiar. Lupe le hizo un gesto para que le trajera una cerveza.

—Hola, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Anacleto, para servirle, señorita. Pero de donde vengo todo el mundo me llamaba Cleto.

—¿Y de dónde vienes, Cleto?

—Llegué de Cabo Rojo hace un par de meses, señorita.

A Lupe se le heló la sangre. Buscó con la vista a Petra en la barra, y la dueña del local asintió, para que estuviera tranquila.

—Toma asiento, Cleto. Yo también soy de ese pueblo, ¿sabías?

El mesero miró a su alrededor, como si alguien lo fuera a pillar cometiendo un delito, pero se sentó y le puso delante la cerveza a Lupe.

—Sí, señorita Lazzarini. Sé que usted es de mi pueblo. Llevo semanas esperándola. La señora Petra, que ha sido una santa dándome trabajo y techo, me dijo que tarde o temprano usted pasaría por la bodega.

—Ya veo. ¿Y para qué querías verme, Cleto?

Lupe no sintió temor, sólo curiosidad. Más allá del hecho de que Petra y su grupo no hubieran permitido que nadie peligroso se le acercara, Cleto parecía inofensivo y asustado. Se fijó nuevamente en sus enormes orejas rojas, que parecían a punto de hacerlo levitar, y de pronto registró una vaga memoria.

—Te he visto en el pueblo, con el cafetalero corso, ¿no es así? —exclamó Lupe como contestando una adivinanza. Para su sorpresa, Cleto bajó la cabeza y una lágrima le bajó por la mejilla. El muchacho se llevó una mano al bolsillo del pantalón y sacó un exquisito estuche

de cigarros con las iniciales S. F. R. Lupe tocó las letras con las yemas de los dedos.

—Salvador Filipi Ricci…

—Sí, era mi patrón desde que tengo nueve años y mi familia me abandonó en sus cafetales. Era muy cascarrabias y estaba un poco loco por la bebida, pero siempre me cuidó, me dio de comer, me pagaba bien y, aunque gritaba todo el tiempo, nunca me pegó. Yo era su peón de confianza y vivíamos en paz hasta el día en que me mandó a contestar un recado de Eusebia Tesara. Ojalá nunca lo hubiera hecho.

Cleto sacó un trapo de dudosa higiene de otro bolsillo y se sopló la nariz.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—El hijo de doña Eusebia, Mateo Tesara, mató a mi patrón. Escuché los disparos en las salinas y enseguida apareció el señor Tesara diciendo que mi patrón había tenido un accidente. Esa familia lleva años robándose poco a poco las tierras de la cafetalera. Petra me dijo que esta información podía servirle de algo, y yo quiero que se haga justicia para mi patrón, que sólo pecó de confiar en esa mujer.

Lupe trató de procesar rápidamente aquella información, y se dio cuenta de que el día no había terminado de ofrecerle sinsabores. Encima de todo lo demás, Mateo era también un asesino. Por eso estaba escondido en una casucha en los manglares soportando a un yanqui, a quien, sin duda, consideraba muy inferior a sí mismo.

—Es tarde para eso, Cleto. Me temo que Mateo logró lo que quería. Ya la guerra comenzó y los españoles no van a gastar tiempo ni recursos en ajusticiarlo cuando los yanquis están a punto de invadir.

—Pero… pero… se trata de un crimen. ¡Lo mató, señorita! ¡Yo mismo lo escuché!

—Yo también pienso que es una situación terrible, pero los españoles ya van de retirada y Mateo está protegido por los yanquis. ¿Comprendes?

Lupe puso su mano sobre el hombro del muchacho, que seguía llorando y ya atraía algunas miradas.

—Pero no es justo —dijo Cleto con una insistencia casi infantil.

—No lo es. No es justo que Mateo se salga con la suya. No es justo que los Tesara sigan enriqueciéndose a costa de otros y por cualquier medio. No es justa esta guerra donde somos una pieza insignificante. No es justo pelear en tu propia tierra por el derecho a vivir en paz. Y, sin embargo, todas estas injusticias existen y seguirán existiendo, por lo visto.

—No tengo a dónde ir, ni familia. ¿Qué debo hacer, señorita? —le preguntó Cleto angustiado. Lo había arriesgado todo para llegar hasta allí, y ahora estaba a la deriva. Lupe lo miró con infinita

compasión. Cleto era un ser honorable y fiel, y de esos quedaban muy pocos, en su experiencia.

—Esto es lo que vas a hacer, Cleto; descansa esta noche en cuanto doña Petra te despache. Encuéntrame aquí al amanecer. Trae contigo lo que tengas. Mañana partimos de Guánica. Yo le diré a Petra.

Cleto cesó de lloriquear y la miró incrédulo.

—¿De verdad, señorita? ¿Y adónde vamos?

—Nos vamos a encontrar con amigos, descuida. O te puedes quedar aquí, si lo prefieres.

—No —se apresuró a decir Cleto—. Mañana estaré aquí temprano, para servirle en lo que mande, señorita Lazzarini.

—Una última cosa, Cleto. No le cuentes a nadie más sobre la muerte de Salvador ni muestres su funda de cigarros. Tampoco menciones que me has visto. Ve directo a dormir y mañana nos vemos aquí, ¿está claro?

El muchacho asintió y se marchó dándole las gracias profusamente.

Lupe dejó unas monedas en la mesa, se despidió de Petra y echó a caminar con el quinqué el corto trecho hasta el hostal. La noche estaba fresca y el aire olía limpio a salitre. A los pocos pasos, sintió aquellos ojos negros de lobo sobre la espalda. Sintió el calor de esa mirada, como antaño había sentido su cuerpo húmedo junto al suyo. La vista de Mateo la acariciaba y la maldecía de lejos obscenamente. Se detuvo por un instante y escuchó que los pasos de él se detuvieron también. Supo que Mateo había observado todo, incluyendo su intercambio con Cleto, y que la podía matar allí mismo, impunemente, como había hecho con Salvador Filipi Ricci.

Intuyó, sin embargo, que Mateo sólo ansiaba una mirada suya, con la esperanza de que esa conexión la debilitara ante él. Descubrió que le tenía menos miedo a un disparo por la espalda que a la opinión que hubiera guardado de sí misma, si le hubiera dado el gusto a Mateo Tesara de mirarlo una última vez. Lupe Lazzarini se irguió y continuó caminando sin mirar atrás.

Al romper el alba la siguiente mañana, Lupe y su grupo esperaron durante media hora a Cleto. En un momento de dolor y náuseas que la superó, Lupe se recostó de la puerta aún cerrada de la bodega y se permitió llorar en los brazos de su padre. Ambos supieron entonces que Cleto nunca llegaría al encuentro, y que Mateo se había encargado de resolver el cabo suelto y peligroso que era el inocente y leal peón

de Salvador.

El grupo de Lupe luchó valerosamente en el Combate de Yauco cuando las tropas yanquis, con su bandera de cuarenta y cinco estrellas, desembarcaron por Guánica en julio de 1898. Por un breve instante, la euforia de la resistencia se esparció como un corrientazo que alcanzó a Coamo y Guayama llegando hasta Fajardo. Pero pronto Lupe, Emérito y los grupos de resistencia se encontraron atrapados en una guerra bizarra donde no había bandos amigos. Nunca tuvieron una oportunidad, y en pocas semanas se dieron a la clandestinidad.

Al mes siguiente, en agosto, el conflicto entre los dos imperios terminó tan rápidamente como comenzó, con pocas casualidades de guerra, tal y como Henry Howard Whitney había querido. El gobierno español firmó un armisticio en el que cedió las codiciadas islas de Puerto Rico y Cuba. Esa misma semana los Lazzarini y su grupo salieron en una pequeña goleta de Cabo Rojo rumbo a la República Dominicana. No permanecieron mucho tiempo allí, donde el sentimiento favorable a Estados Unidos era hasta más intenso que en Puerto Rico, y cuya dictadura se comportaba como si envidiara la suerte de las islas invadidas.

En diciembre de 1898 Lupe y Emérito llegaron a Cuba, donde el Partido Revolucionario Cubano y la resistencia estaban mejor organizadas que en su isla. Allí fueron recibidos como héroes por seguidores de la mítica figura de María de las Mercedes Barbudo, considerada la primera mujer independentista de Puerto Rico. Muchos años antes, María de las Mercedes, al igual que Lupe, se había exiliado a Cuba, aunque en el caso de la primera, para ser encarcelada. Tal era el destino de algunas mujeres que habían nacido para parir sus ambiciones de libertad con dolor y rechinar de dientes.

Al poco tiempo, la rápida aceptación del gobierno yanqui por el autonomismo hegemónico en Puerto Rico precipitó la radicalización del independentismo, que aún pintaría de sangre muchos episodios en las calles y montañas de aquella isla, repositorio de tantas codicias ajenas.

Lupe Lazzarini continuó su lucha por la libertad de su patria desde Cuba durante el resto de sus días. Fue un sueño que nunca vería realizarse, como tampoco lo verían las hijas de sus hijas ni las nietas de sus nietas, por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO XIII

DICIEMBRE DE 1900

Love les instruyó cerrar los ojos. Esa tarde sus estudiantes eran mayormente niñas, a excepción de los dos hijos varones de Dora y el alcalde Tesara. Estaban en el pequeño patio de la escuela sentadas en la grama, acariciadas por una leve brisa que disfrutaban gracias al predecible cúmulo de nubes de las tardes. Una vez que comprobó que estaban aquietadas y con los ojos cerrados, Love comenzó a hablarles.

—Es sabio aprender a percibir nuestro mundo sin la vista. Nuestros demás sentidos, de los cuales hemos hablado, son igualmente importantes. Hoy vamos a concentrarnos en los sonidos y lo que pueden enseñarnos. ¿Qué escuchan?

—El movimiento de las hojas de los árboles al viento, profesora Pasquier —contestó de inmediato Monserrate Reyes Poventud, la hija mayor de José de Dios. Monse era inteligente y estudiosa, y frecuentemente apuraba los trabajos y las respuestas en busca de ser la primera con una reacción, en lugar de cavilar un poco.

—Sí, Monse, pero, ¿qué árboles? Afinemos el oído. Sabemos que en el centro del patio hay un ortegón. Sus hojas, ¿se escuchan iguales a las de una palma al viento? ¿A las de un roble? Las hojas de yagrumo suenan distintas a las hojas del ortegón, con su cola roja. Traten de apreciar la diferencia. Cada árbol tiene su propio lenguaje secreto con el viento. Love observó que sus alumnas intentaban diferenciar los sonidos. En esas sesiones también les enseñaba la importancia del silencio y la respiración. Los pasados dos años y la entrada atropellada de la isla al siglo XX habían sido de mucha angustia y de eso no escapaban los chicos. Mientras supervisaba el ejercicio, levantó la vista y vio a Santos, quien la saludaba desde el ventanal del segundo piso que daba al patio interior. Le sonrió y le envió un beso silencioso a su marido.

A principios de año, Love y Santos habían sorprendido a la sociedad de Cabo Rojo con un matrimonio que nadie vio venir, excepto Amelia, José de Dios y Magdalena. El que un hijo de antiguos esclavos contrajera matrimonio no era un asunto que interesara a nadie. Sin embargo, el que la hermana negra de Amelia Pasquier, y respetada educadora de la École Française Occidentale, se casara con el sobrino nieto de la santera Dominga Cabrera, quien a su vez era la aliada incondicional de Eusebia Tesara, eso sí que era un tema

suculento con muchas capas de cebolla para desmenuzar en cotilleos diarios. José de Dios, quien le había tomado mucho cariño a Love, y descubierto en ella una fascinante enciclopedia de informacion del Imperio romano, útil para tertulias frecuentes, se quedó con las ganas de organizar una gran fiesta de bodas, ya que la pareja salió de paseo un fin de semana a Mayagüez, acompañada de los Reyes Badillo y Magdalena, y al regresar ya se había casado.

La improbable celestina de la unión resultó ser Dora Tesara. Con los años y la posición de su marido, Dora había encontrado que era preferible ser la protagonista de su propia vida y no alguien secundario en las intrigas diarias de Eusebia, por lo cual se había acomodado en la distinción de su propio papel. Ignorando las coloridas protestas de su dictatorial suegra, Dora había apuntado a sus tres hijos en la École Française Occidentale, que se había convertido en la única escuela de prestigio importante en el oeste, y que, pese a su nombre en francés, estaba en alta demanda por su currículo de inglés. Como bien había predicho Magdalena, el exótico nombre francés y la oferta de clases en inglés ahora que los yanquis dominaban la isla surtieron el efecto deseado, y había listas de espera para ingresar a la institución. Cuando Dora, flanqueada por dos ayudantes de la alcaldía, llegó a matricular a sus hijos, ya no había cupo, pero Love hizo una excepción y aceptó a la prole de la primera dama. Desde entonces, una lenta relación se fue coagulando entre Love y Dora, hasta que, con el tiempo, llegaron a ser buenas amigas.

A pesar de su posición social, Dora siempre había sido una mujer trabajadora, primero en la casa de cambio y empeño de sus padres y luego en los negocios de los Tesara y la alcaldía, por lo que admiraba la determinación de Love para abrirse paso en un mundo que no estaba hecho para las mujeres, y menos para las mujeres negras. Desde su oficina en la poltrona municipal, Dora dirigía un programa de alimentación infantil en el pueblo. Por aquellos tiempos, demasiados infantes morían a causa de disentería, tuberculosis y hambre, y para empeorar el cuadro, los nacimientos en general se habían reducido drásticamente. Ejércitos de niñas y niños descalzos y harapientos flotaban por todo el pueblo como fantasmas en un cuadro desolador. Dora se sentía abrumada ante tanta necesidad, y así atacó decididamente las necesidades más básicas: alimentos, ropa y techo.

Love supo de la iniciativa de Dora y le propuso abrir sesiones los sábados para estudiantes que no podían pagar el costo de la escuela. Dora aceptó encantada y las clases de los sábados, llamadas “Letras para todos” y que se extendieron luego por varios años, acogieron a cientos de menores pobres. Fue en uno de esos sábados, en los que Dora participaba activamente en la escuela, cuando observó la intimidad entre Love y Santos, esa que siempre se palpa flotando entre

dos seres cuando están al borde de enamorarse. Echó mano de su amistad con la primera dama de Mayagüez, hermana del juez de paz del pueblo, quien recibió a la pareja un domingo privadamente en su despacho. Allí el juez ofició la más sencilla, pero la más hermosa de las bodas. Love y Santos se unieron en una mirada que no interrumpieron hasta el final de la ceremonia. Amelia y Magdalena, ambas en vestidos y tocados nuevos, fueron las testigos y madrinas de la unión. José de Dios no pudo contener las lágrimas al verlos besarse al final del breve acto civil. Love lucía majestuosa, en un traje color marfil de encaje chantillí y fragantes azucenas insertadas en el largo cabello suelto en toda su gloria de rizos.

Si el amor de Samuel fue para Love uno marcado por la clandestinidad y el dolor, el de Santos, en contraste, era un bálsamo para su alma. Su marido tenía un corazón gentil y abierto. Trabajando la madera, había adquirido una sabiduría vasta sobre estilos arquitectónicos, materiales nobles y la importancia de crear con devoción. La distancia entre sus experiencias de vida los unía en vez de separarlos: Love nació libre y nunca conoció la esclavitud, a diferencia de él, quien la vio de niño y cuya familia, aunque libre, todavía guardaba las marcas infames del carimbo y del trabajo inhumano de los cañaverales.

Luego de la boda, Santos se preparó para el inevitable conflicto con su tía Dominga, la matriarca de su familia, y quien hasta la fecha se había negado a recibir a Love. Santos no cesaba de explicarle que Love era una intelectual y educadora, no una *mambo* , que ni siquiera practicaba el vudú, y que, de hecho, no observaba religión alguna. Dominga permanecía inmutable, pero su sobrino sospechaba que su terquedad era más para beneficio de Eusebia que por convicción propia. Dominga podía leer a la gente con facilidad y de seguro podía ver la transparencia del alma de Love, pensaba Santos. Un domingo, una vez casados, después de la misa de las nueve, a la que Dominga no faltaba, Santos y Love se presentaron en su casita sin anunciarse. Ella le llevaba flores y una botella de anís, y él una caja de turrones y otra de polvorones. La vieja santera los avistó mientras caminaban hacia su casa y sopesó por un minuto la decisión de recibirlos o no. Cuando llegaron hasta la puerta, la santera los bendijo mascullando, mientras los dejaba pasar. La pareja estuvo media hora con Dominga bebiendo, comiendo polvorones y hablando de trivialidades. Al final de la visita, Love no tenía claro si en el futuro Dominga la aceptaría o no.

—Por supuesto, amor. Es imposible conocerte y no quererte.

—Hablas subjetivamente, como un recién casado. Si Eusebia la obliga a escoger entre ella y tú, o nosotros más bien, no estoy segura de que nos escoja. Eusebia me detesta por mi relación con Amelia, y

por mi color de piel, no lo dudo.

—No comprendes lo más fundamental de la relación entre Dominga y Eusebia.

—¿Qué es?

—Dominga no necesita a Eusebia. Eusebia necesita a Dominga.

Las cortinas apenas hacían mella en aplacar el sol tibio que entraba a través del ventanal. La claridad despertó a Antoine. Era domingo, recordó, así que no tenía prisas. La larga zafra había terminado el mes anterior, y se había logrado cumplir con el aumento en demanda desde la llegada de los yanquis, quienes eran ahora sus mejores clientes y colaboradores. Cerró los ojos nuevamente y extendió un brazo hasta sentir la calidez de Emilia. Se tornó a observar aquella silueta menuda que dormía de lado, con su respiración rítmica. La besó en un hombro que olía a gloria, y acarició su cabello color cacao cayendo como una cascada en la almohada blanca. Ya era diciembre y el ambiente había refrescado, sobre todo por las noches, por lo que Emilia estaba arropada con una ligera sábana de algodón que dejaba entrever su desnudez. El francés sintió que despertaba su deseo por Emilia, pero decidió dejarla descansar. Tenían todo el día para hacer lo que quisieran, incluso no salir de la cama. Se levantó sin hacer ruido, se vistió y bajó descalzo a tomar el café negro que Nina dejaba listo en la cocina. Era la única tarea de Nina en aquellos días: prepararles café y una comida robusta para el día, antes de dejarlos solos.

Antoine llevaba semanas viviendo en la casa de Emilia sin haber visitado Green Kay II, ni para guardar apariencias. Ya no le importaba lo que pensaran su hija, su socia o el propio Mateo, ninguno de los cuales, había concluido, tenía estatura moral para reclamarle nada, considerando los brincos de los tres en tantas camas prohibidas. Emilia ya estaba divorciada con decreto eclesiástico y los chicos pasaban una temporada con su abuela Eusebia, quien se había quejado de que “Ya casi no veo a mis nietos”. Tras la petición de Eusebia de pasar las navidades con ellos, Emilia y Antoine decidieron disfrutar de un tiempo ininterrumpido juntos, así que, por fin, luego de cuatro años de relación, se encontraron solos en la casona de Emilia viviendo como una pareja normal.

Endulzó el café negro hecho con harina de semillas de sus propios cafetales, caminó hasta el barandal y se sentó en una de las mecedoras. Estos días de paz le habían recordado lo feliz que había sido en su rutina en París, con su pequeña Amelia, en su hermoso

palacete en Rue Bergère 99, del que aún era dueño. Para Antoine, era un milagro haber reparado la relación con su única hija, y apenas se perdonaba haberle impuesto un matrimonio con tal de echar mano de la hacienda Santa Bárbara. Se consolaba viendo cómo, a pesar de todo, Amelia parecía feliz con José de Dios y su cuantiosa familia. Antoine también recordaba haber sido feliz en Haití, donde transformó la operación de Etoile Blanche, y donde se sentía pleno cuando llegaba a Green Kay por las tardes, a la alegre algarabía de Amelia, Love, Magdalena y *monsieur* Tauran, quien trataba de imponer orden. Pensó en aquellos días dulces con el deseo ferviente de haberlos apreciado más cuando los vivió.

Antoine Pasquier sabía que la sucesión de eventos que destruyeron su existencia idílica y lo llevaron a sumirse en su encrucijada actual eran de su propia hechura. En París y en Puerto Príncipe había recibido cada mañana con sentido de propósito; estaba construyendo algo concreto y logrando proyectos de avance. En Cabo Rojo hacía años que no construía nada, no creaba nada. Su única función era hacer más y más dinero para las insaciables arcas de la Mercantil Tesara-Pasquier. El enorme riesgo que se tomó Mateo al insertarse directamente en la guerra había pagado grandes dividendos. El apetito en el norte por el azúcar, el ron y el café era voraz, y la joven nación estadunidense se convirtió en el cliente exclusivo de la Mercantil. Apenas unos días antes, el 11 de diciembre, en una ceremonia en el Capitolio en San Juan a la que Eusebia y Mateo asistieron como invitados especiales, sus dos socios exhibieron públicamente sus íntimos lazos con el nuevo gobierno en una foto de primera plana en *La Gaceta* . El negocio del azúcar, en declive antes de la invasión, renacía con fuerza, y los servicios de Antoine eran solicitados por otras centrales en la isla, para asesorar en la modernización de maquinarias y sistemas de operación. Antoine aceptaba aquellas misiones encantado, a pesar de las protestas de Eusebia. Tales trabajos lo alejaban por semanas de la Mercantil, que una vez fue su faro de ambición y ahora era su ave de mal agüero.

—No comprendo su objeción, Eusebia. Si continuamos absorbiendo otras centrales al ritmo que llevamos, nos conviene que paguen ellas por modernizarse antes de que las compremos, ¿no cree? —le replicaba secamente Antoine señalando lo obvio. Con el correr de los años, de la admiración y la reverencia que le había inspirado Eusebia en antaño, sólo quedaban desdén y hastío. La gota que finalmente colmó la copa entre ambos socios fue la adquisición final de la hacienda Santa Bárbara, la central azucarera insignia y orgullo del oeste en sus años de gloria, cuando los ilustres don Roberto Reyes Badillo y doña Emelina Poventud llevaban las riendas de los negocios familiares.

Dos años antes, cuando terminó la breve guerra y Mateo regresó a Cabo Rojo, los Tesara llamaron al cobro de la totalidad de las deudas de José de Dios Reyes Badillo sin avisarle a Antoine, y menos a Amelia. La chica acudió desesperada adonde su padre rogando por indulgencia, hasta que su marido terminara de tramitar una oferta que negociaba con unos inversionistas interesados en la hacienda. Antoine estaba tan eufórico de tener a su hija frente a sí, fuera por la razón que fuera, que le hubiera cedido la totalidad de su participación en la Mercantil si se la hubiera pedido.

—Hija, Eusebia no me consultó sobre esta carta de cobro, o me hubiera opuesto de plano. Sabes que llevo años haciendo todo lo que puedo por protegerte a ti y a José de Dios de ella.

—Le creo padre, pero esto me deja en una posición muy difícil entre usted y mi marido. Nos quedaríamos en la calle.

—Eso nunca va a ocurrir, Amelia, y no voy a permitir que Eusebia se apropie de Santa Bárbara de este modo. ¿Qué sería para ustedes un arreglo razonable? Sabes que puedo ponerle barreras a Eusebia, pero tarde o temprano volverá al ataque. —Antoine vio a Amelia bajar la vista y una lágrima bien sincronizada surcó su rostro. Antoine saltó de su silla y la abrazó—. Descuida Amelia, déjalo en mis manos. Dile a José de Dios que me encargaré de detener el embargo, y veré cómo podemos mejorar la oferta que consiguió de los inversionistas.

Antoine tuvo una acalorada discusión con Eusebia, quien argumentaba, con mucha razón, que las deudas de Santa Bárbara eran mayores que el valor de las mismas tierras, las cuales estaban en un estado calamitoso, con menos de la mitad de los trabajadores que requerían y con maquinarias y trapiches obsoletos. Sin escuchar razones, Antoine, como socio fundador de la Mercantil Tesara-Pasquier, exigió una oferta más que generosa para José de Dios y Amelia, muy por encima del valor de la hacienda, así como la retención de la mansión con el pago de estipendios y el servicio, dos sillas para el heredero y su tío Froilán en la junta de directores de la Mercantil, y generosos salarios. Un negocio perfectamente redondo para Reyes Badillo, sobre todo ante la sospecha que tenía Antoine de que su yerno nunca recibió una oferta de nadie. Había sido hábilmente manipulado por la pareja, pero poco le importaba. Sólo quería tener a su hija y a su nieto cerca.

El incidente, sin embargo, había erosionado profundamente su relación con Eusebia, que ya venía deteriorándose con el cúmulo de demasiados pecados y sospechas. Antoine siempre supo de los medios de que se valió la matriarca de los Tesara para apropiarse de las tierras iniciales de la cafetalera Filipi Ricci, y se avergonzaba de haber participado tan solícitamente en la cruel manipulación de un hombre

vulnerable por su amor a Eusebia. Sabía que había algo bizarro en la desaparición repentina de don Salvador y el simultáneo viaje a Estados Unidos de Mateo. Sabía que su socia tenía encerrado y anulado a don Cipriano, a quien nadie veía hacía tanto tiempo que igual estaba muerto y enterrado. Sabía también que Eusebia era corrupta hasta los huesos, que no vacilaba en sobornar, chantajear y traficar influencias, con tal de lograrlo que deseaba. Antoine se había ido acomodando de a poco en aquel maremágnum de corrupción, en el que había cedido lentamente con la guía de su propia ambición, que no era poca. Un día en que llegó sin avisar al lecho tibio de Emilia, ya no pudo soportar su propia piel. Se sentía envenenado con una resaca eterna que emanaba como efluvio de aquellas islas y le estallaba la cabeza. Soñaba a diario con regresar a París con la misma pasión con la que soñó vivir en el Caribe, cuando vivía en su ciudad natal.

En aquel abismo de azúcar, Emilia Zaragoza era su único oasis. Aquella mujer luminosa le había robado el sueño seis años antes en el puerto al llegar a Cabo Rojo. Se habían acostumbrado a vivir su romance con fingida discreción, y salvo por una que otra visita a Green Kay II, Antoine vivía la mayor parte del tiempo con Emilia y sus hijos. Al principio de la relación, Antoine apenas dormía, atónito ante el crucigrama inmoral en el que se encontraba por acostarse con la exmujer de su socio, el cual a su vez había sido amante de su hija. Pero prescindir de Emilia no era una opción. Lo que sintió por Isabel Bonastre, la madre de Amelia, palidecía ante su adoración por Emilia. Antoine supo la macabra historia de su niñez y cómo la superó, y ello la hizo adorarla más.

Cada vez que le hacía el amor, sentía que había obtenido un pase temporero a un olimpo de sensualidad, y se sorprendía porque nunca había sido un hombre de grandes pasiones carnales. En los años que pasó en Haití, Michel Geffrard lo había introducido a los prostíbulos y casas de fiesta de Puerto Príncipe, pero cuando se desahogaba allí, salía más agraviado que aliviado.

Por aquel entonces, Amelia llevaba dos años sin ver a Mateo, y había sentido la bofetada de su crueldad cuando éste apoyó sin vacilar a su madre en el intento de apropiarse por sorpresa de lo que restaba de la hacienda Santa Bárbara. Emilia y Amelia se encontraron de pronto reflejadas la una en la otra, en el espejo de la codicia de Mateo. Llegaron a un pacto de no agresión y, con el tiempo, se perdonaron las heridas infligidas. Entre ambas nació una cordialidad que permitió, para el deleite de Antoine, reuniones familiares frecuentes en las que se juntaban los tres hijos de Emilia, los cinco de José de Dios y el adorado Jean Baptiste. Las ocasiones eran frecuentes, puesto que cada dos por tres alguno de los niños celebraba su santo, hacía la primera comunión o se graduaba de algo. En esos convites familiares, Antoine,

ya en sus cuarenta y siete años, corría libre jugando con los niños por largos ratos, en una regresión a la infancia de su hija, que casi le pasó desapercibida. Esa risa cristalina y liviana de los niños era una catarsis que no recordaba haber disfrutado con Amelia en París, seguramente porque quien se gozó su risa fue Magdalena.

En el 1900 Jean Baptiste cumplió cuatro años y Amelia y José de Dios decidieron finalmente hacer una gran fiesta familiar para celebrar a su hijo y el cierre del primer año del siglo xx . Emilia se ofreció ilusionada a ayudar en la decoración navideña de la mansión Reyes Badillo. José de Dios, quien admiraba de lejos a la exquisita Emilia, pero no socializaba con ella por solidaridad con su esposa, estuvo encantado de colaborar finalmente con la renombrada diseñadora, cuyas creaciones ya tenían una amplia clientela en España, República Dominicana y Cuba. Una semana antes de la fiesta, Emilia le preguntó a Amelia si deseaba que invitara a la primera dama.

—Claro que sí. ¡Qué honor! —se apresuró a decir José de Dios. Cuando vio la cara seria de Amelia, bajó la intensidad de su entusiasmo—. Por supuesto, si Amelia no tiene inconveniente.

—Comprendo tu resquemor, Amelia, pero te juro que Dora es una buena mujer. La misma Love te ha hablado de su trabajo voluntario en la escuela los sábados y su programa de alimentación infantil. Dora está muy feliz con lo que hace, y ya no le ríe las gracias a Eusebia como antes, pero igual respeto lo que decidas —le dijo Emilia mirándola con aquellos enormes ojos negros casi líquidos, junto a José de Dios, a quien poco le faltó para arrodillarse y besarle los pies con tal de que accediera. Amelia no pudo evitar una carcajada, y Dora y su familia fueron añadidos a la lista de invitados.

Antoine se regresó a la cocina de Emilia para servirse una segunda taza de café, y degustó el silencio de la mañana interrumpido sólo por un par de gallos y el sonido lejano de las olas. Esa tarde sería el esperado cumpleaños de su nieto y sonrió, pensando en el entusiasmo casi infantil de Emilia y José de Dios al organizar el evento. José de Dios había desempolvado cristalería, porcelana, candelabros y manteles que ordenó para su boda, y organizó una variedad de juegos para los niños, con un pequeño ejército de niñeras incluidas. Emilia superó a José de Dios, pues contrató a unos Tres Reyes Magos prematuros que llegarían a caballo a la fiesta en diciembre, a pesar de que la epifanía se observa en enero. Era por esa recién estrenada felicidad de tener aquella excéntrica familia, y por el milagro de ver juntas a Amelia y Emilia, que permanecía allí, acallando a diario las voces que le rogaban que se regresara a Francia y dejara atrás aquel paraíso falso de ambición y sangre.

Fue así como el domingo 18 de diciembre de 1900 se dio una convergencia cósmica de personas que Eusebia jamás imaginó juntas en su ausencia y sin su bendición. A la fiesta llegaron Emilia y sus tres niños, que arribaron con su tía Dora y su familia, alcalde Tesara incluido. Llegó el orgulloso abuelo de Jean Baptiste y socio de Eusebia. Llegó la educadora más solicitada del pueblo, del brazo del apuesto sobrino nieto de Dominga. Por supuesto, también estaban Froilán con su esposa, la tal Magdalena, y Jacinto, quienes vivían como ricos a costa de la Mercantil, masculló para sí la hacendada.

El ocaso llegó temprano, como todos los inviernos. Luego de cenar sola, salió a su balcón moviendo circularmente un vaso de ron añejo de su producción privada. A lo lejos, iluminada por lámparas de aceite, divisaba la casa de Mateo, el único miembro de su familia que no estaba en esa fiesta. Tampoco estaba Cipriano, pero Eusebia ya casi no se acordaba de él. Con un pesar que la atacó como un ave de rapiña, cayó en cuenta de que esa tarde coincidirían en Santa Bárbara los dos hijos varones de Mateo: Sebastián y Jean Baptiste. Uno de Emilia. Otro de Amelia. Dos Tesara, aunque uno llevara el detestado apellido Reyes Badillo. Se sintió de pronto anciana, como si tuviera cien años en vez de cuarenta y ocho. Pesaba cada transacción de vida que había hecho para llegar hasta donde estaba. Era la mujer más rica de Puerto Rico, adulada por los manipulables gobernantes, militares y funcionarios enviados por el presidente William McKinley. Era temida por la poca competencia que le quedaba en el cartel del azúcar y ahora del café, con el que se proponía seguir el mismo plan de expansión usado para la central San Ana, adquiriendo otras cafetaleras independientes, como el mismo Salvador había dispuesto. De repente, no veía muchos más molinos de viento por conquistar en aquella isla. En el camino, había tenido que pagar a cambio de su poder, claro está, y siempre estuvo dispuesta a hacerlo. Eusebia pensaba que el carácter de una persona se podía medir por su habilidad de aceptar el ineludible binomio de la causa y el efecto de cada decisión. Aun así, no imaginó que el costo de amasar su fortuna también incluiría a su familia. Leoncio vivía concentrado en su vida en la alcaldía, y Dora, en sus babosos proyectos de primera dama con los que se pavoneaba por el pueblo. No los podía controlar como antes, porque se habían removido físicamente de su alcance. La única función de Leoncio en la Mercantil Tesara-Pasquier era acudir a reuniones extraordinarias cuando se requería su voto. Dora no se quedó atrás, e ignorando sus protestas apuntó a sus nietos en la escuela de la haitiana, cosa que aún no le había perdonado. Para rematar, Emilia estaba jugando a la familia feliz con su socio Antoine, y no sabía si la diseñadora captaba

la ironía perversa de que era la futura madrastra de Amelia. Eusebia se provocó risa con ese pensamiento, tomó un buen sorbo de ron y encendió un puro.

—Quien se ríe a solas por lo general recuerda cosas prohibidas.

Eusebia escuchó la voz de Mateo y se volteó para saludarlo. Como siempre que lo veía, dedicaba unos segundos a deleitarse en la belleza de su hijo. A sus casi treinta años, con cada arruga que se le tejía en el rostro, ahora más delineado, con las esporádicas canas que surcaban su cabello azabache de suaves ondas… todo lo hacía más irresistible mientras más edad acumulaba. Observó que traía un vaso del mismo ron de reserva que ella bebía, y a Nix y Peito en los talones de sus botas, ambas esperando un saludo. Extendió el suyo y lo chocó con el vaso de su hijo en un brindis sin discurso.

—Nada prohibido, hijo. Te puedo decir sin tapujos lo que me provocó risa. Pensaba en la ironía de que, si las cosas siguen como van, pronto tu exmujer va a ser la madrastra de tu examante.

Eusebia estalló de la risa ante el rostro de Mateo, boquiabierto ante tamaño comentario de su madre. Pronto le bajó una lágrima, mientras reía descontrolada. No recordaba la última vez que algo la había hecho reír. Ante las carcajadas de su madre, Mateo se rindió y se unió a su pesar. Al rato se aplacaron y Mateo encendió un puro.

—¿Este ron es de la nueva reserva que vamos a vender?

—Mismo año, pero éste es de mis barricas personales. Ya verás, el ron Barril de Oro Gran Añejo será todo un éxito —le dijo Eusebia pasándole su vaso para que le sirviera más. La nueva etiqueta de ron era el más reciente proyecto de Eusebia. El ron Barril de Oro Gran Añejo no era muy distinto a otros que ya producía la Mercantil, pero Eusebia pensaba anunciarlo en el mercado de Estados Unidos como un gran licor de lujo. Mateo estaba seguro de que sería un éxito rotundo, como todo lo que hacía su madre.

—Volviendo al tema que le provocó tanta risa, no me importa lo que hagan Emilia y Amelia con sus vidas. Por mí, pueden reunirse todos los días a jugar a las amigas si lo desean. Ninguna es mi problema ya —dijo Mateo mirando su solitaria casa a la distancia. Eusebia lo miró burlona.

—Eres un caso clásico de ni soga ni cabra, hijo. Entiendo tu amorío con Amelia en Haití. La chica exuda calentura y no me imaginaba que te ibas a mantener casto y puro por tanto tiempo. Sé que eso nunca se te ha dado bien. Pero debiste terminar allá esa relación. Emilia era la mujer perfecta para ti.

—Traté, madre. No pensé en seguir con Amelia luego de su matrimonio con José de Dios. De hecho, acordamos poner fin a lo nuestro y regresar a nuestras parejas.

—¿Y qué pasó con ese inusual arrebato de sensatez?

—Para mi sorpresa, poco después de su luna de miel por Europa, ella misma regresó a mi casa y se metió en mi cama sin explicaciones.

Eusebia rio nuevamente. El calor del ron le impartía gracia a todo.

—Pues para mí no es ninguna sorpresa. Solo me confirma que José de Dios es un marica de alta sociedad. Entiendo que la chica también tiene derecho a entretenerse, pero fue una mala idea arrastrar esa relación hasta Cabo Rojo. Nos ha dividido como familia y eso nos debilita.

—Su relación con don Salvador tampoco nos unió mucho.

—Cierto, pero obtuvimos algo valioso a cambio: la hacienda cafetalera. En tu caso, no ganamos nada y perdimos el prestigio de Emilia. Todo en la vida se paga; es cuestión de ver si al final quedas con ganancias o pérdidas. Pero de nada vale recriminarnos ya, hijo mío. Ambos hemos cometido los mismos errores porque somos iguales. Tú y yo. Así como Cipriano es igual a Leoncio.

—Mi padre es un gran hombre que no merecía esto. Ha sido usted cruel con él, madre.

—Quizá, pero fue su decisión encerrarse a morir después de su accidente y dejarnos la carga de todo. Y fuimos tú y yo, nadie más, quienes heredamos una central de segunda y un pequeño negocio de transporte y los convertimos en la Mercantil que es hoy en día. Nuestras riquezas se expanden a lo largo y lo ancho de la isla. ¿Crees que esto hubiera ocurrido con Cipriano a la cabeza de los negocios de la familia? —dijo Eusebia observando la danzante viruta de humo que despedía su puro—. Nunca te he reprochado lo que le hiciste a Salvador, y el riesgo en el que nos pusiste a todos. En eso también cargo culpa. Dejémoslo así, que ladrón que pacta con otro ladrón lleva perdón, y la Mercantil nos necesita, hijo.

—Y lo que necesita la Mercantil, ¿qué más nos costará? Todo el mundo nos ha dado la espalda. Mi hermano se ha desvinculado de los negocios familiares con la excusa de que debe mantenerse probo en su puesto. Nunca conseguimos doblegar a los Reyes Badillo, quienes nos cuestan una fortuna. Hasta Emilia rehizo su vida con Antoine… y me pregunto, de todos los hombres en el oeste, ¿tenía que ser precisamente con nuestro socio?

—Imaginaría que Antoine se pregunta exactamente lo mismo sobre ti, de por qué te enredaste con su única hija —ripostó Eusebia—. Confieso que tu relación con Amelia me confundía. No por el desahogo inevitable de un hombre solo, lejos de su casa, sino por el riesgo de escogerla a ella.

Eusebia escuchó una leve carcajada seca de Mateo.

—Eso es lo que todo el mundo piensa, porque no conocen a Amelia. Ella me escogió a mí, madre. A los dieciséis años ya era

astuta, muy consciente de sensualidad. Me traía loco, no se lo niego, pero dar ese paso bajo el techo de su padre me daba mucha pausa. Una noche, cuando nos retiramos luego de la sobremesa de la cena, Amelia abrió la puerta de mi habitación, se desnudó y se metió en mi lecho sin más. Me aseguró que se encargaría de que su padre no se enterara. Cuando llegamos aquí, pensé que todo seguiría igual, con discreción, pero no fue así. Conocer a Emilia en carne y hueso tuvo un mal efecto en Amelia, que la llevó a acceder a casarse con José de Dios. En fin, ya hace dos años que no la veo. Le he enviado docenas de cartas que nunca contesta.

—Es mejor así, Mateo. Aquí en el pueblo siempre andas bien acompañado y asumo que las mujeres no te habrán faltado en Nueva York. Deben de haber caído como moscas, las pobres, que se tienen que conformar con esos yanquis desabridos.

Mateo trató de recordar el rostro de alguna de las muchas damas de la sociedad neoyorquina que desfilaron por su apartamento en The Dakota, pero la mujer que le vino a la mente fue Lupe Lazzarini. Aquel rostro color miel tostada, sus pechos apretados en aquella blusa blanca, su figura de movimientos ágiles como una gacela, el labio inferior con una leve hendidura en el medio que Mateo quería morder, su cabello mojado de salitre y de recuerdos de placer. No sabía siquiera si estaba viva, y si lo estaba, no tenía dudas de que lo mataría con sus propias manos si le daban la oportunidad. Era la única mujer que lo había humillado e ignorado en su vida, y aquello lo excitaba inmensamente.

—No, no me faltaron, pero las yanquis son sosas y no huelen bien. Descubrí que se bañan menos que aquí, por el frío.

—Pues me alegra este tiempo de introspección que vives, porque te necesito a mi lado en la Mercantil. Estoy olfateando que Antoine ya está harto del Caribe, la guerra, los levantamientos y exigencias de los peones, y, ahora, el peso adicional de la cafetalera. Tenemos que retener a Antoine. Si se va, nos arriesgamos a perder a Etoile Blanche.

—Descuide, madre. Antoine no irá a ninguna parte sin mis dos exmujeres y su nieto. Amelia y Emilia no abandonarán Cabo Rojo. Aquí tienen sus vidas, familias y negocios.

—Que Changó te escuche.

En eso, Nix y Peito, alertadas por el relincho lejano de Enzo, el caballo de Mateo, salieron disparadas del balcón hacia el interior de la casa. Cuando se disponían a irse por la puerta de atrás, se toparon con Dominga, quien las detuvo con la mirada. Con un gesto de la santera, la siguieron sumisamente a la cocina gimiendo.

—¿Has cenado, Mateo?

—No, pero no tengo mucha hambre.

—Ven, que no es bueno beber con el estómago vacío. Yo misma

te sirvo un plato de una garbanzada con bacalao divina que hizo la cocinera nueva, se me escapa el nombre.

Mateo recordaba perfectamente el nombre de Nita, la hermana de Crista, con la que había pasado más de una tarde entretenido en la cama, pero se guardó el dato. Siguió a Eusebia al gran comedor y se sentó mientras su madre colocaba platos y cubiertos en la mesa contándole los chismes más recientes en torno al gran acontecimiento social que era la fiesta de Jean Baptiste.

—Un pacto hecho en el infierno de la hipérbole, ese de Emilia y José de Dios, ¿te lo puedes imaginar? Me cuentan que más que el día del santo de un chiquillo, la ostentosa fiesta parece una boda. Dominga dice que hasta Tres Reyes Magos trajeron para la ocasión.

—¿Reyes Magos? Pero la epifanía es el mes próximo.

—Aparentemente algo tan inconsecuente como una fecha tradicional no es impedimento para que los Reyes Magos adelanten su llegada, si de complacer al heredero de la heredera se trata —contestó Eusebia, mientras encendía las velas de uno de los candelabros—. Me fastidia admitir que José de Dios nunca fue tan cabeza hueca como pensábamos. Ha sido el que más ha ganado en todo esto, con la menor inversión de esfuerzo. Está casado con Amelia y es el padre legal de Jean Baptiste, los dos herederos de Antoine. Parece que, de tanto leer de emperadores romanos, un par de cosas aprendió.

—Si Antoine decidiera regresar a París o irse a cualquier otro lado, ¿qué cree que pasaría con sus acciones?

—Tiene varias opciones. La primera es no hacer nada, delegar sus funciones y recibir sus dividendos tranquilamente en París. Habría que ver a quién deja en su silla. Por otro lado, podría vendernos su parte. Entonces, el negocio regresaría al control de la familia.

—Puede vendernos a nosotros o a otros. La misma Etoile Blanche sin duda estaría interesada.

—Sí, pero ¿para qué complicarse la vida? Lo más sencillo para él sería vendernos su participación y listo. Eso me preocupa menos que perderlo. Si hemos logrado la ventaja que tenemos, es, en buena parte, gracias a la modernización que trajo Antoine a nuestras operaciones. Estoy contando con él para completar una transformación similar en la cafetalera.

—Pasquier no es el único ingeniero en el mundo —dijo Mateo sirviéndose una copa de Rioja, tras terminar su comida.

—No, pero es el mejor especializado en ambos negocios, de la caña y el café, y ya lo tenemos a la mano, así que mantente alejado de Amelia y tengamos la fiesta figurativa y literal en paz. Ya hemos tenido suficiente drama como para que nos dure por el nuevo siglo. ¿Con cuál mujer afortunada te entretienes en estos días, hijo?

—Con ninguna en particular, a decir verdad. Nunca le conté que

cuando fui intérprete de Henry me volví a encontrar con Lupe Lazzarini.

El nombre de Lupe se quedó en suspenso danzando en el humo del cigarro de Eusebia. A lo lejos se escuchaban los cánticos santeros nocturnos de Dominga.

—Ni recordaba que estaba viva. ¿Cómo sucedió ese encuentro?

Eusebia apagó su puro.

—Era nuestro contacto más importante en el sur, pero nos mandó al infierno y desistió de ayudarnos.

—¿Y qué fue de ella, entonces?

—No tengo idea. Desapareció después de la Batalla de Yauco.

—Qué excelente noticia para cerrar la noche. Cuando te vuelvas a interesar en alguien, por favor procura que no esté emparentada con nuestros socios o capataces. Ya me retiro, creo que bebí de más. Quédate aquí esta noche, en tu antigua habitación. Me hace sentir acompañada el que estés en la casa. Además, podemos enterarnos juntos mañana en el desayuno de las incidencias del cumpleaños. Me muero por leer las babosadas que escribirán las páginas sociales y los chismes de las criadas.

Eusebia besó a su hijo y se retiró a disfrutar de su sobo nocturno con alcoholado Santa Ana de las manos de Dominga. Mateo terminó su copa sin prisas escuchando el sonido chillón e ininterrumpido de las chicharras machos que intentaban atraer a las hembras, y se dispuso a retirarse a la habitación de su juventud. Recordó a su caballo Enzo, pero ya alguno de los peones lo habría desensillado y guardado en los establos. De camino, se detuvo frente a la puerta de la habitación de su padre y puso una mano en la perilla. Antes de abrirla, miró hacia afuera, vio que había anochecido por completo, y desistió. Mañana sería otro día para abrazar a su padre.

Cipriano abrió los ojos en medio de un sueño frente al mar. Suspiró aliviado, porque no quería seguir allí, en aquella playa de aguas inquietas que por algún motivo olían a azufre. Trató de moverse y sintió el dolor familiar en las piernas. De todos modos se levantó con su bastón de cabeza de marfil. Sabía que ese cuerpo menguado, indigno, no era el suyo. Era un truco del espejo. Ya era tarde, y sentía que se había retrasado para algo importante trabajando en su despacho en el Puerto Real. ¿Había acudido hoy al despacho? Su cerebro nadaba en una espesa bruma. De pronto, recordó. Era el cumpleaños de su pequeño Mateo. ¡Cómo había podido olvidarlo! Lo sabía porque el sirviente que le llevaba el desayuno se lo comentó esa

mañana a la criada que cambiaba su ropa de cama. Por algún motivo que no entendía, el cumpleaños de su amado hijo menor sería en la hacienda Santa Bárbara. Valiéndose del fiel bastón, se acercó a su armario. De allí sacó uno de sus trajes, lleno de polvo y telarañas. Se lo puso lentamente, con la dificultad que le aportaba su cuerpo entumecido y quebrado. Sentía hormigueo, picor y quemazón en los brazos, manos y piernas, pero todo lo ignoró hasta que terminó de vestirse. El traje le quedaba inmenso, pero era mejor que llegar en camisón largo de dormir a la fiesta del pequeño Mateo. Olvidó los zapatos y salió de su habitación vestido, pero descalzo.

Cipriano escuchó voces en el salón comedor mezcladas con el relincho de un caballo y se encaminó a la parte trasera de la casa, cuando dos perras que parecían gárgolas se acercaron corriendo. Lo miraron fijamente, pero no hicieron ruido y rápidamente giraron hacia la cocina, como atraídas por una aparición que les desvió el rumbo. Justo detrás de la casa encontró un caballo azabache ensillado que le recordó vagamente un accidente, pero no podía rescatar los detalles de su memoria y tenía prisa por llegar al cumpleaños de Mateo. Ignorando los estribos, Cipriano acercó una banqueta de madera al caballo, se aupó con los brazos y se lanzó de panza contra el costado de Enzo, lo que le provocó un dolor que lo atravesó entero. Logró enderezarse y sentarse, pero no pudo colocar una pierna a cada lado de la silla, así que echó a cabalgar sentado con ambas piernas a un lado, como las señoras de la ciudad.

La noche estaba hermosa, y la luna iluminaba el camino con un resplandor perlino. Lamentando no llevar un regalo para Mateo, Cipriano abrió un bolso de piel amarrado al caballo y encontró un revólver Colt, una cuchilla en su estuche, unos pesos sueltos, una funda con cigarros, cerillos y una botella de ron a la mitad. Nada que pudiera llevar de regalo a un niño. No importaba, pensó Cipriano. A su hijo Mateo le dejaría todos sus negocios y riquezas, y sería eternamente feliz.

En la *mise-en-scène* de la celebración la música era de suprema importancia para José de Dios, quien combinó grupos de danzones, vals y hasta rumba. Pero fue la coreografía de una bomba por un grupo de seis niños y seis niñas alumnas de Love lo que arrancó los aplausos más vivos de la tarde. El fonógrafo de José de Dios amenizaba entre las pausas de los grupos musicales, y todos los invitados se arremolinaron a escuchar la primera grabación de *La Borinqueña* , con su letra revolucionaria, grabada por la cubana Chalía

Herrera, la cual el heredero había obtenido, como de costumbre, por contrabando. Nadie allí era revolucionario, pero la novedad pudo más que el mensaje de la canción.

Por los cuidados jardines de la Maison Santa Bárbara, como el heredero había rebautizado la antigua mansión de la hacienda, corrían niños y niñas de todas las edades entre cuatro y dieciéis jugando cricket o escondite, mientras otros observaban embelesados un pequeño teatro de marionetas. Al atardecer llegaron los Reyes Magos a caballo, en lustrosas capas de colores, y los gritos de deleite de los niños se escucharon por toda la hacienda. A Jean Baptiste, que estaba fascinado, lo montó en uno de los caballos su abuelo Antoine, y cuando el niño aplaudió a los Reyes Magos, los invitados lo imitaron en una ovación *in promptu* . Ya caía la noche, y un grupo de mujeres comenzó a encender docenas de candelabros y lámparas de aceite en una coreografía precisa de eficiencia. Hablando y fumando animadamente bajo la pérgola estaban Amelia, Magdalena, Love, Emilia y Dora, ataviadas de azules, verdes y amarillos, de manera que parecían una estampa humana sacada de una obra de Renoir. Para la gran fiesta, en vez de sombreros, Emilia había elaborado tocados que eran una explosión de rosas criollas, orquídeas salvajes, alhelíes blancos y hierba de mariposa, para un toque rojo navideño que lucieron las cinco. Antoine las miró de lejos, deleitándose en aquella felicidad que era tan recién nacida que temía que se le quebrara.

Antoine se fijó en un peón que abordó a José de Dios y le dijo algo al oído. De inmediato, el heredero se alejó de la fiesta encaminándose hacia la residencia desde la entrada del patio. Antoine decidió aprovechar el raro momento alejado de sus invitados para conversar con José de Dios a solas en la biblioteca y limar cualquier aspereza que quedara hacia él o la Mercantil. No le importaba lo que su yerno pensara de los Tesara, pero sí lo que pensara de su suegro. Antoine tomó a Jean Baptiste de la manita y lo llevó hasta la pérgola, donde lo dejó con Amelia luego de besarla en la mejilla. Era la primera vez en años que podía exhibir un gesto de afecto para con su hija. Echó a caminar por los impecables jardines, que de algún modo José de Dios había moldeado en un estilo inglés, pero interpretado con flora tropical. Cuando entró, vio que José de Dios se encontraba de pie, aparentemente solo al otro extremo de la casa, donde la doble puerta principal estaba abierta de par en par. El heredero miraba con un gesto de confusión hacia el camino bordeado de cipreses que terminaba en la entrada de la mansión. Desde donde estaba, Antoine no podía ver qué observaba su yerno, así que apuró el paso y lo llamó.

De lo que pasó después, Antoine no pudo dar fe hasta cerciorarse de no haberlo soñado. En movimientos que le parecieron lentos, pero que debieron durar apenas unos segundos, José de Dios volteó la

cabeza al escuchar su nombre, y conectó su mirada con la de Antoine. Casi simultáneamente, un gesto de incredulidad le arropó el rostro, y se llevó las manos al pecho, desde donde brotó sangre a borbotones que tiñó al instante su impecable traje claro. Antoine nunca dejó de mirarlo, y leyó en sus ojos el pánico ante la llegada inesperada de la muerte, que se entrometió en aquel día feliz. El ingeniero echó a correr desesperadamente, y logró recoger a su yerno antes de que cayera abatido al piso. La sangre seguía brotando, y sólo cuando intentó detenerla con las manos, el cerebro le envió el mensaje de los dos tiros que escuchó justo antes. Cuando levantó la vista, aturdido, vio que el peón que le había avisado a José de Dios echaba a correr hacia un fantasma de largos cabellos blancos que le recordaba vagamente a Cipriano Tesara. Antes de que el peón pudiera alcanzarlo, el fantasma se llevó el revólver a la sien y jaló el gatillo por última vez.

El revólver Colt de Mateo Tesara cayó y por fin descansó frente a la entrada de la Maison Santa Bárbara, luego de liberar al fantasma y terminar dos veces con la vida de Salvador Filipi Ricci, que en su irremediable delirio Cipriano Tesara personificó en José de Dios Reyes Badillo, al confundirlo con el amante de su mujer.

PARTE 4

EL HADA VERDE

CAPÍTULO XIV

PUERTO RICO, 1905

Almudena de Frade sería la próxima amante de Mateo, o más bien, Mateo terminaría siendo su amante, como ella prefería pensarlo. La pintora se alejaba por mucho del tipo de mujer que el empresario frecuentaba. No tenía la belleza etérea de Emilia Zaragoza ni la

sensualidad de Amelia Pasquier. Lo que sí tenía era un talento incandescente y una visión artística pocas veces vista por aquellas tierras.

En aquella isla fecunda en los primeros años del nuevo siglo xx el mundo de la pintura plástica lo dominaban los hombres, y nada divertía más a Almudena que jugar con el vulnerable ego masculino. Lo que era más, Almudena los desafiaba no sólo con su sexo, sino también con lo que pintaba. Los artistas locales reconocidos de la época se concentraban en una celebración pictórica de la naturaleza con un estilo costumbrista que nada tenía que ver con las corrientes contemporáneas de vanguardia en el resto del mundo. Almudena, nacida en Pampaneira en Granada, y quien había viajado por Europa y México, pintaba con una influencia modernista que chocaba con el arte local de principios de siglo. Almudena tenía poco o ningún interés en pintar cañaverales o montañas. Lo suyo era la figura humana. La artista andaluza admiraba con pasión *El velorio* , del pintor puertorriqueño Francisco Oller y Cestero, con la entropía de una bacanal de celebración en torno al cadáver de un niño. Conocía bien la costumbre del baquiné, porque también se observaba en su natal Andalucía. Le parecía macabra la despedida del *angelito* acompañada por un gran convite, y a Almudena le fascinaba lo macabro. Fue por su profunda admiración por el maestro Oller, y buscando cómo armonizar esa atracción con sus propias tendencias, que Almudena llegó al Caribe procedente de México en el albor del nuevo siglo.

Inicialmente fue contratada por el ayuntamiento de la ciudad sureña de Ponce para transformar el histórico edificio de la alcaldía, que hasta finales del recién concluido siglo xix había sido una prisión. Se le comisionó una serie de murales para el patio interior donde en antaño se fusilaba a los presos, y con la contundencia de su brocha se enterró el recuerdo colectivo de la sangrienta historia de la estructura. El proyecto fue celebrado por el mundillo artístico del sur. El conjunto de murales se reseñó en la prensa y poco después fue invitada a San Juan a ofrecer una serie de charlas sobre las tendencias modernistas en la pintura mexicana de inicios de siglo. Sin mucho esfuerzo, Almudena se convirtió en una figura familiar en la sociedad cultural de la capital, y con el tiempo su reputación llegó a oídos de Leoncio Tesara en una de sus visitas a San Juan.

En los últimos años, Leoncio se había convertido en un coleccionista de arte serio, y en sus frecuentes viajes fuera de Cabo Rojo, muchos más de los que se podían justificar con su posición de alcalde, procuraba mantenerse al tanto de los nombres que resaltaban en el ambiente del arte capitalino. Conoció a Almudena en una fiesta en San Juan convocada para reunir fondos para la reparación de la iglesia San José, cuya fachada había recibido un cañonazo la noche de

la invasión a San Juan en el siglo anterior.

La pintora sobresalía como un flamingo exótico entre los invitados. Tendía a ignorar la moda de la época, y se vestía con piezas y accesorios típicos de los muchos lugares que había visitado. A veces se trataba de coloridas telas y patrones mexicanos, otras de un kimono de exquisita seda o un ajustado vestido de gitana andaluza, que ya por aquellas fechas comenzaba a adoptarse como indumentaria oficial de los bailes de sevillanas. La originalidad estilística de sus atudendos siempre era motivo de discusión detallada en las páginas sociales, casi tanto como su arte. Leoncio le pidió a su amigo galerista, Simón de Ribera, que los presentara, y quedó instantáneamente prendado de la artista. Almudena era irresistible simplemente porque estaba segura de que lo era, y por tanto, eso transmitía. Era altísima y delgada, con una nariz que hubiera resultado muy larga en cualquier otro rostro, pero que en ella lucía como un acento perfecto. Casi siempre llevaba su larga melena negra con una rectilínea partidura en el medio, y recogida en un moño en la nuca. Tenía los ojos del verde claro de su padre y la piel morena, como las ancestras árabes y africanas de su madre, quien la había bautizado con aquel nombre, *al-mudayna* , que significaba "la ciudadela", un lugar seguro y amurallado en lo alto de las colinas donde se vive sin miedo. Siempre sintió que era el nombre perfecto para ella, le comentó a Leoncio, embelesado con cada palabra de Almudena.

El alcalde Tesara terminó esa noche en la pequeña cama del caótico estudio de Almudena muy cerca de la iglesia en el casco viejo de San Juan. Almudena no lo consideró un revolcón particularmente memorable, pero percibía una melancolía cruda en Leoncio que le despertaba el duende de la curiosidad, ese que siempre precedía al de la creatividad.

No fue hasta la segunda visita de Leoncio, y mientras él descansaba de otra sesión en la cama, que el apellido Tesara prendió una mecha lejana en la memoria a Almudena. En la primera oportunidad que tuvo, pasó por el elegante establecimiento de Simón de Ribera, el galerista que los había presentado, y quien también vendía sus obras. Relamiéndose en el cotilleo inminente, Simón puso a la pintora al día sobre quiénes eran los Tesara. Almudena recordó entonces cómo, recién llegada a la isla, en el 1901, había leído en los periódicos sobre la macabra historia del patriarca de la familia. Según daban cuenta las crónicas periodísticas, y ahora confirmaba Simón, el padre de Leoncio, enloquecido y sin mediar palabra, había abatido a tiros al dueño de la vecina hacienda Santa Bárbara, José de Dios Reyes Badillo, en una fiesta. No se habían podido esclarecer los motivos del asesinato y subsecuente suicidio. En el momento del crimen, la hacienda Santa Bárbara ya había cedido la totalidad de sus tierras a la

Mercantil Tesara-Pasquier, por lo que una rivalidad de negocios parecía poco probable. El propio alcalde Tesara estaba presente la tétrica noche de la fiesta, añadió el galerista.

—Pues ahora que me lo cuentas, recuerdo vagamente la historia.

—Madre de Dios, en Puerto Rico no se habló de otra cosa por un año. Primero, por lo siniestro del crimen, pero también porque allí se tapó todo y nadie quiso averiguar los motivos verdaderos del asesinato.

—¿Qué decís?

—Así como lo oyes, bonita. —Simón bajó la voz, aunque no había nadie más en la galería—. Todo esto ocurrió en Cabo Rojo, donde nuestro amigo mutuo es alcalde. La escena del crimen y la versión oficial ya estaban arregladas cuando llegaron autoridades mayores. Y no olvides que los Tesara están muy conectados con el gobierno norteamericano. Sólo ellos saben lo que sucedió esa noche en Santa Bárbara.

—Qué bizarro todo eso. ¿Y qué pasó con los Tesara luego del suicidio del padre de Leoncio?

—Eso destruyó a la familia, según cuentan mis contactos en el oeste. El grupo original que dirigía la Mercantil se disolvió. Uno de los socios, el ingeniero francés, dejó a su hija a cargo de su participación y se regresó a París con la diseñadora con la que se casó, Emilia Zaragoza de las Casas. Partieron con los tres hijos de ella, que también son los de Mateo Tesara, el hermano de Leoncio.

—Qué familia tan malafollá.

—No sé qué significa eso, pero el cuento no acaba ahí. El tal Mateo, quien también es socio en la Mercantil, se retiró a Nueva Orleans a hacer quién sabe qué en esa tierra de vudú. Nuestro apreciado alcalde se negó de plano a abandonar el ayuntamiento para ayudar a la Mercantil en medio de la crisis, y al final quedaron sólo doña Eusebia Tesara y Amelia Pasquier de pie, como dos gladiadoras sobrevivientes en ese coliseo de intrigas.

—Joder, que poético te ha quedao eso último.

—Gracias, pero lo escribió un periodista que reportó sin descanso sobre el caso por más de un año. De hecho, fue una de las últimas investigaciones de *La Gaceta* , antes de cerrar en 1902.

—¿Y quiénes son Eusebia y Amelia?

—Eso, Almudena de mi corazón, te lo contaré durante el almuerzo. Vamos, que tengo una buena tasca en mente.

El romance entre Almudena y Leoncio se enfrió tan rápidamente como

comenzó, sofocado en el sentimiento de culpa del alcalde cuando recordaba a Dora y a sus hijos. La fascinación de la pintora por la familia Tesara, sin embargo, lejos de enfriarse, se convirtió en obsesión. Había rescatado viejos recortes de “La tragedia de Santa Bárbara” de *La Gaceta* y *La Correspondencia* , que pegó por las paredes de su estudio. Pasaba horas recorriendo su extraña galería de páginas amarillentas arrancadas de diarios y estudiando a cada personaje, entre los que se destacaba una mujer llamada Amelia, de ojos tomentosos como un temporal caribeño. No sabía cómo exactamente, pero en esa tribu poderosa y turbulenta estaba su próxima inspiración.

Se ocupó de transformar su relación con Leoncio en una buena amistad, y siempre que su examante visitaba San Juan, lo invitaba a tertulias, cenas y eventos culturales. Leoncio ya había adquirido varias obras de Almudena, cuando la pintora le propuso una serie inspirada en Cabo Rojo que podría exhibirse en la misma alcaldía. Leoncio aceptó encantado, y no perdió tiempo en firmar una ordenanza para acoger a Almudena de Frade como pintora invitada residente del pueblo.

La andaluza se instaló en el ático del edificio de la sombrerería Zaragoza de las Casas, que había quedado al cuidado de Inez y su hermana Matilde tras la partida de Emilia. El alquiler no había sido casualidad. Almudena le había solicitado al contacto de Simón en el oeste, Obdulio Navarro, muy cercano a la familia, que convenciera a Inez de alquilarle el espacio vacío donde antiguamente había vivido con Emilia. Almudena quería vivir en un estado de inmersión en las vidas de esas personas, incluso las que ya no estaban. Armada de papel, carboncillo, diversos lápices y otros instrumentos que cargaba en un delantal de cuero con múltiples bolsillos, la pintora se dedicó a explorar los lugares que eran o habían sido significativos para la familia. Se paseó una y otra vez por el Puerto Real, con la esperanza de divisar a la mítica Eusebia Tesara. Desayunó en una de las panaderías de la difunta madre de José de Dios, ahora en manos de Froilán Poventud. Caminó hasta el portón del polvoriento camino bordeado a ambos lados de robles amarillos que ofrecían una alfombra de flores hasta Green Kay II. Almudena averiguó que el nombre Green Kay significaba Casa Verde en creole, y la consumió la curiosidad por la antigua vida de la familia en Puerto Príncipe.

La composición de los habitantes originales de aquellos largos pasillos e interminables habitaciones se había transformado tras “La tragedia de Santa Bárbara”. Ahora vivían allí Magdalena Laurent junto a su esposo, el empresario Froilán Poventud; Amelia con sus seis hijos e hijas, y las siempre fieles Crista y Berta, que apenas daban abasto con la considerable prole del difunto José de Dios, según le contó Obdulio Navarro.

Pero el lugar favorito de Almudena para sus exploraciones creativas era la lúgubre mansión donde ocurrieron las muertes. Ignorando un gran letrero que prohibía la entrada, la pintora pasaba largos ratos merodeando por allí y escuchando los lamentos de los musgos españoles que parecían llorar con sus filoides brujos agachados sobre los cipreses importados hacía muchos años por el difunto José de Dios. La maleza rodeaba la casa, arropada con el mosquitero de tristeza que comparten los lugares que han conocido el espanto. Su mente seguía absorbiendo imágenes como una esponja, pero aún no llegaba al punto dulce del nacimiento creativo.

Una tarde, saliendo de la tienda de abastos del pueblo, pasó frente a la École Française Occidentale y divisó a una mujer negra rodeada de niños. Almudena dejó de respirar sin notarlo, y se le aceleró el pulso al reconocer los síntomas. Acababa de divisar a su próxima musa. Con su seguridad habitual, Almudena se le presentó como la pintora residente del ayuntamiento, y le dijo que la escuela le llamaba la atención como fuente de inspiración. La mujer, de nombre Love, la invitó amablemente a tomar café y le sirvió un exquisito postre de una especie de panetela rellena de guayaba, que, según le contó, se llamaba brazo gitano y era una receta traída a Mayagüez por E. Franco & Compañía. Love parecía saber la historia de trasfondo del detalle más pedestre imaginable. La pintora le contó a Love de su trayectoria, y encontró en la profesora a una conocedora respetable de la obra del maestro Oller. En realidad, Love no era una estudiosa particular del arte plástico criollo, pero hacía años había leído un par de artículos en la prensa sobre el periodo en París de Oller, quien tuvo como estudiante a Paul Cézanne, y exhibió junto a Renoir y Monet. Por supuesto, cada dato había quedado grabado en los vastos archivos mentales de la maestra.

Al rato, Love se excusó, y le dijo a la andaluza que quedaba en su casa para buscar inspiración a su antojo. Almudena vio cómo la maestra caminó hasta el patio interior, donde la esperaba un grupo de estudiantes de unos seis o siete años. Se sentó bajo la sombra de un ortegón con sus largas lenguas rojas, y los estudiantes la rodearon para escucharla leer. Almudena sintió el corrientazo familiar que había estado esperando. Love y los niños se desdibujaron de su vista y en su lugar vio diáfanamente *La escuela del maestro Rafael Cordero*, de Oller. Sin perder tiempo, sacó de su delantal una libreta y varios lápices, y comenzó a dibujar el boceto de aquella escena que Oller le transmutó y que ella ahora reinterpretaba en un homenaje al maestro. En la obra de Almudena, el salón de clases fue sustituido por el jardín a la sombra del ortegón, y en vez del maestro Cordero, fue una maestra haitiana e hija adoptiva de Cabo Rojo la protagonista de la escena.

Almudena pintó un tríptico llamado simplemente *Amor* I, II y III. En la segunda pintura, Love, o Amor, como la llamaba Almudena, aparecía de frente desde la cintura, con el rostro volteado de perfil y los monumentales brazos de Santos, que la abrazaban desde atrás, en una pose íntima e inusual para la época. En el tercero, Love aparecía sola en el despacho que normalmente usaba Magdalena, sentada en el escritorio frente a una pila de papeles y tareas de estudiantes, pero momentáneamente distraída, con la mirada puesta hacia afuera de la ventana y bañada de una tenue luz que iluminaba su rostro sereno. Almudena se había instalado en uno de los salones de la escuela donde cupieron los tres lienzos, de más de un metro de largo y ancho cada uno, con sus pinturas, aceites, trapos, aguarrás, brochas e instrumentos. A veces, cuando Love abría las puertas del colegio temprano en la mañana, se encontraba con la artista, que pintaba en un trance con la misma indumentaria de la tarde anterior.

Un día Love le presentó a su socia, Magdalena, y la vaga nostalgia del origen europeo de ambas las hizo amigas. Eran indómitas y rebeldes, y se reconocían la una en la otra. La artista pintó un cuadro de gran formato de Magda, con el cabello rubio, canoso, rizado y suelto. La segunda musa de Almudena lució un vestido carmesí en una referencia al cabaret Moulin Rouge, o "Molino Rojo", abierto en 1889 por Joseph Oller en París. Magdalena posó detrás de la pequeña barra de absenta de Green Kay II mezclando la bebida del diablo verde. La obra resultó hipnotizante. Con el tiempo, Magdalena le presentó a la colaboradora de los sábados, Dora Tesara, quien nunca sospechó que la fascinante pintora se había acostado con su marido antes de mudarse al pueblo.

Así, como una serpiente bíblica parlanchina, Almudena se fue colando ondulante entre las mujeres de aquella familia condenada a vivir con sus muertos a cuestas en las pesadas memorias que nunca se desvanecen. Fue un lunes en el que Dora Tesara la invitó a almorzar al restaurante La Reina del Oeste cuando finalmente Almudena alcanzó su objetivo: conocer a Amelia Pasquier, viuda de Reyes Badillo.

C APÍTULO XV

Bajo el gran árbol de higuera en la parte trasera de la casona, Jean Baptiste apuraba el resto de la taza de café con leche que Crista le dejaba tomar a escondidas por las mañanas. Era un lunes pesado, y

aún debía realizar la rutina diaria con su madre antes de ir al colegio. A sus ocho años, era todo un hombrecito responsable y serio que había crecido abruptamente cuando un fantasma loco mató a su padre y le apagó la risa. Jean Baptiste se llenó los ojos del verdor ante sí: bajo la suave colina a los pies de Green Kay II había árboles de plátanos y palmeras entremezclados, tras los cuales se abría un valle poblado de penachos de guajana de caña.

Antes de su mudanza allí junto a sus hermanos y su madre cinco años atrás, el chico había acudido pocas veces a aquella casa para visitar a su abuelo Antoine, pues casi siempre las reuniones familiares las organizaba su padre en Santa Bárbara, un lugar proscrito adonde ya nadie iba. No recordaba ese despliegue verde, que no se decidía si quería ser valle, bosque o playa. Tampoco recordaba que su madre hubiese sido una joven alegre y sociable, como todos aseguraban que Amelia era antes de la muerte de José de Dios. Cualquier recuerdo que el niño hubiera tenido de una Amelia despreocupada se había borrado en la pesadumbre de su madre, que era el metrónomo que marcaba el ritmo de sus días.

El chico entró en la cocina espantando a las gallinas con sus estelas de pollos. Crista tarareaba la danza *Un recuerdito* imitando la interpretación de Elisa Tavárez, mientras conducía fluidamente por la cocina aquel malabarismo sincronizado de cacerolas, cafeteras y vajillas. Cuando vio al niño, le entregó una bandeja de plata con una taza de café negro y un vaso de zumo de papaya. Jean Baptiste subió las escaleras y entró en la penumbra de la recámara de su madre. Puso la bandeja en una mesita al lado de la cama y abrió las cortinas. Antes de tomar su café negro en las mañanas, Amelia no podía lidiar con nadie excepto con Jean Baptiste. Era una excentricidad que había desarrollado después de la muerte de José de Dios.

—Buen día, mamá —dijo Jean Baptiste besándola en la mejilla. Amelia abrió los ojos y le sonrió, atontada por el sueño.

—Cariño, dame el café. Eres un sol. ¿Qué tengo hoy?

El chico buscó una libreta en el tocador de Amelia y leyó de ella.

—Tiene una reunión con el nuevo administrador regional de puertos. Dice aquí que se trata de una visita de cortesía. —Jean Baptiste levantó la vista—. ¿No deben ser corteses todas las visitas?

—Eso significa que la reunión es para conocernos, pero sin hablar directamente de negocios.

—¿Y si hay algo de negocios de que hablar?

—Se hablará en otra reunión, *mon cheri* .

—Eso es tonto.

—Tienes toda la razón. Qué quieres que te diga, cariño. Así es este juego que heredé y que heredarás, si lo quieres.

—Luego hay un almuerzo con la tía Dora en La Reina del Oeste.

Me manda a decirle *grand-mère* Magda que no beba demasiado, que en la tarde tiene trabajo en la Mercantil con el tío Froilán, don Jacinto y el ingeniero Betances. Berta ya dejó listos el vestido y el sombrero de hoy. Aquí hay un par de recados que encontré abajo.

—Qué mucho le gusta a tu *grand-mère* meterse en mis asuntos. Tu abuela misma me enseñó a beber absenta, qué ironía, ¿no? A ver los recados. ¿Y tus hermanos?

—Ya se fueron, pero Monse me espera para llevarme a la escuela. *Grand-mère* y el tío Froilán ya se fueron a trabajar.

—No sé qué me haría sin ti, Jean Baptiste. Ve a la escuela. Nos vemos a la tarde.

El chico se despidió y Amelia comenzó la tediosa rutina que la atrapó con la muerte de su marido, y la subsiguiente mudanza de su padre y de Emilia a París. Se puso una bata larga y bajó las escaleras hasta llegar al baño. Sentía el temple latiendo levemente con una jaqueca. Había días, casi siempre los lunes, cuando deseaba más que nada esconderse bajo las sábanas y desdibujarse de las responsabilidades y los recuerdos. Pero todos los hombres de su vida habían desertado. Ya no quedaba nadie, excepto ella. Ella y Eusebia Tesara. Ella y sus loas.

Loa Saint Michele, cuida la puerta de este hogar,
para que no entren más desgracias. Cuida de mi familia
y de mi cordura. Loa Marassa, loa sagrada de las gemelas
del vudú, cólmame de abundancia y guíame por estos caminos de azúcar que no conozco,
pero que debo conquistar. Loa Danhome, señora
del agua, que tu boa derrame benevolencia sobre mí.

Media década después de “La tragedia de Santa Bárbara”, Amelia recordaba el asesinato de su marido como visto por un cristal roto en pedazos separados por grandes lagunas, y mucho de lo que recordaba se entremezclaba con pesadillas. Dos disparos, una pausa eterna y, luego, un tercer estallido. El grito de su padre enloquecido con el nombre de José de Dios. Los otros gritos, que se fueron sumando como un coro de horror según los comensales se arremolinaron en la entrada de la casa. La caída de Emilia, que corría por los jardines con tanta desesperación que se tropezó en un escalón de piedra y se cortó las palmas de las manos. La prisa de Dora en dirección a los niños para evitar que se acercaran a la entrada de la casa. El tío Froilán arrodillado en el césped aullando, como un animal herido; Magdalena encorvada abrazándolo, queriendo protegerlo como un manto a prueba de espanto. Su propia inmovilidad, al agarrar tan fuerte la mano de Jean Baptiste, que ambas palmas unidas comenzaron a humedecerse de un sudor frío. Love a su lado, que la sostenía por la

cintura, como si ya hubiera intuido todo. No recordaba haberse movido de la pérgola, y, sin embargo, vio claramente la caída de las flores de su tocado, que se deshicieron en mil pétalos mientras corría en dirección al estallido de los disparos. Luego vio a un fantasma blanco de largas hilachas por cabello y uñas como garras tirado en el suelo de polvo con la mitad de la cabeza volada. No vio el rostro de su marido, porque Antoine estaba agachado sobre él. Cuando cayó, flotando en el vacío, vio a Santos, su cuñado, y esos brazos recios la sostuvieron. Entonces, la oscuridad.

Magdalena, Love y Santos le contaron que estuvo dos semanas entrando y saliendo de una pesadilla sin tregua que trataron de aliviar primero con los remedios de Dominga, luego con los del médico del pueblo y, finalmente, con opio, que era lo único que la hacía dormir sin soñar con el fantasma blanco de uñas como garras. Con el paso de los días entendió que sus pesadillas eran la nueva realidad. Sólo el impulso de cuidar de Jean Baptiste la sacó poco a poco del estupor, mientras que los mimos de Magda y Love, los caldos de gallina de Crista y los sobos con alcoholado de Berta ayudaron a acelerar su recuperación. Cuando pudo prestar atención a las diligencias inevitables que exige la muerte, ya su padre se había encargado de todo y estaba organizando el regreso a Francia de toda la familia, incluida ella, Jean Baptiste, Emilia y sus hijos. Amelia, avisada por Magdalena de los planes de Antoine, mandó por su padre.

— *Père* , ¿cómo se ha abrogado el derecho de decidir mi vida, así como si embarcara a una niña?

—¿Y qué querías que hiciera, Amelia? Llevas semanas casi inconsciente, sin poder decidir nada. El entierro de tu marido tuvo que realizarse en tu ausencia. Me he hecho cargo de Jean Baptiste, pero ya no sé qué más decirle. Emilia no ha pegado un ojo en semanas. Este pueblo está maldito, hija. Mi ambición nos ha traído por una ruta torcida que no anticipé. Regresemos a casa, Amelia, antes de que ocurra algo más.

—Ésta es mi casa, *père* . No conozco otra. Tengo veinticuatro años y me he criado en el Caribe desde los diez. Apenas recuerdo París. ¿Y qué se supone que haga con Magdalena y Love? Ambas están casadas y tienen un negocio próspero aquí. ¿Las voy a abandonar? ¿Y los hijos de José de Dios? Porque sería incapaz de dejarlos. Somos siete. No creo que se haya pensado esto muy bien.

—No he pensado en otra cosa desde hace mucho tiempo. Amelia, sabes que los amo, a ti y a mi nieto, más que a nada. Podemos rehacer nuestras vidas en París, reabrir la casa en Rue Bergère y ser felices allá, lejos de este pueblo donde todo nos recuerda a José de Dios. Jean Baptiste y tus cinco hijastros hablan francés y se adaptarán. ¿Cuál es el impedimento? Le voy a ofrecer mi parte de la Mercantil a Etoile

Blanche, y sé que no va a dejar pasar la oportunidad. No necesito trabajar más y podemos viajar si te apetece, ¿qué te parece?

Amelia no dijo nada por un rato que Antoine no interrumpió. Finalmente, levantó aquella vista, rodeada de sombras y profundas ojeras.

—Me dijo Magda que fue don Cipriano Tesara quien asesinó a mi marido.

Antoine asintió.

—Lo llamó Salvador antes de dispararle. Confundió a tu marido con el amante de su mujer.

—Pobre hombre, enloquecido de dolor, de tantos años de confinamiento, de las mentiras y traiciones de Eusebia. ¿Y los Tesara?

—Si por los Tesara te refieres a Mateo, hizo lo que Mateo sabe hacer mejor que nadie: huir y escurrir el bulto. No volví a verlo, pero firmó un *proxy* para su hermano Leoncio y aparentemente rompió relaciones con su madre. Lo último que supe es que se embarcó hacia Nueva Orleans. Eusebia ha seguido trabajando, aunque ausentándose de vez en cuando, y parece que rehúsa admitir que algo catastrófico ha pasado. Manejó a la policía insular como quiso, pero, al final, su versión no estuvo muy lejos de la realidad. Cipriano estaba desquiciado desde hace mucho tiempo. Lo extraño es que no se encontró el arma que usó.

Amelia, recordando la desaparición de Salvador Filipi Ricci, no pensó que el asunto era extraño en lo absoluto. Era el *modus operandi* de aquella familia, que desaparecía a gusto cualquier piedra en su camino, incluso una investigación oficial que hubiera conectado las muertes de Salvador y de Cipriano.

Sabía que su padre tenía razón cuando decía que su recuperación sería más fácil si comenzaba una vida nueva en la ciudad que fue su punto de partida. Pero para ella no había recuperación posible lejos de Magdalena y de Love. Su hijo había visto la luz por primera vez en Cabo Rojo. No estaba lista para irse de aquel pueblo de playas bravas y pasiones ciegas.

— *Père* , ¿le es posible regresar a Francia manteniendo su participación en la Mercantil?

Antoine supo por dónde discurrían los pensamientos de su hija antes que ella misma.

—Es posible. Tendría que nombrar a un apoderado que ejecute en mi lugar, y necesitaría a un grupo de confianza técnico que se reporte a mí. Lo demás es recibir los dividendos en mi banco en París. ¿Por qué? ¿Qué tienes en mente, Amelia?

Seis meses más tarde, cuando Antoine se embarcó de regreso a Europa junto a Emilia, Sebastián, María Eusebia y María Inez, los tres niños portaban los apellidos Zaragoza-Pasquier en sus cédulas de

identidad y documentación de ingreso como “hijos de un nacional francés”. No hubo impedimentos legales del padre biológico, ya que Mateo Tesara no pudo ser localizado y su exesposa lo dio por desaparecido. Emilia se preparó para un temporal de furia por parte de Eusebia, pero si su exsuegra se enteró, no reaccionó a tiempo. A la joven se le hizo muy fácil conseguir a un juez comprensivo y presto a ayudar con toda la documentación necesaria para la famosa diseñadora que tanta gloria había traído al pueblo.

Unas semanas antes de zarpar, y en una discreta boda en el afamado restaurante El Prado en el Hotel Bélgica en Ponce, Antoine y Emilia contrajeron matrimonio en presencia de Amelia, Jean Baptiste y sus hermanos, además de Love, Santos, Magdalena, Froilán y Jacinto. La sortija de desposada que le colocó Antoine en el dedo anular a Emilia exhibía una esmeralda cuadrada en el centro, bordeada de diamantes, a petición de la misma Emilia. “Cuando cierro los ojos y veo a mi pueblo, siempre lo visto de verde. Nunca quiero olvidar que nací aquí. No quiero olvidar todo lo que ha pasado en este pueblo, lo horrible y lo maravilloso por igual, todo lo que me ha traído hasta este momento”, le susurró esa noche Emilia a su nuevo esposo en una suite del hotel.

Emilia dejó la administración de la sombrerería en las manos de Inez, asistida de Matilde y Nina, y se comprometió a enviar bocetos para su colección anual. La idea del ambicioso proyecto de abrir un segundo atelier, esta vez en París, le calmaba la ansiedad del recuerdo del asesinato de José de Dios, y el suicidio del hombre que por muchos años fue su suegro. Antoine, por su parte, finalizó con los abogados la documentación que protegería y manejaría sus muchos intereses en su ausencia, y en los que se designaba a Amelia como su representante y ejecutora. Como tal, tendría el usufructo de Green Kay II y la Maison Santa Barbara, y ocuparía las sillas de su padre en la junta directiva y la dirección general. Ante el desconocimiento de Amelia de los complejos asuntos técnicos de los muchos negocios e intereses de la Mercantil Tesara-Pasquier, la joven contaría con un grupo asesor para ejecutar sus funciones compuesto por Jacinto Bermúdez, cuya larga experiencia en el negocio del azúcar finalmente se pondría en buen uso; Froilán Poventud, quien Antoine sabía que cuidaría de los intereses de Amelia como si fueran los suyos, y el ingeniero Roberto Betances. Casi desde su desembarco en Cabo Rojo, Pasquier había acogido bajo su ala a este joven de veintisiete años y se había convertido en su mentor; gozaba de su total confianza, particularmente en el negocio del café, que requería de otros conocimientos distintos al del azúcar.

Cuando los detalles legales estuvieron firmados y sellados, Antoine convocó a los miembros de la junta, casi todos familiares y

allegados, y a los ejecutivos clave de la Mercantil. En la reunión los pondría al día de su inminente mudanza y sus planes de sucesión, asegurándoles que todo seguiría funcionando sin tropiezos bajo la dirección de Froilán, Jacinto y el ingeniero Betances, quienes lo representarían junto a su hija.

El día de la reunión los convocados fueron llegando al vasto salón principal del edificio de la Mercantil, donde un pequeño grupo de sirvientes se esmeraba por encender puros, refrescar bebidas, acercar ceniceros y servir canapés. En aquel mar de hombres, uniformados con chaquetas oscuras y sombreros de copa, sólo dos mujeres habían sido invitadas: Amelia Pasquier y Eusebia Tesara. Antoine había invertido horas en preparar a su hija y a su grupo de confianza para ganarle cualquier argumento o protesta a Eusebia. Froilán y Jacinto, quienes la culpaban por la muerte de José de Dios, salivaban ante la oportunidad de verla contrariada, aunque fuera una vez.

Pero los presentes se quedaron esperando por la hacendada. No se excusó ni envió recado alguno. Leoncio estaba en una cumbre de alcaldes en Ponce, y de Mateo nadie tenía noticias, excepto que se había embarcado hacia Nueva Orleans. Así fue como, sin la participación o intervención de los Tesara, casi la mitad del imperio de la Mercantil quedó en manos de Amelia Pasquier. Cuando Amelia se dio cuenta de que Eusebia no se presentaría a la reunión, le vino a la mente aquella noche dulce, tumbada en la cama junto a José de Dios, cuando le citó a Marco Aurelio: "Mira hacia el pasado, con sus imperios cambiantes que se alzaron y cayeron, y podrás prever el futuro".

El día en que se despidió de su padre y su nueva familia en el Puerto Real, Amelia tuvo la angustiosa sensación de haber sido remplazada, y aquello, unido a la muerte reciente de su marido, se sintió como un golpe en el estómago.

Loa Sirena, que comandas los mares, acompaña
a la familia que se separa de mí, y no los
abandones. Loa Marassa, cúbrelos con tu manto.

Trató de recordar los detalles de su antigua residencia en Rue Bergère 99, pero se le dibujaban lejanos y borrosos. Imaginó que las hijas de Emilia ocupaban su habitación, recorrían sus calles parisinas y eran presentadas en la sociedad en la que se desenvolvió su padre y a la que ahora regresaría cubierto de gloria tras haber conquistado el imperio del azúcar en América. Imaginó a Emilia dormida con su padre, en la cama que una vez ocupó su madre, Isabel Bonastre. La lista de imágenes tortuosas hubiera continuado si no hubiera sido por la intervención de Magdalena.

—Qué dices, Amelia, si lo único que le faltó a Antoine fue arrodillarse rogándote que te regresaras con él a París. Pero ésta es tu casa, como es la mía. Ya no puedo imaginar la vida en París, ni me interesa. Aquí nos tienes a nosotras, que también somos tu familia, a Jean Baptiste y a tus críos heredados, que te adoran. Tienes a Froilán y a Jacinto, que cuidan de ti como si fuera una misión de vida que les dejó encomendada tu marido, *ma poupée*. Quizás estas nuevas responsabilidades que ahora te toca atender te sirvan de distracción. El trabajo ayuda a la cordura, y el ocio deja demasiado espacio a los pensamientos mustios. He aprendido eso tarde, pero igual te sirve de

consejo.

Las palabras de consuelo de Magdalena fueron proféticas. Con la muerte de su esposo, Amelia había enterrado también a su mejor amigo, aquel que le agregaba color, risa y liviandad a sus días. Cuando finalmente Amelia despertó del sopor del duelo, dejó atrás su antigua piel como mudada por una serpiente. Perdió interés en la vida social del pueblo, de la que tanto había disfrutado antaño con su marido, y se concentró en atender a los seis niños y jóvenes que ahora dependían totalmente de ella. También se propuso aprender de aquel negocio del azúcar que había marcado su vida, pero del que sabía poco. Tan pronto sintió que podía despegarse de su traumatizada prole, comenzó a ir en las mañanas con Froilán a las oficinas de la Mercantil, donde se sentaba silenciosa en reunión tras reunión. Al principio no escuchaba nada, sólo el sonido de palabras que no entendía, porque no podía concentrarse. Decidió que, en vez de echarse encima una angustia adicional, dejaría que su apaleado cerebro absorbiera todo aquello a su paso. Las horas sin decir palabra, en aquellas interminables reuniones rodeada de hombres y humo de cigarro, se convirtieron para ella en un tipo de meditación. Caía en un trance durante el cual no pensaba en nada, y el dolor pausaba. Al poco tiempo comenzó a hacer apuntes, y un día le preguntó a Froilan si le podía hacer algunas preguntas, a lo que su tío político accedió encantado. De ahí en adelante, todas las noches luego de la enorme cena familiar en Green Kay II Amelia y Froilán se sentaban en las mecedoras del balcón a hablar de los proyectos y asuntos de la Mercantil, mientras degustaban el ron de reserva que ellos mismos producían. Sin saberlo, eran la estampa reproducida de Eusebia y Antoine cuando levantaban su imperio de azúcar en el pasado siglo.

Con el paso de los meses, y luego los años, una nueva rutina se moldeó en torno a Amelia. Durante las mañanas, luego del café que le llevaba Jean Baptiste, partía hacia el Puerto Real, donde pasaba varias horas para luego almorzar, casi siempre en la escuela con Love y Magdalena. Allí aprovechaba para pasar un rato con Jean Baptiste, con su hijastra Monserrate, quien ya era toda una ayudante de maestra, y con el resto de los chicos. Las tardes las pasaba en la Mercantil. Cuando comenzó a trabajar allí de lleno, Amelia mandó a transformar el enorme despacho de Antoine en un área abierta de trabajo donde colocó escritorios para Froilán, Jacinto y Roberto, quien dividía su tiempo entre las centrales cafetaleras y el edificio de la Mercantil. Tenerlos a su lado le ahorraba el tiempo de andar corriendo detrás de ellos y hacerles preguntas incesantemente, y pronto todos se acostumbraron al peculiar arreglo, al ver cómo aceleraba la toma de decisiones y el flujo de trabajo. Luego de un primer año de lento y tortuoso aprendizaje, Amelia despegó, absorbiendo como una esponja

aquel negocio cada vez más hipnótico y demandante. Fue en ese ambiente inesperado de productividad creado por conducto de Amelia que se cuajó el próximo paso en el destino de la Mercantil.

—El gobierno norteamericano en la isla y el presidente Roosevelt han sido beneficiosos para nosotros, según los he escuchado comentar, ¿correcto? —les preguntó una tarde Amelia sin preámbulo.

—Mejor que los españoles, no hay duda, doña Amelia. Nos han agradecido la ayuda que recibieron de Mateo. Están invirtiendo diez millones en la importación de maquinaria para producir electricidad, triturar caña, extraer azúcar negra y melaza y transportar productos, incluyendo los nuestros, para lo que están usando nuestra flota a capacidad. Además, las áreas que dominamos tienen prioridad para electrizarse —le explicó Jacinto hablando con un cigarrillo que bailaba al ritmo de sus labios mientras hablaba.

—De acuerdo, pero no sólo nos apoyan con electricidad y maquinarias, sino también con la compra y el arrendamiento de tierras, y buscan atraer inversionistas. Tío Froilán me explicó que las primeras compañías que llegaron con los yanquis han sido la Ford and Company de Boston, que creó la Central Aguirre hace seis años con un capital inicial de medio millón. Luego vinieron la South Porto Rico Sugar de Nueva Jersey, con un capital de cinco millones y un molino adquirido en Guánica, y la Fajardo Sugar de Nueva York, con un capital de dos millones. ¿Estoy en lo correcto?

Jacinto, Froilán y Roberto observaron a Amelia mientras profería aquel torrente de datos de memoria, y les pareció por un momento ver a Antoine.

—Así es, señora Pasquier —dijo Roberto esperando el meollo al que quería llegar Amelia.

—¿Hasta cuándo me vas a llamar señora Pasquier, Roberto? ¿Por qué no te animas y me llamas señora Pasquier viuda de Reyes Badillo, y así tiras el rollo protocolar completo? —Roberto soltó una carcajada, y paró abruptamente de reírse cuando registró la palabra “viuda”—. Mi punto es que nuestros amigos en el gobierno ya han traído más de siete millones en dinero de inversionistas que llegan a hacernos competencia.

—Bueno, Amelia, los yanquis llegaron a Puerto Rico para aprovechar, entre otras cosas, el negocio del azúcar, sus derivados y el café. No van a dejar el monopolio de estos negocios a la Mercantil ni a ninguna otra empresa. Nos toca a nosotros sacarle al máximo a todas las ventajas y contratos que nos han traído hasta afianzarnos como la central principal de la isla —intervino Froilán.

—Por supuesto, tío. Pero se me ocurre que competencia es competencia, aunque venga de nuestros amigos. Las centrales de corporaciones puertorriqueñas que no son nuestras son más

numerosas, más pequeñas y se concentran en las costas del noroeste. Sería muy fácil para nosotros expandir hacia el norte con capital propio y de Etoile Blanche. Sé que aún estoy aprendiendo de este negocio, pero me parece que, si no adquirimos esas tierras, el gobierno o algún inversionista yanqui lo hará por nosotros —finalizó Amelia, no muy segura de si había planteado lo obvio o había dicho un disparate. Los tres hombres se miraron entre sí.

—Tu padre planteó algo similar cuando abrió la Ford and Company de Boston —dijo Froilán.

—¿De veras? ¿Entonces no es disparatado lo que digo?

—No, no lo es, Amelia. Tiene todo el sentido. Pero doña Eusebia se opuso en aquel entonces y decidió que los recursos para la expansión de la Mercantil debían dirigirse al negocio del café. Se obsesionó con la parte cafetalera de la operación y perdió interés en la central azucarera de la noche a la mañana. Antoine y ella tuvieron varias discusiones por eso, pero entonces ocurrió la muerte de mi sobrino… la partida de tu padre. En fin, nos cambió la vida a todos. Eusebia tampoco volvió a ser la misma, como bien sabes. Ya venía tomando decisiones erráticas, a mi juicio, desde que heredó la cafetalera Filipi Ricci, pero la tragedia de Cipriano lo empeoró todo. Por eso el asunto de las centrales del noroeste no se ha vuelto a tocar.

—No puedo imaginar cómo proteger lo que tenemos y expandir con tanto olvido y ausencia de Eusebia. Está cada vez peor. Leoncio Tesara está enfocado en su carrera política y a Mateo se lo tragó la tierra. Hay que buscar la forma de manejar la Mercantil entre nosotros, los que estamos en este despacho, sin la ayuda de los Tesara.

—Pues no sé si está usted llamando a voto, pero en caso de que así sea, a favor. Cómo se me ha avispado con los años, doña Amelia. Tiene razón: con Eusebia o sin ella el tema de las centrales del noroeste hay que abordarlo. ¿Por qué no vamos a Taberna de Maelo y seguimos la charla allá? Me está dando hambre y los viernes Maelo cocina hígado guisado —dijo Jacinto, quien siempre tenía hambre, a toda hora del día o de la noche, aunque era un misterio dónde almacenaba todo lo que comía en su cuerpo alto y huesudo.

—Vayan ustedes y los alcanzo en un rato. Quedé para almorzar con Dora Tesara y me parece una buena oportunidad para averiguar si Leoncio piensa mantenerse alejado de la Mercantil, o si hay noticias de Mateo.

Los Cuatro, como se autodenominaban, salieron del despacho compartido y, antes de bajar las escaleras, atisbaron hacia la oficina vacía y cerrada de Eusebia. Su ausencia, al igual que su presencia, era enorme y asfixiante.

Almudena la vio primero, a través del cristal de la fachada del restaurante que daba hacia la calle. Sin saber que era observada de cerca, Amelia desaceleró el paso al llegar a la entrada, se secó el sudor del cuello con un pañuelo y se acomodó el sombrero. Llevaba un vestido de tafetán azul celeste, con pequeños botones plateados que corrían por el frente desde el cuello alto hasta el fin de la abultada falda. Cuando el *maître'd* abrió la puerta con un exagerado gesto, Amelia sonrió, pero sus ojos permanecieron sumergidos en el abigarramiento que la envolvía. Dora no tomaba respiro en su campaña incesante para ser la próxima musa de Almudena, pero la pintora escuchaba su cháchara sólo de trasfondo. Amelia le dijo unas palabras al *maitre'd* , quien le extendió un brazo indicando la dirección de la mesa de la primera dama. Dora divisó a Amelia y se puso de pie para saludarla.

—¡Amelia, por fin! Desde que trabajas no se te ve ni el pelo, excepto cuando pasas por la escuela.

—Ay, querida Dora, a la verdad que no tenía idea…

—¿De qué? ¿De que cuesta trabajo trabajar? Qué graciosa. No me lo tienes que decir a mí, que trabajo desde que tengo doce años. Amelia, ésta es mi amiga, la artista andaluza Almudena de Frade. Te comenté hace semanas que nos hace el honor de ser nuestra pintora residente invitada.

—Por supuesto, un placer conocerla, señorita De Frade.

Amelia le tendió la mano a Almudena, quien, por respuesta, la jaló suavemente hasta besarla en la mejilla. La pintora cerró brevemente los ojos y aspiró el aroma de aquella bruja francesa que había cambiado el curso de la historia de tres familias, y del pueblo mismo. Su aroma era como lo había imaginado cuando miraba su foto en los recortes de diarios que empapelaban su estudio en San Juan. Amelia se dejó besar y tomó asiento mientras un mesero se apresuraba a servirle agua.

—Dora me ha hablado mucho de usted, al igual que mi hermana y mi madre de crianza. Quise pasar a observar cuando las pintaba, pero desde la muerte de mi marido ya no socializo.

—Comprendo perfectamente. El placer es sólo mío, Amelia. Le he contado a Dora y a su hermana de lo mucho que deseaba conocerla.

—¿Quería conocerme? ¿Por qué? —preguntó Amelia distraída. Recordando las advertencias de Magdalena, puso una mano sobre su copa para evitar que el *sommelier* le sirviera vino. El resto de la tarde sería intenso en la oficina, pues Los Cuatro ya habían acordado echar a correr sus planes con o sin Eusebia. Preferiblemente sin ella. Amelia se dio cuenta de que Almudena le hablaba mientras ella seguía pensando en la Mercantil.

—Disculpe mis terribles modales, Almudena. ¿Qué me decía?

—Le comentaba que acepté el trabajo comisionado por el alcalde Tesara con la idea general de un homenaje a Cabo Rojo y a la obra del maestro Oller desde el ojo de una mujer. Vivo hechizada por su obra. Pero no sabía exactamente cuál sería mi fuente de inspiración hasta que conocí a Amor. En cuanto la vi, supe que tenía que capturar esa presencia imponente.

—Sí, mi hermana suele tener ese efecto en la gente. ¿Amor?

—Así llamo a Love. El caso es que, luego de pintarla, me presentó a Magdalena. Un día, su madre de crianza me invitó a Green Kay II y me habló de su niñez y adolescencia en París, lo que inspiró su pintura. Pero las veces que fui a la casona nunca la vi, Amelia.

—No me trates de usted, por favor. Qué curioso. Magda no habla mucho de su pasado en París.

—Una noche me mostró su ritual para preparar absenta y quedé prendada. De ahí salió mi segunda musa luego de las tres obras sobre Amor.

—Espero que sea yo la tercera, mira que me has hecho esperar demasiado, Almudena —interpuso Dora, impaciente.

—Por supuesto, Dora. Será tu pintura oficial. Pero espero que Amelia también acceda a que la pinte.

—¿Pintarme a mí? No, no. No tengo tiempo ni ánimos, Almudena. Trabajo todos los días de sol a sol en un negocio complicadísimo y encima tengo seis hijos. No me sobra el tiempo como para posar.

—No te comprometo en nada. Sólo permíteme visitarte de vez en cuando, salir a almorzar, verte en tu hogar, en tu ambiente… observarte.

—No sé, Almudena. No veo espacio para eso en mi vida en este momento.

A Amelia tampoco le atraía la idea de ser “observada” por nadie, y menos por una desconocida, por célebre y fascinante que fuera. Admiró el colorido atuendo en seda china de la pintora y sus exquisitos accesorios de aire asiático, todo en contraste con su tez morena.

—Entonces sólo prométeme que seremos amigas. Quizás tu opinión cambie con el paso de los días, y, si no, pues al menos soy muy buena entreteniendo, te lo aseguro, y tienes cara de que no te entretienen hace tiempo. Mozo, llene la copa para la señora Pasquier, por favor.

—No, Almudena. Debo regresar con la mente clara a la Mercantil.

—¿Siempre le dices que no a todo, mujer?

—Pues… no.

Irremediablemente, Amelia se echó a reír.

—Venga, que con agua no es bueno brindar, y por las nuevas amistades siempre se brinda.

Amelia salió una hora más tarde de La Reina del Oeste, luego de haber bebido, comido y reído con placer por primera vez en mucho tiempo. Almudena se ofreció a acompañarla a la Taverna de Maelo, donde Amelia le presentó a Jacinto y a Roberto. Almudena ya conocía a Froilán por conducto de Magdalena. Allí la pintora los entretuvo con historias de sus aventuras por el mundo, y les invitó otra ronda de tragos. Los Cuatro no regresaron esa tarde a la Mercantil, capturados en la telaraña de seducción que exudaba Almudena. Cuando salieron al atardecer de la Taverna, Amelia ya había accedido a dejarse observar por la pintora. La puerta estaba abierta al fin.

C APÍTULO XVI

Eusebia caminó hasta el balcón de su casona y el viento le cubrió los zapatos de hojarasca. Dominga aún no había llegado a recordarle sus tareas del día. Sabía que debía presentarse temprano a la Mercantil, pero, luego de varios olvidos pagados con creces a través de los años, ya no se atrevía a comenzar sus días sin los recordatorios de la mujer de la que tanto dependía. Para la poderosa hacendada, que nunca había precisado de nadie, resultaba un tanto irónico que su rutina de vida la guiara una septuagenaria. La perturbaba pensar en la avanzada edad de Dominga. ¿Quién la cuidaría cuando le faltara su santera? A sus cincuenta y tres años, Eusebia parecía casi de la edad que Dominga, que le llevaba más de veinte. El castigo diario del sol, el trabajo incesante, su carácter endiablado y las muchas tragedias que guardaba en su pecho estoico se habían combinado para avejentarla prematuramente. De las comisuras de los ojos salían cuatro profundas arrugas que le surcaban el rostro hasta el sur, donde se encontraban con las finas líneas que bordeaban su boca y que debía a su afición por el tabaco.

Había días en que lo recordaba todo prístinamente. Había perdido a Salvador y a Cipriano, y Leoncio la visitaba muy poco. No sabía mucho de la vida de Mateo, aunque Dominga le traía cartas de vez en cuando que aseguraban que estaba bien, viviendo en Nueva Orleans. Otros días se le deshacían sin haberlos vivido. Fue en uno de esos cuando olvidó acudir al despacho del juez que permitió que Emilia se mudara de la isla y se llevara a sus nietas y a su adorado

Sebastián. Fue en otro igual cuando olvidó ir a la reunión de la junta de la Mercantil, donde se traspasó todo el poder de Antoine a las inexpertas manos de Amelia. No tenía idea de cómo había perdido las riendas de su reino, pero podía sentir cómo se le escapaba el control poco a poco, como las arenas de las salinas.

Las salinas… allí comenzaba a desdibujarse el rumbo, y como bien había profetizado Dominga en el siglo pasado, desde entonces lloraba lágrimas de sangre por culpa de todos los malditos hombres de su vida. Esos recuerdos lejanos los podía revisitar, pero lo inmediato se le hacía más difícil en los días malos de su memoria. Eusebia era todo menos ingenua, y ya había pensado y descartado la demencia. Estaba segura de que se trataba de algo temporero, de una fisura en su formidable fortaleza provocada por tantas desgracias unidas como un rosario de injurias.

—Ahí estás, Dominga. ¿No me traes café?

—Ya tomaste café. Dos veces. Vamos, que nos espera Che con el coche para llevarnos a la Mercantil.

—Venga, ¿cómo me veo?

—Te ves bien, Eusebia. Has perdido peso, pero te ves bien. Espabílate, que hoy tienes reunión con Los Cuatro, y no te veo muy avispada —decía Dominga, mientras la ayudaba a ponerse la chaqueta cerrada hasta el cuello a juego con una sencilla falda de un ordinario tono marrón, con la que la antigua Eusebia jamás hubiera sido pillada en público.

—¿Quiénes son Los Cuatro?

Eusebia se acercó al tocador y se pintó los labios.

—¿Quiénes van a ser? Amelia, Froilán, Jacinto y Roberto. La capicúa que nos dejó el desagradecido de tu socio, Antoine. Yo no entiendo mucho de esos temas, pero no te preocupes, que Obdulio Navarro es de confiar y te espera en el despacho para ponerte al corriente.

Dominga tiraba de ella por el antebrazo guiándola hacia afuera.

—No tienes que llevarme del brazo, Dominga, que no estoy inválida.

—No es por inválida, es por lenta. Don Obdulio me advirtió que hoy no te puedes ausentar de la Mercantil.

Cuando estuvieron sentadas y en ruta al centro del pueblo, bajo el ritmo de las herraduras de los caballos, Dominga se acomodó el gelé que contenía sus largas trenzas y que tocaba casi el techo del coche. Con parsimonia, comenzó a barajar varios sobres que traía en la mano.

—Aquí tienes, esto te subirá el ánimo. Es una carta del señor Roe, de Luisiana, de seguro con noticias de Mateo.

Eusebia abrió el sobre con prisa rompiendo el sello de cera de

Roe, hambrienta de noticias de su hijo menor.

Su socio y fundador de Etoile Blanche, Andrew Roe, quien en 1898 conectó a Mateo con el alcalde Dick van Wyck en Nueva York, había quedado consternado por las noticias que le llegaron a Luisiana sobre la macabra tragedia que sacudió a la familia Tesara, a la cual lo ataban vastos intereses económicos, y comenzó a cartearse con Eusebia cuando ella le pidió ayuda para averiguar de la vida de Mateo.

—Trae mis anteojos. Gracias a Changó por Andrew.

La carta, de varias hojas, estaba escrita en cuidadosa letra cursiva y tinta negra semejante a caligrafía, en un grueso papel cremoso.

Muy señora mía:

Ruego a Dios que el recibo de esta misiva la encuentre en buena salud. Madame Roe le envía un caluroso saludo como de costumbre. Estas fechas son de mucho ajetreo en Nueva Orleans. Los tranvías de la ciudad ya están electrificados, y la modernización impulsa nuestros muchos intereses comunes.

Durante los pasados meses he coincidido en varias instancias con su hijo, Mateo, casi siempre en los nuevos clubes de jazz que florecen por cada esquina. Pero el lugar donde más frecuentemente lo veo sigue siendo el restaurante Galatoire's, en la calle Borbón, que está muy de moda. Siempre que coincidimos me saluda efusivamente y recordamos sus días de espía en la guerra, uno de sus temas favoritos. La última vez que lo vi allí, mientras disfrutaba de un plato de gambas en remoulade y champán en muy buena compañía, me convidó a su mesa, siempre la mejor del codiciado restaurante, y me comentó que es socio inversor del establecimiento.

Resulta que, a su llegada a Nueva Orleans, Mateo conoció a Jean Galatoire, un inmigrante francés que bajó de los Pirineos. Jean es malgeniudo, de escasa estatura y menor gracia, pero cocina como alumno de la misma diosa Hestia. El hombre ya tenía un exitoso, aunque modesto establecimiento en la calle Canal. Entonces, recientemente, Mateo lo ayudó a adquirir el espacio del viejo restaurante Víctor en la calle Borbón, una ubicación envidiable, mi estimada señora. Jean ha creado un

menú que mezcla recetas típicas francesas con platillos creole nativos y toda la sociedad de Nueva Orleans se pelea por el privilegio de una mesa allí. Nuestro estimado Mateo no ha perdido el buen ojo para las oportunidades de inversión.

A menudo me pregunta sobre la vida en mi plantación, algo alejado de la ciudad. Lo he invitado a visitarme, pero su hijo parece muy feliz viviendo en plena ciudad con su ruido, clubes y salas de baile. La ciudad sigue creciendo. La nueva tecnología de bombeo impulsa el drenaje de los pantanos bajos, y los diques permiten que podamos vivir por debajo del nivel del mar, si puede imaginar tal milagro, mi señora.

Mateo sigue ubicado en la misma casa criolla adosada en el Barrio Francés, fácil de identificar por tener los más bellos balcones de hierro fundido. Siempre que lo veo de día, anda con alguna señorita respetable de sociedad, y de noche se entretiene con las bailarinas menos respetables de los clubes. No parece tener intenciones serias con nadie, para la frustración de muchas damas de la ciudad que le tienen el ojo puesto.

Le acompaño una fotografía del Mercado Francés, que muestra cómo luce Nueva Orleans por estos días.

Me reitero suyo, prometiendo mantenerla informada de cualquier novedad.

Andy Roe

—En resumidas cuentas, Mateo sigue como de costumbre. Nada afecta a tu hijo por mucho tiempo. Pensé que la muerte de Cipriano, a quien tanto quería, lo haría cambiar, pero ya veo que anda de juerga como si nada.

—Eso no lo sabemos, Dominga. Hay procesiones que se llevan por dentro.

La santera se echó a reír de buena gana.

—Mateo no es hombre de procesiones, arrepentimientos o purgas, Eusebia. Ya lo leíste. Está de fiesta por allá y tú sola cargando

con este lío acá. Debes escribirle y contarle lo que está pasando. Si supiera que media Mercantil está ahora en manos de Amelia, de seguro abordaría el primer vapor de regreso a Cabo Rojo.

—Todavía no, Dominga. Voy a hablar primero con Obdulio Navarro. Tengo que retomar el control del plan de expansión de la cafetalera. Es lo que Salvador hubiera querido.

—Estoy segura de que don Salvador hubiera querido mejor no morir en el intento. No entiendo tanto interés en lo que el corso hubiera querido, ahora que está muerto; mira que no te importó cuando estuvo vivo. Convérsalo con don Obdulio, que siempre cuida de tus intereses. Tampoco estaría de más que de vez en cuando des cara por las actividades sociales del pueblo. La gente va a pensar que te has muerto. Mira, tengo esta invitación para ti, del mismo don Obdulio. Parece que conoce a la nueva pintora residente que trajo Leoncio y le organizó una fiesta para esta noche. ¿Por qué no te das una vuelta y los asustas a todos?

—Si estaré yo de ánimos como para tertulias de bohemios y borrachos…

—Pues ponte de ánimos para algo, Eusebia, que la francesa ya mismo te saca de tu silla si no te espabilas. Ya llegamos. Mando por ti a la tarde.

Eusebia bajó del carruaje y se detuvo por un instante a mirar la fachada del imponente edificio de la Mercantil Tesara-Pasquier. La estructura, la más grande del pueblo, contenía toda su ambición como un útero rígido de bloques y madera. Alzó la vista y vio a Amelia, quien la observaba desde el ventanal del antiguo despacho de Antoine. Ambas sostuvieron la mirada, sin tregua.

Todos los días Obdulio Navarro maldecía la existencia de los dos hijos de Eusebia Tesara, que le provocaban más jaquecas que los suyos propios. Ambos lo tenían rehén de sus muchos caprichos y metidas de pata. Cuando no estaba diligenciando el alojamiento de la pintora examante de Leoncio, se ocupaba de recoger la larga estela de platos rotos que iba dejando Mateo a su paso. De unos años para acá, desde la desaparición de Salvador Filipi Ricci, su plácida vida de mecenas cultural semirretirado y miembro de la junta de directores de la Mercantil se había transformado en una compleja lucha diaria de poder. Leoncio tenía su mirada puesta en la política de la capital y, tras la muerte de Cipriano, el poco interés que tenía en los negocios familiares se terminó de esfumar. Mateo, en contraste, era un empresario brillante y su visión de buscar inversores en Haití y luego

servir de aliado a los yanquis había impulsado el dominio de la Mercantil, mas sus muchos arrebatos y su desaparición no ayudaban a nadie.

Esa mañana su misión era mantener la atención de Eusebia hasta que comprendiera que debía atender con urgencia la parte del azúcar del negocio, o terminarían sin fondos para completar la transformación de la cafetalera y la adquisición de dos fincas independientes que tenían en la mirilla. Ojalá Eusebia estuviera en uno de sus días lúcidos, rogó en silencio don Obdulio. Cuando finalmente la tuvo ante sí, con la tercera taza de café de la mañana, se lanzó de lleno al tema a la mano.

—Doña Eusebia, debemos hablar de los planes de Los Cuatro de adquirir cinco centrales azucareras en el noroeste. Las negociaciones están adelantadas y, si rinden frutos, no contaremos con la liquidez adicional necesaria para comprar las cafetaleras independientes que usted desea. Son dos expansiones ambiciosas, y tenemos que decidirnos por una o la otra, a menos que Etoile Blanche quiera invertir en el café.

—No, ya se lo he planteado, pero sólo les interesa expandir las centrales azucareras.

—Es por esa razón que están más que encantados con el plan de Los Cuatro, que, en realidad, es el mismo que dejó indicado Antoine.

—El mercado del azúcar está saturado. El futuro es del café.

—Mientras la demanda en el norte siga superando la oferta, el negocio del azúcar está lejos de saturarse, doña Eusebia. Tarde o temprano las centrales pequeñas al norte de Cabo Rojo y Coloso en Aguada caerán en manos del gobierno o de extranjeros. Quizá lo que convenga en este momento sea continuar con los planes de Antoine.

Navarro observó cómo Eusebia colocó la taza de porcelana en el platillo y levantó su vista fría e implacable.

—¿Y dónde está Antoine? Porque no lo veo por aquí. Si le importaran tanto estos planes, estaría a mi lado dirigiendo la Mercantil, pero no. Está pasándola de maravilla en París.

—Cierto, pero dejó muy buena representación. Los Cuatro se cartean con él regularmente, trabajan juntos como cónclave papal en el antiguo despacho de Antoine, y Amelia prácticamente vive en la Mercantil. Su socio no estará aquí, pero sus ojos y oídos sí que lo están.

—Pues yo también estoy, y empeñé mi palabra en cuidar por los intereses de Salvador. Vamos a iniciar la adquisición de las dos cafetaleras independientes que hemos identificado, Obdulio. ¿De qué bando vas tú?

—Siempre del bando de los Tesara. Cipriano fue un gran amigo, y a sus hijos los conozco desde que nacieron, Eusebia. Todavía me

parece verla recién llegada de España, con apenas diecinueve años, lista para conquistar el mundo.

—Lo conquisté, y ahora me toca hacer con el café lo que logré con el azúcar.

—Sin Mateo y sin el *proxy* que tiene Leoncio, necesitamos del visto bueno de Los Cuatro para proceder con la compra, y le aseguro que no accederán.

Eusebia se puso de pie y comenzó a caminar por su despacho, que ya era también el de Navarro.

—Tanta impertinencia me supera. ¿Cómo esa muchacha ignorante se atreve a cuestionarme en mi propia Mercantil? Es inverosímil.

—El caso es que no se trata sólo de ella. Amelia no opera sola. Está muy bien asesorada por Froilán, Jacinto y Roberto. Además, debo admitir que las veces que he hablado con ella de estos temas se muestra muchísimo más conocedora del negocio de lo que uno sospecharía. Antoine dejó una sucesión muy efectiva.

—Estoy en deuda con Salvador Filipi Ricci. Tenemos que adquirir las cafetaleras independientes.

—¿En deuda? ¿Por qué, doña Eusebia? En deuda estará don Salvador con usted, que ha sacado adelante la cafetalera a pesar de su prolongada ausencia.

Navarro la miró con detenimiento, en caso de que la hacendada soltara prenda sobre el paradero del corso. Eusebia, quien disfrutaba de uno de sus días lúcidos, ignoró las preguntas.

—Entonces, ¿cuáles son mis opciones, Obdulio?

—Convencer a Los Cuatro de que su plan es mejor que el de ellos. —Navarro tenía claro que no lo era, pero llevaba años manejando el temperamento explosivo de Eusebia, y sabía que írsele en contra directamente no era manera de persuadirla—. Por otro lado, puede convencer a Leoncio de firmarle el *proxy* de Mateo y de votar él también con usted, pero para eso tiene que pillarlo en Cabo Rojo. Por estas fechas pasa más tiempo en San Juan que acá. La otra opción…

—¿Si? —preguntó Eusebia. Navarro se puso de pie, se acercó a la mujer y le tomó una mano con compasión.

—Mateo debe regresar a Cabo Rojo, Eusebia. No hay más alternativas. ¿Comprende, señora?

—Se nos termina el tiempo, entiendo. Curioso cómo nunca se echa en falta el tiempo cuando se tiene. Déjalo en mis manos Obdulio. Los Cuatro esperan.

Obdulio Navarro exhaló. Parecía que había logrado que Eusebia entendiera lo precario de su situación. Era imperativo que trajera a Mateo de vuelta, antes de que sus facultades mentales se deterioraran

más. Además, pesaba sobre el ánimo de Obdulio el deseo egoísta de salir del problema que era Eusebia, pasarle el bulto a su hijo y retomar su vida de gestor cultural, para codearse a diario con artistas y pensadores, en vez de toscos empresarios. El hombre le indicó al secretario de Eusebia que mandara por Los Cuatro. Unos minutos más tarde las puertas del despacho se abrieron para darles paso a Amelia y a su grupo de asesores. Todos saludaron cordialmente a Obdulio y a la misma Eusebia.

—Tomen asiento, por favor. Señora Pasquier, doña Eusebia está al tanto de los planes de comprar las centrales del norte, que ustedes presentaron en la última reunión de la junta, y que pronto irá a votación —dijo Navarro a modo de una innecesaria introducción.

—Sí, votaremos a fin de mes, en la próxima reunión. Les adelanto que tenemos los votos para proceder, así como el apoyo de Etoile Blanche —dijo Amelia serenamente. Hacía mucho que Eusebia había perdido el poder de intimidarla.

—Pero no tienen el mío, Amelia. Me sorprende la facilidad con la que olvidas que sigo al frente de esta Mercantil.

—No lo olvido, Eusebia, aunque debo confesar que el abandono de sus funciones y responsabilidades diarias hace muy fácil pasar por alto que aún hay que contar con usted.

Eusebia se puso de pie, y en dos rápidas zancadas ya estaba frente a Amelia, a quien profirió una bofetada que retumbó en el despacho. Todos los hombres espectadores de la escena entre aquellas dos guerreras se pusieron de pie, sin saber qué hacer, lo que provocó el sonido brusco de las patas macizas de las sillas contra el piso de madera. Amelia se llevó la mano a la mejilla y la sintió caliente y pulsante. Un silbido agudo se apoderó de sus oídos y probó sangre en su boca. Cerró los ojos y en su mente vio a su padre agachado sobre el cuerpo ensangrentado de José de Dios. Entonces, sin ser invocada, la loa Marinette la poseyó entera y, cuando abrió los ojos, Eusebia se sorprendió de ver que las pupilas verdes de Amelia se tornaban casi marrón. Con un movimiento rápido, agarró un abrecartas que descansaba sobre un escritorio y le brincó encima a Eusebia empujándola contra una pared y poniéndole el filo sobre la yugular. Los cuatro hombres intentaron abalanzarse sobre ella a la vez.

—No se acerquen. —Nadie respiró en aquel despacho, excepto Eusebia, que parecía más sorprendida que asustada—. Debería acabar con tu miserable vida aquí mismo. Debería hacer como los Tesara, y eliminarte de mi camino como el estorbo público que eres. Porque eso es lo que haces cuando alguien te molesta. Lo sacas del medio, ¿no es así? A mí no me vas a mover de aquí, Eusebia, y si vuelves a ponerme una mano encima, la próxima vez te degüello como gallo en rito vuduista.

Eusebia vio en aquellos ojos oscuros, que eran y no eran los de Amelia, que la amenaza no era en vano. La joven retiró el abrecartas del cuello de Eusebia, no sin antes cortarla muy superficialmente con el filo. Eusebia, ahora azorada y con ojos enormes de incredulidad, se llevó la mano al cuello y tocó un hilo de sangre que manchó su blusa blanca. Amelia sintió una mano cálida en la suya retirando la improvisada arma. Roberto la dirigió hacia la puerta, seguidos por Froilán y Jacinto. Obdulio permaneció allí, paralizado y pálido, intentando registrar lo que acababa de presenciar. Eusebia terminó de limpiarse el fino hilo de sangre con un pañuelo, y cayó en una silla como si las rodillas le hubieran fallado.

—Tienes razón, Obdulio. Ya es hora de traer a Mateo a casa. Cuanto antes, mejor.

En La Fonda de Maelo, Los Cuatro ocupaban casi toda la barra, en una hilera de cuerpos silenciosos que sólo atinaba a beber para calmar los nervios y el coraje.

—¿Qué te poseyó, Amelia? —se aventuró a preguntar Froilán después de un par de copas consumidas antes del mediodía.

—Es lo que Eusebia merece. ¿O esperabas que aguantara la bofetada sin más?

—No, pero tampoco esperaba que casi la degollaras, y en presencia de Navarro, además. Si conozco a doña Eusebia, esto sólo precipitará el regreso de Mateo.

—Mateo siempre regresa, tarde o temprano. Eso no me quita el sueño. Tiene muchos esqueletos guardados y debilidades que conozco bien. Cualquier cosa es preferible a esta inercia con Eusebia. La mujer no está cuerda. ¿Nadie más se da cuenta?

—Sí, nos damos cuenta. Es por eso que atacarla con un abrecartas quizá no era el mejor curso de acción —ofreció Roberto.

—Cuando te toque el próximo bofetón, haz lo que te parezca correcto, Roberto. En este caso, la injuria fue hacia mí, por lo que me reservo el derecho a reaccionar como entienda.

—Tranquila, doña Amelia. Mire, aquí Maelo nos trae un pitorro de la casa que borra penas e injurias. Lo que hizo Eusebia fue un agravio a usted, y también a su padre. No voy a cuestionarla, pero estoy de acuerdo con Froilán. Tenemos que asegurar ese voto de la junta y terminar las negociaciones con las centrales. Algo me dice que pronto Mateo nos regalará su presencia nuevamente. ¿Almorzamos, ya que estamos aquí? —sugirió Jacinto, siempre pendiente a las necesidades de sus tripas.

—Tengo mucho trabajo y poca hambre. No voy a regresar por hoy a la Mercantil para evitar cruzarme con Eusebia, así que seguiré desde Green Kay II. Debo terminar de leer los comentarios del tío Froilán sobre las contraofertas de las centrales.

—Mi cochero aún está frente a la Mercantil. Voy a buscar las carpetas y la llevo a su casa con gusto —ofreció Roberto.

Poco antes del mediodía, Roberto llegó con Amelia a Green Kay II. La casona estaba vacía excepto por Crista, Berta, sus dos ayudantes y varios peones que trabajaban en los alrededores. El resto de la numerosa familia estaba estudiando o trabajando.

—¿Deseas compañía, Amelia? —dijo suavemente Roberto tomándole una mano. Cuando estaban a solas, la tuteaba, descartaba el "doña" y el formalismo con el que la trataba en público. Amelia sabía a qué se refería Roberto, pero la mañana la había dejado sin ganas de nada, excepto de seguir peleando inútilmente con Eusebia.

—Acompáñame a un café y vamos sobre estos documentos. Eso me distrae de pensar en Eusebia.

Cuando entraron en el gran salón principal, se encontraron con Almudena, que miraba con ojo crítico un óleo recostado contra una pared. Amelia se sorprendió por una fracción de segundo. A ratos olvidaba que había accedido a que la artista la estudiara para pintarla. Sus ojos siguieron a los de Almudena y observó el óleo en progreso. No era ella la figura plasmada en el canvas, sino la de Jean Baptiste bajo un frondoso árbol, en cuclillas, con una taza en las manos y la mirada perdida en el verdor que lo rodeaba. Observó el trazo distintivo de Almudena, como una huella dactilar difícil de confundir, su juego explosivo del color, para luego matizarlo con el uso de las sombras en los rostros introspectivos de aquellos a quienes pintaba. Almudena parecía trabajar más en capturar las cavilaciones internas de sus sujetos que sus formas físicas. La majestuosa obra terminada de Magdalena, que se titulaba idóneamente *Absenta dulce* , era reminiscente de la pintura *Portrait de Séverine* , de 1893, de una de las artistas más admiradas por Almudena, Amélie Beaury-Saurel. La maestra de la prestigiosa Académie Julian y tocaya de Amelia había nacido en Barcelona, al igual que su lejana madre, Isabel, a quien nunca conoció.

—¡Hola, Amelia! Don Roberto, qué bueno que se dejan ver.

—¿Y esta pintura, Almudena? Está hermosa. ¿Dónde está la otra que estabas pintando?

—No me gustó la dirección que llevaba. Pero con este agite que traéis, de seguro me inspiras más. ¿Ha pasado algo?

—Nada, doña Almudena. El drama usual de la Mercantil que hoy se pasó un poco de color —ofreció Roberto.

—Voy a seguir trabajando con Roberto en la biblioteca. ¡Crista!

Prepara almuerzo para los tres, por favor. Nos vemos al rato, Almudena. Te dejo encargada de escoger el vino en la bodega del sótano.

—Vale, me encargo. Me encanta rebuscar por vuestra cava.

Amelia y Roberto se encerraron en la biblioteca bajo la mirada curiosa de Almudena. Sospechaba que esos dos se traían algo entre manos que no era estrictamente profesional, pero no había podido detectar nada contundente. Estaba segura de que una mujer de la sensualidad de Amelia no iba a permanecer casta por media década después de enviudar. Su energía sexual era casi palpable y frecuentemente inconsciente. Aunque estuviera involucrada en una actividad cotidiana, como atender a su familia o trabajar, esa vibración de deseo la cubría. La pintora terminó de guardar sus instrumentos y se asomó a la cocina. Allí estaban ocupados con el almuerzo, así que se dirigió a la cava, seleccionó un par de botellas de Rioja y descorchó una para servirse una copa. Caminó hacia la biblioteca como quien no quería la cosa. Acercó un oído a la puerta, pero no escuchó conversación alguna que diera señal de una reunión de negocios en progreso. Almudena sonrió, dejando galopar su imaginación.

Mateo Tesara llegó a su mesa usual en Galatoire's y vio que Andrew Roe ya lo esperaba. Se saludaron efusivamente y ordenaron ostras frescas para comenzar.

—Qué bien que andas por la ciudad, Andy. Abrió un nuevo club de *jazz* que estoy ansioso por visitar y quizás adquirir. Podemos ir esta noche, si la señora Roe lo permite.

—Mateo, vengo con un recado urgente de tu señora madre —le dijo Andrew sin preámbulo. Mientras más rápido terminara con la gestión a la mano, mejor. La sonrisa despreocupada de Mateo se desdibujó.

—No tengo interés en los recados de mi madre.

—Me parece que éste te va a interesar. Doña Eusebia me hizo prometer que te entregaría esta carta personalmente. —Andrew sacó un sobre de un bolsillo de su chaqueta y lo puso en la mesa, frente a su socio—. Debes atender esto, Mateo. Mientras estás aquí, los negocios arden en Cabo Rojo. Te lo digo como inversionista de la Mercantil, pero también como amigo.

—¿Leíste la carta?

—Por supuesto que no, pero la carta venía con otra dirigida a mí. Si no regresas a Cabo Rojo, tu familia perderá el control de la

Mercantil. La hija de Antoine ha echado a correr un plan que diseñó su padre para adquirir las centrales azucareras del noroeste de la isla, pero doña Eusebia insiste en invertir esos recursos en la cafetalera. Todo se está moviendo rápidamente, Mateo. La agilidad en los negocios de doña Eusebia no es la de antes. Tu hermano está aspirando al Senado en la nueva Asamblea Legislativa, y además busca insertarse en el Consejo Ejecutivo del Gobernador. Eso nos abre más puertas del poder capitalino. Ya es hora de que regreses.

—¿Para qué? ¿Para detener a Amelia?

—No, Mateo. Para detener a tu madre —dijo Andrew secamente. Mateo lo miró con una media sonrisa.

—Es decir, deseas sacar a mi madre del medio para que Amelia pueda seguir con sus planes de expansión. Interesante. —Mateo hizo un gesto a un mesero para que le refrescara los vasos de whisky. De pronto, imaginó a Amelia desnuda, abierta, arqueada de placer sin inhibiciones con aquellos ojos verde musgo. Para su fastidio, se sintió entumecido bajo la mesa—. Se me hace difícil ubicar a Amelia en medio de este drama empresarial dentro de la azucarera más poderosa de Puerto Rico. La última vez que la vi, lo único que sabía del azúcar era usarla para el café.

—Creo que esa Amelia ya no existe, Mateo. Desde que Antoine regresó a París, la mujer vive en la Mercantil, rodeada de los tres asesores nombrados por su padre. Se ha ganado el respeto de la junta, y el plan que quiere echar a correr hace mucho sentido. Las centrales que queremos adquirir están justo al norte de Cabo Rojo, una expansión natural para ustedes, y ya cinco están listas para vender. Amelia tiene los votos. Sólo queda Eusebia en el camino.

—Andy, estás predicando al coro. En principio, estoy de acuerdo con este plan que Etoile Blanche y tú están dispuestos a ayudar a financiar, sin duda. Si todo marcha en esa dirección sin problemas, ¿para qué hago falta allí?

Andrew Roe miró el rostro perfecto de Mateo. Nadie merecía tanta belleza, tanto magnetismo, tanta certeza de que todo siempre funcionaría en su favor. En Nueva Orleans, al igual que antes en Nueva York, Cabo Rojo y Puerto Príncipe, Mateo era el soltero más codiciado de la ciudad, y el descaro con el que las matronas le ofrecían a sus hijas hubiera abochornado a cualquiera, menos a Mateo. Entendía bien por qué no deseaba abandonar su divertida vida amenizada por el *jazz* , la excelente gastronomía, las fiestas diarias y el sexo abundante y variado, pero Andrew Roe era, ante todo, un hombre de negocios, y ni su aprecio por las familias Tesara y Pasquier le nublaba la vista. Sabía que el negocio de azúcar del que participaba en Cabo Rojo pendía de un hilo y que era menester sacar a Eusebia del camino. Una lástima, pensó Andrew. A su parecer, desde que Eusebia

había heredado la cafetalera, su enfoque para las decisiones fundamentales del conglomerado se había esfumado.

—Haces falta para que puedas controlar a Eusebia y evitar que le siga poniendo piedras en el camino a los Pasquier. Se hubiera completado ya esta transacción si no fuera por tu madre.

Mateo y Andrew terminaron el almuerzo hablando de otros temas, mientras el único asunto que importaba pesaba en el aire. Cuando se despidieron a las afueras del restaurante, Mateo echó a andar hacia el dique, con la esperanza de que la caminata le aplacara las ganas de tirar la carta de su madre al agua y olvidar el asunto. Pero sabía que no era posible. Ese “asunto” era lo que le permitía vivir como un rey, y su prolongada ausencia no podía ser eterna.

Al pensar en su inevitable regreso al Caribe, su mente divagó hacia Lupe Lazzarini. Si en Nueva York sus amantes tendieron a parecerse a Amelia, durante la media década que llevaba viviendo en Nueva Orleans sus acompañantes favoritas eran las que le recordaban a Lupe, y todas lo dejaban igual de vacío. Al rato se detuvo en su caminata a lo largo del dique, abrió el sobre con la carta de Eusebia, la leyó de un tiro y, cuando terminó, la lanzó al agua. Las hojas del pesado papel cayeron hacia arriba y, por unos segundos, Mateo observó cómo la tinta comenzó a desvanecerse. Echó a andar hacia su residencia para empacar y regresar a reclamar su imperio.

C APÍTULO XVII

CABO ROJO, 1906

Almudena de Frade se sentía espectadora de una tragedia griega puesta en escena para su inspiración, y lo había capturado todo en lienzos, uno tras otro, que producía con más rapidez de la que había experimentado en toda su vida de artista. Pintaba incesantemente y con prisa, como si le faltara el tiempo para parir todo lo que quería crear. No dormía más de tres o cuatro horas diarias, casi siempre de cinco de la madrugada en adelante, cuando caía de bruces en su cama. Se alimentaba más de absenta, ron y puros que de comida. Su delgada silueta se desplazaba entre la azotea de Emilia, Green Kay II, el Puerto

Real —donde ya había avistado a doña Eusebia varias veces— y la Maison de Santa Barbara.

Cuando hacía unos meses Leoncio le había inquirido sobre una posible fecha para la exhibición, Almudena le escribió con la descripción de un robusto catálogo de veinticinco obras. El alcalde, quien no esperaba más de media docena de piezas, le informó encantado que regresaría a Cabo Rojo ese próximo enero de 1906 a traspasar el poder al vicealcalde antes de mudarse permanentemente a la capital, y que inauguraría entonces la exhibición.

Leoncio Tesara se había unido a Luis Muñoz Rivera y su incipiente Partido Unión de Puerto Rico a fin de atrapar sillas en la Cámara que adelantaran el autonomismo, para horror de Eusebia, quien atesoraba su buena relación con los yanquis y no les encontraba faltas. Leoncio decidió aprovechar la oportunidad para cerrar con broche de oro su largo servicio en la poltrona municipal y seguir hacia otros rumbos que lo llevaran lejos de Cabo Rojo, donde apenas podía soportar la estancia más de un par de meses corridos, porque todo le olía a muerte. Dora y sus hijos ya estaban en proceso de mudanza, y aunque a su esposa la angustiaba dejar las obras sociales para la niñez que había desarrollado en su pueblo, la consolaba pensar en las vastas posibilidades que ofrecía San Juan.

Así las cosas, la exposición La Forma del Azúcar, con veinticinco obras de la afamada pintora andaluza, se pautó para el 5 de enero del 1906, como antesala para la apertura de las fiestas de la epifanía de ese año, a pesar de las protestas de Almudena, quien no tenía intenciones de ver concluido su trabajo allí sin pintar a Eusebia y, ahora, a Mateo. Escuchando conversaciones de la familia Pasquier, a la cual tenía amplio acceso, la artista supo que el regreso del empresario era inminente, y se preparó para extender su estadía tras la exhibición, pues intuía más inspiración de camino.

Los óleos titulados *Amor* I, II y III, *Absenta dulce* , *Jean Baptiste bajo el árbol* , *Primera dama* , *La sombrerería de Emilia* , *Los niños de la guajana de caña* , *Inez con sombrero* , *Maelo con pitorro* , *Las salinas rosadas* , *El hambre de Jacinto* , junto con otras trece obras, fueron cuidadosamente embalados y transportados a la sala de exhibiciones de la alcaldía, donde Santos estaba a cargo tanto del montaje, como de enmarcar cada pintura. Con la misma devoción que Almudena había dedicado a cada obra, Santos, el único que había visto casi la totalidad de la muestra, llevaba un año trabajando en marcos hechos a la medida, con tal exquisitez y balance para complementar cada cuadro, que ya otros artistas y coleccionistas de arte solicitaban urgentemente su talento.

La única pintura que Santos ni nadie había visto se titulaba, simplemente, *Amelia en la Maison Santa Barbara* . Incapaz de pintar a

la musa que la había llevado hasta allí en otro trasfondo que no fuera aquella casa, la pintora venía alimentando la imagen en sus fantasías desde que se obsesionó con los recortes de periódicos en su estudio en San Juan. Almudena captó en el óleo la mirada distraída y melancólica de Amelia que podía observar en los momentos raros, cuando su trabajo o su familia no ocupaban su mente. En esos instantes esporádicos, al pausarse el ruido distrayente de su vida, la mirada de Amelia se perdía por el camino de espinas que la devolvía a aquella tarde cuando la vida le cambió. Al menos así lo intuía Almudena, y la transmutó con su brocha hasta la puerta de la mansión no con la expresión de horror que debió guardar el día de la matanza, sino con el verde oliva melancólico del presente. La pintura, relativamente pequeña, no exhibía su delirio usual de colores; estaba lograda únicamente con tonos de hada verde, verde pantano, grises, blancos y negros, con el único brochazo de color de la melena roja de Amelia, suelta y al viento, como los musgos de los cipreses. Almudena había logrado el tono hada verde mezclando absenta con sus pinturas, y paprika para el rojo del cabello. El retrato estaba poblado de simbolismos. El vestido de Amelia era de un blanco grisáceo y estaba hecho hilachas en el ruedo, que rozaba sus pies descalzos y hundidos en el barro. En el estampado de la falda se dibujaba imaginería de vudú y, en la mano, como una espada, su musa sostenía una larga caña de azúcar. Por su rostro bajaba una lágrima verde. La obra era lo primero que Almudena veía al levantarse, y a menudo se dormía mirándola como si se entendiera mejor con aquella Amelia plástica que con la real. La vigésima sexta obra no estaba destinada a la exhibición, porque sabía que provocaría un dolor inmenso a la familia, pero no pudo evitar pintarla para sí.

Almudena decidió dar un merecido descanso a sus pinceles y concentrarse en la parte social del evento, por el cual el pueblo y todo el mundo artístico de la isla esperaban con ansias hacía un año. Sacó de sus baúles sus más exóticas prendas, un sensual vestido de seda rojo cardenal, y sus peinetas. Le tocaba ahora competir en esplendor con sus propias obras.

Cinco noches antes de la inauguración de La Forma del Azúcar se celebró una fiesta para recibir el 1 de enero de 1906 en Green Kay II, que resultó un presagio de las alianzas con las que se encontraría Mateo. Era la primera vez desde la muerte de José de Dios y Cipriano que Amelia permitía una celebración, y Magdalena aprovechó la ocasión al máximo para sacudir la modorra que les pesaba desde hacía demasiado tiempo. A la fiesta acudieron la enorme familia extendida; Love y Santos, orgullosos de la primera panza de la maestra; Los Cuatro; Almudena; todos los miembros de la junta de la Mercantil, y el mismo Leoncio con Dora al brazo, quienes prefirieron la fiesta en

Green Kay II al ambiente de funeral que se había mudado a vivir en la hacienda Santa Ana. Eusebia y Dominga pasaron la noche como cualquiera otra, con dos copitas de jerez y apenas notando la algarabía del resto del pueblo.

Ambas se durmieron antes de la medianoche, y no notaron a Nix y Peito despertar y merodear ansiosas gimiendo, buscando por dónde salir. A la distancia, las perras ancianas con nombres de diosas griegas lo sintieron llegar. Mateo había regresado a casa.

Dominga salió de su casita acomodándose el gelé como de costumbre, y cuando enderezó el cuello, le pareció ver una leve pluma de humo que emanaba de la clausurada casa de Mateo. No sabiendo si era real o producto de sus muchos ruegos, caminó hacia el patio, el cual terminaba en una pequeña colina que le permitía mejor vista hacia las demás propiedades de la hacienda. Entonces, vio a Enzo frente a la casa de su amo. El caballo azabache, que parecía haber sido seleccionado para armonizar con el cabello de Mateo, había viajado y regresado con su dueño por mar. La santera agradeció a Changó y echó a caminar con prisa hacia la casa de Eusebia con las buenas nuevas. Para cuando Eusebia irrumpió en la casa de su hijo menor, desesperada por abrazarlo, ya Mateo había partido hacia la Mercantil.

El pueblo estaba dormido, y pasaba la resaca de la madrugada anterior. Las calles alfombradas de confeti exhibían por cada esquina pilas de botellas vacías que ayudaron a celebrar la llegada del nuevo año. Las puertas dobles de madera de la entrada del edificio de la Mercantil Tesara-Pasquier estaban cerradas, como esperaba Mateo, quien usó sus propias llaves para entrar. El eco de sus botas retumbó en el piso de la elegante recepción vacía. Se llenó los pulmones del olor peculiar del recinto, una mezcla de cuero, tabaco y ambición. Cuando se dispuso a subir las escaleras para llegar a su antiguo despacho, levantó la vista y la vio allí, en el barandal del segundo piso, mirándolo como si lo hubiera visto el día anterior. Mateo subió tentativo escuchando el sonido de sus pasos, rozando la madera, midiendo cada escalón que lo acercaba a aquella mujer que se parecía a Amelia, pero cuyos ojos, verdes y fríos, le parecían ajenos. Cuando la tuvo frente a sí, no sabiendo qué esperar, Amelia soltó un sollozo y cayó de bruces en aquellos brazos que odiaba y quería a la vez, aquellos brazos malditos pero familiares, aquellos brazos que tanto placer y dolor le habían provocado. Ambos se abrazaron como queriendo fundirse el uno en el otro y cayeron de rodillas al piso soltando todo el espanto que les envenenaba el pecho. Por fin, en

aquel regazo que conocía como a sí mismo, Mateo pudo encontrar el lugar donde llorar a su padre.

Si Eusebia esperaba que el regreso de Mateo viniera de la mano con una reconciliación familiar, pronto se dio cuenta de que su hijo seguía culpándola por la muerte de Cipriano. Mateo se reincorporó a la Mercantil de inmediato aprovechando los días de fiesta para ponerse al corriente; se ocupó de visitar a los miembros de la junta, de reunirse con Los Cuatro, y estuvo por una tarde encerrado con su hermano en la alcaldía. Salió de allí satisfecho, con sonrisa de triunfador y una invitación para la exposición La Forma del Azúcar en la víspera de Reyes. Por quien no había procurado era por Eusebia, a pesar de las súplicas de Dominga, quien hacía de mensajera entre ambos. Mateo le dejó claro a la santera que había regresado por la Mercantil y no por Eusebia. Que su madre podía estar tranquila, él se haría cargo de representar bien los intereses de la familia Tesara, pero que, en lo personal, no tenía planes de protagonizar una reconciliación cursi que no sentía. Aquello destrozó a Eusebia, y Dominga observó cómo a su patrona se le fue apagando la racha de lucidez que había vivido tras la noticia del regreso de su hijo.

La noche de la inauguración de la exhibición, bajo un cielo adornado por las estrellas de oriente, Almudena estaba resplandeciente con su largo cabello en su usual moño recogido a la nuca, una peineta de carey y enormes pantallas africanas adornadas con un popurrí de piedras preciosas. Parecía un pavo real encarnado en mujer. Junto con su examante y amigo, la pintora cortó la cinta con la gran fanfarria de la banda municipal y los aplausos amortiguados por guantes de los presentes. El momento fue capturado con una explosión de luces de las cámaras de la prensa.

Los encopetados invitados comenzaron a circular por la exhibición, copas en mano, y los murmullos fueron subiendo de volumen con deleite mientras descubrían cada estampa. Almudena estaba acostumbrada a la adulación y podía poner los pies en la tierra y desprenderse de su obra, pero esta colección era distinta. Sentía que su trabajo al crear las piezas de La Forma del Azúcar se la había tragado entera y que ella le pertenecía. Por eso, sintió la vibración que se extendió por el espacio como una malla invisible, mientras los presentes iban descubriendo la belleza de los óleos de Love, la mirada indómita de Magdalena, el rostro vivaracho de Maelo con su botella de pitorro y escena tras escena que contaba la historia de aquel pueblo cuyo destino estaba entretejido irremediablemente con la vida que

aquellas familias.

Almudena solía decir que la apertura de una exhibición era como un cumpleaños para el artista, y, en efecto, pasó una hora antes de que Mateo olfateara una oportunidad para saludar a la artista, quien estaba rodeada de admiradores constantemente. Almudena lo intuyó, y ayudó a la situación excusándose de un grupo que incluía al vicealcalde y a un representante de la Universidad de Puerto Rico. De inmediato, Mateo la atajó. Aunque lo había observado de lejos toda la noche, nada preparó a Almudena para la intensidad de aquella mirada que no preguntaba, sino exigía. Se encontró aguantando el aliento, como le sucedía cuando algo o alguien le despertaba las ganas siempre latentes de pintar.

—Faltan algunos personajes en esta magnífica exhibición. Mateo Tesara a sus pies, señorita De Frade.

—Encantada. Estoy de acuerdo, señor Tesara. Falta usted, por ejemplo. Sería un honor pintarlo, si me lo permite.

—Me refería más bien a Amelia Pasquier. Es la pieza ausente obvia. ¿No accedió a posar?

—No exactamente. Accedió a dejarme observarla y merodear a su alrededor. En el proceso me inspiró su hijo, Jean Baptiste, que es muy de rutinas, lo que me dio la oportunidad de regresar en las mañanas al mismo sitio, a pintarlo bajo el árbol. Tiene su misma mirada, Mateo.

El experto ojo de Almudena captó el parecido instantáneamente e hizo sus conjeturas. Mateo la miró y sonrió.

—¿De veras desea que pose para usted?

—Desesperadamente —dijo en dramática mofa la artista, y Mateo se echó a reír.

—Caramba, los iba a presentar, pero olvidé que Mateo no pierde el tiempo. Almudena, ya conociste al famoso socio ausente.

Amelia apareció detrás de Mateo y le puso una mano en el hombro que él tomó y besó galantemente. Almudena notó un ademán muy íntimo casi automático entre aquellos dos, que, se suponía, eran enemigos. La pintora se pasó la lengua por los labios mirando el intercambio.

—Ya no tan ausente, querida Amelia. Le comentaba a la señorita De Frade que en esta colección falta una pintura tuya.

—Mejor así, que la idea nunca me sedujo demasiado, aunque esta maja sí. Es una bruja maravillosa, ya verás.

—¿Qué te hace pensar que no te he pintado, Amelia?

—El cuadro estaría aquí, supongo.

—Mi trabajo en Cabo Rojo no ha terminado —dijo Almudena sosteniendo la mirada de Mateo—. Todas estas piezas están comisionadas por el ayuntamiento o compradas por coleccionistas o

galeristas, pero quiero conservar una para mí, y espero poderos dejar una del señor Tesara y otra de Los Cuatro como regalo a la sede de la Mercantil, por todas las atenciones que han tenido conmigo.

—Qué encanto eres, mujer —dijo Amelia besándola en ambas mejillas—. Les dejo, que tengo a seis hijos esperando con ahínco los regalos de los Reyes y las interminables fiestas de mañana.

Amelia se despidió, pero Almudena y Mateo apenas se dieron cuenta. Ambos disfrutaban de la antesala de lo que, sabían, sería inevitable.

Esa noche, Almudena acompañó a Mateo a las entrañas de la hacienda Santa Ana y a su cama, de donde no saldría por muchos años. Mateo no esperaba excitarse tanto con aquella mujer alta y un tanto huesuda, pero su magnetismo y personalidad actuaron como un inusual afrodisiaco. En las expertas manos de Almudena, que estaba acostumbrada a ejercer el control en aquellos menesteres, Mateo conoció lugares nuevos de placer. Unas semanas más tarde, Almudena dejó de dormir en el ático de Emilia, que conservó como estudio, y se mudó con Mateo a su casa en Santa Ana, con Eusebia Tesara cada vez más y más cercana a la pintora. Ya instalada en la casona de Mateo, recordó un milenario refrán árabe que su madre repetía con frecuencia:

لا يتوقف الثعبان أكثر من ثعبان .

“La serpiente no pare más que a otra serpiente.”

CAPÍTULO XVIII

NOVIEMBRE DE 1912

Amelia salió del refugio del velo del sueño. Bajo las sábanas, movió un pie hasta tocar uno de Roberto. Era sábado y sabía que, si su familia no la encontraba en la casa, asumiría que se había marchado a la Mercantil, por lo que no tenía que apurarse. Se levantó y se puso una larga bata que conservaba en la casa de su asesor. “En serio, Amelia, tienes que dejar de follarte a los asociados de negocios de tu padre”, le había dicho en esos días Magdalena, y el recuerdo del comentario

típico del genio y la figura de su madre de crianza le provocó una risa silenciosa. Tenía razón la Magda, pensó mirando a Roberto dormir. Sin hacer ruido para evitar despertarlo, se vistió, lo besó en la frente y partió en su yegua Culona hacia la Mercantil. El peculiar pero apto nombre de Culona obedecía a que antiguamente la yegua se había llamado Bárbara, pero como Amelia no podía escuchar de nada que le recordara a la antigua hacienda, le cambió el nombre. La yegua, con temperamento de mula, se negaba a responder, hasta que un día, exasperada, su ama le gritó: "¡Eres una culona de mierda y te debería mandar con los caballos de tiro!", a lo que Culona reaccionó instantáneamente, así que Culona se quedó.

Amelia y la bien dotada yegua llegaron al solitario centro del pueblo, que aún descansaba. Tenía pendiente escribir el reporte mensual a su padre y prefería hacerlo sin las distracciones de la casa, que, en honor a la verdad, eran menos cada año, pues los chicos crecían y su hogar se iba vaciando. Entró en la Mercantil y Pepa Peralta, una de sus dos secretarias, apareció como coneja de mago y tomó el maletín que Amelia llevaba colgado de la espalda. Le extendió un vaso de agua y le puso en la mano varios mensajes. Ambas subieron las escaleras conversando, y cuando Amelia se sentó en su despacho, papel y pluma en mano, Pepa le sirvió café en una taza de porcelana y se retiró.

Amelia se tomó unos minutos para disfrutar de aquel aroma perfumado del café que le trajo Pepa. El grano era de la antigua cafetalera Filipi Ricci, que hacía ya mucho no pertenecía a la Mercantil, pero que seguía produciendo un excelente café que ellos exportaban en su flota. Amelia comenzó a escribir informes para Antoine de las recién celebradas elecciones en la isla, en las que sólo votaron los hombres mayores de veintiún años dueños de propiedades, una mamarrachada absurda, le señaló, que permitió que hombres bajo sus órdenes votaran, mientras ella, la jefa, no podía hacerlo. Se eligieron treinta y cinco escaños a la Cámara de Delegados con el Partido Unión de Puerto Rico, al que pertenecía Leoncio Tesara, de manera que esa organización cargó con la mayoría. Leoncio era ahora diputado de la Cámara que presidía don José de Diego. La noticia sin duda alegraría mucho a Antoine, quien siempre apreció al hermano mayor de los Tesara. George Radcliffe Colton seguía siendo el gobernador en turno nombrado por el presidente, y su relación con la Mercantil era excelente. Alimentar la corrupción de los políticos que gobernaban la isla era la estrategia de negocios más exitosa y consistente de los Tesara.

Amelia miró la superficie oscura del café, de la que salían virutas humeantes, como repasando en la delicada taza los muchos cambios en su vida. En los últimos años Monse, ya toda una maestra empleada

por Love en la École, se había mudado de la casa tras contraer nupcias con un joven notario más inclinado a la poesía que a las leyes. José Alfonso, el hijo varón mayor de José de Dios, vivía en San Juan, ya graduado de derecho. El joven era muy apegado a Amelia y a su hermano menor, Jean Baptiste. Magdalena Laurent Poventud se había transformado con los años en una respetable mujer casada bienvenida en sociedad, un estatus que nunca imaginó para sí. Para conservarse fiel a su espíritu indomable, mantenía su considerable fortuna personal separada de la de Froilán y usaba con frecuencia su cunetero vocabulario de barra, que a su marido le divertía muchísimo. Froilán nunca intentó cambiar a Magdalena, y por ello logró retenerla en su vida. Magda conservaba su habitación matrimonial en Green Kay II y acompañaba a Amelia un par de noches en semana, pero se había mudado hacía mucho a la hacienda de su marido y estaba ocupada con la nueva escuela secundaria de la École, donde su único nieto, Jean Baptiste, era estudiante de altos honores, como disfrutaba comentarle a todo el mundo.

Love Pasquier había dado a luz hacía cinco años a un niño regordete y hermoso como un sol al que había nombrado Fermín, y esperaba su segundo crío con Santos. Luego del éxito rotundo de la exposición La Forma del Azúcar, el marido de Love se dedicó de tiempo completo a trabajar para artistas, galerías y coleccionistas en Puerto Rico, República Dominicana y Cuba creando marcos que eran codiciadas piezas de arte en sí mismas.

En Francia su padre los había sorprendido a todos hacía un par de años con la noticia del nacimiento de Antoine Emile, su primer hijo con Emilia. Cada vez que Amelia recordaba que tenía un medio hermano, hijo de Emilia Zaragoza, se reía sola del peculiar sentido del humor del destino. La diseñadora se las había ingeniado para instalarse en la casa de Rue Bergére 99 con su nueva familia, abrir un pequeño pero exitoso atelier de sombrerería que ya hacía colaboraciones con varios diseñadores de alta costura de la ciudad, y parir a su cuarto retoño en tiempo récord. Amelia se moría por visitarlos, pero nunca encontraba un buen momento para alejarse por tanto tiempo de su despacho.

Con cada miembro de la familia que abandonaba Green Kay II, a Amelia se le hacía un nuevo hueco en su tiempo y espacio, que rellenaba con trabajo y con la distracción de la relación informal que mantenía con Roberto y que la satisfacía a ella, pero no a él. Amelia había sido clara desde que comenzó a notar que Roberto la miraba con ojos sentimentaloides. “No te me enamores, Roberto. Trabajamos juntos y ése será el único contrato entre nosotros. No pienso volver a casarme con nadie.” Pero el ingeniero no perdía las esperanzas. Amelia, ya en sus treinta y seis años, vivía preocupada de que Roberto

desperdiciara en ella los mejores años de su vida para luego terminar sin una familia propia.

Pero su inquietud principal emanaba de Mateo, ese hombre-loa del que no podía deshacerse por más que trataba. Luego de su regreso a Cabo Rojo, Mateo la apoyó sin reservas en sus planes de expansión y le propuso adquirir no cinco, sino todas las azucareras pequeñas del oeste menos Coloso, que era demasiado grande para absorber.

—Sólo tenemos el dinero aprobado para estas cinco transacciones. Dudo que Etoile Blanche quiera invertir más de inmediato. ¿De dónde sacaremos los fondos sin afectar la liquidez de la Mercantil, Mateo? —le había cuestionado Amelia en una reunión entre Los Cuatro y él.

—Sabes la respuesta a esa pregunta, Amelia.

Froilán, Jacinto y Roberto giraron sus cabezas sincronizadamente hacia Amelia.

—Tu madre jamás permitirá vender la cafetalera. No ha hecho más que pelear por ella desde que la heredó.

—Mi madre no puede impedirlo si lo decidimos en este despacho, y te aseguro que Andrew Roe sacará el dinero de donde sea si es para aumentar la producción de azúcar. El resto lo aportamos nosotros con la venta de la cafetalera, y sé que Antoine nos apoyará. Nuestro fuerte nunca fue el café. Vamos a explotar lo que sabemos hacer bien.

—Mateo —Amelia procedió con extrema cautela—, ¿estás seguro? Eso acabaría con la relación que pueda quedar entre doña Eusebia y tú.

—Déjame eso a mí. Me encargo.

Pero Mateo no se encargó de informar a Eusebia. Ésa fue su bien calibrada venganza con la que la hizo pagar sus muchos pecados, sin asumir él mismo ninguno. Andrew y Antoine accedieron rápidamente a la propuesta de Mateo y Amelia, y para 1908 ya la Mercantil Tesara-Pasquier controlaba el cartel del azúcar del oeste y era la principal central de la isla. Una tarde lluviosa de abril se había llevado a cabo la votación en la junta y las protestas desesperadas de Eusebia fueron ignoradas, de manera que se aprobó la venta de la antigua cafetalera y las tierras del desaparecido Salvador Filipi Ricci, para adquirir más centrales azucareras. Ésa fue la estocada final para Eusebia, y la última vez que pisó la Mercantil. Nunca más se le vio en su antiguo despacho, donde tantas batallas titánicas había ganado, hasta que le tocó caer abatida por la alianza entre la bruja de Amelia y su propio hijo. La loa Sirena que había traído a Amelia a Cabo Rojo desde Puerto Príncipe finalmente la coronó como la reina de aquel imperio amargo.

Sin embargo, el precio que Mateo pretendía “cobrar” por su

colaboración era impagable. Con la ausencia de su antigua familia, que vivía en París y que no había vuelto a ver, Mateo desarrolló una nueva y peligrosa obsesión por acercarse a Jean Baptiste. Cualquier excusa era buena para abordarlo "casualmente". Amelia, alarmada, se lo prohibió.

—Jean Baptiste conoce sólo a un padre, cuya memoria idolatra. Le ha tomado años salir del golpe de perder a José de Dios, y no voy a permitir que le hagas más daño. Te prohíbo que te acerques a mi hijo, Mateo.

—Jean Baptiste tiene derecho a saber que no ha perdido a su padre.

—Pero sí que lo perdió. Su padre fue baleado por culpa de tu maldita familia. No eres nadie para él.

Las peleas entre ambos eran constantes. La situación llegó peligrosamente al punto de ebullición, y Amelia recurrió a su amistad con Almudena, quien continuaba su relación con Mateo, al menos cuando estaba en Cabo Rojo. Luego de los primeros dos años con el empresario, la artista comenzó a dividir su tiempo entre Cabo Rojo, Ponce y San Juan, dependiendo de dónde estuviera pintando y para quién.

—Siento muchísimo todo esto, Amelia. No sé cómo te puedo ayudar. Conoces a Mateo mejor que yo. Es un obcecado.

—Lo sé, Almudena, pero esto es impermisible. Jean Baptiste ha cargado con bastantes cruces en su corta vida. Mateo debe olvidarse de esa fantasía absurda de paternidad.

—Qué tormenta eterna la de ustedes.

—No ha sido por falta de intentos de mi parte por terminar con esa tormenta, pero cuando parece que se aleja, siempre regresa con más furia.

—Así es Mateo. Si lo conoceremos.

Almudena puso dos vasos de cristal en una mesa del balcón de Green Kay II, donde estaban sentadas en mecedoras. Vertió una absenta de un verde amarillento e, improvisando un colador, puso los terrones de azúcar encima de un tenedor sobre el que echó el agua. Amelia tomó un sorbo del suyo. Aquel sabor seco, amaderado en especias, con una fruta escondida que nunca podía identificar, le sabía a ella misma. Almudena probó su diablo verde y observó a Amelia cerrar brevemente los ojos.

Estaba en la playa con Love, recién llegada a Puerto Príncipe, tendida en aquella playa de arena fina y sedosa, con el sol que le daba en los párpados y lo tornaba todo rojo. Estaba en el *péristyle* de la *mambo* Siara, y Love le pintaba el rostro con la sangre del gallo. Estaba en la cama con Mateo, la primera vez que entró en su habitación y se desnudó sin dejar de mirarlo. Estaba en el salón, la

primera vez que bailó con José de Dios en aquella noche que cambió su vida. Estaba en el umbral de la Mercantil, el día en que acudió a tomar el bastón de poder de su padre. Estaba en su habitación el día en que tomó a Jean Baptiste en brazos por primera vez, y años más tarde a Fermín, su ahijado. Había vivido segura de que era una hija del Caribe, que aquellas islas volcánicas de playas profundas y grandes pasiones eran su hogar, que estaban impregnadas en su piel. Ahora no sabía adónde pertenecía, no sabía dónde estaba su hogar. Apuró su trago y abrió los ojos.

—Has sido una buena amiga, Almudena. Trata de que Mateo entre en razón. Jean Baptiste es una frontera a la que no debe llegar.

—No suelo decirle a Mateo lo que debe o no hacer, como no permito que me lo diga a mí, pero voy a interceder por ti, bonita. Entre estas dos familias hay demasiada mala leche y no necesitan más.

—Gracias, Almudena. Creo que nunca te comenté lo mucho que me gustaron los dos óleos que le regalaste a la Mercantil. El de Los Cuatro es fascinante. Lo miro todos los días al subir las escaleras hacia mi despacho. Pero el de Mateo es pura genialidad.

Las dos mujeres se echaron a reír. La pintura de Mateo era un antirretrato, ya que la genial Almudena había pintado a su sujeto de espaldas, con la mirada hacia el pueblo desde su despacho, pipa en mano.

—¿Puedo preguntarte por qué no le pintaste el rostro?

—Soy andaluza, nieta de África y supersticiosa. Me gusta lo macabro, lo incómodo, lo que eriza, pero lo que guarda la mirada de Mateo, eso no lo quise inmortalizar.

—¿Y qué guarda esa mirada? —preguntó Amelia, ya sabiendo la respuesta.

—Una capacidad infinita para la crueldad.

—¿Y por qué estás con él, Almudena?

—Por lo mismo que antes estuviste tú. Porque, de una manera perversa, es lo que me atrae de él.

A sus casi quince años, Jean Baptiste era un chico introspectivo, artístico y estudioso que disfrutaba de leer los viejos libros de su padre sobre el Imperio romano y rumiar entre sus muchos apuntes y dibujos de las aves autóctonas del área que se había dado a la tarea de recopilar y organizar como una forma de sentirse cerca de José de Dios. Sabía que pronto su madre le daría la opción de continuar sus estudios superiores en el oeste, o trasladarse a San Juan con su hermano José Alfonso e ingresar a la Universidad de Puerto Rico. A

Jean Baptiste, inclinado a angustiarse con facilidad, el asunto le provocaba pesadillas. No quería alejarse de su madre, de su abuela Magda, de su tía Love o de sus hermanos, pero ansiaba estudiar literatura en una gran universidad. Soñaba con irse con su abuelo Antoine a estudiar en París, pero sólo si su madre lo acompañaba, y sabía que eso era imposible. Con una nueva e insistente carta de su hermano en el bulto, decidió aventurarse a pasar por la Mercantil en caso de que su madre no estuviera reunida y pudiera conversar con ella.

El chico caminó el corto trecho entre la escuela y la Mercantil y entró por la puerta principal, que el portero le abrió con mucha fanfarria. Todo el mundo lo saludó y Pepa Peralta lo condujo al despacho de su madre indicándole que se entretuviera por un rato en lo que Amelia se desocupaba. Jean Baptiste se acomodó en una silla y releyó la carta de José Alfonso. Su hermano mayor se había instalado en un cómodo piso de tres habitaciones en San Juan que Simón de Ribera le había conseguido, y estaba en plena campaña para seducirlo con las atracciones de la capital. Caviló sobre su propia inexcusable inutilidad; sin Crista, Berta, sus choferes y peones de todo tipo que aseguraban que su vida corriera sin contratiempos, no sabía cómo sobrevivir. Quizá justamente por eso era una buena idea alejarse por un tiempo de su pueblo.

La puerta del despacho de Los Cuatro se abrió, y el sonido contundente interrumpió sus pensamientos. Era Mateo Tesara, el socio de su familia que últimamente se le aparecía por cada esquina. Durante su niñez, la figura de Tesara fue inexistente, y más tarde fue un referente lejano e intangible del que escuchaba hablar de vez en cuando por los pasillos de Green Kay II. Cuando Jean Baptiste tenía nueve años, Mateo regresó al pueblo, y un tiempo más tarde se convirtió en una ubicuidad inexplicable en su vida. El hombre miró al chico, ojos negros sobre ojos negros idénticos, y sonrió deleitado, como si viera a un ser querido.

—¡Jean Baptiste! Qué sorpresa agradable verte por aquí.

—Buenas tardes, señor Tesara. Espero por mi madre.

—Llámame Mateo, hombre, como te he dicho. Estamos en familia. Amelia no tardará. Está con sus asesores y tu tío Froilán. ¿Qué te trae por aquí?

Instintivamente, Jean Baptiste dobló la carta de su hermano y la guardó en un bolsillo. Mateo Tesara le provocaba repelillo, no sabía exactamente por qué. Siempre era muy amable y se interesaba por sus cosas, pero a Jean Baptiste, un muchacho muy privado, su atención no solicitada lo ponía nervioso. Le había preguntado hacía años a su madre si Mateo Tesara era amigo de la familia, a lo que Amelia contestó secamente: “No es amigo de nuestra familia. Es un asociado

de negocios. No hay que confundir una cosa con otra".

—Nada importante, señor Tesara —respondió Jean Baptiste ignorando la petición de Mateo de llamarlo por su nombre de pila—. Sólo pasé a saludar a mi madre.

—Se pondrá muy feliz. Eres la luz de sus ojos. Espero que no sigas los pasos de tu hermano y te marches a la capital. Amelia se moriría de pena —dijo de pronto Mateo, como si hubiera leído la carta de José Alfonso. Jean Baptiste se movió incómodo en la silla.

—Mi madre siempre ha dicho que me apoyará en lo que decida, incluso si me marcho a Francia con mi abuelo.

El muchacho observó alarma en la mirada de aquel extraño que lo trataba como familia.

—No estarás pensando dejar Cabo Rojo para irte a París.

—Mi abuelo me ha escrito que, si decido irme, podré estudiar en La Sorbona, como él. Eso me ilusiona mucho. También puedo ir a la Universidad de Puerto Rico. Aún no me decido.

Mateo se sirvió una copa de whisky de la barra del despacho y se sentó al lado del chico midiendo sus próximos argumentos.

—No debes abandonar tu patrimonio, tu herencia, lo que te pertenece por sangre y por ley. Esta Mercantil y todo el poder que ejerce sobre miles de vidas pronto estará en tus manos, Jean Baptiste. A tu edad, yo trabajaba ya en los cañaverales y trapiches aprendiendo el negocio desde su base. Es tu responsabilidad prepararte para ese destino.

—¿Destino? No veo mi destino en el mundo del azúcar. Aunque me quedara en Cabo Rojo, no tengo interés en aprender este negocio. Mi madre lo sabe, y no se opone a que busque mi propio camino.

—Hablas tonterías muchacho. Nadie desprecia tanto poder y dinero. Todo el mundo en esta isla y en el Caribe quiere tener lo que tenemos, vivir como nosotros vivimos. ¿A qué te vas a dedicar? ¿A estudiar a Flaubert y Balzac en La Sorbona? Eso no nos ayudará en nada en los planes de sucesión generacional de esta empresa.

—No veo por qué tengo que ser yo el sucesor. Tengo hermanos y hermanas mayores que yo, usted tiene hijos, y su hermano diputado también. Los herederos son muchos.

Mateo se echó a reír ante la mirada de Jean Baptiste, cada vez más confundido con la dirección que llevaba aquella extraña conversación, pero determinado a seguirla para averiguar el motivo del interés insistente del señor Tesara.

—Ninguno de ellos cuenta, Jean Baptiste, ¿no comprendes? Tú eres el único que une a los Pasquier y a los Tesara. Eres el futuro de la Mercantil.

—No entiendo. ¿Cómo represento yo a los Tesara?—preguntó Jean Baptiste genuinamente perplejo—. En eso la puerta del despacho

se abrió y Amelia entró como un torbellino feroz. Parecía dispuesta a abalanzarse sobre Mateo, pero Froilán la detuvo por un brazo. Jean Baptiste se puso de pie, sobresaltado. Mateo miró la escena sin reacción visible.

—Sobrino, qué sorpresa —dijo conciliatorio Froilán a Jean Baptiste. Miró desafiante a Mateo. Odiaba a aquel fantoche al que desgraciadamente lo unía la Mercantil. Fantaseaba con frecuencia con partirle la cara, pero forzó una sonrisa para no alarmar más a su sobrino nieto y contener en la medida de lo posible la furia de Amelia.

—Buenas tardes, tío. Hola, mamá. Me parece que llegué en mal momento.

—En efecto, no es buen momento, Jean Baptiste —dijo Amelia acercándose a su hijo—. Baja y busca a mi cochero para que te lleve a la casa, por favor.

—No pasa nada, Amelia. Jean Baptiste y yo sólo conversábamos sobre sus opciones universitarias.

—Ése es un tema privado, Mateo. Vamos, hijo, te acompaño abajo.

—Es un tema de gran importancia para la Mercantil. Jean Baptiste debe aprender el negocio cuanto antes. Le contaba que a su edad yo trabajaba con el jefe de capataces en el campo.

Mateo no había terminado de hablar cuando se encontró con Amelia a un palmo de su cara. Le habló bajo, sin disimular su desprecio.

—¿Y cómo les ha funcionado eso a Eusebia y a ti? —le dijo con todo el veneno del que era capaz. Mateo abrió la boca, pero la cerró sin decir nada—. El infierno entre tu madre y tú terminará con ustedes. Me miro en ese espejo y no pienso repetir los mismos errores. Mi hijo no es un activo de la Mercantil.

Amelia se volteó, tomó a Jean Baptiste del brazo y salió del despacho. Ninguno dijo palabra mientras descendían por las escaleras bajo la mirada de Los Cuatro desde el óleo de Almudena. Cuando llegaron frente al coche, Amelia abrazó fuerte a su hijo.

—Ve a casa sin desviarte, Jean Baptiste. Te encuentro allá en un rato. No te preocupes por nada, ¿me oyes?

—¿Hice algo incorrecto?

—No, hijo mío. Vete tranquilo.

El coche partió y Amelia se dio media vuelta en dirección a la École. Necesitaba de la fortaleza de su hermana y de su madre. Su odio hacia los Tesara la consumía viva. De pronto, aquel pueblo le pareció un infierno insoportable. Encontró a Love en su despacho y cerró la puerta tras de sí sin decir palabra. Love la miró y se puso de pie.

—¿Qué ha pasado, Amelia?

—Acabo de pillar a Mateo hablando con Jean Baptiste sobre su futuro. El muy imbécil pretende que mi hijo siga sus pasos en la Mercantil. Está a punto de decirle que es su padre, lo puedo sentir. Le diría cualquier cosa con tal de retenerlo aquí.

—Lo más prudente es sacar a Jean Baptiste de Cabo Rojo. Con José Alfonso en San Juan estaría más seguro.

—Conozco a Mateo. Lo seguirá hasta allá. Está empeñado en forzar una relación con mi hijo. No puedo vivir así, de sobresalto en sobresalto esperando el momento cuando aborde a Jean Baptiste y destroce su vida, y mi relación con él.

Amelia se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar de rabia. Love la abrazó contra su pecho y le acarició el cabello como cuando eran niñas y vivían corriendo por Puerto Príncipe, sin las preocupaciones que la vida se encarga de depararles a sus súbditos.

—Hermana, no será así, te lo prometo. Te diré cómo detener a Mateo y alejarlo de Jean Baptiste. —Amelia cesó de llorar y miró a su hermana sin entender—. Hubiera querido no tener que abrumarte con esta información, pero me doy cuenta de que es el camino para liberarte. Te puedo indicar dónde está el cuerpo de Salvador Filipi Ricci y cómo conectarlo a Mateo.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Amelia horrorizada.

—La madrugada cuando don Salvador desapareció, Dominga fue a buscar a Santos para que la ayudara con un mandado. No le dio detalles, y Santos la acompañó a las salinas con Eusebia y Mateo. Allí se encontró con el corso baleado en la playa y entendió que su papel era el de ayudar a trasladar el cuerpo hasta las arenas que se tragan a los muertos. Santos quiso huir y avisar a la policía insular, pero no podía abandonar allí a su tía, y sabía que Mateo era capaz de matarlo también sin pestañear. Santos le guardó el secreto a Dominga por años.

—¿Y cuándo supiste?

—Después del regreso de Mateo de Nueva Orleans. Santos comenzó a observar su interés desmedido por Jean Baptiste y me lo contó con la súplica de darte esta información sólo en caso de que tu bienestar o el de tu hijo estuvieran en peligro, ya que esto implica directamente a la pobre Dominga, pero creo que llegó el momento.

La maestra miró a su hermana con ternura y tristeza. Se tomaron de las manos y Love comenzó a contarle los detalles.

CAPÍTULO XIX

El operativo que montó Amelia para poner a salvo a Jean Baptiste y a sí misma de repetir la historia de Eusebia y Mateo se ejecutó con rapidez y precisión. Aquella misma tarde, luego de salir de la École, Amelia regresó a su oficina y una hora más tarde logró una llamada telefónica con Francia. La Mercantil tenía una de las primeras líneas que instaló la South Porto Rico Telephone en Cabo Rojo. Sin entrar en los detalles innecesarios relacionados con Mateo, Amelia le anunció a Antoine que su nieto se embarcaría de inmediato hacia Le Havre para continuar sus estudios en Francia e ingresar posteriormente a La Sorbona. Antoine, eufórico de felicidad, le contó que había adquirido la residencia contigua, Rue Bergère 100, y convertido ambas en un palacete en el cual su nieto estaría muy cómodo, y por fin conocería a Antoine Emile. Amelia se despidió de su padre prometiendo hacerle llegar la información exacta del arribo de Jean Baptiste. Luego, regresó a Green Kay II y le dio la gran noticia a su hijo, a quien le danzaron los ojos.

—Tu abuelo, Emilia y tus primos te esperan con mucha ilusión. Partirás cuanto antes.

—No son mis primos, madre. Son mis tíos.

—Lo sé, pero me suena absurdo, así que déjame con la ilusión de llamarlos tus primos. ¡Bondye! Tengo un hermanito que no conozco.

—Que también es mi tío. No puedo irme sin usted, mamá. Por más que me ilusione estudiar en París, no puedo abandonarla.

Amelia abrazó a aquel chico, cuya dulzura y lealtad le recordaban a diario que era hijo de José de Dios, no importaba quién lo hubiera engendrado.

—Confía en mí. No estaremos separados por mucho tiempo, te lo prometo.

El día siguiente era sábado. Luego de una inquieta noche sin sueño, elucubrando sus próximos pasos, Amelia amaneció antes de las siete de la mañana en las oficinas desiertas de la Mercantil. Sin llamar a Pepa, buscó las llaves de los archivos cavernosos del sótano, que guardaban celosos cada página de la historia oficial, y de la no oficial, de los Tesara. Emergió sudorosa y llena de telarañas pasado el mediodía. Cargaba una gruesa carpeta de documentos cuyo génesis era la cesión inicial de terrenos a Eusebia cuando fue amante de Salvador, el tracto "legal" subsiguiente y todo apunte relacionado, incluyendo muchas notas informales del puño y letra de doña Eusebia.

El lunes le pidió a Pepa que la conectara con Rosendo Delgado, el editor en jefe de *La Correspondencia de Puerto Rico* , con quien tenía una relación cordial. Luego de media hora de conversación, Rosendo le anunció que enviaría de inmediato a un corresponsal a Cabo Rojo a cubrir la increíble historia.

—No, Rosendo. Iré a San Juan y le llevaré la información. No

puedo tener a un periodista husmeando por el pueblo todavía. Le entregaré la documentación que muestra la coincidencia de fechas entre la desaparición de Filipi Ricci, el traspaso de la cafetalera, los documentos claramente falsificados de su partida, el testamento, el informe de la policía insular que menciona la ausencia de un arma en el asesinato de mi esposo y, milagrosamente, el recibo que se le debió entregar a don Salvador al pagar su pasaje. Está arrugado, como si una loa se hubiera encargado de rescatarlo de la basura y guardarlo entre estos papeles. También le entregaré una lista de contactos que ayudarán a corroborar los detalles de la historia, entre ellos, el exfuncionario del antiguo registro real que ayudó a inscribir los terrenos originales de la cafetalera a nombre de Eusebia. Algunas fuentes sólo hablarán bajo condición de anonimato, y yo misma le daré la postura oficial de la Mercantil, que será de colaboración total con la investigación. Cuando usted y su reportero estudien el material y mi hijo haya zarpado de la isla, entonces podrá enviarlo a corroborar la información en el pueblo. Mi contacto es de primera mano, y me asegura que llegar a las salinas es difícil, así que también le buscaré un guía.

—Doña Amelia, ¿por qué no ha acudido a la policía insular con esta información tan grave?

—Porque sería inútil, Rosendo. Los Tesara y el gobierno son una misma cosa, y no sería la primera vez que arreglan la escena de un crimen a su conveniencia. El diario y usted deben prepararse para represalias. Los tentáculos de esa familia llegan muy adentro en los centros de poder de la isla y del norte. Recuerde el dato que le he contado de que Mateo fue espía y traductor durante la invasión.

—No le temo a represalias. Aquí desayunamos amenazas a diario. Doña Amelia, ¿tiene claro que tendremos que buscar la versión de los Tesara?

—Por supuesto. Mateo es fácil de localizar. Conociendo su enorme ego, de seguro accede a ser entrevistado con el impulso de una rabieta y se hunde más. Sobre Eusebia no se sabe mucho desde que vendimos la cafetalera, pero he confirmado que cada vez está menos lúcida. Hasta en eso se ha salido con la suya, porque ya no le afecta nada. Vivirá el resto de sus días en la inopia sin recordar o pagar por lo que hizo. Dominga es otra pieza importante, pero es fiel a Eusebia y se corre un enorme riesgo como cómplice en desaparecer el cuerpo. Mi hermana hablará con su esposo, el único que podría convencerla, pero no le prometo nada. Ustedes sabrán cómo corroborar y conectar todo este rompecabezas de datos.

—Quédese tranquila, y gracias por proveernos esta información —dijo Rosendo ya imaginando los titulares de aquella sensacional historia que implicaba directamente a la familia más poderosa del

país.

—No me falle, Rosendo. La única forma en que Mateo Tesara enfrentará consecuencias por sus actos es por medio de la presión que la indignación pública pueda poner sobre las autoridades.

—Asignaré a mis mejores recursos a esta investigación. La espero en San Juan, señora Pasquier.

Amelia viajó a la capital y se reunió varias veces durante tres días con Rosendo Delgado y dos reporteros asignados a la historia. Ahora sólo quedaba esperar por el mensaje de Amelia para que los periodistas se trasladaran a Cabo Rojo a constatar el resto de los datos y realizar las entrevistas necesarias. Amelia permanecería como una fuente anónima.

Al regresar a Cabo Rojo, se reunió con Los Cuatro, y luego con Love y Magdalena.

—¿Estás segura de que no hay otra forma, Amelia?

—No la hay, Magda. Más allá de mi deseo de poner distancia entre mi hijo y los Tesara, esa familia ha hecho demasiado daño impunemente y los Pasquier nos hemos hecho de la vista larga. Tentamos a Bondye guardándoles tantos secretos.

—Estoy de acuerdo, pero ¿no es esto sacarte tú misma un ojo? La Mercantil sufrirá.

—No necesariamente. Los contratos de sociedad que gobiernan a la Mercantil contienen cláusulas estrictas de aptitud moral, que se activarán en un posible caso criminal o un escándalo como el que provocará la prensa. La participación de los Tesara quedará en nuestras manos y las de Andrew Roe. No creo que el gobierno sea tan torpe como para desatar represalias contra nosotros, que estamos colaborando con la investigación. Además, nuestros amigos en el gobierno se llenan los bolsillos con el comercio de nuestros productos.

—Te has pensado esto muy bien.

—Creo que no he pensado en otra cosa desde el regreso de Mateo.

—¿Y nosotras, cuándo nos volveremos a ver? —preguntó Magdalena con los ojos cargados de lágrimas.

—Bondye es bueno. Nos unirá nuevamente, como lo hizo una vez en Haití —dijo Love suavemente.

Esa noche la familia completa cenó junta: Amelia y sus hijos junto al marido de Monse aspirante a poeta; Magdalena y Froilán; Love, Santos y el pequeño Fermín; Jacinto y Roberto. Todos brindaron por el brillante futuro que le esperaba a Jean Baptiste, quien apenas podía contener su felicidad de ir a estudiar a La Sorbona, y a la vez, su nostalgia por despedirse de su pueblo y de su patria. Durante la sobremesa y los coñacs, Amelia y Roberto salieron del comedor hacia el fresco de los balcones.

—¿Estarás bien sin Jean Baptiste, Amelia? —la abordó finalmente Roberto intuyendo que había más malas nuevas que aún desconocía.

—No pienso estar sin mi hijo por más de un mes, como mucho.

—¿Te regresas a Francia?

—Sí, Roberto. Nunca estuvo en mis planes regresar, pero la seguridad y la felicidad de Jean Baptiste van por encima de todo. —Amelia le tomó una mano al hombre que había sido su compañero por media década sin jamás pedir nada, sabiendo que su relación con ella terminaría tarde o temprano. Roberto no había hecho sino defenderla, velar por sus intereses y amarla con un desprendimiento que la conmovía—. Eres un hombre maravilloso, y encontrarás a una mujer sin mis complicaciones que te haga feliz.

—Me gustan tus complicaciones.

Y la besó en aquellos labios que adoraba y de los que ya se iba despidiendo.

Una semana más tarde, y protegido por una madeja de complicidad generalizada para no alertar a Mateo, Jean Baptiste Reyes Badillo Pasquier, hijo de la nacional francesa Amelia Pasquier, se embarcó hacia el Viejo Mundo a reencontrarse con su abuelo y a esperar por su madre. Amelia pasó las próximas semanas en largas reuniones con Los Cuatro, en quienes delegó sus funciones ejecutivas. Roberto quedó como ingeniero en jefe de la Mercantil y Amelia le cedió una participación que conllevaba voz y voto en la junta. Dejó un *proxy* en manos de Froilán y un sistema de trabajo similar al que ya tenían con Antoine desde Francia. A Andrew Roe y a Etoile Blanche les avisaría oportunamente, cuando la historia de *La Correspondencia* estuviera próxima a publicarse, para que pudieran reaccionar a tiempo y proteger los intereses de la Mercantil y sus inversiones mutuas.

Cuando cada elemento del plan estuvo cuidadosamente delineado, Amelia le pidió a Berta empacar sus baúles sólo con lo esencial. Quería viajar ligera de equipaje; sentía que ya cargaba el peso de varias vidas a cuestas. El resto de sus pertenencias permanecería en Green Kay II. Amelia convenció a Monse y a su marido de mudarse de regreso a la casona para velar por sus hermanos, y vendió la Maison Santa Barbara a un alto ejecutivo de la South Porto Rico Telephone, a quien no le importaba la macabra historia vivida en la mansión, o la desconocía. La antigua casona de Filipi Ricci, lo único que retuvo de la venta de la cafetalera, la cedió como legado a la ciudad para la creación de un museo de la historia de la caña y el café.

Sólo restaba despedirse de Mateo Tesara.

El vapor que llevaría a Amelia a Nueva York para luego proseguir hacia Francia la esperaba el 18 de febrero de 1917 en Puerto Real. El capitán y la tripulación habían sido cuidadosamente seleccionados por Froilán y Roberto. Todos eran hombres de su confianza con quienes la fecha y la hora de partida de Amelia quedarían en secreto.

A las dos de la madrugada del día en que zarpaba, Amelia decidió que conciliar el sueño era fútil. Momentos convulsos y felices por igual en Puerto Príncipe y Cabo Rojo desfilaban caóticamente por su mente. Sin provocar más ruido que la madera bajo sus pies, bajó las escaleras de la noble casona, que tantos capítulos de su vida guardaba. Después, sacó de los establos a Culona y, sin ensillarla, echó a galopar hacia la hacienda Santa Ana. Era de noche, pero su yegua conocía el camino. Cerró los ojos y sintió la velocidad del animal y el movimiento de sus músculos, como si fueran los suyos propios. Recordó aquellas lecciones de Magdalena en la cocina de la casa de París, cuando le hablaba de la necesidad de dominar a los hombres para sobrevivir. Se tocó la cara, y la sintió empapada de lágrimas. Aquel afán de dominio como única estrategia de supervivencia le pesaba como una condena. Era la madre de un hombre que sería distinto, miembro de una nueva casta de hombres quizá más justos, más gentiles, más humanos. Como lo fue su José de Dios, como lo era Roberto, como lo era Froilán, como lo era el hombre en el que finalmente se había convertido Antoine, de la mano del amor de Emilia. Quizás eran sólo quimeras, y nada nunca cambiaría, pero necesitaba aferrarse a algo.

Llegó a las gigantescas puertas de hierro con aquellas inmisericordes letras T y entró sin pensarlo. Nix y Peito habían muerto hacía años y la hacienda estaba casi desierta. Desaceleró el paso de Culona, y giró en dirección a la casa de Mateo. Miró a lo lejos la de Eusebia, iluminada desde adentro. Una figura vestida de negro se dibujaba y desdibujaba en la niebla desde el balcón. Amelia se detuvo y se despidió en silencio de aquella aparición vestida de rocío y dolor.

Amelia no se sorprendió cuando llegó a la casa de Mateo y lo encontró en el balcón esperando. Desmontó y subió las escaleras hacia él. Entonces, se dio cuenta de que no había cesado de llorar, y de que Mateo lloraba también en silencio. No dijeron nada. No había nada que decir. Mateo la abrazó y la besó por la cara, por el cabello, por el cuello, por los pechos como desquiciado. La levantó en brazos y la llevó a su habitación. Allí hicieron al amor por última vez. Lo hicieron con deseo mezclado con angustia, y con un rugido interno que intentaba llegar al odio, pero no lo alcanzaba. Como en Puerto Príncipe la primera vez, Amelia observó aquel rostro perfecto, que el

paso del tiempo sólo había hecho más hermoso, y trató de memorizar cada detalle que sabía que no vería nunca más. Al terminar Mateo, cerró los ojos, y ella se inclinó y lo besó en una mejilla. Mateo nunca abrió los ojos, para no verla partir.

A las siete de la mañana, Love, Magdalena, Froilán, Santos, Monse y el resto de sus hijos despidieron a Amelia en el Puerto Real. Magdalena mantuvo su estoicismo hasta que abrazó a su hija, a su adorada *poupée,* y entonces se desplomó. Los brazos amorosos de Froilán la sostuvieron. Cuando Amelia llegó adonde Love, pensó que ya tendría las palabras para despedirse, pero no existían. Love la miró con infinito amor, como su propio nombre, y como aquel día en casa de su *mambo* Siara, le dibujó en el rostro la ruta que tomaría ahora por el océano que la devolvería a su punto de partida. Amelia le tomó la mano y la besó.

—Ve tranquila, Amelia. Yo cuidaré de tu familia, que también es mía. Ve a encontrarte con tu hijo y con tu tierra.

—¿Nos volveremos a ver, Love? —preguntó, y aquella *loa* de amor le sonrió con tanta ternura, que Amelia grabó ese instante en su memoria y lo revisitaría hasta su vejez.

—Por supuesto, Amelia. Me prometiste mostrarme el río Sena, ¿recuerdas? —Love la abrazó y le entregó un óleo enrollado—. Esto es para ti, de parte de Almudena de Frade. Partió hacia Pampaneira, a visitar a los suyos. También te dejó esta carta.

Amelia esperó a zarpar, caminó hacia la proa y abrió la pintura de Almudena. Se observó como un fantasma en la Maison Santa Barbara, con un traje deshilachado, una caña de azúcar en la mano como un sable y una lágrima verde en el rostro. Era una obra impactante, digna de exhibirse en un museo. También era macabra y dolorosa. Amelia entendió entonces por qué Almudena había llegado a Cabo Rojo, y por qué no incluyó aquella pintura en la exhibición de La Forma del Azúcar. Abrió la carta de la pintora.

Querida Amelia,

Cuando leas estas líneas, ya estaré de vuelta en mi Andalucía. A veces, hasta las gitanas como yo necesitamos regresar a casa. Quizás algún día tú también. Vine a Cabo Rojo detrás de vuestra historia, enamorada de la inspiración que emanó de

una imagen de papel de periódico, fascinada por tu tragedia. Ésta es la obra vigésima sexta de la serie. La pinté para mí, pero ahora sé que no me pertenece, como no me pertenece nada de lo que fue tuyo, incluido tu dolor. La dejo en tus manos, para que decidas su destino.

Les deseo a ti y a tu familia toda la felicidad del mundo. La merecéis. Tenéis una amiga en Andalucía.

Hasta siempre,

Almudena de Frade

Amelia miró detenidamente aquella obra hasta grabarla en su memoria, y la lanzó al mar, junto con la carta de Almudena. Entonces miró hacia el horizonte, cerró los ojos y abrió la boca, para llenarse de salitre y volar… volar por aquel Caribe que guardaría para siempre sus loas, sus odios, sus amores y su espíritu.

EPÍLOGO

SIGLO XXI

Los muchos herederos de la Mercantil Tesara-Pasquier siguieron expandiendo su imperio, siempre de la mano amiga del gobierno, hasta fundar uno de los bancos principales del país. Estuvieron condenados por las loas a pelearse para siempre por aquella fortuna labrada en sangre e influencias. A principios del siglo xxi un grupo de herederos presentó una demanda por la venta del banco de la familia y las primeras largas páginas de los pliegos sometidos al tribunal enumeraban las docenas de nombres de los sucesores; los nietos de los nietos de los herederos.

De los Tesara y los Pasquier sólo quedaron para la historia los óleos de la pintora andaluza Almudena de Frade, que colgaron en los museos de Ponce, San Juan y en colecciones privadas. El de Magdalena, titulado *Absenta dulce* , el más valioso de la colección, fue

subastado décadas más tarde y terminó descansando en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. El Museo de la Universidad de Puerto Rico fue el hogar eventual del óleo de Love con sus estudiantes. La obra fue colocada al lado de *El velorio* de Francisco Oller. En la vejez de Amelia, y luego de la muerte de su hermana, las otras dos obras inspiradas en Love viajaron hasta su residencia en París y la acompañaron por el resto de sus días. *Amor* II y III fueron donadas en el testamento de Amelia al Museo de Louvre.

El Museo de Arte Contemporáneo de San Juan adquirió las pinturas de Los Cuatro, el antirretrato de Mateo Tesara y un óleo de Eusebia, el último que pintó Almudena tras la exhibición y que la familia nunca colgó en las paredes de sus mansiones. El fondo era oscuro, al igual que su vestimenta y sombrero. El único foco de luz y color en el óleo era el rostro duro y altivo de Eusebia Tesara, que desde las paredes del museo observó el paso y el olvido de los siglos.

REFERENCIAS, BIBLIOGRAFÍA E INVESTIGACIÓN PARA ABSENTA DULCE

Esta novela está inspirada en hechos y personas reales. La investigación comenzó a partir de una nota de prensa publicada en 2007, y conllevó la obtención de cientos de documentos legales, así como de raros e históricos escritos de los herederos de los involucrados en los sucesos originales. Además, implicó la reconstrucción de árboles genealógicos y la ayuda de personas que me abrieron las puertas de bóvedas de información adonde una simple periodista investigativa no hubiera podido llegar. A todos ellos, los que aún están en este plano y los que ya no, mi agradecimiento eterno.

REFERENCIAS SOBRE PUERTO RICO

Las investigaciones sobre el cartel del azúcar y del café; costumbrismos; geografía del siglo xix ; el cuadro económico del Caribe en la época; leyes y gobernanza bajo la Corona española; composición y conexiones del gobierno estadunidense inicial; datos del contrabando, e ingresos al erario de la Corona del periodo en cuestión consumieron sobre cinco años e incontables visitas a los puntos del oeste de la isla donde ocurrieron los hechos en que se basa este libro. Capturas salvadas de los periodicos *La Correspondencia* , *La Gaceta* , *El Progreso* y las revistas industriales de la época me proveyeron un sentido del malestar del pueblo con los aranceles y las transacciones del gobierno español en el siglo xix , así como una idea de los nichos de oportunidad de aquel entonces, que usé para esbozar los negocios de la familia Tesara.

Brau, Salvador, “La danza puertorriqueña”, *Almanaque de Damas* , 1885. <http://smjegupr.net/wp-content/uploads/2012/05/Salvador-Brau-La-Danza-Puertorrique%C3%B1a.pdf>.

Dietz, James L., *Historia económica de Puerto Rico* (Río Piedras: Ediciones Huracán), 1989.

Franco Vélez, Rafael, “El ferrocarril en Puerto Rico”, *Huellas en la Historia de Puerto Rico* [blog], 2010. <http://rfrancoihpr.blogspot.com/2010/07/el-ferrocarril-en-puerto-rico.html>.

GeoIsla, “Artículo sobre el bombardeo a San Juan en Scientific American (1898)”, 2019. <https://www.geoisla.com/2019/01/articulo-sobre-el-bombardeo-a-san-juan-en-scientific-american-1898/>.

Grupo Editorial eprl , “Cayetano Coll y Toste”, en *EnciclopediaPR* , 2014 [en línea]. <https://enciclopediapr.org/content/cayetano-coll-y-toste/>.

____, “Manuel Gregorio Tavárez”, en *EnciclopediaPR* , 2009 [en línea]. <https://enciclopediapr.org/content/manuel-gregorio-tavarez/>.

Juarez, Edgar, “Libro Electronico ‘La Santeria y sus Orishas’ (actualizado), *SlideShare* [pdf en línea] <https://es.slideshare.net/eddymaster/librosanteria-y-sus-orishas-atualizado>.

La Casa Victoriana, “Categoría: damas y caballeros victorianos”, 2016. <https://lacasavictoriana.com/category/damas-y-caballeros-victorianos/>.

Marrero, Mayi, “Economía y sociedad puertorriqueña a fines del siglo xix ”, *Prohibido Cantar. La Historia de Puerto Rico que No Te Contaron en la Escuela* [blog], 2017. <https://prohibidocantar.wordpress.com/2017/06/14/economia-y-

sociedadpuertorriquena-a-fines-del-siglo-xix/>.
Mercredi, "¿Santería puertorriqueña?", *Montray Kréyol* [blog], 2018. <https://www.montraykreyol.org/article/santeria-puertorriquena>.

Ramírez Padilla, Luis A., *Sal, sangre y sudor. Memorias históricas de las salinas de Cabo Rojo* (Cabo Rojo: Comité Caborrojeños Pro Salud y Ambiente), 2012. <https://ccpsai.org/wp-content/uploads/2015/11/Sangre-sudor-ylagrimas.pdf>.

Rodrigue, Jean-Paul, "Liner Transatlantic Crossing Times, 1833-1952", <https://transportgeography.org/contents/chapter1/emergence-of-mechanized-transportation-systems/liner-transatlantic-crossing-time/>.

Rodríguez Báez, Luis, *Población y comercio en Puerto Rico durante el siglo xviii* (tesis para la Universidad de Sevilla), 2007.

Roura, Lorenzo, "Carta sobre el bombardeo de San Juan" [del padre Lorenzo Roura, subdirector de las Hijas de la Caridad de Puerto Rico, a don Eladio Arnaiz, presbítero], tomada de "Carta sobre la invasión", *El Visitante* , 3 de octubre de 1998, pp. S2-S3. <http://home.coqui.net/sarrasin/relato.htm>.

Tavárez, Elisa (intérprete), *Manuel G. Tavárez. Música Puertorriqueña. Música del siglo xix y principios del xx* [audio en línea] (Instituto de Cultura Puertorriqueña), 2021 <https://www.archivoicp.com/icph1-musica-puertorriquena-musicadel-siglo-xix-y-principios-del-xx-manuel-g-tavarez>.

Vaquero Argüelles, Isabel, "El reinado de la Alta Costura: la moda de la primera mitad del siglo xx ", *Indumentaria: Revista del Museo del Traje* , núm. 0, 2007, pp. 123-134. <https://www.culturaydeporte.gob.es/mtraje/dam/jcr:0cd96564-482f-4d6c-9db8-8fd441f869b4/indumenta00-13-iva.pdf>.

Resultó de incalculable valor la lectura del diario de guerra del capitán de artillería de Ángel Rivero Méndez (1898). Una edición digital de José A. Mari Mut se encuentra en: <https://archive.org/details/diariorivero/mode/2up>.

Uno de los retos principales de este libro fue unir todos los pedazos de la fragmentada sociedad política de Puerto Rico en los albores de la invasión de Estados Unidos, para entenderlos. No había dos o tres bandos, sino una fascinante amalgama política de lealtades. Luego de mucha búsqueda que me dejaba insatisfecha para crear al importante personaje de Lupe Lazzarini, me iluminó el excelente escrito de Luis Martínez Fernández, "Puerto Rico en el torbellino del '98: conflicto, cambio y continuidad", publicado en las memorias del

XIII Coloquio de Historia Canario-Americana; VIII Congreso Internacional de Historia de América (coord. de Francisco Morales Padrón, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000, pp. 567-576). <https://mdc.ulpgc.es/utils/getfile/collection/coloquios/id/1155/filename/1391.pdf>.

REFERENCIAS SOBRE HAITÍ

La investigación de Haití parte de mis propios viajes a esa primera nación americana en calidad de reportera de guerra. Corrían años luego el derrocamiento de Bebe Dòk Duvalier, y la isla aún luchaba por estabilizar su gobierno y su destino. Docenas de intelectuales haitianos (que inspiraron el grupo de El Círculo de la Libertad de la novela) muy gentilmente me compartieron información y perspectivas valiosas. En uno de esos viajes produje un documental televisivo sobre los ritos de vudú y su peculiar armonía, convivencia y paralelismos con la Iglesia católica. También asistí a peleas de gallo típicas de Puerto Príncipe que reproduzco en la novela, en los barrios a los que nadie llega, excepto los locales o periodistas (un poco locas) conducidas por guías haitianos armados hasta los dientes. También presencié un rito completo de vudú que habitó mis sueños por años y que pude reproducir aquí con lujo de detalles. Para refrescar mis recuerdos y referencias sobre cada paso de los ritos, sus nombres y las muchas loas del vudú, me ayudaron estos escritos:

"Arte de vudú haitiano", *hmong.es* , s. f. <https://hmong.es/wiki/Haitian_Vodou_art>.

Brinvilus, Naomie, "Una mirada que lo cambió todo. Y un gallo", *The New York Times* , 23 de agosto de 2020. <https://www.nytimes.com/es/2020/08/23/espanol/estilos-de-vida/amor-haiti-gallo.html>.

Celine, "Diferencia entre santería y vudú", *fdfds.org* [blog], 2017. <https://fdfds.org/es/miscellaneous/religion-miscellaneous/difference-between-santeria-and-voodoo>.

Martinez Peria, Juan Francisco, "Haití: Revolución y Castigo, de la primera independencia de América Latina al país más pobre de la región", *Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini* [en línea]. <https://www.centrocultural.coop/revista/11/haiti-revolucion-y-castigo-de-la-primera-independencia-de-america-

latinaal-pais-mas>.
Quiñones, Tato, "Oralidad y teología en la Santería cubana", *Oralidad para el Rescate de la Tradición Oral de América Latina y el Caribe* , núm. 13, 2005, pp. 14-17. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000148572>.
Zúñiga Carrasco, Iván Renato, "Vudú: una visión integral de la espiritualidad haitiana", *Memorias: Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe* , núm. 26, 2015. <http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1794-88862015000200005>.

REFERENCIAS SOBRE LA INGENIERÍA DEL CARTEL DEL AZÚCAR

Escucho hablar de ingeniería desde la cuna, y, por ello, aunque ésa no es mi profesión, a veces se siente como una segunda. Agradezco (y me ha servido de mucho) todo lo que aprendí de mi padre, Guillemo Torres (qepd), quien además fue un gran mentor y dejó una larga estela de profesionales que al día de hoy lo recuerdan como su gran maestro. Mi padre tuvo la suerte de contar con una gran arena de juego: Fluor Corporation, una compañía multinacional de ingeniería y construcción entre las veinte más grandes del mundo. De hecho, fue su larga estancia en República Dominicana como jefe de proyectos lo que inspiró el capítulo que se desarrolla en esa nación en mi primera novela, *Amores innecesarios* .

Más allá de esa influencia que creció conmigo, El Colegio de Ingenieros y Agrimensores de Puerto Rico ha jugado un papel indeleble en mi vida, y me ha rodeado por casi dos décadas de algunas de las mentes de ingeniería más brillantes de América Latina. Con esto quiero decir que la escritura de la parte más delicadamente técnica de la novela fue la más sencilla para mí y requirió de investigación más profunda en sólo dos áreas: la ingeniería mecánica del siglo xix (que estaba en plena evolución justo en la época en que se desarolla la historia) y la búsqueda de una innovación plausible que fuera la base del éxito del ingeniero Antoine Pasquier en las Américas. La encontré en el libro del apreciado Jesús R. Sifonte, que junto a James Reyes-Picknell es autor de R*eliability Centered Maintenance – Reengineered: Practical Optimization of the* rcm *Process with* rcm-r (Taylor & Francis Group, 2017). <https://www.amazon.com/Reliability-Centered-MaintenanceReengineered-Optimization/dp/1498785174>. Además,

consulté:

García Muñiz, Humberto, “La plantación que no se repite: las historias azucareras de la República Dominicana y Puerto Rico, 1870-1930”, *Revista de Indias* , vol. LXV, núm. 233, 2005, pp. 173-192. <https://digital.csic.es/bitstream/10261/83038/11/10%20Puerto%20Rico%20y%20Republica%20Dominicana%20(Humberto%20Garcia%20Mu%C3%B1iz).pdf>.

Santamaría García, Antonio, “Las islas españolas del azúcar (1760-1898). Grandes debates en perspectiva comparada y caribeña”, *América Latina en la Historia Económica* , núm. 35, 2011. <https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-22532011000100006>.

REFERENCIAS SOBRE NUEVA ORLEANS

Sabor particular y heterogéneo es Nueva Orleans, los restaurantes que describo, así como sus clubes y su inigualable y perenne *jazz* ; los documenté (y degusté) viajando en varias ocasiones a la ciudad. Allí me enfoqué particularmente en las diferencias entre el vudú de Haití y el de esta ciudad, que por tantas manos de conquistadores ha pasado. Más allá de la inevitable (pero aun así, fascinante) visita a la inconspicua tumba de la famosa sacerdotisa de vudú Marie Laveau, la religión que nos ocupa está incrustada en esta alucinante ciudad como la absenta misma. En el Museo Histórico del Vudú de Nueva Orleans llamaron mi atención banderas vudú haitianas en la exposición Arte Popular y Artistas: Fotografías del Religioso Espiritual Drapo Silva Joseph Antoine Oleyant; además, me nutrí de conversaciones con la creadora de banderas de vudú y galerista haitiana de Galería Éxodo, Manhattan Rivera.

Me resultaron útiles:

Urban Planning of New Orleans, “New Orleans: 1850’s-1900’s”, s. f. <https://neworleansusp100.weebly.com/1850-1900s.html>.

“Vudú de Luisiana”, *hmong.es, s. f* . <https://hmong.es/wiki/Louisiana_Voodoo>.

También exploré docenas de mapas antiguos de la Nueva Orleans del 1900, siendo uno de los más útiles “Map of New Orleans, Louisiana, circa 1900, from the 10th edition of Encyclopaedia Britannica”, que encontré en: <https://www.agefotostock.es/age/es/detalles-foto/mapa-nueva-orleans-louisiana-1900-10a-montaje-encyclopedie-britannica/UIG-926-09-mapwor039m4>.